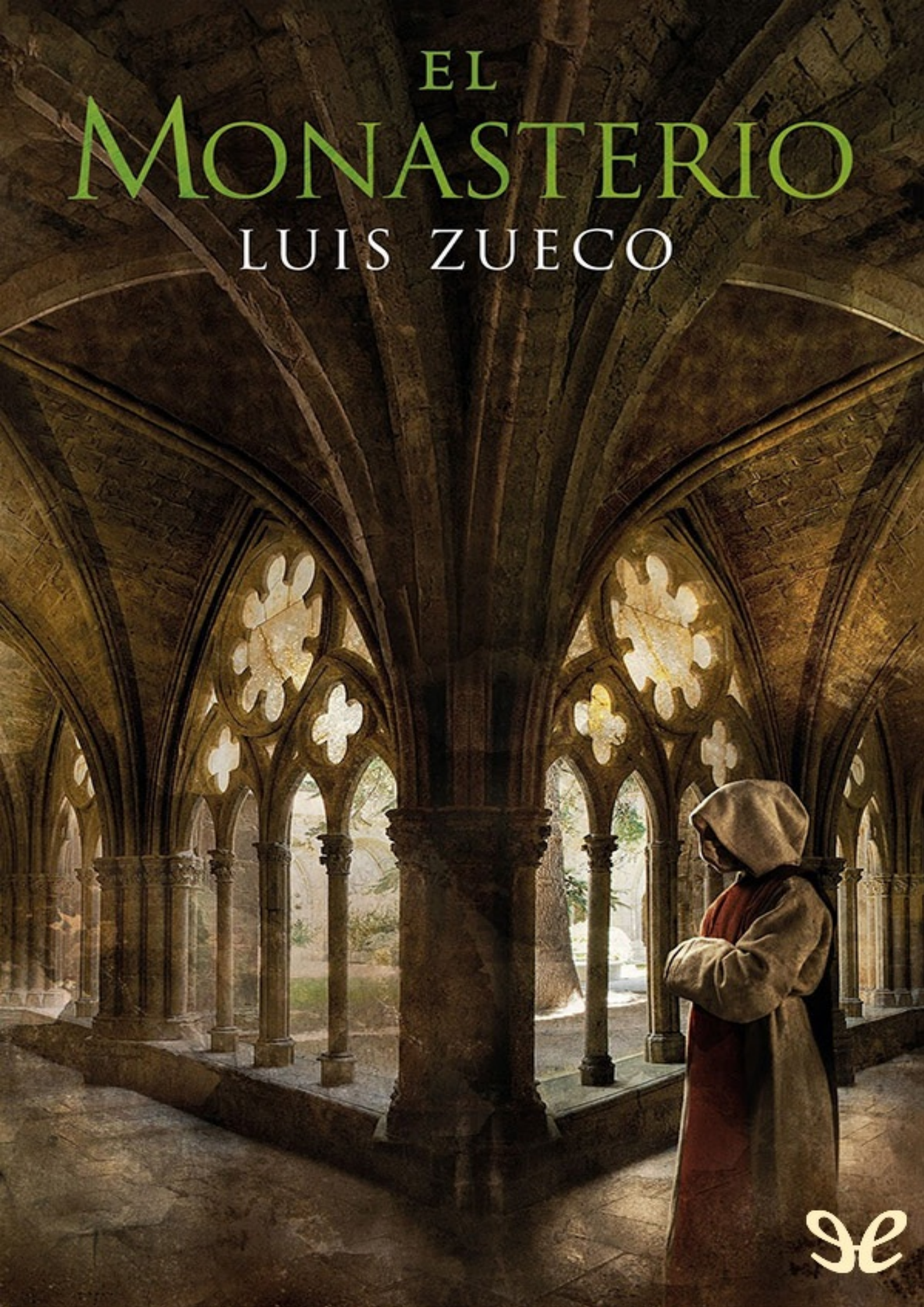
EL MONASTERIO

LUIS ZUECO



El monasterio de Santa María de Veruela aspiraba a ser una ciudad celeste, un fiel reflejo del reino de los cielos, pero lo cierto es que lo habitaban simples mortales. Sus muros fueron testigos de historias de ambición, traición y venganza. Y también de amor, sexo y… muerte.

En las mágicas y misteriosas tierras del Moncayo se asienta uno de los monasterios cistercienses más bellos del mundo. En el siglo XIV es escenario de una cruenta guerra entre las coronas de Castilla y Aragón, y hasta allí llega el joven Bizén con una misión que cumplir: recuperar los restos que yacen en una de sus tumbas, algo a lo que el abad se niega por misteriosas razones.

Pero cuando uno de los hermanos de la abadía aparece asesinado en misteriosas y violentas circunstancias, Bizén se verá implicado en una intriga de peligrosas ramificaciones. Y deberá concentrarse en hallar al culpable si no quiere que su propio secreto sea descubierto.

Luis Zueco

El monasterio

Trilogía medieval - 3

ePub r1.1

Karras 09-12-2018

Título original: *El monasterio*
Luis Zueco, 2018

Editor digital: Karras
ePub base r2.0

Al señor de las aguas: mi padre

Índice de contenido

Mapa

Epígrafe

Prefacio

Dramatis personae

Plano del Monasterio de Veruela

Las horas

Preámbulo

Día primero. Los monjes

1. Maitines

2. El lego

3. El notario real

4. La sala del abad

5. El miedo

6. El refectorio

7. El infante

8. La cilla

9. La sombra

Día segundo. La investigación

10. La enfermería

11. El hermano Rogelio

12. La torre campanario

12 + 1. La cocina

14. La sala de los muertos

15. El cementerio

Día tercero. Las hermanas

16. El lavadero

17. El dormitorio de los legos

18. La nana
19. La vieja del camino
20. Las flores
21. El prisionero de Veruela

Día cuarto. La tormenta

22. La biblioteca
23. El jabalí de plata
24. Las reliquias
25. El nigromante
26. El monje
27. La noche

Día quinto. El jabalí blanco

28. Confesiones
29. Las dudas
30. La iglesia
31. La portería
32. Las compañías blancas
33. El enemigo
34. El ariete

Día sexto. Los muertos

35. Las confesiones
36. La venta
37. El aljibe
38. La familia
39. El estanque
40. El fantasma

Día séptimo. La noche de ánimas

41. Los secretos
42. El calefactorio

43. Los muertos
44. El abad
45. El castillo de Grisel
46. La verdad
Nota del autor
Sobre el autor

TIERRAS
DEL
MONCAYO
MONCAYO
N
CORONA
DE CASTILLA
CUEVA
DE CACO
ALCALÁ
SIGÜENZA
ATIENZA
PASTRANA
GUADALAJARA
REINO
DE NAVARRA
ARAYONA
CORONA
DE ARAGÓN
BORJA
TUDELA

El objetivo de la sabiduría debe ser el poder distinguir el bien del mal.

CICERÓN

Prefacio

Considerada desde la Antigüedad como una montaña mágica, casi sagrada, a mediados del siglo XIV el Moncayo trazaba la frontera entre los reinos de Castilla, Navarra y Aragón. Uno de sus valles fue el lugar elegido por la Orden del Císter para fundar el que se convertiría en uno de sus santuarios más importantes: el monasterio de Santa María de Veruela.

Esta ciudad amurallada pronto produjo todo lo necesario para su funcionamiento, lo que la convirtió en un poderoso y eficiente sistema productivo. Sus habitantes roturaban las tierras, criaban el ganado, explotaban las minas, molinos y herrerías produciendo grandes beneficios.

Pero aunque Santa María de Veruela aspiraba a ser la ciudad celeste, un fiel reflejo del reino de los cielos, lo cierto es que la habitaban simples mortales que, cada noche, giraban el rostro a lo divino para abandonarse a sus bajas pasiones. Los muros de este monasterio fueron testigos de historias de ambición, traición y venganza. Y también de amor, sexo y… muerte.

Dramatis personae

Personajes históricos

Abad Sancho Marcilla Muñoz, abad del monasterio de Veruela desde el año 1362 hasta 1383, su enterramiento se conserva en el muro sur de la sala capitular.

Bertrand du Guesclin, excepcional caballero bretón del rey Carlos V de Francia. Líder de las compañías Blancas, fue enviado para apoyar a Enrique de Trastámara frente a Pedro I el Cruel. Recuperó la frontera aragonesa y fue nombrado primer conde de Borja.

El príncipe de Gales, Eduardo de Woodstock, primogénito y heredero del rey Eduardo III de Inglaterra y padre del rey Ricardo II de Inglaterra. Fue llamado el Príncipe Negro, brillante líder militar famoso por sus victorias sobre los franceses en las batallas de Crécy y Poitiers.

El infante Alfonso, primogénito y heredero del rey Jaime I de Aragón, murió antes que su padre, a los treinta y ocho años, y fue enterrado en el monasterio de Veruela contraviniendo lo indicado en su testamento, donde pedía descansar en el convento de los Predicadores de Huesca.

Hugh de Hastings, caballero inglés que participó en la batalla de Ariñez o de Inglesmendi.

Monjes del monasterio de Santa María de Veruela

El prior Antón, mano derecha del abad, gobierna el monasterio en su ausencia y supervisa todo lo que allí sucede.

El decano Esteban, responsable de la cilla o bodega/almacén del monasterio y encargado de la producción de vino y de otros cultivos, como el aceite.

El decano Adolfo, el monje de mayor edad, ha conocido a los últimos ocho abades de Veruela.

El hermano Cipriano, monje portero, uno de los puestos de más responsabilidad; debe dormir junto a la puerta de entrada del monasterio.

El hermano Julián, más conocido como *el señor de las aguas*, es el encargado de todas las corrientes de agua, acequias, barrancos, embalses y ríos de los dominios de Veruela.

El hermano Timoteo es el arquitecto de la congregación, vela por el buen estado de todas las construcciones.

El hermano Saturio, responsable del herbolario y el semillero; a su cargo están los cultivos de todas las granjas.

El hermano Ramiro es el boticario de Veruela, dispone de una estancia para almacenar todos sus utensilios, libros y herramientas. Cuida de los enfermos.

El hermano Bartolomé, además de ser el encargado de la sala de los muertos, ayuda a los decanos y al prior.

El hermano Rogelio es el monje que atiende la hospedería, donde pueden alojarse forasteros dentro del monasterio.

El hermano Hugo, el más joven de la congregación, todavía no tiene asignada una función específica, pero es el que más tiempo pasa en la biblioteca.

El lego Octavio fue encargado de la cilla. Ahora se encarga de la carpintería y ayuda al decano Esteban.

El lego Prudencio está a cargo de las dependencias de los legos y sus necesidades.

El lego Isidoro es el ayudante principal del arquitecto.

<u>Personajes laicos</u>

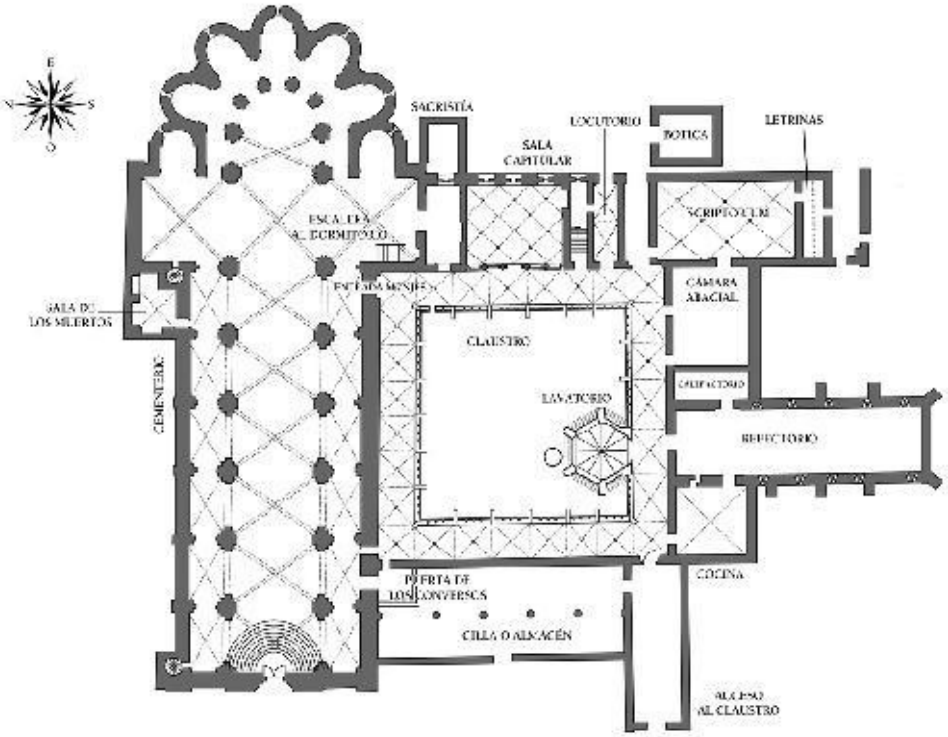
Bizén de Ayerbe, ayudante de un notario real de Zaragoza, lo acompaña para reclamar los restos del infante Alfonso por orden

del rey Pedro IV de Aragón.

Marta y Elena son dos hermanas que viven en los dominios del señorío del monasterio de Veruela.

Atilano y el Tuerto, cedidos al servicio del monasterio, forman parte de la guardia que defiende sus murallas.

PLANO DEL MONASTERIO DE VERUELA



LAS HORAS

La jornada cotidiana dentro de un monasterio cisterciense estaba regulada por las llamadas «horas canónigas» que se establecían en función de la salida y puesta del sol. Estas serían las correspondientes al mes de octubre de 1363, el tiempo en que se desarrolla la novela.

Maitines: antes del amanecer, sobre la 1.30 h.

Laudes: sobre las 3 h.

Prima: a la salida del sol, sobre las 6 h.

Tercia: tercera hora después de amanecer, sobre las 9 h.

Sexta: mediodía, a las 12 h.

Nona: sobre las 14 h.

Vísperas: tras la puesta del sol, en torno a las 18 h.

Completas: antes del descanso nocturno, a las 20.30 h.

Aquella mañana no había un atisbo de viento. Una espesa y heladora niebla avanzaba como un manto, penetrando como cuchillos afilados por todos los rincones del camino. El frío de aquel día era húmedo, el peor que existía. Por mucho que Antonio Martínez de la Peira se cubriera con la capa de lana que portaba, no podía evitar tiritar. Tenía los dedos tan entumecidos que apenas lograba sujetar las riendas del caballo. Parecía como si el mismísimo infierno se hubiera helado y la niebla fuera un aliento que proviniera de sus más profundas entrañas. Estaba convencido de que aquel endiablado tiempo era castigo divino por la guerra entre reyes cristianos que se llevaba librando desde hacía demasiados años.

Él era notario general por toda la tierra y señorío del rey de Aragón, aunque no era oriundo de ese reino. Había nacido en la costa, en una villa de nueva fundación, Bilbao, de la que tuvo que emigrar siendo niño. Antonio Martínez de la Peira, a quien todo el mundo llamaba don Antonio, era uno de esos hombres en los que, aunque uno esté observándole todo el día, resultaba imposible descubrir la edad que realmente tenía. Siempre iba callado, examinando todo a su paso. Sus ojos se clavaban sobre cualquier objeto o detalle que le llamara la atención, y sus oídos se abrían a todas las conversaciones, por banales que parecieran.

Don Antonio solía aceptar todo tipo de encargos, no como la mayoría de sus competidores, que se circunscribían a las grandes ciudades del reino. Había oído las historias que se contaban sobre la tierra a la que se dirigían y, aun así, había accedido a viajar hasta ellas. Porque él era hombre pragmático y siempre guardaba cierta incredulidad hacia todo lo que fueran leyendas o habladurías, que de eso tenía harta experiencia, y sabía que la mayoría resultaban falsas e interesadas, otras se alimentaban de la ignorancia y, la mayoría, solo eran un cúmulo de casualidades.

Así que mantenía un alto grado de recelo sobre todo lo que contaban de aquella montaña junto al gran río Ebro, justo en la frontera entre los tres grandes reinos cristianos al sur de las montañas del Pirineo.

La compañía que escoltaba a don Antonio estaba protegida por ocho hombres de armas dirigidos por Ramiro de Aguilera, un curtido caballero que hacía pocas preguntas y que había sido el único que accedió a llevarlos hasta aquellas tierras fronterizas. Tampoco había sido fácil encontrar un notario como él. Los frailes del convento de los Predicadores de Huesca le habían pagado bien por aceptar el encargo. De la reunión que mantuvo con ellos, don

Antonio había deducido que aquel era un viaje que los frailes llevaban largo tiempo anhelando, esperando que se propiciaran las circunstancias idóneas y por fin debían de haberse producido, aunque no sabía exactamente los motivos.

Habían cabalgado por la amplia ribera del frondoso río Ebro hasta su último afluente, el Huecha, antes del vecino reino de Navarra. Allí remontaron el cauce y siguieron por un valle que discurría por una planicie. La niebla les ocultaba de los castillos que lo controlaban, aunque el notario real sabía que existían más peligros que salvar hasta llegar a su destino que las fortalezas que se encaramaban a su paso sobre los riscos y cerros.

En la capital del reino había corrido la voz de que el príncipe de Gales acababa de cruzar los Pirineos con un potente ejército formado por seis mil mercenarios, más de dos mil aquitanos y, al menos, mil ingleses. Todo ello gracias al beneplácito del rey de Navarra, que intentaba mantenerse equidistante de sus vecinos, como si eso fuera posible. El monarca navarro parecía ignorar un axioma de cualquier guerra: cuando dos reinos se enfrentan, solo puede haber aliados o enemigos. Y eso se podía extrapolar a cualquier conflicto. Las medias tintas solo son para épocas de paz, y esta no era una de ellas.

El príncipe de Gales tenía el firme propósito de apoyar al depuesto rey de la Corona de Castilla, Pedro el Cruel, que se preparaba para reclamar su trono. Se auguraban fatídicos tiempos de guerra. Don Antonio dudaba de si volverían a alcanzar la Corona de Aragón. Hasta ese momento el monarca aragonés había apoyado a Enrique de Trastámara, el rey usurpador de Castilla, y había poderosas compañías de mercenarios franceses asentadas en el Moncayo para proteger la frontera. Era probable imaginar que los franceses estarían dispuestos a combatir al príncipe de Gales en cuanto el rey usurpador las reclamara y les prometiera oro. Los reinos de Inglaterra y Francia llevaban varias décadas guerreando, cansados y aburridos de pelearse por tierras de Normandía y Aquitania. El sur de los Pirineos parecía su nuevo escenario de batalla. Como si estuvieran dispuestos a guerrear durante cien años si hiciera falta.

Aunque nunca se luchaba antes de Cuaresma, los franceses no podían permitirse regresar a sus feudos. Así que habían permanecido en el Moncayo buscando la manera de sobrevivir hasta que retornaran las hostilidades en verano. Que el príncipe de Gales hubiera cruzado los Pirineos lo cambiaba todo, y a bien seguro precipitaría los acontecimientos.

Con estos prolegómenos, nadie en el reino se atrevía a acercarse a la frontera con Castilla, pero el notario real olía una oportunidad donde otros solo percibían peligros e imprudencia.

La compañía prosiguió por una calzada empedrada, que llevaba hasta una aldea de nombre Bulbuente, propiedad del monasterio al que se dirigían. Un puñado de chozas en torno a un castillo con una torre desmochada, cuyos muros se habían hundido hacía escasas fechas a tenor de los restos todavía en pie. La fortaleza mostraba evidencias de un incendio, con una acusada brecha en su muralla. Aunque su aspecto era lastimoso, guardaba vestigios de haber sido una construcción poderosa.

—No es bueno acercarse —advirtió Ramiro de Aguilera montado en un imponente corcel castaño—, esas ruinas pueden guardar malas sorpresas.

El caballero que dirigía aquel grupo tenía un cuello abultado, era de pronunciada cabeza y en su cara ancha refulgían dos ojos profundos y pardos, que miraban desafiantes, reafirmando su gallardía y entereza.

Don Antonio sabía percibir con rapidez la personalidad de los hombres, lo había aprendido después de muchos años participando en pleitos, testamentos y demás disputas que sacaban lo peor de cada uno. Había visto familias reñir y dejar de hablarse por un par de maravedís, otras entregar a niñas de seis y siete años a maridos cuarenta años mayores que ellas a cambio de heredar. Incluso estaba convencido de que varias extrañas muertes que había certificado tenían poco de naturales y mucho de la mano de sus cónyuges. Así que pronto se percató de que Ramiro de Aguilera era un hombre prudente, que sabía cuándo sacar la espada y cuándo enfundarla; y eso le tranquilizaba porque a medida que se adentraban más en el valle aumentaba la sensación de que otros observaban sus movimientos.

—¿Creéis que habrá gentes con vida en ese castillo? —preguntó don Antonio señalando a Bulbuente.

—No tengo la intención de acercarme ni a ese ni a ningún otro castillo —respondió tajante Ramón de Aguilera—, casi todos los del Moncayo están ocupados por los franceses y os aseguro que no querréis encontraros con ellos, en especial con su capitán.

—¿Y eso por qué?

—Ya veo que no habéis oído hablar de Du Guesclin.

—Aún no he tenido el gusto.

—¿Gusto? ¡Es feo! Feo como un demonio. —El resto de los hombres de armas de la compañía se echaron a reír.

—¿Cómo decís?

—Sabed, notario, que su fealdad es legendaria. Dicen que tiene la cabeza enorme, el cuerpo grande, las piernas cortas, los ojos pequeños y hundidos. —Se explayó en detalles Ramiro de Aguilera—. Con un mirar vivo y penetrante, tiene la nariz aplastada y los pocos dientes que le quedan luchan entre sí por escapar de su boca. Seamos justos, la verdad es que Du Guesclin debe muy pocos favores a la naturaleza.

—Qué desgracia. —El notario real se imaginó semejante engendro de Dios y pensó si no estaría exagerando Ramiro de Aguilera.

—Pero no os confundáis, lo que Du Guesclin tiene de feo lo posee también de excelente soldado. Con una fuerza extraordinaria, maneja las armas con singular destreza, es duro y violento, e invencible —afirmó en un tono totalmente distinto—; el rey le nombró conde de Borja, que solo está a una jornada de aquí y es una de las ciudades más importantes del reino. Os aseguro que nadie quiere encontrárselo en un campo de batalla.

Don Antonio sabía de la fiereza de los mercenarios franceses que había llamado el rey para defender la frontera, y con mucho éxito, pero para él la guerra era algo desconocido. Jamás había empuñado un arma, su pluma y su cabeza eran todo su arsenal.

El notario real llamó entonces a su ayudante, Bizén de Ayerbe. Él siempre se hacía acompañar de uno de sus aprendices porque necesitaba que le ayudaran con las notas y las transcribiera. Don Antonio ya no estaba para perder el tiempo con esos menesteres.

De entre sus discípulos aquel no era el más aventajado, pero no había tenido más remedio que contar con su presencia. El motivo era bastante sencillo, sus otros aprendices rehusaron el viaje por las razones más variopintas: la enfermedad del padre de uno de ellos, la asistencia a una repentina boda de un familiar y, la más extraña, un repentino dolor de tripas.

Que ya tenía que ser fuerte para decir que no a tan importante encargo.

Sea como fuere, Bizén de Ayerbe había sido su última y única opción.

A nadie se le escapaba que era un joven inexperto, la barba perfectamente rasurada no le ayudaba a parecer mayor; al menos sí tenía una constitución

fuerte y montaba bien a caballo.

El notario real aún no tenía una opinión formada de él. Sí creía que tenía potencial, aunque por otro lado no lo había visto aplicarlo de modo alguno desde que entró a su servicio. Esa sería su última oportunidad, si no cumplía se desharía de él, que escribanos los hay a patadas en cualquier ciudad del reino.

Con la torre del castillo de Bulbuente perdida entre la niebla, la compañía se detuvo frente a un sencillo puente de madera. A partir de ese punto el río se sumergía en la tierra y desaparecía por completo.

—Quizá sea más seguro seguir sobre su cauce —sugirió Ramiro de Aguilera, que dio varias instrucciones a un par de sus hombres—, nos debería guiar hasta cerca del monasterio.

—El Císter siempre construye sus cenobios en las proximidades de una fuente de agua abundante —comentó fray Jorge—, ese monasterio no puede estar lejos.

El cauce seco del río estaba formado por un espeso manto de cantos rodados, sobre el cual los caballos marchaban con cierta ligereza. Las orillas estaban poco pobladas de vegetación y la niebla todavía era más densa en el fondo del desaparecido río.

Llegaron hasta otro puente, esta vez de piedra. Fue ahí donde abandonaron el cauce y prosiguieron por la calzada que salía del río hacia Levante. La compañía alcanzó la siguiente población, donde se alzaba otro castillo en ruinas. No había fuegos en las casas y era difícil saber si se hallaban habitadas o si todos habían huido de ellas. No quedaba más remedio que pasar cerca de sus muros, pues así lo obligaba el camino. Con la niebla cada vez más baja, costaba ver al jinete de enfrente, por lo que resultaba inviable buscar otro trayecto que evitara aquella ruinosa plaza.

Aquella plaza tenía que ser la última antes de llegar al monasterio. Los caballos estaban extenuados, el camino se volvía empinado de manera evidente y el frío era más acusado con cada tramo que ascendían.

La vegetación había ido cambiando, estaban cruzando tierras rotuladas, donde los árboles habían sido sustituidos por cultivos agrícolas. Había un profundo silencio, no sonaba un guijarro, no caía una hoja, el aire estaba inmóvil y pesaba sobre los hombros de los viajeros. Se trataba de un silencio de muerte. El mismo aspecto extraño y temeroso ofrecía la niebla,

arremolinada a su alrededor, como queriendo convertirles en sus prisioneros. Y en el fondo, así era.

Fue solo un silbido, nadie se percató de que con la niebla no podía soplar ningún viento.

De pronto surgieron las sombras, como animales salvajes. Los caballos fueron los primeros en percibirlas, se agitaron y relincharon como cerdos ante el día de la matanza. Un grito en la parte de atrás de la formación lo confirmó, pero para entonces ya era demasiado tarde para huir.

Uno de los últimos hombres de armas que protegían la compañía cayó fulminado. Su compañero tuvo que esquivarlo para que las patas de su caballo no lo pisotearan y, cuando quiso comprobar qué le había pasado, algo tiró con fuerza de su pierna y se precipitó contra el suelo. Intentó incorporarse y entonces sintió una mano sobre su frente y un filo rajó su garganta de lado a lado, produciendo un sonido estremecedor.

—¡Es una emboscada! ¡Hay que dispersarse! —gritó de inmediato Ramiro de Aguilera.

El caballero desenfundó la espada buscando con quién cruzarla. Los enemigos que les rodeaban parecían fantasmas. Solo los gritos de dolor de sus hombres y los relinchos de los caballos dejaban constancia de la presencia de sus asaltantes, quienesquiera que ellos fuesen.

Ramiro de Aguilera agarró fuerte su arma y centró su mirada en un punto brillante a su derecha. Apenas podía ver nada, así que acompasó su respiración para poder escuchar con atención lo que le rodeaba. Solo debía esperar el momento adecuado y este llegó cuando escuchó un leve crujido. Entonces lanzó el filo hacia su derecha.

La sangre le salpicó todo el rostro y el gemido de dolor le revoloteó en sus oídos.

Tenía la visión manchada, así que agitó la cabeza para librarse de la sangre de su oponente.

Entonces otro enemigo llegó a su espalda, no tenía tiempo para volverse, así que giró su muñeca y pasó la espada bajo su axila para clavarla en el cuello de la figura que iba a golpear su cabeza con una maza. A continuación, se volteó hacia la derecha y le remató empujándole para que cayera bajo las patas de su caballo.

No podía quedarse inmóvil, arreó a su montura y avanzó de frente dispuesto a rebanar a cualquiera que se encontrase a su paso y, de repente, dos figuras oscuras se dibujaron frente a él. Alzó su brazo presto para descargar el filo de su espada… Pero se detuvo al encontrarse con los rostros desencajados del notario real y su discípulo.

—¡Por amor de Dios! ¿Qué hacéis? ¡Salid de aquí! —Y empujó sus monturas—. ¡Huid!

—¿Hacia dónde? —preguntó el notario real, aterrado.

—Adelante, el monasterio está cerca… ¡Corred! —insistió desesperado.

Don Antonio y su aprendiz arengaron a sus caballos y se perdieron en la niebla, mientras Ramiro de Aguilera giraba su montura justo cuando una lanza le derribaba de su caballo.

Don Antonio y su aprendiz galoparon sobre sus monturas en la inmensidad de la noche, convencidos de que cualquier lugar adonde fueran sería mejor que aquella emboscada. El miedo los impulsaba en aquella huida desesperada. Sus caballos saltaron por encima de un árbol caído y se cruzaron entre dos troncos tan próximos que los rozaron con los brazos. Parecía que los dos bravos animales también eran conscientes de que debían escapar para salvar la vida, así que lejos de asustarse con los obstáculos los esquivaban como si fueran capaces de ver a través de la espesa niebla. Aun así, don Antonio casi fue derribado por una rama. El golpe le supuso un corte superficial en la mejilla y su caballo siguió al galope, dejándole claro que continuaría con o sin él.

Cuando se recuperó del impacto giró la cabeza para comprobar que su aprendiz le seguía, y así era. Sus monturas estaban extenuadas, y ellos, perdidos, por lo que don Antonio hizo una señal y bajaron el ritmo. El notario miró a su alrededor: estaban en el interior del bosque, rodeados de una espesa niebla.

No sabía por dónde seguir y sentía que estar detenidos era todavía peor idea. Entonces un engendro oscuro apareció frente a ellos. Era como si fuera uno de esos centauros que describen en los bestiarios, mitad hombre mitad caballo, y portaba una ballesta que apuntaba hacia ellos.

—Somos hombres del rey de Aragón —le espetó don Antonio—, ¡no disparéis, por compasión!

Aquella sombra no la tuvo y un dardo surcó la noche.

DÍA PRIMERO

LOS MONJES

1

Maitines

Monasterio de Santa María de Veruela,

28 de octubre del año 1366

El hermano Saturio fue el primero en despertarse con el sonido del reloj mecánico. Dormía en una sala común con los otros monjes, a excepción del abad. Las camas se reducían a un simple armazón de madera sobre el que se colocaba un jergón de paja. A la de un monje anciano le seguía la de uno más joven, y así sucesivamente. Todos ellos dormían vestidos y ceñidos, para poder levantarse rápido a la hora de maitines, que tenía lugar pasada la medianoche.

Aquella mañana le había costado despertarse. Se encontraba como agarrotado y aturdido después de un profundo sueño. No recordaba haber dormido así en años. Pero a pesar de su inusual tardanza, cuando miró a sus hermanos, estos todavía estaban desperezándose y alguno incluso permanecía aún en su catre.

El hermano Saturio era el monje encargado del herbolario. Su tez era oscura, tenía una prominente nariz y se movía con lentitud, pero no debido al cansancio, sino por el hábito arraigado de su oficio. Después de tantos años dedicado al cuidado atento de cada una de sus plantas, a los injertos que les practicaba y a la colección de las semillas que había ido atesorando, se había vuelto un hombre paciente. El paso del tiempo y la estricta regla de san Benito, que organizaba la vida en aquel monasterio, había apaciguado su espíritu, antaño rebelde y enérgico.

Estaba orgulloso de su trabajo junto al decano Esteban. Entre ambos habían logrado mejorar las cepas de vino en las tierras del monasterio que, en

opinión de los monjes, tan buen resultado estaban dando. Hasta el abad estaba entusiasmado con ese nuevo vino que elaboraban con las garnachas que cultivaban.

A pesar de todo el tiempo que llevaba viviendo a los pies del Moncayo, Saturio todavía no se había acostumbrado a la vida en el monasterio. Recorría sus amplias galerías rodeado de aquellos capiteles esculpidos con maestría siempre fiel al voto de silencio. Los ayunos y los ejercicios para controlar su cuerpo que tan insufribles le resultaron los primeros años, ahora le permitían disfrutar de sus inmensos beneficios. Sin embargo, había otros aspectos con los que aún no había logrado conciliar.

Le gustaba despertarse temprano y bajar a la iglesia sin apenas luz, porque los muros blanquecinos de Veruela parecían entonces tener vida propia. El silencio era interrumpido de forma intermitente por toda clase de ruidos propios de un edificio de semejantes dimensiones. Los silbidos del aire que se colaba a través de las ventanas, el crujir de los techos, el rechinar de las puertas, así como una nutrida variedad de bestezuelas que vagaban por bóvedas, galerías, sótanos y pasillos. Aquel lugar parecía tener múltiples recovecos e infinitas estancias. A menudo, el hermano Saturio se preguntaba si semejante construcción no desafiaba la voluntad de Dios, si las altas bóvedas de piedra que coronaban su iglesia no representaban una muestra de vanidad a los ojos del Creador.

¿No tenía que ser el hombre humilde? Un verdadero cristiano no necesitaba toda aquella ostentación. Solo la palabra del Señor debería bastarle. ¿Por qué construir entonces iglesias tan sublimes? ¿Por qué amasar tantas riquezas? Cuando Jesús estuvo en la tierra no precisó de ellas.

Estos pensamientos atormentaban su vida en Veruela, pero no se atrevía a compartirlos con nadie porque aquellos muros parecían tener ojos y oídos.

Se levantó y caminó hasta el ventanuco que servía para airear el dormitorio común.

«Hoy tampoco levantará la niebla», pensó.

Al abandonar la protección de las mantas pudo sentir el frío. El monasterio estaba enclavado en la parte alta del valle, en plena montaña, y los inviernos se hacían duros. La nieve y el viento gélido eran habituales en aquellas cotas, no así la niebla.

«No hay nada que más deteste», repitió para sí mismo el monje.

Y no le faltaba razón. Cada día que pasaban sin ver el sol, la humedad aumentaba y el frío se metía hasta el tuétano de los huesos. La temperatura no variaba en todo el día, ni un rayo de sol lograba atravesar el escudo que envolvía todo el valle, que parecía petrificado.

Siguió hacia la escalera. Al final del dormitorio se asomó al lugar donde solía dormir el hermano Bartolomé, cuyos ronquidos perturbaban el obligado silencio que debían guardar los monjes. Le pareció extraño ver que era el único que aún seguía acostado.

Ataviado con el hábito blanco y el escapulario negro de la Orden del Císter, abrió la estrecha puerta y descendió por la escalera que daba al templo. Se usaba tan solo en los rezos a las horas más oscuras, para no perder tiempo al despertar y poder así llegar puntuales al oficio, como ocurría en ese momento, en maitines.

Los peldaños eran altos y le costaba bajarlos con tan poca luz. Nada más pisar la escalera, el frío le subía por los pies como un líquido que brotara del suelo. En horas tan tempranas, el templo era un inmenso nevero sumido en la oscuridad más absoluta. Apenas se apreciaban las numerosas inscripciones sobre los muros de piedra que habían sido blanqueados y decorados con unas líneas rojizas similares a las de un despiece de sillares.

A su lado estaba el reloj mecánico, la última y costosa adquisición del monasterio. Un abultado cubo de madera hermosamente pintado y lleno en su interior de engranajes, poleas y cilindros. El ingenio tenía fascinados a todos los monjes, pues lograba dar la hora tanto por el día como por la noche. Solo era necesario recalibrarlo a la salida del sol, pues solía retrasarse algún minuto al terminar la jornada.

Oyó unas pisadas tras él.

—Encended las velas —ordenó el prior Antón, que no le gustaba ser el segundo en llegar al rezo.

El hermano Saturio asintió. El prior era un monje sosegado que gozaba de un enorme respeto y consideración en el monasterio.

En medio de la penumbra, mientras avanzaba por el crucero, el monje herborista sintió el peso de la inmensidad del templo concentrarse sobre sus hombros, como si fuera un atalante. Tragó saliva, le costaba llenar los pulmones con aquel aire gélido. Avanzó con pequeños pasos, dejó a su derecha la sacristía y a la izquierda la puerta del claustro, siguió el crucero

hasta el inicio del deambulatorio donde, en las grandes ocasiones —como en el próximo día de Todos los Santos—, se mostraban las preciadas reliquias que atesoraba el monasterio, el auténtico tesoro de Veruela.

Al llegar al altar se percató de que olía de manera extraña; pensó que quizá después de la oración convendría buscar el origen de aquel hedor. En ocasiones, algún gato de los que cuidaban el huerto se colaba dentro del templo y dejaba restos de comida o heces, que el hermano Saturio se apresuraba a limpiar. Puesto que aquellos animales eran su responsabilidad —tenía ocho gatos a su cargo—, todos ellos respondían por su nombre y lo obedecían la mayor parte de las veces. Solo había un rebelde, Nube, de ojos azules y pelaje blanco. Pero sin duda al que más apreciaba era a uno pardo al que llamaba Caco, que era el que acababa con los roedores que se acercaban a su semillero y también el más cariñoso, siempre maullando para reclamar su atención. Le había puesto ese nombre por una leyenda que circulaba por el Moncayo, según la cual, hacía miles de años visitó esas tierras un héroe antiguo llamado Hércules y ahí se encontró con el gigante Caco, que burló al extranjero y le robó un rebaño de ovejas.

Llegó tras él otro monje de pobladas cejas, con el pelo blanco como la nieve, algo pasado de peso y encorvado. Se trataba del hermano Timoteo, el responsable de las obras de las abundantes posesiones de Veruela, desde granjas hasta iglesias, pasando por castillos y palacios. En la congregación lo llamaban el Arquitecto y era habitual verle concentrado realizando dibujos de los edificios en pergaminos, tomando medidas con extraños aparatos que encontraba en los libros que los monjes atesoraban en el *scriptorium* o dirigiendo las obras de cualquiera de las posesiones del monasterio. Estaba prácticamente sordo, se decía que por culpa de una caída desde un andamio cuando trabajaba en Roma, antes de llegar a Veruela.

—Voy a encender los cirios —afirmó el hermano Saturio, deseoso de tener algo de claridad allí dentro.

—¿Cómo decís? —Timoteo se acercó para oírle mejor.

—Que voy a encender —repitió el hermano Saturio, sabedor de que había que hablarle muy cerca y repetirle las cosas a menudo.

El monje herborista fue hacia su izquierda, palpó el muro de piedra con sus manos hasta dar con la parte alta de una mesa, allí estaban las lascas. Las tomó entre los dedos y las golpeó sobre el antorchero. Al segundo intento la llama prendió. Con ella encendió los cirios que iluminaban la escalera para

que el resto de los hermanos descendieran más fácilmente. Después, tomó una vela y se acercó hasta donde se encontraba el Arquitecto con otro par de cirios, que usaron para iluminar la entrada del claustro.

Aquella luz era como una solitaria estrella en una noche nublada, que poco a poco fue teniendo más compañeras. En maitines no alumbraban el templo en su totalidad, solo la vía sacra hasta el coro, que es donde se celebraba el oficio. Allí encendió otros dos grandes cirios cerca de las Sagradas Escrituras y juntos esperaron la llegada del resto de los monjes.

Uno a uno, descendieron al templo en absoluto silencio, con el rostro cansado, caminando despacio hasta llegar al coro. Una vez allí, los miembros de la comunidad alzaron su voz llenando con sus cánticos la inmensidad del templo de Santa María de Veruela, que cobraba vida propia cada vez que los hermanos cantaban, como si la piedra fuera capaz de vibrar con sus voces.

Cuando el prior dio por concluido el rezo, todos los monjes se levantaron al unísono. Él mismo apagó los dos grandes cirios de la entrada del coro para encabezar después la marcha por la vía sacra de la nave central hacia la puerta del claustro, que otros dos hermanos, Saturio y Timoteo, se disponían a abrir. Fue entonces cuando se coló por ella un gato, Caco, que los miró sin inmutarse.

—¿Qué hace ese animal suelto? —espetó enojado el hermano Julián, el más irascible de todos—. No puede estar dentro del monasterio.

El decano Esteban fue hacia él para atraparle, pero el animal le esquivó, aprovechándose de su prominente panza y escasa movilidad, y escapó por el crucero.

—¡Cogedle! —gritó el prior.

Para entonces el resto de los monjes ya corrían detrás del gato. Se coló por debajo del hábito del Arquitecto, sorteó con agilidad al hermano Ramiro, el boticario. Luego se detuvo frente al más joven de los monjes, maulló y retrocedió para colarse entre dos antorcheros. Los hermanos Saturio y Timoteo salieron entonces a su paso, rodeándolo. Caco los observó y cuando estos se disponían a cazarlo, hizo dos rápidos movimientos de izquierda a derecha, para dejarlos en evidencia y escabullirse por la nave del evangelio, amparado en la oscuridad que inundaba aquella parte del inmenso templo.

—No podemos ver nada —lamentó el Arquitecto, más acostumbrado a trabajar en la bóveda de la iglesia que a correr bajo ella.

—Hay que encontrar a ese animal. —Otro de los monjes se esforzaba en dar con él entre la penumbra.

—Caco es más listo que vosotros —reía mientras el decano Adolfo, el monje más anciano, que apoyado en su bastón disfrutaba de la escena—, ¡corred, corred! —les decía al resto de los monjes.

—Hermano Adolfo. —El prior le miró regañándole con la mirada.

Los monjes, con los hábitos blancos remangados, buscaban sin éxito al endiablado gato. Con los antorcheros encendidos, los numerosos sepulcros y altares que había en las naves laterales formaban un mar de sombras.

Solo el más joven de los religiosos permanecía inmóvil junto al deambulatorio.

—¡Hugo! ¿Qué hacéis ahí parado? —El hermano Saturio le llamó la atención—. Deberíais ser el primero en perseguir a ese gato del demonio, ¡vamos!

Pero el monje no se movió.

El prior Antón se dio cuenta de que tenía la mirada clavada en un punto determinado del templo. Observó por un instante al joven de pelo rapado y aspecto endeble, mientras el resto perseguía sin éxito al gato pardo. El prior advirtió cierta preocupación en su rostro.

Fue hacia él.

—Hermano Hugo, ¿qué ocurre?

—Allí —y señaló el altar.

El prior dirigió sus ojos hacia ese lugar y dio un par de pasos en la dirección de la mirada del joven cisterciense. Un bulto sobre el suelo se adivinaba entre las sombras.

—¿Qué es aquello? —El prior forzó la vista—. ¡Traed más luz aquí!

Uno de los monjes llegó con un velón.

—Aquí tenéis, ¿está ahí ese gato?

—No lo sé —le dijo el prior con un largo suspiro.

Ni el prior ni el monje avanzaron hacia él, fue el hermano Timoteo quien finalmente caminó con otro velón en la mano y se detuvo a escasa distancia

del altar. Acercó la luz y de inmediato se santiguó, dio un paso atrás y miró horrorizado al resto de los monjes.

—¿Qué ocurre? —El prior estaba preocupado y, además, no podía ver con precisión desde tan lejos.

—No nos escucha —le recordó el hermano Bartolomé señalando su oído.

—¡Timoteo! —gritó más fuerte—, cada día está más sordo…

El hermano Timoteo se arrodilló sin pronunciar palabra.

—¿Qué hacéis? —el prior fue directo hacia él—, hermano, ¿por qué…? ¡Virgen santa! —Y también se santiguó.

—¿Qué ocurre prior? —el decano Esteban llegó de inmediato—, ¿qué sucede? —insistió ante la falta de respuesta.

—Hay un hombre tendido en el suelo —y el prior señaló un cuerpo inerte sobre la piedra—. ¡Y está muerto!

Todavía no había amanecido cuando Atilano cruzó por el huerto del semillero y después entre los viñedos del interior del monasterio, hasta las proximidades de la muralla de poniente. Tenían que darse prisa, estaba ya amaneciendo. Su compañero, el Tuerto, apareció por detrás de la herrería empujando una carreta con un abultado fardo. El Tuerto era bastante más ligero y enjuto que su compañero, y se movía con soltura. Llegó rápido hasta la esquina, donde ya le esperaba Atilano.

—¿Te ha visto alguien?

—No, Atilano, estaba despejado tal y como nos dijo —respondió alargando la última sílaba.

—Vamos. —Atilano tomó la carretilla y la empujó con brío, mientras el Tuerto se adelantaba y corría hasta la muralla.

—¿Dónde está ese lego? —preguntó Atilano.

—Eso digo yo.

—Aquí estoy —y el hermano Prudencio apareció—, ¿por qué habéis tardado tanto?

—No era tan fácil —afirmó el Tuerto.

—Tú siempre quejándote, ¡vamos! Que aún os va a ver alguien.

Fue entonces cuando se escuchó lo que parecía el aullido de un lobo.

—¡Santo Dios! —El Tuerto echó mano al interior de su capa y dobló su cuello para dejar ver un trozo de pergamino que allí llevaba cosido, lo besó tres veces y murmuró una especie de plegaria.

—¡Mierda! Tuerto, deja esas tonterías —le recriminó Atilano.

—No son tonterías.

—¡Nos van a descubrir! ¿A qué esperáis? —El lego estaba muy nervioso y no dejaba de mirar a un lado y a otro.

Los dos hombres cruzaron por el portón de la muralla que les abrió el joven.

—¡Idos de una vez! —insistió el hermano Prudencio.

—No me fío ni un pelo de este —murmuró el Tuerto.

—Yo tampoco.

—No hay manera de que algo nos salga bien… —El Tuerto se encogió de hombros—. Tú al menos puedes decir que te ha mirado un tuerto… pero yo… —y se señaló el ojo que le faltaba.

—Ya estás con tus sandeces. —Atilano hizo ademán de soltarle una bofetada—. No sé por qué me junto contigo.

—Porque nadie más te hace caso.

—¿Cómo te atreves? —Y mostró su indignación—. Yo soy Atilano, pronto partiré de aquí a guerrear al Mediterráneo, me conocerán en Cerdeña, Sicilia y Atenas.

—Por ahora te encargas de custodiar las reliquias en los días de fiesta y te conocen en las cuatro granjas que hay a un tiro de piedra.

—Todo se andará —murmuró Atilano apretando los puños.

—Ya, pero como no empieces pronto, te van a salir canas y la espada te servirá de bastón —apuntilló el Tuerto.

—¡Qué dices! Yo blandiré mi espada contra infieles y herejes.

—Sí, contra conejos y perdices —espetó el Tuerto casi susurrando.

—Pero ¿se puede saber qué estás murmurando?

—Nada, que me gustaría ser vuestro escudero cuando partáis a luchar con infieles, montado en un burro… —Y se echó a reír.

—¡Serás gañán! —y amenazó con golpearle—, ¿por qué te crees que hacemos esto? Con lo que me saque tendré para una espléndida cota de malla, escudo y caballo.

—Mucho es eso, ¿no crees, Atilano?

—Qué sabrás tú…

—Pues lo mismo que tú, que hemos sido vecinos desde que nacimos.

—Basta de chácharas, que no tenemos tiempo.

Los dos hombres empujaban la carreta por la tierra blanda, cuando se oyó un ruido.

—¿Qué ha sido eso? —El Tuerto miró a un lado y a otro, aterrado—. Hay alguien, ¡nos han descubierto!

—¿Te quieres callar?, si sigues gritando claro que nos descubrirán —apostilló Atilano—. Tira para la acequia, ¿o es que tengo que hacerlo yo todo?

El ruido volvió a oírse.

—¡Vamos! —Atilano le hizo señales para que corriera.

—Maldita sea… Es la última vez que te hago caso.

Un alarido retumbó cercano y el Tuerto volvió a sacar el trozo de pergamino y a besarlo de forma afanosa.

—¡Qué haces, calamidad!

—Son los espíritus de la noche…

—¡No digas sandeces!

—Sí, sí, son ellos.

—Si así fuera ya estaríamos muertos. Mira, es un hombre que está gritando en la puerta del monasterio.

—¿A estas horas? Eso no puede presagiar nada bueno… —Y volvió a echar mano al interior de su capa.

—Cállate ya, Tuerto —murmuró Atilano—, deja de quejarte y empuja con fuerza, que tenemos que llevar esto hasta el molino.

2

El lego

El hombre que yacía en el suelo de la iglesia tenía el rostro apoyado en el pavimento y vestía el hábito marrón de los hermanos legos del monasterio. El hermano Timoteo se agachó y, no sin cierto reparo, tomó la cabeza entre sus manos y la giró con delicadeza. No podía creer lo que estaba viendo, se santiguó y se incorporó llevándose la mano al pecho.

El cadáver tenía los ojos abiertos y la mirada fija, como si mirase al monje. Presentaba un corte alargado en el cuello, del que manaba aún la sangre fresca igual que cuando se degüella a un cerdo en época de matanza. Al final de este se encontraba clavada la daga con la que se había llevado a cabo la herida mortal.

—Es… —el hermano Timoteo apenas podía pronunciar el nombre—, es uno de los hermanos legos, ¡Octavio!

Los monjes se santiguaron de inmediato y el prior se adelantó hasta el muerto e hizo el gesto de la cruz en el aire.

—Pero ¿cómo es posible? ¿Quién ha podido hacerle esto?

Todos los allí presentes se acercaron temerosos y horrorizados ante aquel terrible descubrimiento.

—Hermano Ramiro, sois el boticario, os ruego que lo examinéis —ordenó el prior.

El boticario le tomó la mano derecha y la encontró rígida. Acto seguido, le abrió el hábito para comprobar si tenía más heridas, pero solo halló la piel desnuda, pálida y fría. Miró de nuevo los ojos abiertos del muerto, puso su mano sobre el rostro del difunto y le bajó los párpados.

—Prior, nadie puede entrar en la iglesia de noche. Él no debería estar aquí, es un lego… Las puertas están cerradas para ellos, ¡para todos! —intervino el decano Esteban.

—Lo sé, no perdamos la calma. —El prior pidió tranquilidad al resto de la congregación—. ¿Quién fue el primero de nosotros en bajar para maitines?

—Fui yo, prior —respondió el hermano Saturio—, vos mismo me visteis descender por la escalera.

—¿No había nadie más cuando entrasteis en la iglesia?

—No.

—¿Estáis seguro? —insistió el prior.

—Bueno, había todavía poca luz… —se excusó el hermano Saturio—, pero yo no vi a nadie.

El hermano Timoteo seguía de rodillas junto al cadáver, aún conmocionado por lo acontecido. Otro monje se colocó detrás de él. Era alto, llevaba el cabello castaño y liso, tenía la nariz afilada como un cuchillo, unos ojos vivos y las mejillas hundidas bajo los pómulos. Puso su mano derecha sobre uno de los hombros del Arquitecto y tomó la palabra.

—Es posible que quien haya cometido esta atrocidad todavía esté entre estos muros.

El hermano Timoteo se volvió hacia él y señaló su oído.

—Digo que quien lo ha matado puede seguir aquí —repitió el monje a su espalda para que le escuchara mejor.

—Hermano Rogelio, no sabemos qué ha sucedido exactamente —intervino el prior, con gran serenidad.

—Por supuesto, pero este hombre tiene una daga clavada en el cuello… Deberíamos hacer algo, ¡de inmediato!

El prior no respondió, se giró y observó a los monjes.

—Comprobad todos los accesos, la puerta de los legos, la de los fieles, la de la sacristía, la que da a la sala de los muertos, por la que se sale al cementerio y también el acceso al campanario —ordenó—, registrad cada una de las entradas.

Los monjes de hábitos blancos obedecieron sin rechistar y hasta el Arquitecto se unió a la búsqueda. Solo el hermano Rogelio aguardó junto al prior.

—No debemos sacar conclusiones precipitadas.

—Por supuesto, prior. Es que no consigo explicarme… —el hermano Rogelio parecía confuso—, ¿qué hacía un lego dentro del templo en plena noche?

—Lo averiguaremos.

—Nuestros hermanos legos tienen su propio dormitorio con su correspondiente acceso a la iglesia para ir al coro a rezar. Pero las puertas las cerramos nosotros desde dentro —insistió el monje.

—No tenéis que contarme lo que ya sé.

—Si todas las puertas estaban cerradas cuando lo encontramos, ¿cómo vamos a explicar lo sucedido?

—No adelantemos acontecimientos, angosta es la senda que conduce a la verdad.

—Prior —se acercó el monje más joven—, la puerta de la sacristía está cerrada.

—Gracias, hermano Hugo.

El prior se quedó pensativo y en silencio. De repente vio al más anciano de los monjes subiendo por la escalera en dirección al dormitorio.

—¿Adónde vais hermano Adolfo?

—Tengo que hacer de vientre.

—¿Ahora?

—A mi edad es casi un milagro, como para escoger el momento.

El prior se abstuvo de decirle nada más, bajó la vista y observó cómo los monjes le rodeaban con el rostro compungido en medio de un ambiente de consternación asfixiante.

—Todas las puertas están bien cerradas —afirmó el decano Esteban—. Hemos comprobado la de los legos, la del cementerio y la de la portada. Nadie ha podido entrar ni salir de aquí.

—Entonces registraremos todo el templo, palmo a palmo, no pararemos hasta averiguar qué ha pasado esta noche aquí dentro.

El prior caminó hasta el lugar donde permanecía el cuerpo del difunto. Observó con detenimiento la escena del crimen, la sangre, la posición del cuerpo y la daga que tenía clavada la víctima en el cuello. Esta última le llamó la atención de un modo especial: era dorada, un arma ilustre, nada fácil de obtener. Y mucho menos para alguien de la condición de Octavio, un lego.

Los legos eran los miembros del monasterio más jóvenes. Se ocupaban de las labores manuales y de los asuntos seculares, con el fin de permitir a los monjes dedicarse a la liturgia de las horas y al estudio. El color marrón de su hábito les diferenciaba de los monjes, que vestían de blanco. Tenían su propio dormitorio, refectorio y coro dentro de la iglesia, junto a la portada.

El prior alzó la vista hacia la talla de la Virgen que presidía el altar mayor: ella había sido la única testigo de todo lo sucedido.

Mientras tanto, el resto de los monjes fueron terminando de registrar el templo. Uno a uno fueron formando un círculo frente al altar. Eran diez, con su hábito blanco, muy amplio, con pliegues longitudinales y unas grandes y largas mangas. Sobre el cual portaban una tela oscura: el escapulario.

—No hay nadie más en la iglesia —respondió el decano Esteban.

—¿Habéis buscado bien?

—Sí —respondió con prontitud—, hemos mirado en cada rincón; las puertas están cerradas, y la sacristía, el campanario y la sala de los muertos, vacías.

—Y ¿cómo ha escapado entonces el hombre que mató a nuestro hermano? —añadió el prior—, ¿cómo entraron él y el difunto en la iglesia?

—Solo se puede acceder a la iglesia desde nuestro dormitorio, por la escalera —continuó el padre Adolfo, que acababa de regresar.

Los monjes allí presentes cambiaron el gesto del rostro, más de uno se santiguó y otros se llevaron las manos al pecho, como si les doliera.

—Pero hermano Adolfo… —el prior se volvió hacia él, consternado—, ¿qué estáis insinuando?

—Lo que oís. Creo que estoy siendo bien claro —se reafirmó.

En aquel preciso instante, alguien golpeó la puerta de los legos, interrumpiendo las palabras del prior. Los hermanos se miraron sobresaltados.

—Puede que el asesino se haya olvidado algo, ¿no? —murmuró el anciano Adolfo.

—¡Por Dios! Moderad vuestras palabras —le espetó el hermano Julián.

Retumbó de nuevo la puerta.

—Yo iré —dijo el decano Esteban, que avanzó por la nave de la epístola para llegar al coro de los legos. Allí estaba la puerta que daba al pasillo que comunicaba con su dormitorio.

—¿Quién va? —preguntó al llegar a la puerta del claustro.

—Prudencio e Isidoro.

Un murmullo se hizo entre los monjes.

—¿Por qué se presentan a estas horas en la iglesia?, ¿no saben lo pronto que es? —le susurró el hermano Rogelio al prior.

—No lo sé —respondió este moviendo las manos.

—¿Qué hacemos, prior? —inquirió el hermano Timoteo.

—Abridles —ordenó el prior Antón—, quizás ellos sepan algo.

Liberaron aquel acceso y el hermano Prudencio fue el primero de los dos legos en aparecer. Moreno y de rasgos vulgares, lo único que destacaba en su rostro era una prominente mandíbula. Tras él entró otro converso: el grandullón de Isidoro. Una enorme figura humana que hacía que todas las demás empequeñecieran a su lado. Ambos vestían el hábito marrón.

—Venid aquí —les indicó el prior.

—¿Sucede algo? —preguntó Prudencio, que se acercó temeroso con todas las miradas puestas en él, y se arrodilló frente al prior.

—Levantaos, ¿por qué os presentáis en la iglesia a estas horas? Aún es pronto para que podáis rezar dentro.

—Lo sé, prior, perdonadnos. Oímos voces y nos extrañó, pensamos que quizá sucedía algo.

—Algo ¿como qué?

—No lo sé. Últimamente los hermanos están muy susceptibles —respondió el lego Prudencio—, algunos de ellos dicen haber visto una sombra de noche merodeando por el claustro.

—¿Qué sandez es esa?

—Lo sé, lo sé —Prudencio bajó la cabeza—, pero están muy recelosos, se acerca la noche de Ánimas… y ya sabéis…

—Basta, no quiero seguir hablando de eso, hay otras prioridades ahora mismo —dijo, y suspiró—. ¿Dónde está vuestro compañero Octavio? —preguntó.

—No lo he visto al despertar.

—¿Cuándo supisteis de él por última vez?

—Creo que en completas, en maitines estuve rezando —explicó Prudencio con la voz entrecortada, esquivando las miradas del resto de los monjes, nervioso por la forma en que le habían recibido—. ¿Queréis que le vayamos a buscar?

—No hace falta. —El prior deslizó la mirada hacia Isidoro—. Y vos ¿habéis visto a Octavio hoy? —le preguntó.

El gigantesco lego negó moviendo la cabeza de un lado a otro.

—¿Estáis seguro de que no lo habéis visto? —insistió.

Isidoro repitió el gesto, a pesar de su fuerza estaba asustado por las preguntas del prior.

—El hermano Octavio ¿ha mostrado algún comportamiento extraño últimamente?

—No, que yo sepa, ya sabéis que es muy trabajador —contestó Prudencio.

Y se hizo un silencio.

—¿Sucede algo, prior? —preguntó con la voz entrecortada.

—Dios lo sabe todo, mentir en su casa es uno de los peores pecados que se pueden cometer, pero matar ¡es motivo de condenación eterna! —intervino el hermano Julián.

—¿Por qué me decís eso a mí?

—Ha sucedido algo terrible esta noche. Vuestro hermano Octavio ha muerto —y señaló con su mano derecha el cuerpo que yacía en el suelo del

templo.

Los dos legos miraron en la dirección señalada. Al principio parecían no entender la escena. Prudencio dio un par de pasos ante el inmovilismo de los monjes y al descubrirlo cayó de rodillas. Sin embargo, Isidoro apenas se inmutó al ver el cuerpo inerte.

—¡Es Octavio! —exclamó horrorizado Prudencio.

—Me temo que así es —confirmó el prior—, ¿qué ha sucedido?

—Yo… no lo sé…

—¿Qué hacía aquí Octavio de noche? —insistió el prior—, ¿quién lo ha matado? Vosotros dormíais con él, tenéis que conocer la verdad.

—¡Confesad o pereceréis en el fuego eterno! —interrumpió el más nervioso de los monjes, el hermano Julián.

—No sé… Yo no sé nada, os lo juro —murmuró entre sollozos Prudencio.

—Dios, en su inmensa misericordia, puede perdonar. Pero para ello debéis arrepentiros y confesar, ¿quién ha matado a Octavio? ¿Habéis sido vos, Prudencio? —preguntó despacio el prior.

—No, mi señor. No he hecho nada malo, no he sido yo.

—¡Mentís! —se oyó gritar.

—Hermano Julián, absteneros de realizar juicios, ¿entendido?

—Soy inocente, lo juro por Dios, la Virgen María y los santos apóstoles. Creedme, yo no lo he matado —insistió el lego lloriqueando.

—Si es eso cierto, entonces, ¿quién ha sido?

—Juro que no lo sé, lo juro.

—¿Y vos? —señaló a Isidoro—, ¿tampoco sabéis nada?

—No, no —repitió una y otra vez llevándose las manos a su pequeña cabeza, como si se tapara los oídos.

Isidoro también se arrodilló sobre el suelo del templo, a los pies del prior, que no dejaba de moverse y frotarse las manos. Detrás de él, los otros religiosos permanecían en silencio, conmocionados por lo que estaba sucediendo.

El prior observó de nuevo a los legos y negó con la cabeza. Se volvió hacia sus hermanos y escrutó sus caras.

—¿Cómo pudo acceder Octavio a la iglesia?

—El mal ha entrado en el monasterio antes de lo esperado —musitó el viejo monje Adolfo—. Quedan cuatro días y el maligno ya ha enviado al primero de los suyos. —Y les miró a los ojos—. Estamos en peligro, ¡todos! Esto es solo el comienzo.

—No debemos caer en esas aseveraciones tan peligrosas. —El prior contenía los nervios.

—Veruela se ha corrompido, relumbra por todas partes, pero los pobres tienen hambre —afirmó el anciano monje—. Los muros de la iglesia están cubiertos de oro y, en cambio, los hijos de la Iglesia siguen desnudos. Por Dios, ya que no os avergonzáis de tantas estupideces, lamentad al menos tantos gastos.

—¡Hermano Adolfo! No toleraré esas insinuaciones —intervino el prior de forma contundente.

—En nuestras salas, ¿qué razón de ser tienen tantos monstruos ridículos, tanta belleza amorfa y tanta deformidad artística? —prosiguió el anciano—. Esos monos inmundos, esos fieros leones, esos horribles centauros, esas representaciones y carátulas con cuerpos de animal y caras de hombres.

Entonces se escuchó un nuevo y sonoro ruido proveniente de la puerta que comunicaba con el claustro.

—Pero ¿quién puede llamar a estas horas? —dijo el decano Esteban mirando al prior.

Volvieron a golpear la puerta principal de la iglesia.

—Deberíais ver quién es —sugirió sonriente el anciano Adolfo para sorpresa de todos—, puede que ahora sí sea el asesino.

—¡Adolfo! No es el momento para vuestras gracias, ha muerto uno de nuestros hermanos. —El prior resopló.

—Lo sé, y también sé que la regla dice que el maestro se hace responsable de todos los delitos de sus discípulos, y el Señor amenaza por su profeta a los pastores con pedirles cuentas de la sangre de los que mueren en pecado. Por eso creo que deberíamos ir a hablar con el abad de inmediato.

—Hermano Adolfo, el abad está enfermo, bien lo sabéis.

—Y vos gobernáis en su ausencia, ¿quién puede tener coraje para reprender a otros cuando él mismo se ve irreprochable?

—Cuidad vuestras palabras…

—¿Será posible que la luz del mundo se haya trastocado en tiniebla? Los que con su vida debieran haber sido sendero —dijo el anciano monje—, han pasado a ser ciegos que guían a otros ciegos víctimas de la soberbia que se desprende de sus obras.

—Calmaos —el decano Esteban intentó mediar entre ambos—, ya tenemos bastantes problemas. Deberíamos abrir la puerta de los fieles y ver quién insiste en llamar con tanto interés.

—Está bien, quedaos todos aquí —el prior Antón dio un paso al frente—, acompañadme hermano Hugo —afirmó buscando al más imberbe de los presentes.

Este levantó la cabeza sorprendido y tardó en reaccionar, siguió al prior, que se dirigió hacia la otra nave lateral, no sin antes dar una última y precisa orden.

—Que nadie se mueva ni se acerque al muerto.

Al hermano Hugo le costaba seguir al prior, que mostraba una determinación inquebrantable. Su figura espigada contrastaba con la del joven monje, que caminaba mucho más encorvado y dubitativo.

El fuerte sonido volvió a retumbar en el templo.

—¿Quién llama? —preguntó el prior.

—El hermano Cipriano —se oyó que respondían desde el otro lado.

—¿Qué os ocurre? ¿Por qué habéis abandonado la portería del monasterio?

—Tenemos una visita y urge que la recibáis.

—¿A estas horas? Abrid —ordenó el prior.

El hermano Hugo lo miró asustado.

—He dicho que abráis, ¿se puede saber a qué estáis esperando?

3

El notario real

El joven Hugo obedeció de inmediato. Aunque la tranca era pesada, resbalaba por el orificio de la pared, que tenía unos tacos a modo de guías para que se deslizara por ellas y facilitar así el movimiento. Liberó el cierre y tiró de la hoja. Al otro lado aparecieron un monje de hábito blanco y un hombre espigado, con el rostro limpio y la mirada firme, que no tenía aspecto de religioso.

—Hermano Cipriano, ¿qué ocurre? ¿Habéis dejado sola la portería?

—Disculpadme, prior —contestó el nuevo monje—, es por este forastero que acaba de llegar. Dice que trae consigo un mensaje de vital importancia.

—Y vos ¿quién sois?

—Soy Bizén de Ayerbe, notario real.

—Un notario real en Veruela, a estas horas tan tempranas… —el prior le miró de arriba abajo—, supongo que habrá una buena razón.

—Así es —dijo Bizén en un tono que pretendía sonar firme—, soy notario de su alteza Pedro IV de Aragón.

—¿Y a qué debemos su visita a nuestro monasterio?

—Mi compañía ha sido atacada a pocas leguas de aquí. Solo me he salvado yo.

—Lamento oír eso —añadió el prior—. Estamos en la frontera, la mitad de los castillos se hallan en manos castellanas. Y los que siguen todavía en las de vuestro rey, ahora están bajo la protección de ese mercenario francés,

Bertrand du Guesclin. Nuestro querido monarca le ha nombrado conde de Borja, ¡qué barbaridad!

—¿Barbaridad? —inquirió el notario real.

—Desde luego que lo es, fue el primer señor de Borja quien donó los terrenos para fundar este monasterio, hace más de dos siglos. Sus restos y los de su familia reposan en nuestro claustro. Si se enterara de semejante ofensa… ¡se levantaría de su tumba!

—Esperemos que no —asintió Bizén.

—¿Y adónde os dirigíais cuando os atacaron?

—¡Hasta aquí! A Veruela, prior. Ya se lo he dicho al monje portero: soy portador de un mensaje para vuestro abad.

—Mostrádmelo, pues.

—Os repito que es para el abad de Santa María de Veruela. —Bizén de Ayerbe puso su mano derecha sobre el zurrón—. Debe leerlo vuestro abad en persona, son órdenes reales.

—Supongo que sabéis que el rey no tiene potestad dentro de estos muros —advirtió el monje portero a su derecha.

—¿Y el Papa? Porque también adjunto dos bulas papales.

—Es extraño tiempo para que un emisario real y pontificio nos visite —afirmó el prior.

—A veces no puede elegirse el momento adecuado.

—Cierto es. —El prior cambió la forma de mirar al forastero—. Notario, ¿quién os atacó?

—No sabría deciros, no les vi el rostro.

—¿Y qué lengua hablaban?

—Las circunstancias no invitaban a conversar…

—¿Portaban algún estandarte? —insistió el prior.

—Ninguno.

—Vaya, se diría que os ha atacado un ejército de fantasmas —murmuró el monje portero—. Un ejército sin voz, sin rostro, sin nada…

—Ojalá los hubiéramos visto venir.

—Mirad, vuestra llegada no ocurre en un momento propicio, os lo digo con sinceridad —musitó el prior—. Además, el abad no puede recibir visitas. Si esos documentos son tan importantes, dádmelos a mí y yo se los haré llegar en cuanto sea posible. Es todo lo que puedo hacer por vos en las circunstancias actuales.

Bizén bajó la mirada y dio un profundo suspiro.

—¿Sois notario real? —afirmó una voz desde el interior del templo—, que oportuna es vuestra llegada.

—No es el momento, hermano Adolfo —musitó el prior.

—¿Cómo decís? —Bizén dio un paso al frente.

—Ha sucedido un terrible y desgraciado suceso, notario —respondió el anciano asintiendo con la cabeza y apoyado en su bastón.

—Hermano Adolfo… —el prior tenía el rostro desencajado—, no sigáis.

—Así que es cierto. —Bizén no ocultó su sorpresa—. ¿Qué ha ocurrido?

—Eso nos gustaría saber… —refunfuñó el anciano Adolfo.

—Prior, debo regresar a la portería —interrumpió el hermano Cipriano—, ¿se trata de algo grave?

—Me temo que sí… Pero idos, lo último que quiero ahora es que la puerta del monasterio esté desprotegida.

—De acuerdo…

—Debo ver al abad, más de una docena de hombres han muerto para que yo llegara hasta aquí —recordó el forastero.

—Un momento —y echó la vista hacia el altar donde el resto de los monjes se hallaban conversando—, pasad. Hugo, cerrad la puerta de nuevo.

El prior escrutó a Bizén de Ayerbe y torció el gesto.

—Permaneced aquí con el hermano Hugo, os atenderé lo antes posible.

—¿Queréis que aguarde aquí de pie? ¿En la iglesia?

—Por ahora sí —respondió el prior—. Hermano Adolfo, volvamos al altar.

Así lo hicieron, regresaron a la nave lateral y su sucesión de sepulcros, con esculturas yacentes representando a los allí enterrados y numerosos

altares consagrados a distintos santos.

—Hermano Rogelio, ¿han confesado algo más los dos legos? —preguntó de inmediato.

—No —respondió el monje.

—Vosotros… —y el prior se dirigió a los dos legos que había postrados frente al altar mayor—, con vuestra negativa no lográis más que empeorar vuestra terrible acción ante los ojos de Dios —les advirtió—, confesad y Él será misericordioso.

—Os juro por la Virgen que nada tengo que ver… —musitó el más menudo de ellos, con los ojos completamente bañados en lágrimas.

—Prudencio, ¿osáis jurar en vano?

—No, es que… yo no he hecho nada… —el lego lloraba como un niño—, es la verdad, soy inocente. Ayúdenos —imploró Prudencio mirando fijamente a los ojos de Bizén.

—No podemos acusarlos sin más, prior —intervino el hermano Rogelio —. No hay prueba alguna contra estos dos legos.

—Y entonces, ¿quién se supone que ha entrado en la iglesia y ha cometido este crimen?

—El mal habita entre nosotros, hermanos —el anciano Adolfo habló ante la mirada atónita de todos los monjes—, ha bajado de sus guaridas en lo alto de la montaña y ahora se desliza como una serpiente por el valle. Ha encontrado por dónde salvar nuestras murallas y ahora yace a nuestro lado.

—Se ha arrastrado —interrumpió otro de los allí presentes, el hermano Timoteo, que también se había aproximado al cadáver—, hay un reguero de sangre por el suelo.

Para entonces, el resto de los monjes ya se encaminaban hacia donde este señalaba. El hermano Timoteo iluminó el suelo con un cirio y recorrió las manchas de sangre por el firme. El rastro era pronunciado, el difunto Octavio se había desangrado durante un buen trecho. Los hermanos siguieron la sangre y al ver dónde tenía su origen se quedaron conmocionados.

—¡Santa María! —exclamó el hermano Julián.

El rastro llevaba hasta un sepulcro rectangular, situado frente al altar mayor del templo, en el lugar más solemne e importante. Al percatarse de

ello, los monjes comenzaron a mascullar entre dientes.

—¿Qué enterramiento es ese? —preguntó el herborista.

—Es el del infante heredero —respondió el anciano Adolfo.

En ese momento, otro lego apareció desde el fondo de la iglesia acompañado del hermano Hugo y del forastero.

—¿Qué ocurre? ¿Qué hacéis aquí? —inquirió el prior—. Ese forastero debe aguardar donde le dije.

—Prior. —El lego se acercó a él y le susurró—: El abad desea veros a vos y al hermano boticario.

—¿Ahora?

—Sí, de inmediato. Sabe que algo ha sucedido y está preocupado —respondió.

—¿Cómo ha podido llegar esto a sus oídos? —El prior se frotó las manos, nervioso—. Muy bien, hermano Ramiro, vayamos con él.

—También quiere conocer al forastero —añadió el lego.

—Eso no puede ser cierto —espetó el prior.

—Las órdenes han sido muy claras.

—Pero ¿de qué manera puede saber el abad que él está aquí?

—Lo ignoro, prior. Solo sé que el abad ha solicitado su presencia —contestó el lego.

4

La sala del abad

Los dos monjes guiaron a Bizén de Ayerbe por el claustro, la niebla impedía que el sol de la mañana iluminara con todo su esplendor el amplio espacio del patio central. Aun así, el notario real asomó la mirada por entre los arcos ojivales que culminaban en rosetones, bajo los que había una pareja de ventanitas geminadas apuntadas, también con su pequeño rosetón.

Sobre su cabeza se alzaba una bóveda de crucería con arcos apuntados que nacían en ménsulas decoradas con bellas esculturas, la mayoría con motivos vegetales pero también algunos figurativos. Los arcos y el conjunto de la arquitectura constituían un juego de luces hermoso y atrayente, que hipnotizaba y sumergía en una dulce sensación de gravidez, como sucede en los sueños. Solo el eco de las pisadas de sus acompañantes retornó a la realidad a Bizén de Ayerbe, que al volver a mirar al exterior de los arcos pudo apreciar las gárgolas de desagüe de las lluvias en los aleros, con sus formas fantásticas y monstruosas.

Al final del recorrido llegaron a una puerta en la parte más alejada de la iglesia. El hermano Ramiro la abrió y Bizén entró después de los monjes. La primera sensación que experimentó en su interior fue la de un intenso olor a muerte. Había altas estanterías a cada lado de la entrada, alfombras con dibujos geométricos en los suelos, tapices que colgaban de las paredes y muebles refinados decorando la estancia. No parecía la celda de un monasterio cisterciense, sino el salón de un palacio de Zaragoza o Barcelona. Al fondo había una cama con un baldaquino del que colgaban telas traslúcidas y, en ambos extremos, dos antorcheros con velones encendidos daban un aspecto tenue a la estancia.

El prior avanzó, se santiguó y se inclinó a los pies de la cama. El boticario hizo lo mismo, luego se echó a un lado y le hizo una señal a Bizén para que se uniera a ellos. El abad del monasterio era don Sancho Marcilla Muñoz, hijo segundo de uno de los más importantes caballeros del rey. Llevaba casi una década rigiendo los destinos de Santa María de Veruela, aunque no era tan mayor como parecía evidenciar su aspecto. Tenía el rostro congestionado, con unas grandes bolsas bajo los ojos, que permanecían cerrados. Su cabello era fino y rubio, lucía una barba desigual, mal recortada, y la piel blanquecina del cuello se hallaba salpicada de manchas oscuras y prominentes verrugas.

Bizén de Ayerbe se sobrecogió al ver el estado en que se encontraba el abad, miró de reojo a los monjes y vio sus rostros pétreos.

—Disculpad que os moleste, padre —dijo el prior con un inusual temblor en la voz—, ¿cómo os encontráis?

—Débil —contestó el hombre que yacía postrado en aquel jergón.

El boticario caminó presuroso hasta el otro lado de la cama.

—Debo aplicaros los ungüentos, abad. —Inclinó la cabeza y esperó otro gesto del prior para iniciar su labor.

—¿Os acompaña el forastero?

—Sí, es notario real.

—¿Qué ha sucedido esta noche, prior? —insistió el abad, que aunque enfermo y postrado en aquella pomposa cama palaciega parecía conservar su cabeza en plenas facultades.

—¿Qué os hace pensar semejante cosa, mi señor?

—El monasterio no está en paz, soy su abad y conozco los suspiros de estos muros. Decidme qué ha enturbiado a la congregación.

—Abad… —Y el prior miró de reojo al notario real.

—No os preocupéis por el forastero, hablad sin miedo —afirmó la máxima autoridad de Veruela—, quiero que me digáis qué ha sucedido esta noche en el monasterio.

—Una muerte horrenda, abad —respondió el prior Antón, apoyando los brazos en el jergón—, uno de los hermanos legos apareció sin vida en el interior de la iglesia en maitines.

—¿Se sabe ya cómo ha fallecido ese pobre hombre?

—Abad. Ha sido asesinado. Ha muerto degollado —contestó titubeando.

—Dios mío… ¿quién lo ha matado?

—No hemos hallado todavía al culpable.

El abad tosió entonces.

—Ramiro, ayúdame a incorporarme. —El boticario agarró del brazo al abad y, con sumo cuidado, logró que se apoyara en el cabecero.

Una vez allí, Bizén de Ayerbe pudo ver mejor al monje. Tenía el rostro abultado, la piel del cuello le colgaba a jirones, como si por dentro estuviera vacía. El cabello largo y lacio caía sobre unos ojos grises, las cejas se habían difuminado hasta ser solo un recuerdo, y la piel se había enrojecido.

—¿Qué hacía un lego dentro del templo?

—Eso intentamos averiguar.

—De noche, ¿no están todas las puertas cerradas? —insistió el abad.

—Así es, por eso tampoco sabemos cómo logró entrar.

—¿Las habéis revisado bien? ¿Habéis registrado la iglesia?

—Por supuesto, y no hallamos nada y todas las puertas se encontraban bien cerradas.

—Entonces, alguien tuvo que abrir una de ellas para que Octavio entrara —afirmó el abad con una voz quebradiza.

—Bien sabéis que solo puede hacerse desde el interior, así que no le encontramos explicación.

—¿No? Yo creo que en casos así la respuesta más sencilla, por improbable que parezca, es la verdadera. Uno de los monjes tuvo que dejarle entrar.

—Pero abad, eso no es posible, significaría que…

—Uno de los monjes es el asesino —sentenció el abad—, toda una desgracia. Prior, debéis resolver este crimen de inmediato y devolver la calma a Veruela. Se acerca el día de Todos los Santos, debemos sacar las reliquias y no podemos vernos envueltos en algo de esta índole.

—Lo haré.

—Y rápido, encontrad al responsable de la muerte de ese lego. Todos los monjes, sin excepción, pudieron abrir las puertas y matar a ese converso.

—Todos…

—Silencio, prior —le advirtió el abad—, he dicho todos, absolutamente todos, incluido tú, Antón.

Mientras, Bizén recorría con su mirada toda la estancia. Había muchos objetos, el que más le llamó la atención fue un cofre bañado en plata que estaba sobre una mesa. Se acercó y puso su mano sobre él.

—¿Cómo podéis pensar acaso que yo pudiera cometer tal crueldad?

—Ser abad es una pesada carga —afirmó con un tono condescendiente—. Siempre he intentado hacer prevalecer la misericordia sobre el rigor de la justicia. He sido prudente, y aunque quizás he perdido de vista mi propia fragilidad, he procurado ser más amado que temido. Sin embargo, nunca imaginé que pudiera suceder algo tan terrible dentro de estos muros.

—Os entiendo, pero creedme, nada tengo que ver yo con esa muerte —insistió el prior.

—Uno de vosotros mató al lego, no hay otra posibilidad —repitió el abad —, si las puertas estaban cerradas, solo un monje pudo realizar tal pecado mortal. Que se acerque el forastero. —Entonces miró a Bizén.

—Mi nombre es Bizén de Ayerbe —dijo dando un paso al frente—. Siento esa desgraciada muerte y os acompaño en el sentimiento. Y aunque lamentando la situación, debo informaros de que tengo unos documentos que debéis leer lo antes posible. Toda la compañía que me escoltaba hasta aquí ha perecido en una emboscada.

—Dádmelos entonces. —Y le señaló con su mano—. Prior, haced el favor de leerlos y que yo pueda escucharlos, mi vista ya no es lo que era.

Bizén sacó los pergaminos y se los entregó al prior, quien se acercó a la llama de uno de los cirios que iluminaban aquel espacio, rompió el lacre del primero de ellos y miró a Bizén con desagrado. Se acercó hasta el abad para leerle su contenido al oído. Este escuchó atento las palabras allí escritas. El prior le mostró la firma de los documentos y el sello lacrado. El abad asintió y guardó silencio unos instantes. A continuación, el prior abrió los otros dos y repitió el proceso.

—Se nos insta a entregaros los restos del infante heredero don Alfonso de Aragón, hijo primogénito del rey Jaime I el Conquistador, que descansan frente al altar de nuestra iglesia. Se justifica afirmando que el infante dejó escrito en su testamento que deseaba recibir sepultura en el convento de los Predicadores de Huesca. Para ello, se aportan dos bulas papales y un edicto del rey Pedro IV de Aragón.

—Eso es lo que me ha traído hasta Veruela.

—Sin embargo, debéis saber —continuó el abad— que esos restos no abandonarán jamás este monasterio.

—Pero abad, tenéis en vuestra mano dos bulas papales y un edicto real —afirmó Bizén de Ayerbe.

—Eso es irrelevante. No sois los primeros que venís, ni seréis los últimos… Los frailes de Huesca ya lo han intentado en otras ocasiones —recalcó con indiferencia el abad—. El infante lleva casi cien años entre estos muros y así seguirá al menos otros cien más.

—¿Osáis desobedecer la voluntad de reyes y papas?

—Nosotros solo atendemos los deseos de Dios, de nadie más, ¿entendéis? —inquirió el abad—. Os hemos dado refugio y mostrado caridad como cristiano que sois, no lo olvidéis.

—No debisteis venir —añadió el prior—. Esos hombres que os acompañaban han muerto en vano. ¡Pedid piedad a Nuestro Señor Jesucristo!, pues solo Él puede perdonar nuestras ofensas, igual que nosotros perdonamos a los que nos ofenden. —Y el prior le devolvió los documentos.

—Sufrimos una emboscada —intentó excusarse Bizén.

—¿Y qué esperabais? —El prior negó con la cabeza—. Son tiempos de guerra. Los reyes de Aragón y Castilla combaten como necios entre ellos. Han arrastrado con ellos a franceses, ingleses y navarros. Llevamos dos semanas de niebla, el frío se ha metido hasta los huesos. La piedra parece hielo, el agua de los arroyos está helada, ¿cómo se os ocurre venir al Moncayo en estas fechas?

—Notario —habló de nuevo el abad—, lo que pretendéis es abrir un sepulcro y arrancar los restos del hijo de un rey. Jamás permitiré tal ofensa —dijo con firmeza y solemnidad. No necesitaba levantar la voz para ser obedecido.

—Me limito a cumplir órdenes.

—Acercaos, quiero veros mejor la cara.

Bizén de Ayerbe dudó por unos instantes, miró a los otros monjes y finalmente avanzó por la alfombra hasta los pies de la cama. El aspecto demacrado del abad de Veruela llegaba a ser repulsivo a una distancia tan corta como aquella.

—Conozco vuestro apellido —afirmó el abad—, me extraña ver a un Ayerbe ejerciendo este puesto. No dudo que las razones sean poderosas.

—Estoy orgulloso de trabajar para su alteza real, Pedro IV.

—Sí, no lo dudo —carraspeó—, vuestro padre se ganó sus títulos luchando en Cerdeña con su espada y, en cambio, vos portáis una pluma y pisáis el campo de batalla de los libros y las cuentas.

—No todos sus hijos hemos podido seguir los pasos de mi padre. Me hubiera gustado ser hombre de armas, pero…

—¿Qué sois, su cuarto o quinto hijo varón?

—Cuarto.

—¿Hermanas mayores?

—Sí, dos.

—Entiendo. —El abad hablaba despacio, pero la dificultad para articular las palabras que salían de sus labios no le restaba autoridad—. El Císter es uno de los principales brazos de la Iglesia y de este reino, hemos trabajado mucho por la corona y el rey lo sabe. Veruela no solo son estos muros; alrededor del monasterio poseemos poblaciones, granjas y extensos dominios.

—Os creo. —Bizén no pudo evitar fijarse en las manchas oscuras que subían por el cuello del abad.

—No os compadezcáis de mí, hay cosas peores que esta enfermedad, os lo aseguro. Por ejemplo, la ignorancia, ¿sabéis que hay muchos tipos de ignorancia? Unas se pueden perdonar, porque ¿qué culpa tiene el campesino de no saber leer ni escribir?

—Ninguna, supongo.

—En efecto, pero hay otras más sutiles, más crueles, menos justificables. Como la ignorancia de no saberse engañado.

—Disculpad, pero creo que no os entiendo.

—Lo suponía. A los hombres nos mueven hilos invisibles que tiran de nosotros, que hacen que nos movamos hacia un lado u otro sin que seamos conscientes de ello en la mayoría de las ocasiones. El hombre ha de ser libre para que, con sus aciertos y errores, pueda encontrar el camino estrecho hacia Dios.

—Los hombres deben liberarse de sus pasiones, ¿eso queréis decir?

—No, los hombres deben liberarse de las voluntades de otros hombres. El mal del ignorante es ignorar su propia ignorancia. —El abad tosió de forma brusca—. Dadme un vaso de agua, hermano Ramiro.

El boticario corrió a auxiliar al abad y le dio de beber.

—Notario, respondedme a una pregunta —continuó después de dar un trago—, ¿qué sabéis de este monasterio? Hablad con franqueza, os lo ruego.

—Por supuesto —prometió Bizén de Ayerbe—. Sé que poseéis un amplio señorío y que con la guerra que nos asola y la llegada de extranjeros esta montaña del Moncayo se ha convertido en un lugar extremadamente peligroso. Por eso debemos poner a salvo el cuerpo del infante heredero.

—¿Habéis visto su sepulcro?

—Todavía no.

—Está en la grada del altar mayor de la iglesia. ¿Os habéis fijado en el resto de los sepulcros que hay en el monasterio?

—¿Los de la iglesia y el claustro?

—Sí —contestó el abad—, hay grandes nobles en ellos, algunos podrían haber sido reyes, como Pedro de Atarés, el fundador de este monasterio. El que pudo ser rey de Aragón eligió reposar humildemente en el suelo de la puerta de los monjes, recordando a los que pasan por encima que nadie es más que otro por muchas riquezas o títulos que atesore.

—Parece que era un hombre sabio y prudente.

—La mayoría de los hombres hubieran matado por aspirar a la corona, en cambio él renunció a ella.

—¿Y por qué lo hizo?

—Una corona es una enorme responsabilidad, los hombres ambiciosos y necios olvidan eso; al igual que ser abad de un monasterio es una condena.

—¿Por qué se ambiciona si es tal desgracia? —musitó Bizén—, ¿por qué aceptasteis vos ser abad?

—Porque tenía que hacerlo, porque miré a mi alrededor y no encontré a nadie que pudiera… —El abad no terminó la frase—. Ojalá lo hubiera habido, esa es la razón. Nunca se está preparado para ser rey, pero hay hombres que no pueden elegir, han nacido para serlo.

—No me compadezco de ellos —musitó Bizén—. He visto a hijos de campesinos morirse de hambre. ¿Es acaso mejor su vida?

—En absoluto —respondió el abad.

—¿Entonces?

—Si un campesino se equivoca, sufre él, su mujer, sus hijos… Pero si lo hace un rey, condena a todos sus súbditos, a veces incluso por varias generaciones. ¿Podríais vivir vos con esa carga?

—Al menos un rey tiene la opción de equivocarse —espetó Bizén con elocuencia—, los hay que no se lo pueden permitir.

El prior y el boticario se volvieron hacia el abad esperando una airada contestación, pero esta no llegó de la manera que anhelaban.

—Sois testarudo —murmuró el abad, que hizo una pausa para respirar de manera forzada y continuó—. Junto a la puerta de los monjes que os he comentado hay tres sarcófagos de piedra, en ellos descansan la mujer e hijos de Pedro de Atarés. Como fallecieron jóvenes están protegidos por leones de piedra que velan por ellos, bajo sus tumbas. Y hay muchos más grandes nobles del reino entre estos muros.

—Pero ninguno de ellos son el primogénito del rey Jaime I el Conquistador.

—Sobrevaloráis al infante heredero, murió antes de ser coronado y no se le conoce hazaña alguna —le advirtió el abad—. Sinceramente, no fue un hombre relevante. Coincidiréis conmigo en que eso desarma vuestro motivo para reclamarlo.

—Este ya no es un lugar seguro, se avecina una guerra, y no una cualquiera. Como bien habéis dicho, ingleses y franceses han decidido jugar

el futuro de sus propias coronas en estas tierras. Así que habrá media docena de reinos en armas.

—Si la guerra es una amenaza, ¿por qué no poner a salvo todos los grandes nobles que aquí descansan? —El prior tosió levemente y miró con desagrado a Bizén.

—Yo solo cumplo órdenes. Mi misión era entregaros esos documentos y velar porque se cumpla lo que en ellos está escrito.

El abad permaneció en silencio, observando a Bizén de Ayerbe.

—En esta vida todos cumplimos órdenes, así que eso no es ningún privilegio ni os inhibe de otras responsabilidades. Tened en cuenta que tan importante es la vida como la muerte, ambas son caras de una misma moneda. —El abad se quedó con la mirada perdida unos instantes, después volvió a clavar sus ojos en Bizén—. Hasta ahora no sabíais lo que decían estos pergaminos, ¿verdad?

—Yo… —Bizén miró al prior de reojo—, no, no lo sabía.

—Me gustaría hablar con el notario real a solas. —Y miró al prior y al boticario—. Antón, ¿podéis disculparnos?

—Abad… —Se abstuvo de pronunciar una palabra en alto—. Vamos, hermano Ramiro, dejemos al abad en privado.

5

El miedo

Los dos monjes, atónitos, abandonaron la sala abacial y cerraron la puerta sin apenas realizar ruido alguno. Allí quedaron solos el abad del monasterio de Santa María de Veruela y el notario real.

—Lleváis poco tiempo aquí, ¿qué os ha parecido hasta ahora nuestra casa?

—Me desconcierta.

—No es la respuesta que esperaba —lamentó el abad—. Mirad, joven. Un monasterio cisterciense debe ser considerado como una ciudad ideal y dotado de todos los elementos para su subsistencia —razonó el abad—. Nuestro fundador, san Bernardo, lo dijo muy claro: «Si es posible, debe construirse el monasterio de modo que tenga todo lo necesario, esto es, agua, molino, huerta, y que las diversas artes se ejerzan dentro».

—En Veruela así lo parece.

—Además de su carga simbólica, es un lugar funcional donde todo tiene su justificación. Veruela se edificó en un enclave largamente estudiado y planeado, pues el monasterio era, en esencia, un lugar donde habitan los monjes, pero también un reflejo de la Jerusalén Celeste en la tierra donde habita Dios. Para nosotros, cistercienses, todos nuestros monasterios se fundan en honor a la Reina del Cielo y de la Tierra. Ninguno se edifica en ciudades, aldeas y castillos.

—Es un enclave donde sentirse próximo a Dios —añadió Bizén de Ayerbe.

—Nada aquí se considera como propio, todo se comparte.

—¿Y si algún monje en su vida secular anterior tenía bienes?

—Se convierten en comunes al ingresar en el monasterio —respondió el abad con un tono suave de voz.

—Entonces no hay ambición en vuestros corazones.

—No debería haberla —espetó el abad—; la ambición corrompe a los hombres y engendra las guerras, como la que nos asola. En vez de marchar unidos hacia el sur contra los infieles, luchamos entre nosotros…

—Parece que vivimos una tregua.

—¿Eso creéis?

—Castilla está dividida entre dos reyes —contestó Bizén—, no creo que tenga fuerzas para volver a atacarnos.

—¿Y los franceses que aguardan como fieras en nuestros castillos? ¿Y los ingleses que no permitirán que un rey aliado de Inglaterra se siente en el trono de Castilla?

—Esperemos que todos ellos se retiren al norte de los Pirineos.

—Sí, esperemos. —El abad no quitaba ojo al forastero—. Debéis saber que para mi comunidad vuestra presencia es intrusiva, yo diría que incluso molesta.

—Lo lamento, en ningún caso pretendía entrometerme en vuestros quehaceres. Tan solo deseo cumplir mi misión.

—Lo sé, pero los monjes son muy susceptibles. Pensad que la mayor parte del tiempo están orando en soledad —le explicó el abad, luego guardó silencio y se quedó observándolo—. Me gustaría haceros otra pregunta, notario.

—Por favor.

—Antes, ayudadme a incorporarme, no me gusta estar en la cama.

—¿Seguro?

—Sí, no temáis.

Bizén le agarró del brazo y el abad echó su peso sobre él para lograr sentarse al borde de la cama, con los pies colgando. Unos pies con las plantas oscuras y sucias.

—¿De qué tiene miedo un hombre como vos?

—¿Miedo?

—Sí, ¿a qué teme un notario real? El hijo de uno de los caballeros que conquistaron la isla de Cerdeña.

—Es una pregunta compleja, no sabría deciros.

—El miedo es una de las características esenciales de los hombres, todos tenemos miedos y todos ellos suelen ser parecidos.

—¿Vos también los tenéis?

—Estoy postrado en esta cama, enfermo. Soy abad y, como tal, plenamente responsable de todas las deficiencias que encuentre en sus ovejas. ¡Claro que tengo miedo!

—Supongo que temo a lo mismo que todos los hombres: a la muerte.

—Y ¿por qué teméis a la muerte? —preguntó el abad, que mantenía la mente ágil a pesar de su deterioro físico.

—Porque ignoro qué sucederá después.

—La Biblia nos da la respuesta, todos seremos juzgados. —El abad tosió de nuevo—. Nuestra alma será pesada en función de nuestros actos y se decidirá nuestro futuro. Cuando llegue la hora, nadie estará a salvo del juicio de Dios, incluido yo mismo.

—Por eso todos tememos a la muerte.

—No, por contradictorio que pueda parecer, los hay que temen a la vida —replicó el abad—, no están contentos con lo que Dios les ha otorgado y, lejos de pensar en el día del Juicio Final, se centran en el día a día. Aquellos que no temen a la muerte son peligrosos, pues tampoco temen a Dios y pueden dejarse tentar fácilmente por el maligno.

—Hombres capaces de todo por satisfacer sus deseos más terrenales.

—Exacto, aquel que no teme a la muerte no es sino un egoísta, alguien que solo busca su propio beneficio, un hombre que tarde o temprano caerá en la tentación.

Se hizo un silencio sobrecogedor en la sala abacial. Bizén no había dejado de fijarse en cada detalle del interior desde su llegada: los muebles, los cuadros, todo contribuía a hacer de aquella sala un lugar muy diferente del resto del austero monasterio que había visto hasta entonces.

—Os daré un consejo, perseguid el miedo en las almas atormentadas de los hombres, cercarlo y obtendréis todas las respuestas que estéis buscando —sentenció el abad.

—No parece una tarea sencilla.

—Es posible que así sea. No en vano, muchos se esfuerzan en ocultar sus temores más profundos, pero, creedme, eso es imposible. El miedo es tan poderoso que nada podemos hacer contra él.

—Eso resulta descorazonador.

—Así debe ser, no hay nada peor que mentirse a uno mismo —atestiguó el abad—. Os voy a hacer una confesión: cuando yo era joven, nadie hubiera dado ni una moneda porque yo llegara algún día a ser el abad de Veruela. Mi propia mente rechazaba esa idea y, sin embargo, aquí estoy.

Bizén permanecía callado, mientras el abad le observaba desde su lecho.

—¿Por qué no me decís la verdad? —preguntó por sorpresa el religioso —. Os he dicho antes que era poco posible que yo hubiera llegado a ser abad, ¿cómo creéis que lo logré?

—No sabría deciros, supongo que sois inteligente, trabajador…

—Podría ser, pero hay muchos monjes trabajadores e inteligentes en este monasterio, el mismo prior es un hombre incansable y posee una mente privilegiada; y, sin embargo, nunca llegará a ser abad.

—No lo sé, ¿por qué entonces?

—Porque siempre he sabido cuando alguien pretendía engañarme, como vos ahora.

—Abad, yo no…

—Probad a ser sincero conmigo. —El abad mantuvo su mirada fija en Bizén.

El joven sintió que había caído en una trampa, e intentaba discernir qué responder. Tenía el presentimiento de que las siguientes palabras que pronunciara podían ser cruciales en el decurso de su vida inmediata.

—No soy notario real, ni siquiera notario a secas —confesó entonces Bizén—, soy aprendiz de don Antonio Martínez de la Peira, notario general del reino de Aragón. Me hice pasar por tal porque mi maestro cayó herido en la emboscada que sufrimos antes de llegar aquí y me suplicó que lo suplantara

a fin de poder entregar los documentos, una misión en la que había empeñado su palabra mi maestro y por lo que yo me vi obligado a aceptar esta falsedad.

—Si quieres atrapar a un farsante, déjale hablar —pronunció el abad Sancho con rotundidad.

—Lo siento, yo… no debí hacerlo, jamás tenía que haberos engañado. —Bizén se empequeñeció de repente, arrepentido y avergonzado.

—La verdad es liberadora, ¿no creéis? Muchos hombres viven presos de sus mentiras toda la vida. Las mentiras nunca son piadosas, solo engendran más mentiras y, lo que es peor, injusticia y dolor —afirmó el enfermo abad.

—Ruego me perdonéis.

—Hay algo más que empaña vuestra mente. No hay nada más liberador que confesarse ante Dios, Él sabe perdonar. Pero no hay perdón sin arrepentimiento. ¿Tenéis algo más que decirme?

Bizén miró a su alrededor, como si fuera a encontrar algo que le ayudara, pero estaba solo, frente al poderoso abad de Veruela.

—No, ahora ya sabéis quién soy.

El abad de Veruela se quedó en silencio. Bizén intuyó que ese era su fin.

—Ahora llamad a los monjes, que entren de nuevo —le ordenó el abad—, debo ponerlos al corriente de lo que acaba de suceder aquí.

Bizén de Ayerbe se sintió abrumado por las palabras del abad, pero dirigió con lentitud sus pasos hacia la puerta, como un condenado camino al cadalso.

El prior y el monje boticario permanecían en silencio en el claustro del monasterio, las oscuras gárgolas del patio contemplaban la escena con sus rostros deformes y sus grandes bocas abiertas. Los dos religiosos estaban ansiosos por volver al interior, y cuando el notario abrió la puerta y asintió con la cabeza, entraron con prontitud en la sala del abad.

—Hermanos, he tomado una decisión —pronunció con solemnidad el abad—, accederé a la petición del traslado de los restos del infante heredero.

—Pero, abad…

—¡Silencio, Antón! —Y el prior bajó la mirada.

—Debo insistir, abad —afirmó con la mirada gacha—. No podemos permitir que eso suceda. Ahora tenemos temas más importantes que tratar. Por

todos los santos, ¡ha muerto un lego dentro de la iglesia!

El notario real temió cuáles fueran a ser las siguientes palabras del abad, pero este, en vez de poner en evidencia su suplantación, hablaba de entregar el cuerpo del infante, concediéndole su petición. El joven Bizén se hallaba totalmente desconcertado.

—Aún no sabemos qué ocurrió anoche en la iglesia, ¿verdad, prior? —preguntó el abad.

—Me temo que no.

—Según vos, notario real, ¿quién ha podido matar a nuestro hermano lego?

—Abad, yo… —Bizén tenía un nudo en la garganta y los músculos entumecidos, se sentía incapaz de responder a la pregunta que se le había formulado.

—Responded al abad —añadió el prior.

—Bizén de Ayerbe, me agradaría conocer vuestra opinión. Y os aseguro que no suelo pedírsela a nadie al que acabo de conocer.

—Por lo que he oído, parece evidente que el asesino tenía que estar dentro de la iglesia esa noche y, según he entendido, solo se puede acceder desde una escalera que comunica con la sala donde duermen los monjes.

—En efecto, veo que tenéis buena memoria.

—Con todo mi respeto y cautela… —a Bizén le costó terminar la frase—, creo que tuvo que ser un monje.

—¡Pero cómo os atrevéis! —El rostro del prior se inflamó—. Debería daros vergüenza el mero hecho de pensar algo así.

—Sí, tiene razón —asintió el abad—. Me temo que tuvo que ser uno de los nuestros.

—¿Qué significa esto, abad? —inquirió el prior, muy contrariado.

—Para mí también es difícil de asimilar, pero es la cruel realidad. Solo un monje pudo abrir la puerta de la iglesia desde dentro, dejar entrar al lego, asesinarlo y cerrar de nuevo la puerta al terminar.

—Abad, si eso fuera cierto… ¿qué podemos hacer?

—Encontrar al culpable, por supuesto —graznó la máxima autoridad de Veruela—. Vos sois el único forastero que hay aquí dentro —dijo señalando a Bizén—. No sois sospechoso, no existe nada que os una a este monasterio. Además, sois notario real, ¿verdad?

—Yo… Sí, lo soy.

—Hallad al monje que mató al lego y, solo entonces, accederé a entregaros el cuerpo del infante.

—¡No podéis hacer tal cosa! —exclamó el prior Antón, que no podía permanecer más tiempo mordiéndose la lengua—. ¿Cómo vamos a confiar en un forastero? No sabemos nada de él, ¿y si nos miente?

—¡Basta! —El abad forzó la voz, lo cual le causó una estridente y aparatosa tos.

El hermano Ramiro corrió a socorrerle, el abad comenzó a atragantarse y tuvo que inclinarle hacia delante para que pudiera respirar mejor. Poco a poco se fue calmando y, aunque tenía el pulso acelerado y sudaba de manera copiosa, al menos dejó de toser. Entonces, el abad dirigió la mirada hacia Bizén.

—Tenéis mi permiso para visitar todo el monasterio, cualquier puerta que esté cerrada deberá abrirse; cualquier monje, converso o donado que se cruce con vos, deberá responder si le dirigís la palabra —el abad se detuvo para poder respirar mejor—, eso sí, debéis respetar nuestras horas de rezo, también el silencio y recogimiento de nuestra congregación.

—Abad, agradezco sobremanera vuestra confianza, aunque no lo entiendo…

—Silencio, creo que estaréis conmigo en que no podéis negaros, ¿verdad?

—Pero yo he venido… —Reculó Bizén.

—¿Conocéis la historia del abad Virila? Seguro que no, pero yo os la contaré: Virila era abad del monasterio de Leyre en el reino de Pamplona. Un día decidió dar un paseo por el bosque y fatigado tras la marcha se sentó a descansar junto a una fuente, a escuchar el canto de los pájaros, el rumor del agua y el susurro del viento. Al poco ya estaba maravillado y absorto en la contemplación de tanta belleza —relató captando la atención del notario real —. Cuando regresó al monasterio, se sorprendió incapaz de reconocer a los monjes, pero tampoco pareció que nadie supiese quién era él.

»Al decir que era el abad Virila, alguien creyó recordar haber oído ese nombre tiempo atrás. Buscaron en los archivos de la abadía y hallaron que, efectivamente, Virila había sido un abad de ese mismo monasterio… ¡hacía trescientos años!, y que un día había desaparecido en el bosque. Solo entonces, Virila se dio cuenta de que había permanecido todos esos años en éxtasis en aquel punto de la sierra.

—¿Eso es cierto? —preguntó un incrédulo Bizén.

—Desde luego que lo es, id a Leyre si no me creéis. Todavía se conserva el sendero que lleva hasta la fuente donde Virila pasó tres siglos.

—No lo pongo en duda, abad, pero ¿por qué me lo contáis?

—Porque una vez que regresó, muchos pusieron en cuestión la historia de Virila, tal y como estáis haciendo vos ahora —recalcó el abad con cierta sorna —. Y cuando una mañana salió del monasterio, uno de los incrédulos le alcanzó y le pidió que hiciera un milagro para poder dar crédito a sus palabras. Y Virila le preguntó entonces: «¿Cuántas horas va a tener este día?». El hombre respondió que veinticuatro, como todos los días. —El abad hizo una pausa y comprobó el rostro de Bizén—. A lo que Virila contestó: «Ahí tienes veinticuatro milagros, no los desperdicies». El hombre, que no era tonto, supo que el santo le había dicho la verdad. Se entristeció por todos los milagros que había desperdiciado a lo largo de su vida, pero se alegró también por los milagros que aún tenía por delante.

—Pretendéis decirme que debo aprovechar el tiempo…

—Efectivamente, y ahora marchaos y dejadme descansar. —Y buscó al hermano Ramiro—. Agua —dijo alargando la mano.

El boticario le acercó un cuenco de agua y bebió pausadamente.

—Una última advertencia, notario —afirmó el abad una vez recuperado.

—Por supuesto, decidme.

—Acercaos. —E hizo una señal para que el monje boticario no les escuchara. Bizén de Ayerbe se aproximó dubitativo y acercó su oído hacia el abad de Veruela—. Cada hombre guarda, al menos, un secreto inconfesable —le susurró—; debéis manteneros firmes ante aquellos que no queráis descubrir. Todos nos creemos capaces de mantener una mentira, pero nada hay más lejos de la verdad. Exige mucho esfuerzo y concentración y, si nos relajamos un instante, todo puede quedar al descubierto.

—Lo tendré en cuenta.

—El miedo de un hombre puede convertirse en su mayor fortaleza o en su talón de Aquiles. Todos ocultamos nuestros miedos, por algo será… —afirmó antes de volver a toser con fuerza.

El monje boticario se apresuró a por una jarra y vertió el agua en un cuenco. El abad no paraba de toser, se apreciaban restos de sangre entre sus esputos.

El prior Antón se acercó para inclinarlo mejor. La palangana se cayó, derramando toda el agua por el suelo.

—Idos, necesita reposo, ha hablado demasiado —afirmó el prior.

Bizén miró al moribundo abad que, con su piel blanquecina y sus cabellos rubios, tenía un aspecto fantasmal. Abandonó la sala abacial preocupado por su salud. No lo había descubierto, no había dicho a los monjes nada sobre sus mentiras. Y, además, le había hecho un encargo tan extraño como importante. Por mucho que le daba vueltas al asunto, Bizén no lograba encontrar una explicación.

Poco después, el prior también abandonó la sala abacial, dejando al boticario solo con el enfermo. Una vez en el claustro se detuvo frente a la ménsula de un atlante y se giró hacia Bizén.

—¿Qué le habéis dicho a nuestro abad?, ¿cómo le habéis engatusado?

—No sé a qué os referís, ¿acaso tratáis de ofenderme?

—Sois un embaucador —le dijo tan cerca de él que pudo sentir su aliento en la cara.

—Nada más lejos, prior. Erráis si pensáis eso.

—No, desde luego que no. La sarta de mentiras que le habéis contado al viejo no os bastará para engañarme a mí.

Bizén reprimió una respuesta, dio un paso atrás para acentuar la distancia del prior y miró de nuevo la ménsula del atlante que sostenía uno de los arcos de la bóveda del claustro.

Él había confesado la verdad al abad y este, en vez de castigarle, le había concedido una dispensa para moverse libremente por el monasterio.

—A mí no me vais a camelar. Sabed que no os voy a quitar el ojo de encima —le advirtió mientras se ajustaba el escapulario negro sobre el hábito.

—Me parece bien, pero siempre y cuando me ayudéis. Ya habéis oído a vuestro abad: debo descubrir quién mató al lego. Así que volvamos a la iglesia, tenemos mucho trabajo por hacer.

El prior resopló, lo miró con un infinito desagrado y reanudó el paso. Entró en el templo, donde ya no quedaba ningún monje. Bizén, lejos de acobardarse, le siguió. El cuerpo del lego asesinado había sido retirado, sin embargo, las manchas de sangre todavía se podían apreciar en el suelo del templo.

El joven se desplazó hacia el altar mayor, al fondo pudo ver un largo texto escrito en latín que enumeraba, a modo de inventario, todas las reliquias que allí se atesoraban. En la grada, sin enrasar con el pavimento, se hallaba el enterramiento del infante heredero. Era una caja con forma trapezoidal, labrada en piedra caliza con incrustaciones de piezas oscuras y barnizada toda ella de color rojizo. La alargada lauda que la cerraba tenía tallados dos escudos de idéntica forma y tamaño, con el Señal Real formada por palos de gules sobre oro.

El escudo superior estaba pendiente de un tiracol redondo, como si estuviera colgado de una pared. Entre ambos aparecían dos bezantes y, por debajo del escudo inferior, un castillo de tres torres.

Bizén nunca se había hallado delante del sepulcro de un príncipe, de un hombre que pudo ser rey, que habría ascendido al trono si no hubiera muerto de forma prematura.

En parte de la superficie pétrea aún quedaban salpicaduras de sangre del lego fallecido.

—¿Quién estaba presente en la iglesia cuando encontrasteis al muerto?

—Solo los monjes —respondió el prior.

—¿Todos ellos?

—Sí.

—¿Quién fue el primero en verlo? —insistió Bizén.

—El hermano Saturio, es el encargado del herbolario. Es un buen monje, obediente y sencillo.

—Dijisteis que todas las puertas estaban cerradas desde dentro.

—Sí, los legos no pueden entrar sin nuestro permiso. Ni siquiera a su coro, a los pies del templo.

—Alguien del interior tuvo que abrir al muerto, uno de los monjes.

—Eso ya lo sabemos —contestó el prior.

—¿Sospecháis de alguno?

—No, en absoluto.

—Entonces, ¿qué explicación encontráis a lo sucedido?

—Por ahora… —y el prior trató de elegir sus palabras—, ninguna. Pero la encontraré y no necesito la ayuda de un extraño para lograrlo. Ningún monje mataría, y menos en suelo sagrado. Alguien más tuvo que entrar aquí.

—Pero ¿cómo? ¿Acaso existe otra manera de acceder a la iglesia?

—Ya le he dicho que no. —E hizo un silencio al ver entrar a otro de los monjes, el más joven.

—Prior, es ya la hora de la comida —y el cisterciense señaló el reloj mecánico.

—Muy bien, Hugo.

—¿Qué ocurre? —inquirió Bizén.

—Desde septiembre hasta la Cuaresma los días son más cortos que las noches, por eso solo hacemos una única comida y es a la hora nona. Debéis respetar nuestras obligaciones, eso también lo ha dicho el abad.

—Entonces me gustaría comer en vuestra mesa.

El prior Antón se detuvo, respiró profundo y contestó sin volverse.

—Nuestra comida es humilde, puedo disponer que os sirvan lo que deseéis en la hospedería.

—Os lo agradezco, pero es mi deseo conocer mejor a los monjes —advirtió Bizén de Ayerbe—; seguro que vuestro alimento será más que suficiente para mi sustento.

—Como queráis…

6

El refectorio

Salieron de nuevo al claustro, que organizaba todos los espacios de los monjes, siguieron por una de las galerías hasta el lavatorio, ubicado en el espacio abierto y con forma de templete. El resto de la congregación fue llegando con puntualidad. Después de lo sucedido habían regresado a sus diferentes tareas, desde el semillero hasta la cilla o la hospedería, sin olvidar el herbolario y la puerta del monasterio. De hecho, fue el hermano Cipriano el último en llegar. Todos los monjes se lavaron las manos y los pies antes de entrar en el refectorio. Después se secaron con unos paños que fueron entregando al hermano Hugo.

En su interior estaba dispuesta una mesa de madera rectangular sobre la que se disponían platos y vasos de barro cocido. Al fondo de la sala había una zona un par de palmos más alta que el resto, y sobre ella, una mesa con cinco asientos.

Los hermanos Bartolomé y Hugo ejercían de monjes semaneros y, con la diligente ayuda de dos legos, servían la comida al resto de la congregación.

Los semaneros, además de su ración habitual, tomaban algo de pan y vino para que a la hora de la comida pudieran servir a sus hermanos sin murmurar y sin excesiva molestia, como regía la norma de san Benito.

—Venid conmigo, os sentaréis entre el decano Esteban y yo. Ya os he dicho que no pienso quitaros el ojo de encima —le dijo el prior.

—¿No hay más monjes?

—En estas fechas muchos de nuestros hermanos están en otras propiedades; estamos preparando la llegada del invierno, así que están haciendo inventario de cómo se encuentran nuestras granjas y posesiones.

—Entonces, estos son todos los que hay ahora en Veruela y que estaban en el dormitorio.

—Sí, en total somos diez hermanos, además del monje encargado de la puerta que ya conocéis —comentó el prior—. El decano Esteban se encarga de la cilla; el hermano Adolfo es el monje de más edad; Saturio, el monje herborista; luego está nuestro arquitecto, el hermano Timoteo —mientras los nombraba, el prior fue señalándolos para que Bizén los identificara—; el hermano Julián, responsable de todo lo referente al agua; el hermano Ramiro, nuestro boticario; el hermano Bartolomé, que ahora es el semanero; el hermano Rogelio, el hospedero, y el hermano Hugo, que aún es muy joven, pero que ya nos ayuda con los libros y también en otros menesteres.

Los monjes tomaron asiento y bendijeron la mesa dando gracias por los alimentos que iban a tomar. El hermano Bartolomé llegó con una abultada cacerola y fue directo a servir al prior.

—No, primero servid a nuestro invitado.

—Como ordenéis —obedeció.

Mientras servían la comida, el hermano Ramiro leía un capítulo de la regla desde un púlpito próximo a la mesa principal, pues en la comida de los monjes nunca debía faltar la lectura. Cada semana, empezando el domingo, un monje distinto subía al pequeño púlpito.

El hermano Ramiro comenzó su servicio pidiendo una oración por el difunto Octavio:

Señor, ábreme los labios,

y mi boca

proclamará tu alabanza.

Durante la lectura reinaba un silencio absoluto, solo se escuchaba el sonido de las palabras del monje responsable. Los hermanos se servían mutuamente; si precisaban de algo, un sonido leve o un sencillo gesto era suficiente para comunicarse entre ellos.

La comida consistía en un potaje de legumbres cocidas, había también fruta y legumbres. A cada uno le dieron una libra de pan. Bizén se dio cuenta de que aquellos que habían realizado algún trabajo pesado recibían algo más. Había un cuenco con sal para que cada uno rectificara el potaje a su gusto y unas jarras pequeñas con aceite. Lo que más le llamó la atención fue el vino,

tanto por la cantidad como por la calidad. Era un vino puro, potente, lleno de matices, y todos los monjes lo presentaron al prior para que lo bendijera. A continuación, cada hermano mojó tres trozos de pan en él.

Sabía que debía ser prudente y no hablar durante la comida. Además de en las horas de rezo y mientras dormían, ese era el único momento del día en que toda la congregación estaba reunida.

La comida transcurrió sin incidentes. Bizén de Ayerbe entendió que la misión encomendada por el abad no era tarea sencilla. Debería derribar muchos muros para investigar la extraña muerte y lograr así el traslado del cuerpo del infante.

Analizó uno por uno a los monjes que había sentados a la mesa, todos ellos sospechosos. A primera vista parecían iguales, el hábito les homogeneizaba. Si hubiera realizado una visita fugaz a Veruela, ninguno le habría llamado especialmente la atención.

De su maestro don Antonio había aprendido todo lo necesario sobre testamentos, pactos y acuerdos de compra y venta, que tuvo que copiar y ordenar. De ese modo descubrió el poder de la palabra escrita que puede releerse las veces que sean necesarias hasta encontrar el significado exacto. En cambio, al hablar se debe prestar más atención, repasar cada frase, cada palabra, antes de que se borre de nuestra memoria. Pero Bizén de Ayerbe sabía hacerlo.

Miró a los hermanos mientras comían aquella sopa de legumbres y bebían vino. Aquello no iba a resultar tarea fácil. Tendría que hablar con cada uno de ellos si quería obtener alguna pista.

Prosiguió la comida en estricto silencio. A continuación sirvieron unas carpas. También sacaron más vino, esta vez caliente. Lo vertieron desde un pequeño tonel a un cuenco, para airearlo. El vino reposó un tiempo hasta que el decano Esteban lo probó, y lo distribuyó entre los comensales, que lo mezclaron con agua. El pescado era jugoso y tenía un sabor aromático. Bizén de Ayerbe imitó a los monjes y vertió una buena dosis de aceite por encima para potenciar su sabor.

Al observarles con detenimiento se percató de algo inusual, sutil, pero muy concreto. La jarra de aceite estaba en un extremo de la mesa, cerca del hermano Timoteo, y en el otro extremo del tablero el hermano Cipriano parecía buscarla para condimentar su plato.

No lo llamó, tan solo hizo unas señas, de forma casi imperceptible. Movió los dedos de la mano izquierda en un determinado orden y después se llevó la derecha al pecho. Acto seguido el hermano Timoteo pasó el aceite al monje de al lado, señaló al portero e hizo otro gesto rápido y discreto.

La jarra de aceite llegó al poco tiempo hasta el otro lado de la mesa.

¿Qué significaba aquello?, se preguntó Bizén. ¿Acaso los monjes se comunicaban a través de un lenguaje secreto?

Mientras los veía dar cuenta de las carpas recién servidas y beber del vino caliente, con la voz del hermano Ramiro de fondo, una idea le asaltó. ¿Cómo podría aquella daga tan valiosa que encontraron clavada en el cuello de la víctima pertenecer a cualquiera de ellos?

7

El infante

Poco a poco, los monjes se fueron retirando del refectorio en silencio. Bizén decidió que lo mejor sería empezar su investigación por el lugar del asesinato.

Contó los pasos que le separaban de la iglesia. Era una costumbre que tenía desde niño. Pasó cerca de la sala abacial, contigua al refectorio; después, junto al locutorio y la sala capitular. Se asomó a esta última unos instantes para contemplar la belleza de sus arcos y el inmenso número de sepulturas y laudas que atesoraba. Antes de cruzar la puerta de la iglesia se detuvo frente a las sepulturas de la familia de Pedro de Atarés, el noble que pudo reinar. Tuvo mucho cuidado de no pisar su lauda, que, tal como le habían contado, estaba situada justo en el umbral de la puerta.

Del refectorio a la iglesia contó cuarenta y tres pasos.

Una vez en el espacio sagrado, lo escrutó con detenimiento. Desde donde él estaba solo podía ver el recorrido que seguían los monjes hasta llegar a su coro. Justo en frente estaba el de los legos. Estos dos espacios dividían la nave en dos e impedían avanzar por ella, por lo que había que moverse a través de la puerta que los atravesaba o utilizar alguna de las dos naves laterales. La de la epístola, a la derecha, tenía una hilera de sepulcros y de sencillos altares en cada una de las columnas que sujetaban las bóvedas. Bizén no se había percatado de ello a su llegada y fue en ese momento cuando se extrañó al ver tantos altares de reducidas dimensiones.

Todo el templo estaba pintado en blanco y con un despiece de sillares formado por gruesas líneas rojas. Además, en cada uno de los altares había inscripciones del santo al que se hallaban consagrados.

Al alzar la vista le impresionó la enorme altura que alcanzaban los arcos apuntados que sostenían el techo. Dirigió sus ojos hacia el transepto, al fondo se observaba un deambulatorio, más propio de los lugares de peregrinación que de un aislado enclave. Pero lo cierto es que aquel templo se parecía mucho más a una catedral del camino de Santiago, preparada para recibir a numerosos peregrinos y visitantes, que a un lugar apartado en la montaña.

Sus pisadas retumbaban en la inmensidad del espacio, perdiéndose por rincones de los que Bizén de Ayerbe todavía no sabía nada. La magnitud de la obra era incuestionable. Pero lo que captó la plena atención de aquel hombre —más dado a la vida mundana que la religiosa— había sido un magnífico reloj mecánico, situado junto a una empinada escalera que ascendía la altura de un piso. Intuyó que allí debía de encontrarse el acceso a los dormitorios y puede que aquella fuera la única puerta que se encontraba abierta cuando el converso fue asesinado.

Bizén había oído hablar de esas maravillas mecánicas, pero jamás había visto una y menos aún de aquellas dimensiones. Sabía que habían comenzado a instalarse en los monasterios más ricos para poder medir de forma más exacta las horas, tan importantes para la vida en un cenobio. Los relojes de sol únicamente eran útiles con la luz del astro, y en invierno su funcionalidad se veía muy mermada. Se habían ideado relojes de arena y agua para paliar ese problema, pero ahora el futuro estaba ante sus ojos: relojes mecánicos repletos de engranajes, ruedas, poleas y un sinfín de artefactos.

Dio varios pasos por el crucero hasta situarse ante él, fascinado por su belleza y complejidad.

El reloj mecánico era rectangular, situado sobre un esbelto pedestal, las agujas estaban encuadradas dentro de un sol, con motivos heráldicos como decoración. Era realmente hermoso y singular. Teniendo en cuenta sus dimensiones, Bizén de Ayerbe dedujo que los mecanismos interiores debían de ser numerosos y enrevesados.

«Es una maravilla, una maravilla muy costosa», pensó el supuesto notario real.

Un objeto que marcaba de manera tan inexorable el paso del tiempo le inquietaba. En un lugar como aquel monasterio, donde precisamente el tiempo parecía suspendido, era turbador comprobar de manera tan precisa justo lo contrario.

Bizén tenía más preocupaciones, ahora ya había alguien que sabía la verdad sobre él, o al menos una parte. A pesar de que había sabido dónde detenerse, le atormentaba no saber con certeza si el abad Sancho se había dado cuenta o no.

Dejó de admirar el ingenio mecánico y volvió su mirada al sepulcro del infante heredero. Esa era la verdadera razón de que él estuviera en Veruela. Los documentos que llevaba su maestro reclamaban el cuerpo que allí había sepultado.

—Impresiona, ¿verdad? —oyó que decía una voz a su espalda.

—Es un príncipe.

—Sí, pudo haber sido rey. —Era el anciano Adolfo.

—Sois de los pocos monjes que quieren hablar aquí.

—Bueno, el silencio es nuestra principal virtud. La gente en las ciudades habla demasiado; en cambio aquí las palabras son un bien escaso.

—Si quiero averiguar qué le sucedió al lego, tendré que hablar con todos.

—Entonces deberéis hacerlo en el momento y lugar oportunos. Ningún monje os dirigirá la palabra en misa, durante la comida o en el claustro. Absolutamente ninguno.

—Y ¿entonces?

—Este monasterio es muy grande y, aunque es verdad que es difícil hacernos hablar, eso no quiere decir que una vez que abrimos la boca no tengamos nada que decir. Al contrario.

—¿Insinuáis que debería interrogar a los monjes a escondidas?

—En la cilla, en la cocina, en los huertos… Siempre y cuando se hallen solos y no estén orando.

—Ya me he percatado de ello en el refectorio.

—Solo tenemos una comida al día, ¿de verdad creéis que vamos a desaprovecharla hablando? Si tenemos la boca llena no podemos hablar. —Sonrió—. Nuestra orden dice que debemos alimentarnos de la palabra del Señor, por eso se lee siempre en el refectorio. Pero me temo que somos más mundanos. Ah, si queréis disfrutar de la comida, echaos siempre aceite.

—¿Cómo decís? —Bizén no daba crédito al curso que estaba siguiendo la conversación.

—La gente no aprecia un buen aceite. Observad su color y cómo huele.

—¿El aceite huele?

—Pues claro, ¿a qué creéis que huele el aceite del Moncayo?

—No sabría deciros…

—El aceite debe poseer un buen aroma, su función es darle más sabor a lo que comemos. En la Cuaresma no tomamos ni vino ni aceite, pero hasta entonces…

—¿Y no coméis nada de carne?

—La carne excita las pasiones y dificulta el control del cuerpo.

—Y también da fuerza y vigor.

—No, eso lo da el vino —añadió sonriente el anciano—; la comida debe ser siempre moderada, que llene el estómago, pero no demasiado. Cuando uno se levante por la noche para orar, no debe hacer los ruidos propios de la digestión, sino del apetito.

—¿Y no os resulta más obsceno el vino que la carne?

—Pero ¿qué blasfemia es esa? —le recriminó el anciano, que pareció enojarse—. San Pablo le recomendó a Timoteo que tomara vino para curar sus males de estómago. Sabed que es un remedio para cualquier tipo de dolencias.

—Cierto, aunque también nubla la mente de los hombres.

—No si se consume con moderación —le dijo—, la moderación es la clave de todo en la vida. Son los excesos los que nos condenan.

Bizén no terminó de comprender las palabras del anciano.

—No olvidéis que el vino es un elemento fundamental del sacramento de la eucaristía —continuó el monje—. Hay que beberlo mezclado con agua, de lo contrario lleva a la embriaguez, a la pérdida del dominio sobre nuestra conducta y a la degradación moral, lo que desemboca en la fornicación, la idolatría y el pecado.

—En eso estoy de acuerdo, pero volviendo al tema…

—A mí me gusta el vino calentito —murmuró el anciano monje ante el asombro de Bizén, que empezaba a darse cuenta de lo complicado que resultaba dialogar con aquel hombre—, no el que prepara en la cilla el decano Esteban. Hace cosas raras con él, guarda el mosto en unas barricas de madera durante meses, ¿os imagináis?

—Todo el mundo sabe que el vino no aguanta tanto tiempo y menos sin mezclar con agua.

—Eso digo yo —asintió el decano Adolfo—, llevan así años. Dejan el vino en barricas de madera hasta que se pudre y se pierde, ¡qué barbaridad!

—Ciertamente. —Bizén alzó la vista a la bóveda de la iglesia—. Este templo, todo el monasterio, es increíble, una maravilla de Dios.

—No os dejéis atrapar por la belleza de este lugar. A veces las mejores personas hacen cosas terribles.

—¿Qué estáis insinuando? —Bizén se quedó pensativo tras oír aquellas últimas palabras del anciano.

—Debo irme, alguien se acerca.

El anciano se marchó renqueante de su cojera por una de las naves laterales del inmenso templo. Al mismo tiempo, otro de los hermanos apareció en escena, era Bartolomé, el monje semanero. Bizén se ocultó rápidamente detrás de una de las columnas. El hombre miró a un lado y a otro, se cercioró de que nadie le observaba y se postró de rodillas frente a la tumba del infante, juntó las manos a la altura del pecho y comenzó a orar.

Bizén lo observó en silencio hasta que terminó y abandonó la iglesia en dirección al claustro. Entonces salió de su escondite y fue hasta el sepulcro real. Miró los restos de sangre impresos en la piedra. Le vinieron a la mente las últimas palabras del anciano monje antes de marcharse: «A veces las mejores personas hacen cosas terribles». Entonces, puso las manos sobre la lauda sepulcral del infante y trató de moverla. Era pesada, demasiado para él, y tampoco podía cometer tal sacrilegio. Abandonó la iglesia y salió al claustro. A lo lejos divisó a otro de los monjes y fue en dirección a su encuentro.

—Hermano —se puso delante de él—, el prior, ¿dónde está?

El monje no respondió.

—Necesito hablar con él, es muy urgente. Sé que os debéis a vuestro voto de silencio, pero os ruego que lo hagáis llamar a la iglesia, yo le estaré esperando, ¡por favor!

El hermano Saturio le miró con cierto sobresalto pero, finalmente, asintió con la cabeza.

Bizén le dejó ir y pensó en las palabras del anciano Adolfo, debía tratar a los cistercienses con inteligencia. No atosigarles en los espacios principales, no obligarles a hablar, a veces un sencillo gesto podía serle útil.

Dio un par de pasos atrás y revisó la galería. Estaba vacía, silenciosa. Sentía como si las figuras humanas de las ménsulas le observaran. Tanto silencio le hacía escuchar todo tipo de ruidos que, de otro modo, le habrían pasado desapercibidos.

Decidió esperar al prior en el templo. Allí se sentía más seguro, no en vano era la casa del Señor. Nada malo podía suceder en su interior, o al menos eso solía pensar. Aunque vistos los acontecimientos que habían tenido lugar entre sus paredes en las últimas horas, quizás aquello no podía aplicarse al templo de Veruela.

—Espero que sea importante. —El prior se santiguó frente a la talla de la Virgen—. Me habéis apartado de mis obligaciones y mi tiempo es muy preciado.

—Estoy seguro de ello, pero tengo algo que mostraros.

—Veámoslo.

—El sepulcro está manchado de sangre, ¿verdad? —Bizén señaló la tumba del infante heredero—. ¿No os parece extraño?

—Han matado a un hombre, eso es lo que me preocupa, no que su sangre se haya derramado sobre una sepultura, por mucho que sea la del hijo de un rey.

—Lo encontrasteis allí —dijo, señalando donde estaba el mayor resto de sangre—, es una distancia considerable si a uno le han clavado una daga en el cuello cerca del sepulcro.

—Sí, nuestro hermano Octavio se fue tambaleando mientras intentaba huir de su asesino.

—Yo no lo veo así. Pensadlo un segundo, prior.

—¿Adónde pretendéis ir a parar?

—Mi maestro siempre decía que hay que prestar atención a los detalles, lo evidente lo es para cualquiera, sin embargo, los pormenores no. Y es ahí donde puede estar oculta la verdad —comentó Bizén—. Todos sabemos que el lego fue asesinado, pero ¿por qué está su sangre en la lauda del sepulcro?

—Sé lo que pretendéis y no va a funcionar. ¡No vamos a abrir la tumba del infante! —dijo enojado el prior.

—A mí me desagrada la idea como al que más, pero creo que debemos comprobar todo indicio que pudiera aclarar lo sucedido —afirmó Bizén—. Prior, en mi humilde opinión debemos abrirlo.

—Solo pretendéis aprovecharos para llevar a cabo vuestra blasfema misión: robar el cuerpo del hijo del rey Jaime I el Conquistador.

—Os juro que no es esa mi intención.

—Tened cuidado con los juramentos que hacéis…

—¿Acaso no lo entendéis? Había sangre sobre la lauda, debemos comprobar cada detalle, por insignificante que sea, para descubrir la verdad de lo que sucedió.

—Hace falta más que una simple sospecha para abrir un sepulcro real. —El prior caminó hacia la tumba y se situó en su cabecera.

—No sé qué pensará el abad… pero podemos preguntarle.

—Este es el escudo de la casa de Aragón, palos de gules sobre un campo de oro. ¿De verdad queréis comprometer vuestro nombre con la profanación de un enterramiento real?

—No comprometo nada. Ya conocéis los documentos que traje conmigo, el santo Padre os ordena entregar los restos del infante heredero, así que tarde o temprano íbamos a abrir este sepulcro. Yo digo que lo hagamos ahora y ¡veamos qué hay en su interior!

—Estamos aquí para velar por estos difuntos —afirmó el prior—, no para perturbar su descanso.

—Prior, la sangre del lego está sobre el sepulcro, tenemos que abrirlo. ¿Queréis descubrir quién le mató?

—Por supuesto que sí.

—Sois el prior de este monasterio, nadie está más decidido que yo a encontrar al asesino.

—Pero hay que tener cuidado, notario. Estamos jugando con fuego, y una vez que se prende la mecha, es difícil apagar las llamas.

—Debemos descubrir la verdad.

—No tenéis ni la más remota idea de lo que es la verdad. Ya os lo dije antes, sois un farsante, un ambicioso embaucador. Cometeréis un error y yo estaré allí para demostrarlo.

—Todos nos equivocamos alguna vez —razonó Bizén—, hasta el asesino del lego tuvo que cometer un error, un descuido y quizá lo encontremos ahí dentro. ¿Vais a abrir el sepulcro real o debemos molestar de nuevo a vuestro enfermo abad?

—Lo abriremos —sentenció el prior—, y que Dios nos perdone. No quiero que nos vea nadie, no quiero alterar a la congregación. Así que cerrad esa puerta, yo haré lo mismo con el resto.

Se cercioraron de que no había nadie más en la iglesia.

—La lauda es pesada, dadme ese antorchero para hacer palanca —le indicó el prior—. Empujad y yo lo meteré en el hueco, después venid a ayudarme.

La losa, con el emblema tallado de la casa de Aragón en forma de escudo doble, comenzó a desplazarse. A pesar de su elevado peso, lograron liberarla entre ambos haciendo palanca por un extremo.

Bizén contuvo la respiración. Habían pasado más de cien años y los restos del infante debían haber quedado reducidos ya a un puñado de huesos, aunque al encontrarse en un espacio sacro y tratándose del primogénito de un rey todo era posible. No sería la primera vez que aparecía un cuerpo incorrupto, con todo lo que ello conllevaba. Sin embargo, ni en todos esos años habrían adivinado lo que estaban a punto de descubrir.

—¡Está vacía! —El prior se santiguó.

—¡No es posible! —Bizén se frotó los ojos—. ¿Dónde está? ¿Dónde se encuentra el cuerpo del infante? —Se volvió buscando al prior—. ¡Vos lo sabéis! —dijo mientras lo señalaba.

—En absoluto —se defendió—, ¿cómo iba yo a saber que el sepulcro estaba vacío? No sé qué ha podido suceder. —El prior no salía de su asombro

—. No tiene ningún sentido. Debemos taparla de nuevo, ¡rápido!

—¿Por qué?

—Obedecedme, si no me ayudáis a cubrirla de nuevo os juro que os arrepentiréis de haber venido a Veruela —le amenazó.

—Dadme primero una razón.

—En unos días se celebrará la noche de Ánimas, que precede al día de Todos los Santos, si corre la voz de que ha desaparecido un muerto de su sepulcro cundirá el pánico. ¡No tenéis ni idea de cómo son las gentes de aquí!

—¿Qué sucede en la noche de Ánimas?

—Los habitantes del Moncayo creen que en esa fecha se abren las puertas del infierno y, por unas horas, los muertos vagan por nuestro mundo. Hacen todo tipo de ritos paganos para sentirse a salvo. Pero si se enteran de esto… no sé cómo reaccionarán esos ignorantes.

—Pero esta tumba vacía no quiere decir…

—Un momento, hay sangre dentro del sepulcro y parece reciente. —El prior la señaló.

—Eso es imposible.

—Comprobadlo vos mismo. —Bizén observó las gotas de sangre en el interior de la sepultura—. La daga que lo mató, ¿la habéis observado bien? —continuó el prior.

—Es un objeto valioso, la daga de un noble.

—O de un infante…

—¿Qué tratáis de decir?

—La daga era del infante, le enterrarían con ella. —El prior se frotó las manos, nervioso—. Esto solo puede tener una explicación.

—Espero que no digáis lo que estoy imaginando…

—El maligno, el maligno ha atravesado nuestros muros y está entre nosotros —sentenció rotundo el prior—. «Y Dios mismo estará con ellos. Y limpiará toda lágrima de sus ojos, y la muerte no será más, ni existirá ya más lamento ni clamor ni dolor. Las cosas anteriores han pasado».

—¿No creeréis de verdad que el infante…?

—En el libro de los Hechos se dice: «No se maravillen de esto, porque viene la hora en que todos los que están en las tumbas conmemorativas oirán su voz y saldrán».

—Prior, el que ha matado al lego ha sido uno de vuestros monjes, no busquéis explicaciones en el más allá. Y que el sepulcro esté vacío solo significa que ya tenemos la causa de la muerte del lego —sentenció Bizén—, y no es otra que su intención de sustraer el cuerpo del infante real.

—No es eso lo que van a pensar en el Moncayo. Este monasterio no se fundó aquí buscando recogimiento y unas tierras que explotar —puntualizó el prior—, hubo una razón más poderosa. El Moncayo no es una montaña más, la congregación y los siervos no pueden saber que la sepultura real se encuentra vacía.

—Pero, prior Antón, hay un asesino y ¡se ha cometido un sacrilegio!

—En el Moncayo suceden cosas inexplicables, por eso se construyeron iglesias, castillos y monasterios en torno a él: para mantener prisioneros a los seres que viven en su interior.

—Prior, estáis empezando a asustarme, ¿de qué demonios estáis hablando?

—Nadie puede saber que el sepulcro está vacío, absolutamente nadie. —Y el prior se acercó mirándole con un repentino gesto de desesperación—. Me parece que es mucha casualidad que vengáis a reclamar el cuerpo del infante heredero y, que esa misma noche, desaparezcan sus restos.

—¿Qué estáis insinuando?

—Lo sabéis de sobra.

—Han robado el cuerpo en vuestra iglesia —afirmó Bizén tratando de mantener la compostura—, y creo que el lego intentó impedir tal sacrilegio y por esa razón ha muerto.

En ese instante el fabuloso reloj mecánico dio la hora.

—Es la hora nona, los monjes acudirán al rezo —indicó el prior—, ¡rápido! Cerremos la sepultura y abramos las puertas.

Bizén obedeció y entre ambos lograron colocar de nuevo la lauda sobre el sepulcro, justo cuando llegaban los primeros monjes a la puerta.

—Leeremos el capítulo y luego proseguiremos con todo esto.

—¡No podemos dejarlo ahora!

—Esto es un monasterio del Císter, por si lo habíais olvidado. Tenemos que cumplir con nuestras obligaciones —le recordó el prior—. Nuestra regla es estricta. Debemos orar y leer los capítulos que nos marca, y ahora más que nunca.

Bizén observó cómo los monjes se dirigían al coro, tomaban asiento y comenzaba la lectura de los salmos y los cánticos. Miró de nuevo hacia el sepulcro real. Inspiró hondo y caminó hacia la puerta.

8

La cilla

Bizén salió de nuevo al claustro, la noche teñía el ambiente de un cierto aire de misterio, más propio de los sueños. El silencio y la soledad encontraban en aquel jardín de piedra el mejor escenario para cautivar el alma de los que lo habitaban. Bizén de Ayerbe dejó volar su mirada sobre la vegetación que decoraba los capiteles, identificando muchas de las variedades talladas en la piedra. Detuvo sus ojos en una ménsula que representaba un atlante que parecía que sostuviera sobre sus hombros uno de los arcos de la galería.

Desde crío, su madre le había enseñado que no debía dejar que nadie le dijera lo que era capaz de hacer. «Lo que no se intenta no se logra», le repetía. Y nadie mejor que él sabía cuánto se aprende de los errores. Con los años había conseguido ser observador y paciente. Esperar el momento adecuado había sido, en muchas ocasiones, su única defensa. Algo que tuvo que aprender desde niño.

Se detuvo en el acceso al templo y aguardó un rato. Pudo ver llegar a varios legos desde su dormitorio, que estaba situado justo antes de la puerta de la cilla y del propio claustro. La víctima tuvo que salir desde ese mismo punto y acceder a la iglesia o bien por la puerta de los legos o, dando toda la vuelta al claustro, entrar por la de los monjes. Mientras deambulaba por aquella zona, llamó a la puerta de la cilla. Oyó que alguien decía algo ininteligible desde el interior y decidió empujar la puerta y entrar. Era una estancia de amplias dimensiones, repleta de cubas, sacos de grano, cestos con verduras y fruta, ristras de ajos colgando y con un intenso olor a vino. El decano Esteban estaba moviendo un tonel cuando entró.

—Notario, vaya sorpresa.

—Es increíble todo lo que tienen aquí —comentó Bizén—, ¿todas las barricas contienen vino en su interior?

—Así es, ha costado un gran esfuerzo lograr llenarlas.

—Puedo imaginarlo…

—¿Qué hacéis por aquí a estas horas?

—Os seré franco —Bizén intentó buscar las palabras adecuadas—, ya sabéis mi cometido aquí y la autoridad que me ha otorgado el abad.

—Lo sé.

—Necesito vuestra ayuda.

—Por supuesto —el decano Esteban dejó el tonel—, aunque no sé en qué puedo serviros.

Bizén observó bien al corpulento monje, con su abultada panza, tenía un mechón de pelo que le caía por la frente y una verruga muy prominente debajo del ojo izquierdo. Aunque quizá fuera su larga barba lo que más destacaba.

—Para encontrar al asesino del lego he de conocer bien el monasterio y a todos los monjes —afirmó Bizén de Ayerbe—, resulta difícil para un forastero y necesito ayuda.

—Y queréis que sea yo quien os guíe, ¿es eso?

—Sí —respondió Bizén, tajante.

—Con gusto lo haré, pero debéis tener en cuenta que yo también soy un sospechoso —le recordó él.

—Cierto, pero Veruela no es solo un claustro y una iglesia; este monasterio tiene a cientos de hombres y mujeres a su cargo, granjas, acequias, molinos, hasta creo que tenéis minas bajo vuestras competencias.

—Así es, supone mucho trabajo, creedme.

—Estoy seguro de ello, por eso solicito vuestra ayuda. Vos sois decano, uno de los monjes con más responsabilidad.

—Está bien —el hermano Esteban lanzó un largo suspiro—, pero antes beba un poco de nuestro vino —y le señaló el cuenco—, es mejor tomar un poco para bienestar del estómago que ahogarse en agua por pura ansiedad.

—No sé si debería…

—Beba —insistió—, ya en las Sagradas Escrituras Pablo aconsejaba a Timoteo que bebiera vino, y el mismo Señor lo tomaba. Hasta le acusaron de bebedor, pero se lo dio a beber a los apóstoles y con él instituyó el sacramento de la eucaristía.

—Está bien, beberé con gusto. —Y el decano Esteban tomó el cuenco y vertió en él vino de una cuba y se lo dio a beber.

—Magnífico vino —dijo Bizén tras darle un trago.

—Es nuestro pequeño tesoro. —Y el decano Esteban puso la mano sobre la cuba.

—Quería preguntarle cuáles son sus responsabilidades.

—Como decano debo auxiliar al prior y al abad, además tengo bajo mi cargo la cilla y superviso todos los cultivos de nuestras granjas, que son muy numerosas. Junto al hermano Saturio, que es el herborista, preparamos las semillas y mejoramos las cosechas —respondió con mucha parsimonia.

—Y sois también el encargado de la producción del extraordinario vino que se hace en el monasterio —dijo Bizén con una sonrisa.

—La uva de nuestras vides es garnacha. Los primeros hermanos que llegaron a estas tierras eligieron esta variedad por gozar de un clima tan especial.

—¿Y qué tiene de diferente?

—Su altura, su sequedad y, en especial, el viento, que se conoce como cierzo —puntualizó—. Lo peor para los cultivos es el viento. Los altera, como a las personas; los antiguos creían que podía incluso volverles locos.

—¿El viento?

—Sí —contestó el decano—, sé que resulta difícil de creer. Si uno ha nacido en estas tierras del Moncayo se acostumbra al cierzo, a su fuerza y sobre todo a su duración. Nuestras vides llevan ya muchos años aquí, así que se han aclimatado. Pero si plantamos una variedad nueva de uva u otro tipo de cultivo, en la mayoría de las ocasiones no arraiga, se pierde. Lo mismo sucede con los forasteros que llegan.

—Entonces, son pocos los que se quedan a vivir aquí.

—El Moncayo es duro. —El decano Esteban cambió su expresión al referirse a la inmensa montaña oscura que dominaba todo el paisaje.

—He oído muchas historias sobre él.

—Ese monte te atrae como el canto de una sirena, hay veces que parece que hasta te susurra —suspiró—. Tened en cuenta que desde aquí hasta los Pirineos no hay ninguna otra montaña y domina la frontera con los reinos de Navarra, Castilla y Aragón. Cuando los viajeros lo ven a leguas de distancia, se acercan a él atraídos por algo que nadie sabe explicar.

—Suena a superstición y a hechicería, casi parece que esconda algo maligno.

—Como suele decirse, cuando el río suena, agua lleva —confirmó el decano esbozando una media sonrisa en su voluminoso rostro—. Afirmáis que queréis conocer el monasterio y a los monjes para dar con el asesino. Pero os habéis olvidado de la tierra, también debéis conocer el lugar donde nos hallamos —le explicó—, somos frontera de tres reinos, ¿qué otro lugar en toda la cristiandad lo es? Decidme.

—Puede que ninguno. —Bizén se quedó pensativo.

—Las gentes del Moncayo son una mezcla de pueblos y de civilizaciones. Han heredado la sangre heroica de los celtíberos que lucharon victoriosos contra las legiones de la poderosa Roma, mezclada con la de otros pueblos, godos y vándalos, que saquearon y destruyeron la cultura latina. Luego llegaron los infieles, los judíos y por último los cristianos del norte, todos se mezclaron.

—¿Y ahora qué son?

—Eso debéis descubrirlo por vos mismo —afirmó el monje—. Aquí se cuentan historias de moros, de judíos, de nigromantes, de brujas, de diablillos…; todas las leyendas y supersticiones que hayáis podido oír en mil viajes las encontráis resumidas aquí, porque están todas. Hasta cuentan que Hércules vino a estas tierras y peleó con dos gigantes.

—Eso son historias paganas…

—Por supuesto, pero también puede ser humo que indica un fuego.

—¿El qué? No entiendo qué pretendéis decirme, ¿qué significan todas esas historias?

—Eso lo ignoro, soy un humilde monje que, como bien habéis dicho, se limita a hacer vino, solo eso.

—No deja de ser sorprendente que rodeados como estáis de castillos, hombres de armas y mercenarios extranjeros tras casi diez años de guerra, hayan caído las plazas fuertes de esta zona de la frontera: Tarazona, Borja y Magallón y, en cambio, Veruela todavía resista. Es extraño, ¿no os parece?

—Somos un monasterio —respondió el decano Esteban—, no entendemos de poderes ni de luchas terrenales.

—Y, sin embargo, una larga muralla flanqueada por torres rodea toda Veruela, que más que un cenobio parece una ciudad fortificada.

—El Moncayo nunca ha sido un enclave seguro. Hace unos años los castellanos asaltaron el monasterio y utilizaron el patio del claustro para resguardar sus caballos.

—Pero vuestra muralla está en perfecto estado y, en cambio, he visto las grietas de la cúpula de vuestra iglesia —apostilló Bizén de Ayerbe—. Resulta curioso que pongáis más atención en ese muro que en el templo donde pasáis tantas horas al día.

—Os creía experto en leyes, no en arquitectura —replicó el decano—; sabed que contamos con un maestro de obras que atiende a todos estos detalles que tanto parecen preocuparos.

—Y si no me equivoco, hablamos del hermano Timoteo, que está medio sordo.

—La sordera nada tiene que ver con la arquitectura, ese monje es uno de los mejores maestros de obras que podéis encontrar en el reino.

—Tenéis razón. —Y Bizén hizo un leve silencio—. Hermano Esteban, ¿de dónde sois vos?

—No soy del Moncayo, si es eso lo que preguntáis —respondió con tiento.

—Y entonces, ¿dónde nacisteis?

—En Tortosa, en un pueblo frente al mar.

—Muy diferente a todo esto, imagino.

—Sí, pero nuestro lugar de nacimiento a veces no significa nada —afirmó el monje—. Hay lugares a los que sientes que perteneces la primera vez que los ves. Yo podría haber nacido en cualquier sitio y estoy convencido de que hubiera terminado aquí, en el Moncayo. En este monasterio, en esta orden.

—¿El Císter es tan extraordinario como aseguran?

—Qué va a contaros un cisterciense… —Sonrió—. Solo os diré que la Orden del Císter no nació de una reforma, ni tan siquiera se creó para contraponerse a otra orden o movimiento dentro de la Iglesia. El Císter es la estrella de la mañana, ilumina el mundo cristiano desde el reino de Portugal hasta los confines de los reinos de Noruega o Suecia, desde el fin del mundo en Finisterre hasta el reino de Polonia.

—Pero en este remoto lugar hay pocos habitantes, pocos cristianos a los que atender, ¿no seríais más útiles en una ciudad?

—Esa no es la cuestión, nosotros no predicamos —recalcó—, queremos estar cerca de Dios. Es un privilegio pertenecer a Veruela, ¿entendéis?

—¿Privilegio?

—Aquí venimos a orar, no a predicar.

—¿Y cómo ayudáis a las gentes de esta tierra? —preguntó Bizén.

—Con el ejemplo y rezando por sus almas. Este monasterio es una luz en un mundo de tinieblas, la luz que ilumina esta montaña, por eso acuden a nosotros —explicó—, no tenemos que ir a buscar a nadie. Como Cristo tampoco tuvo que hacerlo; los primeros cristianos se unieron a él, por sus palabras y sus hechos.

—Es difícil de comprender.

—Sí que lo es. No os agobiéis, todo lleva su tiempo en la vida y también en la muerte.

El decano Esteban avanzó por la sala abovedada.

—¿Por qué guardáis el vino en esos toneles?

—Estoy intentando lograr que dure más tiempo.

—Y para eso en vez de sacarlo del monasterio lo metéis ahí… No tiene mucho sentido —añadió Bizén de Ayerbe—, aunque sé que hay quienes le echan hierbas y otras sustancias que alargan su vida.

—Eso solo estropea el vino.

—Y ¿así no?

—Creedme si os digo que cuanto más logro mantenerlo aquí, mejor es. El vino, mientras más se envejece, más calor tiene: al contrario de nuestra

naturaleza, que mientras más vive, más se va enfriando.

—¿Cuál es la razón?

—La uva se recoge, se prensa, obtenemos el mosto y luego fermenta —explicó el decano Esteban—; el vino aguanta unos meses y terminamos sirviéndolo aguado, especiado y caliente porque si no sería imposible beberlo.

—Mientras se sirva vino de pocos meses no hay problema, eso lo sabemos todos.

—Yo aspiro a lograr un vino que dure años.

—¿Años? —Bizén se dio cuenta de que el decano hablaba muy en serio.

—Sí, todavía tengo que depurar el proceso —señaló Esteban—. Estoy convencido de que al meterlo en madera, esta le concede más durabilidad e incluso sabor. Al ser porosa, el vino puede respirar y completar su maduración.

—¿No cogerá sabor a madera?

—No si se hace bien y, en el mejor de los casos, le aportará otros matices —recalcó el monje—, y estoy comprobando que estos cambian en función del tipo de madera. Ahora estoy usando barricas de roble.

—Nunca había oído tal cosa… No sé qué pensar ni qué utilidad puede tener que un vino dure años. —Bizén de Ayerbe pasó sus manos por una de esas barricas—. De todas formas, toda esta producción no puede ser para este monasterio, ¿adónde lo enviáis?

—A otros centros del Císter, como Poblet, Piedra o Fitero, a las plazas de Borja y Tarazona.

—En esas poblaciones hay ahora compañías de mercenarios franceses —apuntó Bizén.

—Eso no me incumbe.

—Os aseguro que sí… ¿Y ellos saben que ese vino que beben procede de aquí? ¿De un monasterio a una jornada a caballo?

—Una y media —le corrigió—, pero ignoro si lo saben, ¿por qué lo preguntáis?

—Mercenarios ociosos, en tierra extranjera y cerca de una cilla llena de buen vino…

—Nadie va a mancillar un monasterio por unas jarras de vino. Las ganancias son para la congregación —comentó el decano—, no lo vendemos por codicia.

—Yo solo os prevengo, sé de lo que son capaces esos mercenarios; el rey está ansioso porque abandonen sus tierras. Y los ingleses no son mejores, si el príncipe de Gales llegara a atacar el Moncayo, sus hombres arrasarían con todo. No respetan ni iglesias ni monasterios ni mujeres ni curas.

—Santa María —dijo, y se santiguó.

—Y hay más, si este vino que hacéis es tan bueno y puede durar tanto tiempo… cuando los ingleses se enteren vendrán a por él. La mayor parte de las requisas del ducado de Aquitania provienen del comercio del vino. Si os convertís en un rival, os declararán la guerra.

—¿Por el vino?

—Decano Esteban, no tenéis ni idea de lo que el pueblo puede hacer por esta preciada bebida, la mayor parte de las gentes trabajan, sufren y mueren, el vino les hace olvidar sus penas, su vida.

—Y entonces, ¿qué sugerís que haga? ¿Que deje de fabricarlo?

—Mantened vuestra fórmula en secreto y, sobre todo, no vendáis vino a los mercenarios franceses.

—Lo tendré en cuenta —sonrió—, os lo agradezco sinceramente.

—Decano, seré franco, ¿vos quién creéis que mató al lego?

—Sabía que estabais deseando preguntarme eso desde que habéis entrado… —Y el voluminoso monje esbozó esa media sonrisa que usaba tan a menudo, y que a Bizén de Ayerbe le parecía una característica propia de alguien que sopesa mucho las cosas antes de hablar.

—Deduzco que tenéis una respuesta, ¿no es así?

—El mal se cree poderoso —respondió el decano Esteban mientras se dirigía hacia una de las barricas y se detenía frente a ella—, y, en cierto modo, lo es. Todos hemos sido en algún momento de nuestra vida espectadores de sus actos. Aunque la realidad es que este mundo tiende a la armonía.

—¿De verdad creéis eso, decano? Llevamos años en guerra, yo veo más destrucción y muerte que armonía.

—Eso es porque os fijáis solo en las acciones del hombre, pero contemplad la naturaleza, ahí reina la armonía, a pesar de que la muerte o la enfermedad también estén presentes. Somos los hombres los que destruimos o alteramos la realidad.

Bizén de Ayerbe parecía confuso.

—Mirad, todos conocemos cómo es nuestro mundo —y se volvió hacia él —, cada cosa tiene que estar en su lugar. Si salís fuera de estos muros, veréis a los hombres haciendo su trabajo, arando la tierra, cortando la leña; a las mujeres con los niños; aquí dentro el hermano boticario estará trabajando en sus hierbas; el hermano Timoteo, revisando alguna humedad, y así podría seguir. Nuestro mundo tiende a la armonía, de diversas formas, pero tiende a ella porque Dios lo creó así, y por mucho que los hombres nos empeñemos en destruirlo, no podemos.

—¿Estáis seguro de vuestras palabras? Eso está muy bien, pero el mal existe.

—Por supuesto —y esta vez el rostro del decano Esteban no fue amigable —, y es poderoso, como ya os he dicho. El mal altera la realidad y es astuto, lo hace de manera muy sutil, para no ser descubierto.

—Entiendo.

—Pero el mal se puede rastrear, porque por mucho que lo intente, no puede evitar dejar una huella.

—Una evidencia de sus actos —añadió Bizén.

—Sí.

—En nuestro caso, parece como si el asesino del lego no hubiera dejado rastro.

—El mal siempre lo hace, porque no pertenece a nuestra realidad, a la realidad de Dios —afirmó el monje—. Hay ocasiones donde el mal actúa de forma tan despiadada que deja un rastro tan poderoso que es capaz de convertir el lugar en un enclave maldito, donde esas huellas son tan evidentes que se pueden sentir.

—Eso es verdad, he oído hablar de sitios así.

—Es mejor que nunca os acerquéis, el mal está tan vivo en ellos que puede atraparos —le advirtió.

—No tengo ninguna intención, decano Esteban.

—Veréis, el bien triunfa por sí mismo, es su naturaleza —afirmó el cisterciense con un tono más serio—, pero en cambio, el mal necesita siempre de la complicidad de otros, no puede valerse por sus propios medios, precisa ayuda de los hombres.

—¿Estáis insinuando que el asesino del lego necesitó ayuda?

Entonces alguien entró en la cilla.

—Perdonad, decano Esteban —dijo uno de los legos—, venía para trasegar las barricas tal y como acordamos ayer.

—Es tarde, mejor mañana —y le hizo un gesto con la mano—, el notario real también estará cansado. El hermano Rogelio, que es el monje hospedero os buscará una celda para que durmáis.

—Desde luego, gracias por vuestra ayuda.

9

La sombra

El decano lo acompañó fuera del claustro, caminaron hasta la portada de la iglesia, allí nacía una calzada empedrada, de la que la persistente niebla impedía ver su final. Las dependencias intramuros de Veruela eran numerosas y en el exterior vivían los siervos que sustentaban el monasterio. Pero de noche y con la bruma, parecía que no hubiera nadie más, tan solo ellos dos.

El monje le guio hasta la hospedería. Bizén, según su costumbre, fue contando los pasos. Sumó ochenta y seis hasta la puerta, donde fue recibido por el hospedero, el hermano Rogelio. Este le dirigió hasta un patio del cual nacía una escalera de piedra. Bizén de Ayerbe apenas tuvo tiempo de fijarse en los detalles, pues le fue indicado que avanzara por la galería de su derecha. Aquel espacio era mucho menos solemne que el claustro, aunque sus dimensiones seguían siendo considerables.

—Lamento que vuestra llegada haya sido tan atropellada, nuestro monasterio suele ser mucho más tranquilo. Os lo aseguro.

—No os preocupéis, uno no elige las circunstancias, es esclavo de ellas —musitó Bizén mientras se fijaba en el interior del edificio—. Además, he de reconocer que vuestro abad me ha parecido un hombre excepcional.

—Veréis… —el hermano Rogelio se pasó la mano por la nuca, incómodo con la situación—, el abad está delicado de salud, estos días guarda ayuno y no abandona la sala abacial.

—¿Ayuno?

—Es fundamental para nosotros practicar el ascetismo, nos ayuda a controlar y dominar nuestro cuerpo.

—Puedo imaginar las dificultades que conlleva ser abad de un monasterio de esta envergadura, son muchas responsabilidades.

—El Císter mejora en mucho la vida de los lugares en donde se asienta, roturamos nuevas tierras, cultivamos y revalorizamos las existentes, explotamos desde minas hasta molinos de agua. Nuestra regla limita la cantidad de carne al día, nosotros apenas la comemos, solo de ave, jamás de animales de cuatro patas. Así que la población puede alimentarse con nuestros animales y también con los peces que criamos en ríos donde no los había antes de nuestra llegada.

—Puedo hacerme una idea —Bizén se detuvo—, pero ¿tantas infraestructuras se han desarrollado aquí?

—Hemos construido acequias y diques para regar las tierras y dotar de agua al monasterio. —El hermano Rogelio soltó su lengua—. Hemos traído peces que no se conocían por estas tierras, como la carpa. Creamos estanques poco profundos y sombríos destinados al crecimiento, luego los trasladamos a estanques mayores donde se pescan cuando son grandes y sirven de alimento.

»Este monasterio no es solo una muralla, una iglesia y un claustro. Veruela es lo más parecido a una gran ciudad.

—Quisiera preguntaros…

—Notario, es tarde, tengo que retirarme a mis oraciones —le dijo el monje—, y hacéis demasiadas preguntas. Eso no garantiza que encontréis la verdad, debéis escoger las adecuadas.

Hasta ese momento, el hermano Rogelio se había mostrado como un religioso pausado, rebosante de paciencia, tan inalterable como la misma piedra de los muros de aquella hospedería donde se encontraban. Sus movimientos, incluso sus palabras, habían sonado solemnes y firmes como una roca.

—Esta es vuestra celda. —Y el hermano Rogelio avanzó unos pasos y abrió una de las puertas.

Bizén la examinó desde el umbral: contaba con un buen ventanal, una cama, una mesa, sobre la que había una vela que el monje encendió, y un taburete. El monje, mientras, tomó una manta de debajo de la cama y la depositó sobre el jergón. Bizén se percató de que sobre la mesa había un libro.

—Espero que os agrade; como sabéis somos una congregación muy humilde.

—Pero el monasterio es grande y se halla fuertemente amurallado. ¿Hay más forasteros en la hospedería? —preguntó Bizén antes de que el monje saliera.

—No, nadie. En esta época del año la gente no se acerca al Moncayo. Ahora, debo irme —respondió.

—Y eso, ¿a qué es debido? Estáis en la frontera, lo lógico sería que muchos comerciantes pasaran por aquí.

—Es una zona montañosa, la gente siempre teme a la montaña —le dijo sin alzar la vista.

—Vuestra regla es estricta, debe de ser difícil cumplir todos sus capítulos y evitar las distracciones, las tentaciones…

—El trabajo está organizado y a las horas de lectura siempre hay algún monje mayor recorriendo el monasterio para evitar que ninguno caigamos en la charlatanería ni en el ocio, ambos son enemigos del alma.

—Eso quiere decir que os vigilan —sugirió con malicia Bizén.

—El ocio no solo nos perjudica a nosotros mismos, sino que también distrae a los demás. Ningún hermano debe tratar con otro a horas indebidas ni en lugares inapropiados.

El sonido de la campana de la torre de la iglesia lo interrumpió.

—Debo irme, no sé qué me ocurre hoy, pero estoy muy cansado. Descansad, notario.

El monje se marchó. Bizén se quitó la capa y los guantes, tomó asiento en el borde de la cama. Cogió el zurrón, sacó los documentos para guardarlos debajo del jergón y varios libros.

Se quedó pensativo, tomó una cruz que le colgaba del cuello. No parecía valiosa, pero él la miraba con devoción, como si lo fuera.

Observó a su alrededor.

No pudo evitar la tentación de salir al pasillo, fuera de la vigilancia de los monjes. Abrió despacio la puerta, al otro lado tan solo le recibieron la penumbra y el silencio. Tomó la vela de la celda y caminó hacia la escalera por la que había ascendido.

Entonces escuchó unos golpes que parecían proceder de alguna estancia cercana. Los ruidos cesaron y Bizén se detuvo, confuso. Vio una luz asomar por la escalera. Rápido, regresó sobre sus pasos a su aposento. Volvió a oír los golpes. Se detuvo y miró en la dirección de donde parecían venir. En ese instante vio cómo surgía una figura vestida con hábito blanco. Bizén corrió a entrar en su celda.

Atrancó la puerta empujando la mesa contra ella.

Dejó la vela y tomó entre sus manos el libro de la Orden de San Benito, la que seguían los monjes del Císter en cada uno de sus monasterios, sin importar el reino cristiano en el que se levantaran.

Estaba solo, en una humilde celda de un inmenso monasterio en uno de los parajes más aislados y peligrosos de todo el reino.

Ora et labora. Es decir, «Reza y trabaja». Era ese su lema. Desde finales del siglo XI, la orden se había expandido de forma exponencial. Surgieron cientos de nuevos monasterios cistercienses por toda la cristiandad. Primero en el reino de Francia. Pero enseguida por todos los demás. Desde el norte hasta el sur, desde occidente hasta oriente. Había quien aseguraba que había más de mil abadías de la Orden del Císter.

Él estaba en ese momento en una de ellas, aunque en unas circunstancias que nunca hubiera imaginado. ¿Cuánto puede cambiar la vida de un hombre en un solo día?, se dijo a sí mismo antes de caer rendido.

Aunque el hermano Cipriano estaba encargado de la puerta, raras veces salía al exterior. La regla era extremadamente estricta en ese aspecto: los monjes no debían tener ninguna necesidad fuera de los muros del monasterio, no les convenía en modo alguno a sus almas.

Él estaba convencido de ello. Desde su privilegiado puesto había visto cosas innombrables. Gentes que se acercaban en busca de caridad cristiana como última esperanza; ladrones y asesinos que esperaban a que algún viajero saliera para asaltarle; hombres de armas que se habían detenido con sus huestes frente a los muros con el propósito de atacarlos; enfermos de peste que recorrían los caminos como fantasmas, en busca de un lugar donde morir. Sin olvidar a pobres desgraciados que habían perdido el juicio y vagaban sin rumbo alguno. También había divisado extraños animales que luego había buscado en los bestiarios de la biblioteca, sin encontrarlos.

El hermano Cipriano sabía mejor que nadie que el monasterio de Santa María de Veruela no era un santuario cisterciense más, claro que no. Para empezar, era el más antiguo de todo el reino y, sin duda, el más extenso, rico e importante. Pero, de todas maneras, él no lo concebía como un centro espiritual, para él Veruela era una fortaleza. Un poderoso bastión con sus altas murallas, sus torreones, sus almenas, su torre puerta y su barbacana. Y como tal tenía sus propios defensores, adiestrados por él mismo durante años.

¿Y por qué tantas precauciones?

No era por miedo a un ataque de los castellanos, ingleses, navarros o franceses.

Él conocía las leyendas, había oído hablar a los oriundos de esas tierras y también había leído los libros que se ocultaban en la biblioteca. Y lo que es peor, había visto cosas.

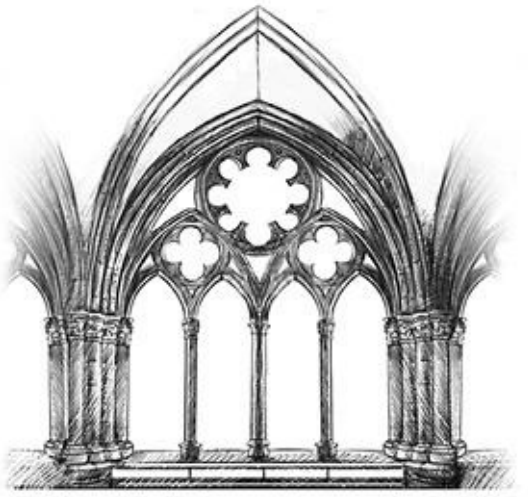
Sí, el hermano Cipriano vivía aterrado y por eso oraba a san Bartolomé, el único que podía salvarles, el que sabía descubrir los engaños del maligno. Al santo le rezaba para que sacara de la oscuridad a esa tierra maldita que era el Moncayo.

Él no era ajeno a las leyendas que circulaban sobre la montaña. Eso no significaba que las antepusiera a su fe, pero se andaba con ojo. Muchos habían pasado aquellas puertas contando terribles atrocidades, hablando sobre seres malignos, de gentes desaparecidas en los bosques y de la existencia de terribles criaturas.

Y sí, el hermano Cipriano había visto cosas innombrables.

DÍA SEGUNDO

LA INVESTIGACIÓN



10

La enfermería

Con la salida del sol, tal y como habían pronosticado los más viejos del lugar, levantó por fin la niebla en Veruela y se pudo divisar la imponente silueta del Moncayo. La majestuosa montaña tenía la cima coronada por un manto blanco de nieve. El cielo estaba limpio, lo que permitía distinguir los diferentes tipos de bosques que se sucedían en su falda, hasta llegar a una altura donde desaparecían y el Moncayo se volvía rocoso y oscuro.

Los lugareños se alegraron de que el día amaneciese despejado y el hielo de la noche fuera deshaciéndose. El sol de los últimos meses del año es muy agradecido y aquella mañana había más movimiento entre los campesinos que vivían en torno al monasterio y que dependían de él. Se disponían a recoger las olivas y limpiar los almendros.

Por su parte, los numerosos legos que dormían a la entrada del claustro, habían acudido al locutorio, que era la estancia donde el prior organizaba su trabajo diario.

La mayoría de los monjes habían salido del rezo de prima y se hallaban en el claustro entregados a sus lecturas piadosas.

Bizén había dormido a pierna suelta, algo extraño en él. No había noche en que no se despertara en un par de ocasiones y luego le costaba horrores conciliar de nuevo el sueño. No así en Veruela. A pesar de los temores que lo acompañaban, en aquella solitaria celda había caído en brazos de Morfeo como un niño. Incluso cuando se despertó, necesitó de un tiempo y mucha voluntad para incorporarse.

Después de tercia, Bizén de Ayerbe fue hasta el claustro. Él también agradecía que se hubiera desvanecido la niebla que ocultaba aquellas tierras. Pasear por aquella galería le generaba una sensación extraña, entre placentera y melancólica. Observó los elementos que formaban aquel jardín de piedra: rostros, plantas, escudos, laudes… Había uno que llamaba su atención en especial, ya que no entendía qué podía significar. Él estaba convencido de que todo tenía un porqué. No en vano, aquel era el lugar más importante del monasterio, en el que más tiempo pasaban los monjes, el que les servía para orar en silencio. Un espacio privado. La iglesia se abría de cuando en cuando a los fieles, pero el claustro nunca. El jardín de piedra era suyo, nadie profano podía acceder a él.

De todos esos elementos, las gárgolas que daban al patio central le angustiaban especialmente. Eran unas representaciones horribles de monstruos y seres con gestos de sufrimiento y dolor que hacían daño a la vista, ¿por qué tanta fealdad en un claustro? Aunque lo cierto era que aquellas figuras escondían cierta belleza y es que no podía dejar de contemplar aquellos monstruos.

Repasó mentalmente los rostros de los monjes; todos ellos eran cistercienses y seguían la regla de san Benito, pero… ¿qué pasaba realmente por sus mentes?

El hábito, las normas, el silencio… todo los hacía parecer similares. Sabía que tenía que continuar hablando con ellos.

Se detuvo en el acceso a la sala capitular. Los enterramientos que había allí captaron toda su atención. Dos policromados en las paredes y más de una decena de lápidas en el suelo con el bastón abacial y escudos nobiliarios de cada familia. Todo ello eran signos del poder asociado al título de abad de Veruela que obligaba a tener un poderoso linaje tras de sí.

Se apoyó en el antepecho de los arcos que daban al claustro y observó unas curiosas inscripciones allí grabadas. Eran cuatro pares de círculos concéntricos entrecruzados formando una extraña figura, luego una escuadra poco aparente y tres medidas de pies.

¿Qué era todo aquello?

¿Y por qué estaba grabado en la sala capitular, el lugar más solemne de todo el monasterio?

Tenía un grave problema: no sabía interpretar todo lo que había dentro de aquel monasterio. No era monje, ni siquiera religioso, tampoco era de aquellas tierras. No iba a ser capaz de captar los detalles más sutiles, allí donde se ocultaba la verdad.

«Todo lo que el hombre siente de manera profunda o imagina de una forma clara queda impreso en el subconsciente y se manifiesta en esos detalles menores», pensó para sí mismo.

Siempre son los detalles, incluso los más insignificantes, los que enseñan el camino a la verdad.

Salió de nuevo a la galería del claustro y siguió hacia el templo, recorrió las extensas alas, sobrias y sencillas, llenas de belleza y perfección. Una tenue luz se abría camino entre unas incipientes nubes que comenzaron a barrer el cielo, empujadas por el cierzo.

Se paró frente a las sepulturas a la derecha del acceso a la iglesia y la lauda en el suelo. Recordó lo que el abad le había dicho sobre el fundador del monasterio, don Pedro de Atarés, señor de Borja, y en cuya mano estuvo ser monarca del reino de Aragón. Aquella tenía que ser su tumba, en el dintel de la puerta de ingreso al templo desde el claustro, de manera tan humilde, yacía «el que pudo reinar».

Era una losa ancha y oscura, sin otra figura o inscripción que una espada toscamente grabada en el hueco: ahí descansaba el poderoso caballero.

Al lado de su sepultura había otra cubierta con una piedra igual de sencilla, que debía de ser de la esposa del noble, junto a la de sus dos hijos. Era la única tumba de una mujer que había visto hasta ahora en todo Veruela.

Empujó la misma puerta por la que tuvo que entrar el converso la noche en que fue asesinado.

Una vez en el interior, Bizén de Ayerbe se dirigió hasta el altar mayor y se detuvo frente al sepulcro del infante. Repasó de nuevo los hechos acontecidos.

Recordó la sangre dentro del sepulcro, siguió el rastro en el suelo hasta donde había aparecido el muerto. Dedujo que el lego debió de ser atacado cuando la losa estaba puesta. Habría forcejeado con su asesino que terminaría rebanándole el cuello con la daga que encontró en la tumba del infante.

Bizén se movió imaginándose la escena, reproduciéndola en cabeza y en aquel mismo espacio en el que ahora estaba. Intentó sentir cómo el lego se tapó la herida y manchó con su sangre la laude del sepulcro. Su dolor y desesperación, cómo cayó y se arrastró por el suelo hasta morir.

Entonces, ¿por qué había sangre dentro de la tumba? En cualquier caso, no tomaría en consideración las descabelladas ideas del prior. No era propio de un hombre de la Iglesia insinuar cosas como esas.

¿Y la daga? ¿Por qué le clavaron la daga?

También comprobó si era posible que la sangre se filtrase por la losa al interior, pero no parecía que pudiera atravesar una piedra tan gruesa.

Volvió a imaginar la escena. En algún momento tuvieron que sustraer los restos del infante. El lego tenía un cómplice, entre los dos abrieron el sepulcro, extrajeron el cuerpo, lo cerraron y entonces el otro acompañante atacó al lego.

Parecía que alguna pieza comenzaba a encajar, ¿y la sangre del interior? Hacían falta dos hombres para levantar la losa del sepulcro, como había comprobado la noche anterior con el prior. Uno de ellos tuvo que ser el lego, al que dejó entrar uno de los monjes. Ese monje tuvo que ser el otro sujeto.

Ambos quisieron llevarse el cuerpo.

Lo sacaron y el monje atacó al lego, quizá para que no hablase o para no repartirse algún tipo de botín.

Pero eso seguía sin explicar la sangre del interior, a no ser que el asesino se hubiera hecho una herida. Movieron la losa lo suficiente para sacar el cuerpo y después, como solo hay que deslizarla, un solo hombre pudo hacerlo.

¿Y dónde están los restos?

Bizén de Ayerbe caminó hasta el crucero, miró hacia el altar mayor, con la imagen de la Virgen, y se encomendó a ella.

«Cuanto más se mira, más se ve», pensó.

La clave era encontrar el cuerpo del infante heredero.

¿Adónde se lo habían llevado?

Recorrió con sus ojos bien abiertos la iglesia, justo cuando una campana lo sorprendió, era el reloj mecánico que daba la hora: sexta. Pronto

comenzaron a llegar los monjes que pasaron delante de él para ir acomodándose en el coro.

Observó sus rostros, sus gestos, sus hábitos, hasta sus manos. Uno de ellos era el culpable.

Aguardó con calma hasta el final de la misa, cuando uno a uno fueron saliendo los hermanos, fue tras ellos. El prior se desvió antes hacia el locutorio y el resto salieron al claustro. Bizén aceleró el paso para no perderlos.

—Buenos días, hermano Adolfo.

—Bien hallados sean, Bizén —respondió el anciano.

—¿Puedo preguntaros dónde está la enfermería?

—Claro, ¿qué os aqueja?

—La verdad es que voy mal de vientre.

—Eso es lo peor que hay, se lo digo yo que sé de lo que hablo. —Asintió con la cabeza—. Seguidme, nuestra enfermería es magnífica, ya veréis.

Juntos salieron del claustro y caminaron a la zona de poniente, pasando cerca de un establo, donde varios legos estaban dando de comer a los caballos.

—Esta parte del monasterio cobija a los monjes enfermos o más ancianos de la comunidad. Funciona como un pequeño monasterio dentro del principal. Tiene reglas diferentes al resto de la abadía, especialmente con respecto a la dieta, ya que los enfermos tienen derecho a la carne de animales de cuatro patas.

—No conocía esas diferencias.

—Sí, nosotros solo comemos de ave y en ocasiones muy especiales. Está allí —y señaló un portón muy ancho de un edificio de una sola planta.

—Gracias, no hace falta que me acompañéis.

—¿Seguro?

—Desde luego —afirmó Bizén—, ya habéis hecho demasiado.

—Como prefiráis, nuestro hermano boticario no es muy hablador, os lo advierto. Y no le gustan en exceso las visitas, es muy receloso de sus cosas, ya me entendéis.

—Lo tendré en cuenta, gracias.

Bizén avanzó, empujó la puerta que daba paso a la enfermería. Le recibió un fuerte aroma a hierbas que no fue capaz de identificar. A lo largo de la sala, sobre un suelo de tierra prensada, estaban dispuestas media docena de camas, todas vacías. En una de las paredes había un bargueño con numerosos aparadores de reducido tamaño. Frente a él se había habilitado un espacio para una mesa llena de morteros, tamices, espátulas y vidrios, y una estantería llena de manuscritos y libros.

Bizén creyó intuir una estructura al fondo pero no se veía bien. Entonces, el hermano Ramiro apareció tras ella, con su pelo oscuro, su piel pálida, la nariz aguileña y el semblante siempre serio y distante. Se quedó paralizado ante la inesperada visita y le miró con desagrado.

—He venido a veros porque voy mal de vientre. Quizá tengáis algo que me permita evacuar, si sois tan amable.

El boticario no dijo nada, se lavó las manos en una palangana y las secó cuidadosamente con un paño de lino. Volvió sobre sus pasos y regresó con un pequeño tarro.

—Debéis tomar una cucharada antes de cada comida. —El hermano Ramiro se volvió sin decir nada más.

—Gracias. ¿Me concedéis un momento, por favor? Querría preguntaros algo más.

El monje se mostró contrariado y permaneció en silencio frente a él.

—¿Cómo es que no tenéis ningún enfermo aquí?

—Ahora hay pocos monjes. En invierno se trasladan al valle y regresan por primavera.

—Entiendo, ¿suelen enfermar muchos monjes a lo largo del año? —preguntó Bizén mientras daba un par de pasos y escrutaba las herramientas del boticario.

—No.

—¿Qué estabais preparando?

—Un remedio para las migrañas del abad.

—Supongo que será una medicina complicada de fabricar.

—No. —Su parquedad de palabra exasperaba a Bizén.

—¿Qué ingredientes lleva? ¿O es un secreto? —insistió con el tono más amable del que fue capaz.

—Hay que mezclar cebada, betónica y otras hierbas. Se bebe la infusión y las hierbas se envuelven en un paño y se ponen sobre la cabeza. Da buenos resultados.

—Y ¿supongo que no tenéis muchas muertes violentas como la del lego? —El hermano Ramiro no contestó—. Ya, imagino que no. Pero heridas sí, se realizan muchos trabajos en las tierras, debéis de estar acostumbrado a tratarlas.

—Sé hacer perfectamente mi trabajo.

—Por supuesto. —Y Bizén aprovechó para rodear la mesa y fisgar por el otro lado—. ¿Cuándo fue la última vez que alguien vino con un corte o una herida sangrante?

—¿Por qué lo preguntáis?

—Necesito saber cómo es Veruela para realizar mejor mi cometido —respondió Bizén, que fijó la mirada en unos trapos manchados de sangre—. Parece que habéis tenido trabajo. —Y los cogió con su mano.

—¡Dejad eso!

—¿A quién habéis curado recientemente?

—Tengo cosas que hacer, ¿podéis iros?

—Os he preguntado que de quién es la sangre. —Entonces Bizén encontró una palangana teñida de rojo—. ¿Vais a decírmelo?

—Es de un enfermo al que curé ayer, iba a tirarla ahora. Esa sangre está corrompida.

Pero Bizén se fijó en su color y no era oscuro.

—¿Es de uno de los monjes?

—No —el hermano Ramiro tardó en responder—, es del abad.

—¿Está herido?

—Es parte del tratamiento —contestó tajante el hermano Ramiro.

Bizén posó su mirada en una alargada estantería repleta de cajones, una alacena con numerosas botellas y una colección de libros. Fue hacia ellos, deseoso de saber qué ocultaba el boticario. El hermano Ramiro reaccionó y dio dos rápidos pasos para cruzarse en su camino e impedir llegar hasta ellos.

Él entendió la jugada y cambió el rumbo. Allí había otra mesa de madera, y en ella, un libro en cuyas páginas pudo ver el dibujo de un centauro.

—¿Os interesa la mitología?

—No.

—Los centauros no tienen buena fama, son seres agresivos —comentó Bizén, que notó cómo el monje apretaba los puños y se tensaba—, dicen que se dejaban llevar por las más bajas pasiones…

—¡Quirón fue un centauro inteligente, sabio y de buen carácter, a diferencia de la mayoría de los de su clase! —graznó el hermano Ramiro, poniendo por primera vez algo de pasión en sus propias palabras.

—Ese libro… —Bizén sonrió al ver su reacción consciente de que estaba acercándose a algo importante—. ¿Sabe el abad que tenéis un libro así en vuestras manos? ¿No será un libro prohibido?

—¡Desde luego que no! —El monje volvió a perder los nervios.

—Tranquilo, no diré nada, solo que me gustaría saber el porqué de este libro. Si queréis contármelo, claro.

—¿No diréis nada?

—Tenéis mi palabra. —Bizén trató de serenarlo.

—En la antigua Roma tenían un dios para la medicina. Su padre era Apolo, y su madre, Corónide. Desde su niñez fue educado por el centauro Quirón, quien le enseñó todo lo referente a las artes curativas, especialmente lo relativo a plantas medicinales.

—Veo que es un tema que conocéis bien —Bizén fue hacia la zona del fondo—, ¿qué ocultáis ahí?

—Mis herramientas.

—¿Puedo revisarlas?

—Por supuesto que no —contestó el monje.

—Sabéis que cuento con la dispensa del abad, no creo que pretendáis ocultarme nada, ¿verdad? ¿Podéis acercarme una vela para ver mejor?

—No es una buena idea. —El monje boticario no parecía dispuesto a colaborar.

—Os repito que el abad me ha dado carta blanca para escudriñar cualquier rincón del monasterio y hablar con todos los monjes.

—Si insistís.

Ante la perseverancia de Bizén, el boticario tomó un velón de uno de los antorcheros y fue hacia la zona oscura. El notario siguió sus pasos. Conforme la luz se abría paso en la oscuridad fueron definiéndose los contornos de lo que parecían unas cajas.

—¿Qué hay aquí dentro?

—Herramientas.

—Quisiera ver el contenido —dijo Bizén ante el rostro de desaprobación del boticario—, ¿no me habéis oído?

—Sí. —El monje se acercó a la primera caja, buscó unas asas que tenía a cada lado y levantó la tapa.

Bizén se asomó al interior esperando encontrar utensilios como balanzas, frascos de cristal o similares, pero no observó nada de esa índole. Solo halló la oscuridad, como si dentro hubiera un total vacío hasta que, de repente, oyó un suave silbido y como si algo vivo se ocultara allí. Fue entonces cuando tomó la luz y alumbró el interior.

—¡Santo Dios! ¿Qué es eso? —Bizén se retiró asustado.

—Ya os lo he dicho, herramientas.

—¿Herramientas? ¿Qué ocultáis ahí?

El boticario introdujo la mano en el interior de la caja de madera y el silbido se hizo más fuerte. Bizén contemplaba absorto la escena.

Entonces, el boticario sacó una serpiente. El animal abrió la boca enseñando sus colmillos y una desafiante lengua viperina.

—¡Alejad eso de mí! —Bizén volvió a retroceder.

—Fuisteis vos quien insistió en verla, ¿recordáis? —El monje acarició la cabeza del reptil—. Ya os dije que no era buena idea.

—¿Por qué tenéis una serpiente encerrada?

—La serpiente es el símbolo de la medicina y esto —el monje le acercó el reptil— es una víbora. Con su piel se hacen cataplasmas y ungüentos para tratar diversos males.

—Suena a brujería.

—Vos no tenéis ni idea, notario.

—Bueno, en tal caso, iluminadme.

—El santo de la medicina es san Lucas, él era médico antes de conocer a san Pablo. Como bien sabéis es el autor del tercer Evangelio y del libro de los Hechos de los Apóstoles. —Bizén había logrado que el boticario hablase con fluidez—. Su Evangelio está escrito en griego, es el más largo y mejor redactado. También es el que más detalla la infancia de Jesucristo, ya que puso por escrito las palabras de la Virgen María, de la que también hizo el único retrato que se conserva y que está en las catacumbas de Roma.

—Muy bien, y dentro del Tetramorfos su símbolo es el buey o el toro, ¿qué tiene que ver con las serpientes?

—Él ya utilizaba la triaca magna, un antídoto compuesto por más de setenta ingredientes que incluye la carne de víbora.

—¿Me estáis diciendo que tenéis esa víbora para preparar ese ungüento mágico? —exclamó Bizén, que todavía tenía el susto dibujado en su rostro.

—No tiene nada de mágico, ya os he dicho que san Lucas lo utilizaba, es un antídoto contra venenos, incluyendo los derivados de mordeduras de animales, y también sirve para combatir numerosas enfermedades.

—¿Y es secreto?

—Totalmente. Su elaboración es muy compleja. Para que funcione es necesario garantizar la pureza y exactitud de sus ingredientes —le explicó el hermano Ramiro—. Si se falla en la fórmula, la triaca magna no tendría efecto alguno sobre el paciente.

—Estoy seguro de que un monje con vuestros conocimientos y con esta botica, tan bien surtida, sabrá prepararla correctamente, ¿verdad?

—Sí, por eso necesito tener los ingredientes bajo control. —Y el boticario miró a la víbora que sujetaba en su mano justo por debajo de la boca para que

no pudiera morderlo—. A mí me gusta emplearla disuelta y aplicada sobre una estopa a modo de cataplasma —afirmó el monje.

Bizén rodeó al hermano, intentando no verse intimidado por la víbora, y fue hacia otro de los contenedores rectangulares que allí había. Tenía el mismo sistema de asas, así que esta vez fue él mismo quien levantó la tapa y enseguida se percató de que su interior albergaba vida animal. Tomó la luz e iluminó a una docena de lagartijas y lagartos de diversas formas y tamaños.

—Imagino que también son para hacer ese milagroso ungüento.

—Así es.

—¿Y tenéis algún otro animal más?

—No. —El monje volvió a sus escuetas respuestas.

—Pues es un alivio. —Y entonces Bizén observó un frasco de buen tamaño, tenía forma alargada y parecía lleno de agua—. ¿Qué ocultáis ahí? ¿Peces? —Se aproximó muy expectante—. ¿Qué demonios es eso?

—Sanguijuelas.

—¡Cómo! —Y Bizén se apartó asustado—. Odio esos bichos, son repugnantes.

—Las tengo a mano, pues no siempre puedo salir a recogerlas cuando preciso de ellas.

—¿Las criais?

—No, pero las recolecto cuando son pequeñas —explicó el monje sin tapujos—, así me duran más tiempo.

—¿Para qué las usáis?

—Es largo de explicar y tengo mucho trabajo.

—Quisiera saberlo, intentad aleccionarme —insistió Bizén con un tono conciliador, que parecía funcionar con el monje.

—Veréis, una enfermedad surge cuando se alteran de alguna forma los cuatro humores: sangre, flema, bilis amarilla y bilis negra. El cuerpo tiende a expulsar aquello que le sobra, por eso es tan importante que le ayudemos —explicó el hermano Ramiro con su gesto poco dado a la alegría.

—Extraéis lo que sobra con ellas.

—Pero no todas las sanguijuelas sirven a ese propósito —continuó el boticario—. En los textos antiguos se indica la forma de elegir las sanguijuelas. Deben cumplir una serie de condiciones, la primera es el lugar donde se crían; deben elegirse aquellas que crecen en arroyos de agua clara con fondo de cantos y evitar las zonas de barro, aguas turbias y de mal olor.

—Para evitar la putrefacción.

—Sí, una de las señales que indican el lugar idóneo para la recogida es la presencia de numerosas ranas. Otro criterio es su morfología, que diferencia las sanguijuelas buenas de las venenosas. Las buenas tienen que ser pequeñas y gráciles.

—¡Santo Dios! Y ¿ya está?

—No, hay discrepancias sobre el color del dorso del animal. Mientras unos opinan que debe ser verdoso con finas líneas amarillentas, otros consideran que es mejor que el fondo sea negro. Yo coincido con los primeros. De todas formas, las sanguijuelas venenosas se reconocen por su gran tamaño.

Bizén estaba incómodo con todo lo que estaba escuchando, no era el tipo de información que había ido a buscar. Todas aquellas preguntas eran solo una excusa para hacer que el monje hablara mientras él examinaba la botica. Lo cual no era tarea sencilla.

Entonces llamaron a la puerta.

—Pasad —dijo el boticario.

El que entró fue uno de los conversos, un hombre obeso, con el pelo escaso, mofletudo y sudoroso.

—Padre. —Inclinó la cabeza.

—¿Qué os sucede, hermano?

—Tengo un terrible y doloroso mal, vengo a que lo aliviéis —afirmó el hombre con la cara compungida.

—Bien, ¿y de qué se trata? —preguntó el boticario.

—Verá, se trata de… —Y miró a Bizén, contrariado.

—Creo que será mejor que me vaya, gracias hermano boticario. —Y salió de la botica, pero no pudo evitar quedarse unos instantes detrás de la puerta para escuchar qué le ocurría a ese lego.

—Es en las posaderas, boticario. Me duele al hacer de vientre y mis heces tienen restos de sangre muy roja.

—Me temo que tenéis almorranas y os aseguro que son un tema serio —oyó decir al boticario—. Os prepararé un brebaje a base de cresta de gallo, raíz de tojo y unas hierbas. Deberéis guardar reposo y no hacer esfuerzos al evacuar, o de lo contrario…

—¿Qué me puede pasar? ¿Es grave?

—Podríais desangraros.

Bizén ya había escuchado suficiente.

11

El hermano Rogelio

Después de haber visitado la cilla y la botica, a Bizén comenzaron a rondarle por la cabeza un par de ideas. De nuevo en el claustro recorrió casi toda la pared del refectorio, despacio, absorto en sus pensamientos mientras se le escuchaba contar los pasos. Se detuvo en el templete que guardaba el lavatorio, alzó la vista y se fijó en la clave de bóveda. En lo más alto había esculpido un soldado a caballo con un escudo del Señal Real de Aragón, el mismo del sepulcro del infante heredero, con las barras de gules sobre un campo dorado.

Observó las gárgolas que tanto lo perturbaban pero que no dejaban de fascinarle. Permaneció así un tiempo, hasta que oyó el sonido de unas pisadas. Por el otro lado del claustro vio acercarse al hermano Rogelio. Se ocultó en el lavatorio y vio cómo el monje se iba acercando, hasta que abrió la puerta del refectorio y desapareció tras ella, dejándola entreabierta. Bizén dudó, miró que nadie lo observara y se coló en el interior.

—Notario. —El hermano Rogelio estaba en una esquina y le hizo una señal para que se aproximara.

Presidía la estancia la larga mesa central situada a mayor altura para el abad, el prior y los monjes decanos. El hermano Rogelio abrió una pequeña puerta a la izquierda y entró a la sala contigua. Bizén siguió los pasos del monje, pero cuál sería su sorpresa al notar un importante calor que provenía del interior.

—No os asustéis, es el calefactorio —le explicó el monje—, siempre debe haber un fuego encendido aquí, para mantener el calor. ¿Avanzan vuestras pesquisas? —preguntó el hermano Rogelio.

—Sabéis que no puedo hablar de ello con vos.

—Por supuesto, soy un sospechoso. —Sonrió.

—¿Hay algo que queráis contarme?

—Ignoro quién mató al lego.

—Una lástima, me hubierais ahorrado muchos esfuerzos.

—Pero sí sé otras cosas de este monasterio que puede que os ayuden —insinuó el monje en voz baja.

—Os escucho.

—Por ejemplo, la galería de la cilla no existió en los inicios de los monasterios del Císter. Es la occidental, su existencia se debe a la presencia de los legos y el corredor que les da acceso a la iglesia. Al construir ese pasillo surgió la posibilidad de anexionar la cilla, nuestro almacén principal. Y al estar situada junto a la zona de los legos, suelen ser ellos los que están al cargo de ella.

—¿Sabéis a quién he visitado allí?

—Claro que lo sé —respondió con el rostro impasible—, imagino que hablasteis con el decano Esteban.

—Así es, parece un monje muy… inteligente.

—Por eso es decano, es el segundo en importancia en la jerarquía del monasterio. A veces es algo pretencioso, pero es muy constante, como vos. —El hermano Rogelio mostró de nuevo su cara más amable—. Por lo que he podido observar, realizáis vuestro trabajo de forma concienzuda. Supongo que eso explica que hayáis alcanzado tan joven el puesto de notario real.

—Nadie me ha regalado nada.

—Por supuesto, a los últimos hijos solo nos quedan migajas. Un apellido, unas viejas historias familiares y un futuro incierto —afirmó el hermano—. No me miréis así, ya sabéis que casi todos los monjes somos hijos segundos o terceros. Los primogénitos nunca visten hábitos, son los segundos los que terminamos ejerciendo en la Iglesia.

—Deduzco que no os trajo hasta aquí la vocación.

—¿Acaso creéis que fue así para alguno de los que está aquí? —le replicó —. Ningún hombre joven se hace religioso para servir a Dios, Él lo sabe. Y

no le importa, creedme. Una vez ordenados ya se encarga Cristo de instruir a sus soldados. No le importa su procedencia, ideas o deseos; sabe que una vez dentro le servirán con dedicación.

—Comprendo. —Bizén intentó ocultar su confusión.

—Vos queréis resolver lo que pasó aquí la pasada noche y lo entiendo, pero no vais a poder hacerlo solo.

—¿Me ofrecéis vuestra ayuda?

—«Colaboración» diría yo, «ayuda mutua», «intercambio de información» —murmuró el monje—, llamadlo como queráis.

—¿Y en qué consistiría tal intercambio? —preguntó con desconfianza Bizén.

—El decano Esteban es muy cauteloso, no dice una mala palabra, en todo momento se muestra dispuesto a ayudar.

—No veo el problema.

—Él nunca os dirá algo que pudiera afectar al monasterio, o cuestionar su reputación —explicó Rogelio.

—Pero vos sí.

—Digamos que yo soy más pragmático y os puedo ilustrar mejor que nadie sobre este lugar. Aunque os avanzo que no sé quién mató al lego ni dónde están los restos del infante heredero.

—¿Cómo sabéis que no están? ¡Solo el prior y yo estábamos al corriente! —inquirió Bizén mientras daba un paso atrás.

—Bueno, no estaba del todo seguro, pero ahora es obvio que sí —dijo el monje con una media sonrisa.

—¡Me habéis engañado!

—No, nada de eso —el monje movió ambas manos—, sospechaba que esa muerte tenía un motivo y me pareció mucha casualidad que hubierais llegado esa misma noche. Así que solo había que atar cabos.

—Pero nadie sabía lo que decían los documentos que traía conmigo, ¡ni siquiera yo mismo!

—Esto es Veruela, ¿pensasteis que una noticia así no llegaría a nuestros oídos? No os creáis el rostro de sorpresa del abad o del prior, ellos estaban al

corriente de vuestra llegada y de vuestras intenciones.

—¡Es imposible! Nos atacaron en el bosque…

—Sabían lo que hacían —le interrumpió el hermano Rogelio para sorpresa de Bizén—. Ya os lo he dicho, no tendré reparos en contaros lo que necesitéis saber. Eso sí, las preguntas debéis hacerlas vos.

—Así que el abad me manipuló.

—Llamadlo como queráis y que no os afecte tanto, ni que fuera la primera vez que os engañan —dijo el monje quitándole hierro al asunto—. Centraos en lo importante, debéis resolver el crimen, el robo del infante forma parte del misterio, así que en el fondo tanto da.

Bizén no terminaba de reaccionar, se le veía afectado por lo que acababa de oír.

—Construir un monasterio como este ha costado ingentes cantidades de dinero. —El hermano Rogelio pareció darse cuenta de la situación—. ¿De dónde creéis que salen?

—De vuestros campos y bosques, de los donativos, de las misas que ofrecéis —enumeró Bizén sin mucho entusiasmo.

—Sí, y de la venta del vino, del aceite y del grano. Y, en menor medida, de la carne.

Bizén permaneció en silencio, mientras tanto su mente comenzó a procesar aquella información a toda velocidad, sabía que debía estar alerta. Sabía que se le estaba escapando algún detalle crucial.

—Veo que no terminái s de entenderlo: todos esos ingresos los controla el cillero. Desde que el decano Esteban sumó ese puesto a sus competencias, es él quien maneja todos esos recursos. Y estoy seguro de que se está guardando parte de ellos.

—¿Lo acusáis de robar? —preguntó con sorpresa Bizén.

—Ni por asomo, no podría demostrarlo.

—Pero entonces, ¿qué queréis de mí?

—Que os andéis con buen ojo y si averiguáis algo me lo digáis —contestó el hermano Rogelio.

—Me estáis pidiendo que investigue al decano, ¿es así?

—Como ya os he dicho antes, considerarlo un intercambio, podemos ayudarnos mutuamente. Por un lado, nunca ha habido alguien que pudiera hablar con todos los monjes como ahora hacéis vos. Por otro, sois forastero, no conocéis nada de Veruela… ¿No os resulta extraño que os hayan elegido a vos para investigar? ¿No hubiera sido más lógico un monje de la orden?

—¿Adónde queréis ir a parar, hermano?

—Podrían haberos elegido para guiar la investigación a sabiendas…

—… de que no se resolvería —añadió Bizén—. ¡El abad me está utilizando!

—O al menos no quiere que ningún monje cuente con vuestra dispensa, lo que solo puede deberse a dos motivos: que no se fíe de nadie de la congregación o que él mismo quiera ocultar algo y esté convencido de que vos no lo descubriréis. Sospecho que el abad piensa que sois inofensivo.

—Él me advirtió sobre los secretos y sobre la importancia de saber cuáles revelar —contestó Bizén muy pensativo.

—Ahí lo tenéis —sentenció el hermano Rogelio.

—También me habló del miedo.

—Muchos temen la verdad, no en vano eligen vivir engañados a enfrentarse a ella.

—Este monasterio es como un gran laberinto.

—Sí, por eso necesitáis mi ayuda. —El hermano Rogelio le tomó del brazo—. Confiad en mí, yo os ayudaré a recorrerlo y vos nos descubriréis si el decano está robando parte de los ingresos de Veruela. Y en tal caso, dónde los esconde. Saberlo será mi recompensa.

El monje permaneció en silencio unos instantes, esperando que el notario real reaccionara.

—Vaya. —Bizén lanzó un suspiro—. Deduzco que nadie más sabe lo del decano.

—No puedo asegurarlo con tal certeza. Él es hábil y muy discreto y como se encarga personalmente de todas las ventas, no podemos controlarle.

Oyeron unos pasos en el refectorio.

—Chis. —El monje le pidió silencio llevándose uno de los dedos a los labios.

Esperaron allí sin moverse, hasta que cesaron los ruidos, entonces Rogelio abrió la puerta del calefactorio.

—Un momento —Bizén le cogió del brazo—, y ¿cuándo va a ayudarme?

—Cuando lo necesitéis, pero ahora debo irme. Esperad un poco hasta que yo me haya alejado, no deben vernos juntos.

Bizén vio cómo el monje se marchaba, se volvió hacia el fuego que calentaba de forma perenne aquella estancia. Al parecer, todos los monjes de Veruela guardaban un secreto.

Cuando empezó a agobiarle el calor de la estancia, salió de allí. En el refectorio no había nadie. Alzó la vista hacia la cubierta de madera y fijó sus ojos en el pasaplatos que lo comunicaba con la cocina. Un sistema ingenioso de enlazar, de forma discreta, ambos espacios.

Sonó la campana de llamada a la oración, se apresuró a salir al claustro y seguir hasta la galería de la sala capitular. Era sexta y los monjes comenzaban a llegar a la iglesia. Pudo ver al prior y al decano Esteban atravesar la puerta del templo.

Caminó por la galería a prisa para llegar antes de que cerraran la puerta. Cruzó el umbral. Le costaba acostumbrarse a sus dimensiones. La luz se filtraba a través de unos ventanales cubiertos por una superficie blanca y traslúcida, que confería un ambiente hermoso al espacio. Se sentía abrumado por lo que le rodeaba, las proporciones, la decoración, pero por encima de todo por el magnífico reloj mecánico. No estaba lo suficientemente cerca para apreciarlo bien. Cuando los monjes avanzaron hacia el coro, se sentó en un banco frente a ellos y escuchó el oficio divino.

Aunque ya lo había contemplado en varias ocasiones desde su llegada, no dejaba de cautivarle observar cómo los monjes, nada más oír la señal, dejaban todo lo que estuvieran haciendo y acudían prestos pero sin perder el tono grave, para no dar pábulo a la frivolidad.

A Bizén le fascinaba aquel ambiente religioso, el hecho de que el oficio divino fuera cantado propiciaba un ambiente donde alcanzar el éxtasis parecía posible para todos los allí presentes, incluyéndole a él. Con una notable salvedad: mientras los hermanos buscaban acercarse a Dios, él intentaba juntar las piezas que componían el puzle del misterio de Veruela.

Su maestro siempre inducía a sus aprendices a que reflexionaran oportunamente, incluso en voz alta, antes de poner nada por escrito. Lo mismo estaba haciendo él antes de dar el siguiente paso en su investigación.

No podía permitirse perder más tiempo, debía avanzar en las pesquisas. Abandonó el templo antes de que finalizara la misa, recorrió el jardín de piedra y salió al exterior. Con paso firme marchó por la calzada empedrada, encauzada por las hileras de altos olmos, hasta la portería. Las dos puertas estaban abiertas, puesto que el trajín de caballerizas y hombres era constante.

Veruela siempre mostraba movimiento. Los campesinos parecían infatigables, siempre de un lado a otro; los distintos artesanos no lo eran menos: carpinteros, curtidores, la amplia forja del herrero; a lo lejos, leñadores cortando madera y mujeres lavando y cargando con pesados canastos de legumbres recolectadas en los huertos del monasterio.

Cuando la gente de la ciudad hablaba de los monasterios solo nombraba a los monjes y el abad. Se olvidaban a menudo de todas las demás personas que los poblaban.

Bizén se quedó prendado de la cantidad de mano de obra que era capaz de concentrar y gestionar Veruela. Se acomodó frente a un carromato cargado de leña y desde allí escrutó el complejo ir y venir de gentes.

12

La torre campanario

Antes de la hora nona, Bizén regresó intramuros, buscó al decano en la cilla pero no lo halló en su interior. Atravesó el callejón de los legos para ingresar en el templo. Avanzó frente al coro y se detuvo en el altar de san Lorenzo, donde estaba orando uno de los monjes legos. No se atrevió a molestarle, así que continuó un poco más y en la siguiente columna encontró a otro de los monjes rezando en un altar dedicado a san Damián. Prosiguió por la nave del evangelio, donde había una sucesión de sepulcros y se preguntó si cabría la posibilidad de que alguno de esos también estuviera vacío.

Así llegó casi hasta la vía sacra y se detuvo frente al acceso a la sala de los muertos, que estaba cerrada. Pensó en intentar abrirla, pero quizá no fuera lo más conveniente por el momento. Avanzó hasta el crucero, donde estaba la puerta al campanario y allí encontró a uno de los legos barriendo el suelo.

—Discúlpeme, hermano.

—Sí, ¿en qué puedo ayudaros?

—Soy el notario real, tengo dispensa del abad para moverme por el monasterio y hablar con todos los hermanos —le informó—, quisiera localizar al decano Esteban, ¿sabéis dónde puede estar?

—Creo que lo he visto salir de la sacristía —y le señaló el otro extremo del crucero, donde se veían varios hábitos.

—Os lo agradezco.

Bizén había logrado diferenciar a todos los monjes, pero los legos eran demasiados y a duras penas reconocía a los dos que vio a su llegada. Dentro

del conjunto monacal había que sumar casi una docena de novicios, todos muy jóvenes, a los que no había prestado especial atención.

Se encaminó hacia la sacristía, pasó frente al sepulcro real y observó la talla de la Virgen que presidía el altar. Siguió su camino, y aunque no encontró al decano Esteban, sí se cruzó con el monje arquitecto, el lego Isidoro y otro del que aún no conocía el nombre.

El maestro de obras daba instrucciones a sus dos acompañantes. Desde una distancia prudencial, Bizén esperó paciente a que concluyera. Cuando se percató de que Isidoro le observaba, aguardó hasta que el hermano Timoteo por fin quedó sin compañía. Entonces, fue decidido hacia él.

—Hermano Timoteo —Bizén no obtuvo respuesta—, hermano Timoteo. —Y el monje siguió como si no lo oyera, a pesar de que estaba a solo un par de pasos de distancia.

El monje caminaba encorvado, moviendo con dificultad su pesado cuerpo.

—¡Timoteo!

—¿Qué pasa? ¿Por qué gritáis?

—Perdonadme.

—Notario, ¿qué hacéis aquí? —preguntó el Arquitecto, contrariado.

—El decano Esteban, ¿sabéis dónde está?

—No, ¿por qué?

—Por nada, seguiré buscándole. —Cuando ya se iba, Bizén vaciló un instante y se volvió hacia el monje—. Hermano Timoteo, ¿podríais mostrarme la sacristía? —le dijo al oído.

—¿La sacristía? —preguntó el monje, extrañado.

—Sí, por favor, os estaría agradecido.

—No sé qué puede haber de interés dentro de la sacristía, pero el prior fue muy explícito sobre cómo debíamos acceder a sus peticiones —recalcó—, así que si no hay más remedio…

Pasaron junto al reloj mecánico y Bizén se quedó observando el curioso ventanal que había bajo la escalera.

—Ya lo sé —dijo el monje—, os preguntáis por qué hay un vano debajo de la escalera, ¿a que sí?

—Supongo que se abrió antes de construirla.

—Pues suponéis mal, es por culpa de este engendro de reloj.

—¿Necesitáis la luz del sol?

—No, lo que sucede es que se adelanta, o se retrasa, ya no me acuerdo, cada dos por tres —contestó el monje arquitecto—, así que hay que ponerlo en hora. El hermano Hugo es el encargado de hacerlo y para ello se abrió esa ventanilla. Si uno se asoma por ella se ve el reloj de sol del claustro, que es el que se ha usado toda la vida. Y así hemos estado doscientos años, no sé por qué han tenido que traer este aparatoso artilugio.

—Es el primero que veo. Había oído hablar de su existencia, pero nunca me había imaginado cómo serían.

—A mí estos adelantos ya me cogen mayor, pero en fin… —y abrió las puertas de la sacristía—, aquí la tiene. En esos armarios se custodian las ropas eclesiásticas; más allá, los elementos para la eucaristía, y en aquella zona, las santas reliquias.

—¿Se guardan aquí?

—Sí, en ese armario —y señaló un armazón con un considerable cerrojo —. Son el tesoro de Veruela. Solo se exponen en las grandes ocasiones, en unos días tendrá lugar la celebración de Todos los Santos y ese día todas se dispondrán en el deambulatorio. Son una maravilla.

—Y también se acerca la noche de Ánimas, tengo entendido que en estas tierras…

—¿Qué? ¿En estas tierras qué?

—Pues que las gentes son muy susceptibles a lo que sucede esa noche —contestó Bizén.

—Aquí estamos a salvo, estas reliquias nos protegen de todo mal.

—¿Todas se guardan aquí?

—¿Dónde sino? —respondió molesto el hermano Timoteo.

—Perdonad, creí haber visto un relicario con forma de cofre en la sala del abad.

—Creísteis equivocadamente.

—¿Podría verlas?

—No, el prior lo prohíbe. Id con cuidado con él, no es un hombre que convenga tener de enemigo.

—Ya puedo imaginarlo —suspiró Bizén—; tiene mucho poder dentro de estos muros.

—No, no es eso lo que debéis temer.

—¿Qué queréis decir?

—El prior no ha estado siempre en este monasterio, hubo un tiempo donde desempeñó una labor mucho más peligrosa —afirmó el monje arquitecto con un extraño tono.

—¿Peligrosa? ¿Cuál era su cometido?

—No seré yo quien os lo diga, pero habéis de saber que hasta el mismo demonio le temía.

—El demonio…

—Sí. —Alzó la vista hacia la bóveda que cubría la sacristía, estaba decorada con estrellas sobre el fondo blanco—. No conviene hablar de ello, todos tenemos derecho a dejar atrás el pasado. Además, en este monasterio las paredes tienen ojos y oídos, id con buen tino, notario. Los hombres tienden a decir lo que no deben cuando abren su gran boca y sueltan su larga lengua.

—No os quito razón, pero es la única forma de encontrar la verdad.

—Puede ser.

—Veruela esconde demasiados secretos —comentó con pesadumbre Bizén.

—Este monasterio es como una gran ciudad autosuficiente, ¿no hay secretos en sus ciudades?

—Ya lo creo.

—Pues aquí encontraréis exactamente lo mismo —afirmó el hermano Timoteo—, ambas las pueblan hombres con sus vicios, pasiones y secretos.

—No es lo mismo, aquí sois hombres santos.

—Pero seguimos siendo hombres…

—Hermano Timoteo, necesito preguntaros por vuestra labor aquí. —Bizén se percató de que sería mejor cambiar de tema—. La muralla exterior

luce espléndida y, sin embargo, he observado que la iglesia presenta preocupantes grietas, ¿por qué se encuentra en ese estado?

—Veréis, los edificios siguen una regla muy importante: tienden a no caerse.

—Me temo que no lo entiendo.

—Le digo que los edificios tienden a no caerse, esa es su naturaleza.

—Eso no tiene sentido.

—¡Será posible! ¿Quién narices sois vos para contradecirme? —El hermano Timoteo pareció ofenderse—. ¡Faltaría más!

—Disculpadme. —Bizén intentó apaciguarlo ante aquel arrebato—. Soy un profano, lo reconozco —afirmó en tono conciliador—, pero desde mi total desconocimiento me pareció apreciar que presenta mejor estado la muralla que la iglesia.

—La muralla se repara rellenando las grietas y poco más. Pero la iglesia… eso son palabras mayores.

El monje arquitecto abrió la puerta y salió de la sacristía, atravesó todo el crucero y llegó hasta una puerta que daba acceso a una empinada escalera de caracol. Comenzaron a ascender, pronto llegaron hasta otra pequeña puerta que quedaba a su izquierda, pero el monje no le prestó atención y siguieron subiendo. Girando y girando. La escalera, cada vez más estrecha, se quedó en la oscuridad más absoluta.

—Cuidado con los escalones que están desgastados, es fácil resbalar.

—De acuerdo.

Al alcanzar la parte exterior de la torre se hizo de nuevo la luz. Bizén alzó la mirada y vio dos pares de campanas sobre su cabeza. Allí soplaba el viento del cierzo sin ninguna contemplación; aun así, el monje arquitecto no parecía preocupado. Desde lo alto del campanario se dominaba una inmensa extensión de territorio.

—Casi todo lo que alcanza la vista pertenece al monasterio. Impresiona, ¿verdad?

—Desde luego.

Bizén observó los tejados de la nave de la iglesia, el claustro, la torre puerta del monasterio y la muralla que lo cercaba. A lo lejos se divisaba un

castillo rodeado por unas casas y, frente a sus ojos, el imponente Moncayo.

—Es una vista casi de pájaro.

—Lo es, ¿sabéis por qué os he traído aquí? —preguntó el monje arquitecto.

—La verdad, no sabría deciros.

—Mirad, una iglesia se construye en dos partes. Primero el ábside y el presbiterio, hasta aquí —y señaló una zona del tejado—, y luego las naves hasta la fachada. ¿Habéis visto las dimensiones de este templo?

—Sin duda, es uno de los más grandes que jamás he visto —comentó Bizén agarrándose bien para que el cierzo no lo zarandeara.

—Hay catedrales más pequeñas que esta iglesia.

—¿Por qué motivo es tan grande? No creo que haya tantos fieles alrededor, las aldeas más próximas son muy escasas y poco pobladas.

—¿Fieles? ¿Creéis que esta iglesia se construyó para los fieles?

—¿No es esa su finalidad?

—Aquí no entran los fieles a no ser que haya una gran celebración. —Y dio un pequeño salto para llegar a otra esquina del campanario, siempre con el peligroso hueco de la escalera en medio—. Antes de que llegara el Císter esto era un valle yermo, sin poblar, pobre y abandonado.

—Y ahora es un dominio rico, con grandes extensiones de tierra donde producís vino, aceite, carne…

—Exacto, esa es la fuerza del Císter. Recibir una inmensa cantidad de tierra pobre y convertirla en un señorío productivo.

—Transformar el agua en vino —dijo Bizén con una media sonrisa.

—¡Esa es una comparación blasfema!

—Cierto, os pido disculpas.

—Tierras, eso es lo que ansían todos los monasterios del Císter. Ricas o pobres, amplias o reducidas; eso da igual, nosotros somos especialistas en obtener el máximo rendimiento posible —explicó el monje—, y siempre queremos más. Ese es el futuro, grandes extensiones de tierra, con rotaciones anuales, alta producción, nuevos cultivos, mano de obra especializada.

—Todo muy ambicioso.

—No, todo muy bien planificado.

—Entiendo, pero ¿qué tratáis de decirme? —Bizén miró de nuevo al vacío desde lo alto de la torre.

—Este monasterio ha logrado expandirse y crecer, no me gustaría que nada enturbiara ni su presente ni su futuro —respondió el monje—. Debéis hallar al asesino del lego y pronto.

—Eso intento.

—Hay algo más que debéis saber —el hermano Timoteo suspiró—, por eso os he traído aquí arriba, donde nadie nos pueda escuchar. Hubo un monje que se despertó aquella noche y bajó a la iglesia.

—¡¿Cómo no lo habéis dicho antes?!

—Porque él no mató al lego.

—Eso no podéis saberlo —resaltó Bizén alborotado por la confesión que acababa de escuchar.

—Lo sé porque ese monje era yo.

—¿Vos? —Bizén se llevó las manos a la cabeza—. ¡Bajasteis a la iglesia! ¿Qué visteis?

—Vi al lego muerto sobre el suelo, tal y como lo encontramos en maitines.

—¿Nada más?

—No.

—¿Y por qué razón bajasteis a la iglesia? —inquirió Bizén, contrariado.

—Una muy vulgar: de noche me entra un apetito incontrolable, no puedo evitarlo. He luchado contra ello pero es superior a mí. Así que guardo comida en esta misma torre, en una sala que hay en mitad de la escalera.

—Venís a comer de madrugada a esta torre, ¿y nadie os ha descubierto? —Bizén no salía de su asombro.

—Lo hago con mucho cuidado. Además, últimamente los monjes duermen a pierna suelta, no se desvelan en toda la noche.

—Hermano Timoteo, esto que me contáis no es nada bueno, os sitúa en la escena sin nadie que os viera…

—Os digo la verdad, para eso os he subido aquí. Cuando yo bajé no había nadie en la iglesia —recalcó de nuevo el monje arquitecto.

—¿Y cómo puedo creeros?

—Os lo juro, ¡sino por qué os lo iba a contar! —exclamó el monje—. Además, hay una cosa que debéis saber sobre el lego. Cuando lo encontré la primera vez, Octavio no tenía ninguna daga clavada en el cuello.

—¿Cómo que no…? ¿No había arma?

—No, alguien tuvo que clavársela después —afirmó el hermano Timoteo.

—Pero ¿por qué iban a poner la daga una vez muerto?

—Lo desconozco, tan solo os cuento lo que vi —el monje arquitecto se quedó mirándole—, debéis creerme. No se lo digáis a nadie más, os lo ruego. He sido sincero con vos, pero no quiero que sepan de mi incontrolable gula y mucho menos que estuve allí aquella noche. —El monje suplicó—. Cada vez se me hace más duro sobrellevar las restricciones de la orden, fue un error venir aquí.

—Quedad tranquilo, guardaré vuestro secreto. —Bizén asintió con la cabeza—. Solo una cosa más: ¿sobre qué hora visteis al lego muerto?

—Bajé a la una, lo sé porque miré el reloj mecánico y subí justo antes de maitines.

—Entonces, el lego murió muy próximo a maitines. Y ¿estáis seguro de que no visteis a ningún otro monje despierto?

—Lamento deciros que no, aunque eso no quiere decir que no lo hubiera —recalcó el hermano Timoteo.

—Está bien, agradezco vuestra sinceridad. Si la daga no estaba entonces, eso significa que no es el arma del crimen y que alguien la puso intencionadamente ahí.

—Bajemos, esto es peligroso y más con este cierzo. —El monje le señaló la escalera y se recogió el hábito para no tropezarse—. Cuidado, no seríais el primero que resbala y termina con la cabeza rota —dijo. Y a Bizén le pareció advertir un cierto tono de amenaza en sus palabras.

12 + 1

La cocina

Después de bajar del campanario, Bizén acudió hasta los campos de frutales que flanqueaban la muralla. El paseo le vino bien, el cierzo le refrescó las ideas. Los monjes, tan neutros en su vestimenta y comportamiento en público, eran de lo más variopinto en privado. Los unía la fe y su compromiso con la Orden del Císter, pero parecían ocultar distintas sensibilidades y, tenía la impresión, algún pasado oscuro también.

Recordó las palabras del hermano Timoteo: «El bien puede existir sin el mal, pero el mal no puede existir sin el bien».

¿Qué quería decirle exactamente con ellas? En una comunidad como la de Veruela, donde la oración era esencial, donde se buscaba tanto acercarse a Dios, la bondad, el trabajo; en definitiva, el bien, ¿podía haber surgido algún tipo de maldad? Puede que esa fuera la clave.

«Y ¿qué puede buscar el mal en un monasterio? ¿Qué es lo que tiene este lugar de atractivo?

»Quizás algo que todos los hombres desean».

Tanto el monje arquitecto como el prior habían dejado entrever en sus palabras que algo maligno vagaba por Veruela.

Tenía que encontrar el rastro del mal en la muerte del lego, el mal debía de haber alterado la realidad de algún modo, tenía que haber dejado huellas, pero ¿cuáles?

El principal problema era que la congregación era impenetrable, los monjes no contaban la verdad, solo la parte que les convenía. Ahora, al menos ya entendía por qué el abad había confiado en él, no porque creyera que era

notario real ni estuviera convencido de sus habilidades, no. Era porque no podía hacerlo en nadie más. En otras palabras: no se fiaba de sus propios monjes. Estaba enfermo y postrado en una cama, así que él poco podía hacer.

Antes de que pudiera seguir divagando, una mano se posó sobre su hombro. Bizén estaba tan ensimismado en sus pensamientos que se sobresaltó.

—Notario —era el hermano Saturio quien le hablaba—, disculpadme si os he asustado.

—No, en absoluto.

—Voy al semillero, hay que preparar las semillas para la semana que viene.

—Una labor esencial, sin duda.

—Una más, en Veruela nadie es más que el otro —contestó el hermano Saturio.

—Es cierto y espero poder encontrar al asesino del lego para que vuestra comunidad vuelva a estar en paz.

—Ojalá, rezo por vos cada noche. Seguro que pronto lo conseguiréis. —Y el hermano Saturio sonrió.

—Vos fuisteis el primero en ver al lego muerto, ¿verdad?

—Sí. —Y la sonrisa del monje se esfumó.

—¿Cómo era el hermano Octavio? En un monasterio como este tendrán que conocerse todos bien —afirmó Bizén moviendo las manos.

—No creáis, notario. Hay mucho trabajo y pasamos gran parte de las horas rezando, en soledad —contestó el hermano Saturio—, esto no es la ciudad.

—Entiendo, una pregunta más. ¿Visteis a Octavio ese día, el de su muerte? Quiero decir que si hablasteis con él durante el día o lo visteis hablar con alguien.

—No sabría deciros.

—Intentad recordarlo, por favor.

—Vamos a ver, ese día yo estuve trabajando en el huerto porque había que plantar más hierbas medicinales —explicó el monje—. Ahora no usamos

muchas, pero siempre me gusta que haya de todo y ando escaso de valeriana, imagino que por los gatos.

—¿Los gatos? —Bizén se extrañó—, he visto varios, pero…

—El aroma de la planta atrae a los gatos y les encanta arrancarlas, rodar encima de ellas y masticarlas. Si quiere hacer la prueba, ponga una planta de valeriana en donde desee que aparezca un gato y verá. De hecho, hay quien la conoce con el nombre de hierba de los gatos.

—Muy curioso, pero volviendo a mi pregunta, ¿visteis al lego aquel día?

—Creo que coincidí con el hermano Octavio tarde, antes de acostarme.

—Eso es muy importante —recalcó Bizén—, hermano Saturio. ¿El lego estaba solo?

—Sí, caminaba dentro del claustro por la panda de los legos. Ya sabéis que solo pueden moverse por esa galería del claustro, las otras tres son de uso exclusivo nuestro.

—Lo sé, pero ¿qué hacía exactamente?

—Yo estaba en la entrada, cerca de la cilla. Era ya muy oscuro, aunque ahora que lo pienso, creo que lo vi con alguien —recordó el hermano Saturio —. Sí, con un monje, llevaba el hábito blanco, pero estaban lejos, no sé quién podría ser.

—¿No podríais ser más preciso? Dadme una descripción aproximada.

—Lo siento, solo recuerdo eso.

—Es una lástima. —Bizén se quedó pensativo—. Si recordáis algo más os ruego que me aviséis.

—Contad con ello, estoy deseando que halléis al culpable y todo vuelva a la normalidad en nuestro monasterio.

—Ojalá sea pronto —Bizén seguía cavilando—, aunque tengo que confesaros que me preocupa que el asesino pueda querer más…

—¿Qué insinuáis, notario?

—Que una vez que uno sucumbe al mal, es fácil continuar por esa senda.

—¡Teméis que vuelva a matar! —El hermano Saturio se puso blanco, no sabía guardar la compostura como el prior o el decano Esteban. Él era un religioso más inexperto e impresionable.

—Sí, o quizá robar u otra maldad.

—Entiendo vuestros temores y no son para menos, ¿qué podemos hacer? —preguntó el monje herborista, preocupado.

—He visto que las reliquias se custodian en la sacristía, bajo llave. Pero el Císter también acuña moneda.

—Así es.

—¿Puedo preguntar dónde guardáis esas monedas?, deben de estar bien protegidas —insistió Bizén aprovechándose de la situación.

—¿Por qué me preguntáis eso a mí? Hacedlo mejor al abad o al prior.

—No debemos importunar al abad y, en una comunidad como esta, pensaba que estabais al corriente de todo —afirmó Bizén con cierta malicia —. Imagino que las ventas del vino o el aceite dan cuantiosos réditos al monasterio.

—Así es, pero nuestras ganancias las guarda el abad en su cámara.

—Lógico, ¿y no hay ningún otro lugar donde se custodien objetos valiosos o alguna remesa para gastos corrientes?

—Sí, en la sacristía —contestó el hermano Saturio—, junto a las reliquias de las que habéis hablado.

—Y la daga con la que mataron al lego, ¿dónde está?

—¿La daga? ¿Por qué preguntáis por ella?

—Es el arma del asesino y creo que era de un gran valor —contestó Bizén.

—La daga supongo que estará junto al cuerpo. En la sala de los muertos —contestó el monje herborista.

—¿Quién es el responsable de esa estancia?

—El hermano Bartolomé, pero él es un buen monje —dijo el hermano de forma distendida—, le aseguro que es de quien menos debéis preocuparos. Es todo corazón y siempre está dispuesto a ayudar.

—Lo tendré en cuenta.

—Ahora lo recuerdo: sí vi a Octavio aquel día —y se le iluminó el rostro —, salía de la cocina.

—¿Estáis seguro?

—Sí, completamente —se reafirmó el hermano Saturio.

En ese momento se acercaron dos legos con aperos del campo.

Bizén se despidió y fue de nuevo hacia la hospedería. Alzó la mirada y vio la espesa humareda que salía de la mayor de las chimeneas formando una gran columna de humo y fue decidido hacia ella.

A la cocina se accedía por la primera puerta a la derecha nada más ingresar en el claustro, era un espacio cuadrado, con un enorme círculo de fuego en el centro. En él ardían sarmientos y cepas recién colocados, creando una llama muy viva. El humo trepaba rápido hasta su alto techo, donde escapaba por una pequeña oquedad, lo que provocaba que toda la cocina fuera como un inmenso horno.

Justo enfrente había un hogar de menores dimensiones, donde el agua hervía a borbotones en una cazuela de barro y, muy próximo a ella, lo hacía otra metálica, donde el vapor azulado golpeaba la tapa.

No había más puertas ni siquiera ventanas, solo un pasaplatos que permitía pasar la comida al refectorio. Bizén se percató de que estaba en ángulo, de tal manera que desde el refectorio no veían la cocina y, lo que era más importante, no se oía nada. Así, el silencio de los monjes estaba a salvo de los habituales gritos y ruidos que habría en la cocina.

Cuando Bizén entró había tres individuos trabajando en ella: dos más jóvenes que alimentaban el fuego central y el que parecía ser el jefe de la cocina. Un lego con una esfinge pétrea, cuatro pelos en la frente y una nariz achatada, con unos orificios nasales exagerados, como si fueran también dos tiros de chimenea. Estaba remangado hasta más arriba del codo, dejando ver unos abultados y peludos antebrazos que bien podían pasar por piernas de cordero. También su tripa era generosa, aún más que la del decano Esteban, y caía como si fuera un saco por encima de su cintura.

El cocinero se le quedó mirando con un cuchillo con el que estaba cortando la cabeza de media docena de pollos desplumados que tenía en una mesa de madera ennegrecida.

—¿Qué queréis? —preguntó mientras rebanaba el pescuezo a un nuevo pollo.

—Creía que los monjes no comían carne —comentó Bizén.

—Es para un caldo y es de pollo —afirmó el cocinero, que avanzó un par de pasos hacia el fondo y tiró la cabeza del ave a un cesto de mimbre.

—Sois el cocinero, ¿cierto?

—¿Veis algún otro por aquí? —dijo mientras cogía el cuerpo de los pollos y los ponía en un recipiente de barro—. En este monasterio solo cocino yo, nadie más toca la comida, nadie. —Y alzó el cuchillo de forma amenazante.

—No lo dudo. —Bizén intentó no asustarse, aunque aquel cocinero imponía respeto—. Soy el notario real, estoy intentando averiguar qué le ocurrió al hermano Octavio.

—Y entonces, ¿qué hacéis en mi cocina? —Y cogió un manojo de puerros, alzó el brazo y descargó el cuchillo cortándolos en sucesivos golpes.

—Imagino que conocíais a Octavio.

—El panadero.

—¿Cómo decís?

—Octavio hacía el pan en ese horno —y señaló la embocadura del fondo —, cada mañana madrugaba para cocerlo, era un buen hombre.

—No sabía que esa era su función.

—Y no lo era, lo hacía porque le gustaba echar una mano —murmuró mientras dejaba los puerros a un lado y se movía balanceando su cuerpo como si fuera macho de carga—. Octavio no era de esta tierra, llegó aquí desde el monasterio de Poblet para trabajar en la cilla.

—Pero la cilla está a cargo del decano Esteban.

—Hubo un tiempo en que no fue así —comentó el cocinero mientras cogía una vasija de la que extrajo unas hojas alargadas que parecían laurel.

—Yo pensaba que el decano Esteban siempre había estado en Veruela al cargo de la cilla.

—No, llegó hará cosa de diez años —respondió el cocinero—; creo que había estado en varios monasterios antes y que iba buscando el adecuado, según me contó él mismo.

—¿Adecuado para qué?

—Para sus cosas. Ya basta de preguntas, que me tenéis aquí de cháchara y la comida no se hace sola.

—El abad me ha pedido…

—Esta es mi cocina y aquí soy yo el que dicta las normas —dijo tajante —, vosotros dos —y el cocinero miró a sus ayudantes—, traedme las carpas, ¡vamos! Hay que limpiarlas todas. Pero antes echad más leña, ¿no veis que tiene que hacerse más brasa?

Los dos hombres obedecieron sin rechistar, avivaron el fuego y los dejaron solos.

Bizén tenía calor allí dentro, observaba cómo el cocinero sudaba de forma copiosa, mientras se movía entre cazuelas y ollas, rodeado de tarros y herramientas de cocina.

—¿Queréis probar algo bueno? —El cocinero se limpió las manos con un trapo lleno de sangre y fue hasta un estante, retiró unas botellas y de detrás de ellas sacó otra más pequeña, la abrió y vertió un líquido en un cuenco—. Probad.

Bizén lo tomó y se lo llevó dubitativo a la boca, dio un trago y comenzó a sentir una fuerte quemazón, como si la garganta le ardiera por dentro.

Tosió y a punto estuvo de derramar el resto de la bebida.

—Es bueno, ¿verdad?

—¿Qué es esto? —Bizén tosió de nuevo.

—Chordón —respondió sonriente—. Fue Octavio quien me ayudó a prepararlo, lo hacemos con unos frutos rojos que da una planta rastrera que crece en lugares pedregosos y frescos del Moncayo.

—Es fuerte —dijo carraspeando.

—Sí —afirmó orgulloso—, una maravilla. —Y el cocinero volvió a esconder la botella—. El decano Esteban prohibió a Octavio seguir fabricándolo. Le dejó bien claro que nada decía la regla de perder tiempo y esfuerzos en preparar licores, solo vino. Vino y más vino, ese hombre está obsesionado con su vino.

—¿Acaso no os gusta el vino que hace?

—El vino sí, sus métodos no —contestó el cocinero.

—¿A qué os referís con eso?

—Yo no sé qué os habrá contado el decano Esteban —el cocinero volvió a coger el cuchillo con una mano y un pollo con la otra—, pero la idea de meterlo en barricas no fue suya, sino de Octavio.

—No, eso no lo mencionó.

—Qué casualidad… A mí ese no me engaña, tened cuidado con él.

—Lo tendré, pero todavía no me habéis contado la razón por la que Octavio dejó de trabajar en la cilla.

—Fue una artimaña del decano Esteban —y el cocinero se volvió al oír unos ruidos del otro lado de la puerta de la cocina—, le acusó de beber vino fuera de las comidas y el abad le expulsó tres días del monasterio.

—Y no era cierto.

—Se encargaba de fabricar el vino, claro que lo probaba fuera de las comidas para comprobar su estado, pero el decano Esteban le tendió una trampa. Un día le hizo catar una docena de toneles porque aseguraba estar convencido de que uno estaba picado —relató el cocinero—, Octavio no estaba por la labor, pero obedeció. Lo que no sabía era que en cuanto terminara sería acusado de embriaguez ante el abad.

—El decano Esteban se deshizo de él.

—Exacto, y cayó en desgracia, así que terminó ayudando en la cocina con el pan y también en la carpintería, trabajos menores ambos.

—¿Creéis que el decano Esteban pudo tener algo que ver en su muerte?

—Yo no he dicho tal cosa —advirtió el cocinero.

—Por supuesto que no.

—Octavio era un monje especial.

—¿En qué sentido? —Bizén se puso algo nervioso al ver que aquello podía conducirle por fin a algo importante.

—Era un lego como yo, no le importaba trabajar, pero… en el fondo de sus ojos se podía ver que ansiaba algo más. Era listo, ya os he dicho que la idea de meter el vino en barricas fue suya. Y además era ambicioso, aquella expulsión no iba a terminar con sus planes, de alguna manera intentaba volver a tener un puesto importante.

Los dos donados volvieron con un buen número de carpas colgadas por la boca en unos ganchos metálicos.

—¿Por qué habéis tardado tanto? —les gritó el cocinero—, ya vamos tarde para la comida, ¡sois unos holgazanes!

Bizén se hizo a un lado para dejarles pasar.

—¡Las setas! ¿Dónde las habéis metido?

Uno de ellos corrió a traer un pote de barro, el cocinero le miró de mala gana, lo abrió y sacó un par de tallos de tres dedos de longitud, gruesos, blancos y rechonchos, con un sombrerete de una tonalidad pardusca.

—¿Qué es eso?

—Una maravilla —el cocinero sonrió—, un manjar de reyes. Esta seta es uno de los mejores secretos del Moncayo.

—Nunca las he comido.

—Pues luego lo hará, si me deja terminar de preparar la comida, claro.

—Una última pregunta, ¿Octavio estuvo aquí el día de su muerte?

—No lo recuerdo. —El cocinero bajó la cabeza y comenzó a limpiar las escamas de una de las carpas.

—Pues hacedlo, porque le vieron salir de aquí. ¿Qué hizo? ¿De qué hablasteis?

—Se acercó a ver cómo estaba el vino de esa noche, él seguía preocupándose por esas cosas, abrió el tonel, lo probó y se fue.

—¿No dijo nada fuera de lo común?

—Bueno, sí —el cocinero dejó por un momento la carpa—, comentó que el vino estaba bien. Y Octavio nunca hubiera dicho eso de un vino del decano Esteban, os lo aseguro. No tengo tiempo para más tonterías —y el cocinero se dio la vuelta—, váyase a enredar a otro, tengo mucho trabajo —y le señaló la puerta a Bizén.

14

La sala de los muertos

La entrada al refectorio era un proceso complejo y perfectamente estructurado. Primero, el ritual de purificarse manos y pies en el lavatorio del patio, después se entraba en silencio. Dentro esperaba aquella larga mesa a la que los monjes iban sentándose de manera organizada, sin necesidad de intercambiar una palabra. Había también una segunda mesa para el prior y los monjes decanos, elevada un peldaño respecto al resto, a la derecha de la cual estaban los escalones que llevaban al púlpito donde tenían lugar las lecturas durante la comida. Justo después de la entrada se hallaba el pasaplatos donde empezaban a aparecer los primeros servicios. La temperatura era agradable, puesto que el refectorio estaba entre el calefactorio y la cocina, los únicos dos espacios calientes del monasterio.

Todo parecía fruto de una lúcida mente que había decidido organizar uno de los momentos más importantes en la vida de todo hombre, ya fuera laico o religioso, campesino o noble: la comida.

Bizén se sentó de nuevo a la mesa principal, junto al decano y al prior. Observó a este último con detenimiento. Su aspecto era siempre sereno, como si nada le afectara, y su mirada azulada, penetrante; su pelo plateado y liso dejaba al descubierto un cuello tan espigado como su esbelta figura. Totalmente diferente del redondeado y abultado cuerpo del decano Esteban, y al aspecto que le proporcionaba su prominente verruga y el mechón de pelo que le caía por la frente.

Sabía que la ración consistiría en una libra de pan y un caldo de verdura con tropezones de carne. El monje portero se levantó y pidió a todos que oraran después de la misa y de la comunión para que Dios apartara de él la altivez de espíritu. Bebió un poco de vino con agua antes de empezar y, a

continuación, leyó un capítulo desde el púlpito que fue repetido hasta tres veces por los presentes.

Después se hizo un silencio absoluto, de modo que no se percibía rumor alguno ni otra voz que no fuera la del lector. Los hermanos Bartolomé y Hugo sirvieron la cena al prior, mientras dos legos hicieron lo propio en la mesa más grande.

Los monjes se servían mutuamente sin decir palabra. Solo uno de ellos precisó que le dieran más vino e hizo una señal.

Bizén ya se había acostumbrado al ambiente del refectorio y esta segunda vez disfrutó más de la comida que a su llegada.

Permaneció en silencio, sabía que la mejor manera de obtener información de aquellos monjes era hablando con ellos por separado, solo así le contaban los secretos que escondían. Era mejor asaltarlos en cualquier otro lugar: la cilla, el locutorio o la sacristía, pero no en el refectorio o el claustro, donde estaban a la vista de todos.

La cena terminó y abandonaron la sala.

Hasta ese momento había hablado con el prior Antón, el anciano Adolfo, el hermano Saturio, el decano Esteban, el hermano Ramiro, el monje Timoteo y el hermano Rogelio.

De los diez monjes que dormían la noche anterior dentro del monasterio le faltaba todavía conversar con tres de ellos: Julián, al que solían llamar el señor de las aguas, el hermano Bartolomé y, el más joven de todos, el hermano Hugo.

Bizén salió hacia la hospedería, pero en vez de entrar en ella continuó hasta un edificio de poca altura situado cerca del acceso al monasterio. A pesar de no levantar en exceso del suelo, era una obra que parecía importante por la calidad de la piedra con que estaba construida. La rodeó y vio que recibía agua por una acequia elevada que venía de una zona junto a la muralla de Veruela. Siguió ese ramal y encontró un estanque junto a una entrada de agua bajo los cimientos de la muralla. La acequia principal continuaba recta hasta una construcción cuadrada. Caminó despacio y llegó hasta un salto de agua. No se detuvo mucho allí, pues creyó ver a lo lejos al hermano Bartolomé acompañado de un par de legos. Se apresuró a ir a su encuentro y dio con él justo cuando entraban en un taller de carpintería.

Bizén accedió al interior y encontró a varios legos dando forma a lo que parecía un ataúd de madera.

—Notario. —El hermano Bartolomé se sorprendió al verle.

—No quería importunar.

—Solo preparamos el sepelio del difunto Octavio.

—¿Os encargáis vos de todo ello?

—Así es. —Y se quedó callado.

—¿Puedo hablar unos minutos con vos? Quiero enseñaros algo.

—¿A mí?

—Sí, insistió Bizén —y le señaló la puerta—, está en el exterior, solo será un momento.

—Bueno, pero tengo poco tiempo.

—Desde luego. —Y Bizén le acompañó hasta la parte trasera de la carpintería, desde la cual se veía el molino de agua—. He descubierto algo interesante sobre la muerte del lego.

—¿De qué se trata? —preguntó con tibieza el hermano Bartolomé.

—No puedo revelarlo todavía, tiene que ver con la daga, con el arma con la que le mataron.

—¡Por todos los santos! Espero que no sea nada malo.

—Me temo que sí lo es, hermano Bartolomé —y Bizén le cogió del brazo —, ¿vos sabéis a quién puede pertenecer?

—¿Yo? No, por supuesto que no, ¿por qué iba a saberlo?

—Es una daga valiosa, su empuñadura está bañada en oro. ¿Os hacéis una idea de lo que puede valer un objeto así? Esa daga podría ser la razón de la muerte del lego… —afirmó Bizén—, esa arma es la clave. ¿La tenéis vos?

—No, yo… la dejé en la sala de los muertos —contestó atemorizado el hermano Bartolomé.

—A buen resguardo, supongo.

—Bueno, está sobre la mesa.

—¿La puerta está bien cerrada? —insistió Bizén ante el rostro cada vez más nervioso del monje.

—La sala de los muertos suele estar siempre abierta, no hay nada de valor en su interior, todo se guarda en la sacristía.

—¿Me estáis diciendo que la puerta está abierta? —se enervó Bizén—. ¿De verdad está allí la daga al alcance de cualquiera?

—¡Santo Dios! —El hermano Bartolomé se llevó las manos al pecho.

—No puede ser, ¡vamos! Debemos guardarla de inmediato. —Y ambos salieron hacia el templo.

El monje caminaba hecho un manojo de nervios y Bizén lo seguía con más calma, atravesaron el claustro y el crucero de la iglesia. En efecto, la puerta de la sala de los muertos se hallaba abierta, el cuerpo inerte del lego descansaba sobre la mesa. El hermano Bartolomé comenzó a recorrer la reducida estancia, presa del pánico, hasta que miró a Bizén.

—No está, ¡ha desaparecido!

El monje se puso de rodillas y comenzó a llorar.

—Hermano —Bizén lo ayudó a levantarse—, tranquilizaos. A ver, ¿cuándo visteis por última vez la daga?

—Esta mañana —respondió entre sollozos—, lo siento, no sabía que era tan valiosa, yo solo… ¡perdonadme! Os lo suplico.

—¿Hace falta que os recuerde que todos los monjes son sospechosos de haber matado al lego?

—Yo no, yo solo… —El monje no sabía bien qué decir—. No puedo ser sospechoso.

—Me temo que sí, a no ser… —Bizén lo observó unos instantes—, a no ser que tengáis algo que decirme. ¿Sabéis algo que yo no sepa sobre lo sucedido aquella noche?

—No, yo no sé nada. —El hermano Bartolomé movía las manos muy rápido.

—Entonces tendré que hablar con el prior sobre vuestro descuido, ¡era el arma con la que mataron a vuestro hermano! Y no solo eso, podría ser también el motivo, ¿os dais cuenta de lo que supone este fatal descuido?

—Por favor —el monje se arrodilló de nuevo frente al notario—, no me delatéis.

—Hermano Bartolomé, lo siento, debo hacerlo.

—Esa daga no tiene nada que ver con la muerte de Octavio.

—¿De qué estáis hablando?

—Nadie quería robarla, esa daga estaba dentro del sepulcro del infante —respondió el monje—, era parte de su ajuar funerario, la enterraron con él.

—¿Y cómo podéis saberlo? Hermano, ¿qué me ocultáis?

—La tarde que sucedió todo, yo estuve trabajando en esta sala —confesó con temor el hermano Bartolomé—, y Octavio vino y me contó algo.

—¿Qué os dijo?

—Pensaba entrar en la iglesia esa misma noche, el abad se lo había pedido.

—¿El abad? —Bizén tardó en asimilar aquello—, ¿él le había pedido a Octavio entrar en la iglesia?

—Eso me contó. Octavio tenía una estrecha relación con el abad Sancho. No era un lego más, Octavio era el más dotado de todos ellos, podría haber llegado a ser un hermano de rezo como nosotros algún día. Y creo que el abad pensaba lo mismo y por eso confiaba en él.

—Así que fue el abad quien le ordenó que fuera al templo mientras todos dormían. ¿Y quién le abrió la puerta?

—Yo —confesó bajando la mirada.

—Hermano Bartolomé, vos abristeis la puerta y ¡no habéis dicho nada hasta ahora!

—Tenía miedo —el monje comenzó a sollozar sin medida—, pero ¡yo no lo maté! Tenéis que creerme.

—Ya veremos —y Bizén le cogió del brazo—, contadme, ¿qué más sabéis?

—Yo hice todo lo que me pidió Octavio antes de la cena.

—Entonces lo planeasteis aquella tarde… ¿qué os dijo que hicierais?

—Insistió en que no probara el vino, debía estar perfectamente sobrio. Yo apenas bebo y lo mezclo con mucha agua, pero Octavio insistió. Recalcó que eran órdenes del abad —subrayó el monje—. Hice caso, no bebí. Cuando todos dormían, bajé a la iglesia, abrí el ventanuco que hay bajo la escalera y aguardé hasta que Octavio me llamó por él.

—Y ¿después?

—Abrí la puerta y me subí de vuelta al dormitorio.

—Hermano Bartolomé… —Bizén se llevó las manos a la nuca y dio varios pasos hacia la puerta y luego los deshizo—, decidme, ¿para qué quería entrar Octavio en la iglesia?

—Para… —el monje se detuvo y le miró—, él tenía que…

—Sacar el cuerpo del infante heredero y esconderlo —enunció Bizén para desconcertar por completo al monje.

—¿Cómo sabéis vos eso? —Y el monje se echó para atrás atemorizado.

—Hermano Bartolomé, ¿quién lo mató?

—No lo sé… ¡lo juro!

—Me temo que no os creo, ya no, ¿quién asesinó a Octavio? —Se acercó a él y le cogió por el hábito.

—Os digo que no lo sé.

—¡Fuisteis vos! —le gritó a la cara.

—No —dijo llorando.

—Claro que sí —y le agarró del cuello—, ¡confesad!

—Yo me volví al dormitorio según lo acordado. ¿Por qué lo iba a matar?

—Confesad de una vez, ¡por todos los santos!

—Notario, os juro por Jesucristo que no maté a Octavio. —Bizén le soltó y el monje se santiguó—. Si miento que caiga sobre mí toda la cólera de Dios, pues no mereceré su perdón ni su misericordia.

—Para poder creeros necesito más que una plegaria, decidme algo que no sepa —Bizén se sujetó la cabeza con una de sus manos como si le doliera—, algo que me ayude… —pronunció con los ojos cerrados.

—Yo estaba extenuado, prácticamente no había descansado en toda la noche esperándole. Así que, al subir al dormitorio, enseguida caí dormido, puede que no tenga importancia —y el hermano Bartolomé resopló—, pero aquella noche noté algo extraño.

—¿Qué queréis decir? —Bizén abrió los ojos y le miró.

—Nadie se inmutó cuando llegué y normalmente todos sabemos cuándo se incorpora uno de nosotros, aunque sea para ir a las letrinas. Ya os he dicho que era una tontería —murmuró el hermano Bartolomé—, pero quería decíroslo para quedarme tranquilo. Estaban profundamente dormidos. Y hay otro detalle más… Octavio estaba contento, si se disponía a abrir aquel sepulcro no iba a ser gratis, él ganaría algo a cambio.

—No sé si con eso me basta.

—Por lo menos no digáis nada aún, seguid investigando —le pidió el monje—, seguro que encontráis otras pistas. Yo no me voy a marchar a ninguna parte, ¿adónde podría ir?

—Está bien, solo por ahora guardaré silencio —musitó Bizén—, pero os estaré vigilando.

Miró de nuevo el cuerpo del lego sobre la mesa. Después salieron de la sala de los muertos y dejó al monje con la promesa de que no revelaría sus mentiras por el momento. Volvió a la hospedería ya de noche, tenía tantas ideas rondando por su cabeza que le costaba pensar con claridad. Necesitaba estar a solas con sus pensamientos. Se sentó sobre el jergón de su celda, alumbrado por un par de velas que había sobre la mesilla, y no pudo evitar pensar en la galería del claustro. Se imaginó recorriéndola, observando las hojas de parra que decoraban algunos de los capiteles tallados de manera tan espléndida. Recordó el sabor del vino que fabricaba el decano Esteban, la serena actitud del prior, el abad postrado en su cama y las palabras del monje arquitecto. Había algo oscuro en ese monasterio, lo sabía, lo percibía como ese olor que recorría sus estancias, un aroma que no sabía de dónde procedía. Era más intenso en algunos lugares, en determinados momentos y circunstancias, y aunque a veces descendía de intensidad, siempre estaba presente.

¿Qué secreto ocultaba Veruela?

Quizá no solo tenía que ver con el sepulcro del infante heredero o la muerte del lego, podía tratarse de algo totalmente distinto. De lo que estaba

seguro era de que existía un misterio. Él no sabía si sería capaz de resolverlo, pero debía intentarlo, tenía que descubrirlo, se estaba convirtiendo en una obsesión. Como la picadura de una serpiente que le hubiera inoculado su veneno y que se extendía por su cuerpo muy despacio.

Cuánto echaba de menos en ese momento la presencia de su tutor, don Antonio Martínez de la Peira, notario general por toda la tierra y señorío del rey de Aragón. Don Antonio, como lo llamaba él, no era aragonés, sino de la villa de Bilbao. Eso le concedía aún más mérito a haber logrado un cargo tan notable. Era un ciudadano honrado que no había logrado esa gracia por su linaje, sino por su trabajo, su esfuerzo y sus aptitudes.

Él siempre decía que había tenido que trabajar muy duro para conseguirlo. Bizén aspiraba a lograr los mismos méritos que su maestro, tan respetado en Zaragoza, que había alcanzado el nombramiento de mayordomo de la cofradía de Santo Tomás de Aquino.

Había sido toda una suerte entrar a su servicio, aunque en realidad fue su madre la que lo consiguió. El ilustre notario, siempre con el ceño fruncido, citaba a menudo la frase de un jurista de la época romana, un tal Cicerón: «La verdad se corrompe tanto con la mentira como con el silencio».

Y en aquel monasterio había mucho silencio.

Demasiado.

Sabía de antemano que los monjes no conversaban nunca en la comida, ni en la iglesia ni en el claustro. Dialogaban poco entre ellos. Sin embargo, parecían entenderse con solo mirarse.

Intentar hacer hablar a alguien que está acostumbrado a no hacerlo es una ardua tarea.

Bizén, que en principio solo había ido a tomar notas de la misión, había terminado como principal responsable de ella. Además, ahora sentía que la inesperada tarea que le había impuesto el abad de Veruela era una carga demasiado pesada para sus hombros y, al mismo tiempo, se vislumbraba como la única forma de lograr encontrar el cuerpo del infante y llevarlo ante los frailes de Huesca. Porque la verdad era que Bizén necesitaba cumplir con su misión, si no iba a tener muchos problemas a su regreso.

Aún no entendía por qué el abad, en vez de delatarle, le había dado poderes y encargado un cometido tan trascendente.

Una única pregunta se repetía de manera incesante en su cabeza: ¿qué monje había matado al lego?

Sabía dónde: en la iglesia. Un templo con las puertas cerradas desde dentro, pero al que, al menos la víctima, había accedido con la ayuda del hermano Bartolomé.

También sabía cuándo: entre el anochecer y maitines.

Y hasta hacía muy poco creía conocer también cómo le quitaron la vida: con una daga. Pero el monje arquitecto le había hecho cambiar de opinión, la daga se había colocado en el cuello después de muerto. No fue el arma del crimen.

Ese detalle solo lo conocía él, si bien se le antojaba esencial. ¿Qué interés podía haber en cambiar el arma asesina?

Lo que llevaba a otra pregunta: ¿dónde estaba la verdadera arma con que degollaron al lego?

¿Y el cuerpo del infante?

La hipótesis que rondaba por su cabeza era que el lego y su asesino abrieron la tumba, sacaron los restos del infante y los ocultaron… pero ¿dónde? Esa era la cuestión, tuvo que ser dentro de la iglesia. Una opción era suponer que el monje asesino tuvo tiempo para matar al lego, salir de la iglesia con el cuerpo, ocultarlo y luego regresar, pero se le antojaba inverosímil. Si lo hubiera hecho, se habría expuesto a que algún monje bajara y los descubriera.

Cabía la posibilidad de que el lego ayudara al monje a sacar los restos del infante y, a continuación, huyera con ellos fuera del templo para luego regresar y cometer el asesinato…

Pero el asesino no pudo disponer de tanto tiempo ya que el monje arquitecto aseguró que bajó justo antes de maitines, por lo que tuvieron que robar el cuerpo del infante y matar al lego en un breve espacio de tiempo.

Abrir el sepulcro real, extraer el cuerpo, volver a cerrarlo y sacar los restos mortales conllevaba una cantidad de tiempo considerable. ¿Cómo pudieron hacerlo? Y ¿dónde ocultaron los restos? Que fueran capaces de atravesar el claustro y salir junto a la cilla sin que nadie los viera, a pesar de que todos estaban durmiendo, era muy arriesgado. Además, podía haberse levantado alguno de los legos y sorprenderlos.

A no ser que… ¡no hubieran salido nunca de la iglesia!

Los pudieron ocultar en otro lugar cercano, el templo es grande, pero cuando los monjes lo registraron, lo habrían encontrado.

¡En otro sepulcro!

¿Y si lo que hicieron fue esconderlos en otro de los numerosos sepulcros que había en la iglesia? ¿Incluso en los de la familia Atarés en la entrada o en los de la sala capitular? Veruela estaba llena de tumbas donde poder ocultar a un muerto.

Si Bizén solicitaba al prior abrir todos los sepulcros del templo para comprobar si habían escondido en el interior de alguno los restos del infante, este le echaría a patadas de Veruela.

Además, en caso de revisar los sepulcros, ¿cómo podría distinguir cuáles correspondían con el cuerpo del hijo del rey Jaime I?

Ese era otro detalle para nada baladí: cómo identificarle ahora que no estaba en su sepulcro… quizás el asesino fuera el único que pudiera hacerlo.

En todo caso, abrir todos los sepulcros de la iglesia no parecía factible.

Le faltaba dar respuesta a dos preguntas fundamentales: cuál era el móvil y qué arma emplearon para matar al lego.

Al menos tenía un claro sospechoso: el hermano Bartolomé. Pero ahora que sabía que fue el abad quien ordenó al lego robar el cuerpo… presentía que debía investigar un poco más hasta estar completamente seguro.

Bizén tomó uno de los libros que había traído consigo y buscó la tenue luz que iluminaba su celda. Todas las noches leía algunas páginas. En las horas oscuras, los personajes parecían cobrar vida ante sus ojos y él se perdía entre las palabras escritas. Leyendo se sentía libre, era como viajar sin dar un solo paso. Lo que más le gustaba de la lectura era que le permitía convertirse en otro hombre por unas horas. Así que no esperó ni un instante más para abrir aquel libro.

Entonces oyó unos crujidos. Aguardó expectante por si se repetían, pero no fue así. Retomó la lectura y entonces los volvió a escuchar. Se sentó sobre el jergón y miró a la puerta, bajó la vista y halló un pergamino que alguien acababa de deslizar por debajo. Lo cogió con sumo cuidado y leyó lo escrito en él:

Soy un amigo de los frailes,

quiero lo que me prometieron.

Le espero esta noche junto al cementerio.

15

El cementerio

A esas horas hacía un frío intenso, aun así, Bizén no dudó en acudir al lugar que le indicaba la carta. Era su mejor oportunidad para arrojar algo de luz sobre lo que estaba sucediendo. Se cubrió con una capa de lana y salió de la hospedería a buen paso, no quería que nadie le viera.

Todavía no había ubicado el cementerio, debía de estar anexo a la iglesia. Y si el claustro estaba pegado a su derecha, el cementerio forzosamente se hallaría en el lado opuesto. Llegó hasta la fachada principal del templo y siguió por su izquierda. Se adentró entonces por la zona que daba a los huertos de los monjes y, en efecto, allí había una sencilla cerca de mampostería y detrás, las cruces de los allí enterrados. Debían de ser de monjes y legos del monasterio, los abades y priores reposaban en el interior.

Entonces notó algo pasar en un vuelo raso. Era la lechuza blanca, la auténtica señora de la noche en Veruela.

Atemorizado, dio un par de pasos y se plantó frente a una de las cruces. Era de piedra, alta y se conservaba en buen estado. Siguió andando entre las tumbas y pensó cuántos monjes habría enterrados allí. Si el monasterio contaba con más de dos siglos, la cantidad podía ser inmensa. Todos ellos estaban bajo sus pies.

—No se mueva —dijo una ronca voz tras él.

—¿Quién va?

—Chis.

—Quiero lo que se me prometió —dijo una voz que sonaba extraña, como metálica.

—No sé a qué se refiere.

—Los frailes de Huesca le han enviado, ellos prometieron pagarme.

—Veréis, nos atacaron en el bosque —respondió Bizén—, solo yo sobreviví.

—Vos sois notario real, estáis al corriente de todo el acuerdo. ¿Me tomáis por necio?

—No, claro que no.

—¿Entonces? —repitió con la misma extraña voz—. Os advierto que si no cumplen, el obispo de Tarazona recibiría de buen grado una misiva mía.

—No nos apresuremos. —Bizén intentó retomar la situación, a la vez que intentaba adivinar si había alguien más oculto—. Primero debe ayudarme, sino no podré dárselo.

—Ese no era el trato.

—Las circunstancias se han complicado, ya os he dicho que solo pude llegar yo hasta Veruela.

—Y ¿qué esperaban? ¿Que los iban a dejar llegar hasta aquí? Los avisé de que vinieran con hombres de armas o no lo lograrían.

Bizén intentó reconocer la voz, pero era imposible. Escrutó la situación y decidió que aquella era una gran oportunidad de avanzar en su investigación.

—Además… el cuerpo del infante no está dentro de su sepulcro.

—¡Eso no es posible! —y por primera vez la voz sonó más natural—, ¿de qué demonios habláis?

—Pues me temo que lo es, moví la lauda con el prior y… no encontramos nada allí dentro.

—¡Maldita sea! ¿Quién más lo sabe?

—El prior me pidió guardar silencio porque teme que las gentes del Moncayo piensen en muertos que vuelven del infierno porque se acerca la noche de Ánimas.

—Y tienen razón —asintió tajante la voz.

—¿Quién nos atacó cuando veníamos hacia aquí?

—Eso ya da igual, ahora el cuerpo del infante no está. —Y calló durante unos instantes—. ¡Tenéis que encontrarlo! Les dije a los frailes de Huesca que vinierais lo antes posible, ¡habéis tardado demasiado!

—No es culpa mía. ¿Quién creéis que pudo robar el cuerpo del sepulcro real? —inquirió Bizén.

—Yo no lo sé, pudo ser cualquiera —contestó la voz a su espalda—, lo que no entiendo es por qué mataron a Octavio. ¿Qué sentido tiene?

—Quizá para que no hablara.

—En este monasterio nadie abre la boca, tuvo que haber algo más —murmuró.

—¿Qué queréis decir?

—Averiguadlo. —Y ambos oyeron un crujido proveniente de la penumbra que puso fin a su encuentro—. Contad hasta veinte, no os mováis antes o lo lamentaréis. Cuando volvamos a vernos espero que tengáis más información, de lo contrario romperé el acuerdo.

Bizén se quedó algo confuso, empezó a contar, pero solo llegó hasta once. Entonces dio un paso atrás y se dio la vuelta muy rápido. Todo estaba oscuro, las cruces de los muertos lo rodeaban formando sombras. Temió realmente por su vida y salió del cementerio corriendo como un galgo, no se detuvo hasta llegar a la portada de la fachada de la iglesia.

Entonces vio movimiento junto a uno de los edificios más alejados, unas sombras que se perdieron después por la zona de las huertas. Bizén comenzó a temer por su vida y corrió de nuevo hacia la hospedería.

Mientras los monjes estaban en el último rezo, algunos de los habitantes de Veruela aprovechaban para reunirse cerca de la acequia que salía del monasterio, en un almacén donde se guardaban aperos del campo, como las varas para los olivos o las hoces pequeñas que usaban para la vendimia. Era un lugar lo suficientemente apartado para percatarse con antelación de la llegada de algún monje, aunque sabían que durante el rezo eso era poco probable.

El Tuerto era un hombre mofletudo y rechoncho, que esperaba la jarra de vino con gran entusiasmo. Era el mayor lujo que podía disfrutar. Lo bebía con avaricia, con largos tragos que le llenaban la boca de aquel brebaje de

garnachas que calentaba tanto el pecho como la tripa, y que le hacía sentirse lleno de energía. El vino le soltaba la lengua y le hacía contar peripecias de todo tipo. Cuando llevaba unas cuantas jarras, le entraban unas ganas irremediables de cantar. Por suerte, Atilano y el resto lo detenían antes de que armara escándalo, aunque tuvieran que darle un par de empellones para lograrlo.

Beber los hacía olvidarse de la autoritaria presencia de los monjes. Todos los hombres del monasterio llenaban su jarra y hablaban sin tapujos en aquel rincón fuera del alcance del clero. Era el único reducto donde campesinos, artesanos, pastores y guardias, todos ellos donados, se sentían libres.

Atilano era el más rudo, su aspecto normando imponía respeto, con el rostro alargado, la boca y las orejas grandes, el pelo negro y basto como el de un perro. También bebía con avaricia, como la treintena de siervos del monasterio que allí se hacinaban. Solo Pedro, el herrero, tomaba el brebaje con calma. Sabía que aquel vino, aunque aguado, era fuerte y hacía perder con facilidad la cabeza. Si los monjes descubrían que habían robado un tonel de la cilla, el castigo sería terrible.

El más joven de los presentes era Nuño, el hijo del herrero. Su padre le había dejado ir después del último escarmiento que le habían dado los monjes. Lo habían tenido encadenado por haber cogido dos manzanas. Pedro también le había dado una buena somanta de palos por semejante ocurrencia. Era su único hijo y cada vez confiaba menos en que se hiciera un hombre de provecho.

—Dicen que los ingleses andan cerca —murmuró Atilano.

—¿Qué sabréis vos de lo que hacen los ingleses? —le espetó Pedro riéndose.

—Más de lo que creéis…

—Si no habéis salido de este lado del Moncayo, desgraciado. ¿Cómo vais a saber si los ingleses están o no cerca de aquí? —soltó desde el fondo un grandullón.

El resto de los hombres se echaron a reír mientras bebían más vino.

—Tened cuidado con lo que decís —le advirtió Atilano haciendo un gesto de ir a por él.

—¿O qué? —le desafió.

—Tranquilizaos, hombre —los llamó al orden el herrero.

—Es que este siempre está dándoselas de importante y es tan desgraciado como nosotros —volvió a hablar el grandullón.

—El Tuerto y yo encontramos a un castellano hace unos días —intervino de nuevo Atilano, silenciándolos a todos.

—¿Encontrasteis? —Pedro el herrero dejó su jarra de vino—, ¿de qué habláis?

—Fuimos a cazar cerca del pueblo de Vera —continuó—, nos mandaron los monjes hace diez días.

—¿Por qué no nos dejaron ir a todos? ¡También tenemos derecho! —reclamó otro de los presentes.

—Chis —el herrero se levantó y mandó callar—, para una vez que tiene algo interesante que decir, dejadle hablar.

—Los monjes no querían que nadie más se enterara de que había caza por aquel lugar, esto que os estoy contando no debe salir de aquí.

—¿La carne era para ellos? —inquirió el grandullón.

—Claro que sí, os la van a dar a vos, ¡avispado!

—Pero los monjes la aborrecen, y más tan cerca de Todos los Santos… ¡nos la prohíben incluso a nosotros!

—Eso son historias suyas —respondió Atilano—. La cosa es que fuimos siguiendo unos corzos y en una hondonada encontramos un rastro de sangre. Había mucha, pero no era de ninguna de nuestras presas. La seguimos hasta un abrigo y encontramos a un hombre de armas, era castellano.

—¿Muerto? —preguntó un pastor.

—Moribundo, llevaba una armadura de placas de acero, una espada con una empuñadura dorada como jamás había visto, y en el gambesón, un león rampante sobre fondo rojo —y se señaló el pecho—. Era un caballero importante, os lo aseguro.

—¿Y qué os dijo? —El herrero era el más interesado en aquellas palabras.

—Que venía del norte y que se había producido una batalla.

—¡Eso es mentira! —dijo otro de los presentes—, solo lo contáis para bravuconear. ¡Que os conocemos todos, Atilano!

—Os digo que es cierto, ¡que me caiga un rayo si miento!

—No tendremos esa suerte.

—¿Quién ha dicho eso? —saltó el Tuerto, pero nadie se pronunció.

—No sé para qué os contamos nada. —Y dio un trago de vino.

—No les hagáis caso, seguid —insistió de nuevo el herrero.

—Bueno, a lo que iba. Aquel castellano nos contó, no sin dificultad, que un destacamento inglés se atrincheró en una montaña donde los arqueros opusieron gran resistencia a la caballería del verdadero rey de Castilla.

—¿Verdadero rey? ¿Acaso hay más de un rey en Castilla? —preguntó otro de los presentes con una jarra de vino en la mano.

—Eso fue lo que dijo, yo no lo sé —respondió Atilano.

—Terminad con lo que habló ese caballero castellano —insistió una vez más el herrero—, ¿qué pasó en la batalla?

—Nos aseguró que luego llegaron franceses y aragoneses a pie, y masacraron a los arqueros ingleses.

—Debe de haber una guerra entre castellanos, con dos pretendientes a la corona. Yo también oí algo parecido de un comerciante que pasó hace unos días por aquí —afirmó el herrero—. Los ingleses apoyan a uno, y los franceses y aragoneses, a otro.

—¿Y los navarros? —añadió el Tuerto.

—Pues a saber… —El herrero se encogió de hombros.

—¿Y qué hacía ese castellano por aquí? —El pastor retomó la conversación inicial.

—Venía escoltando a un caballero inglés para llevarle preso a Borja, pero este se escapó, mató a otros dos de los hombres que lo custodiaban y a él le dejó malherido. Así que lo llevamos al monasterio. Allí, uno de los monjes nos mandó con el lego Prudencio a buscar al inglés.

—Atilano… —El Tuerto le llamó la atención.

—¡Y lo encontramos! —siguió hablando—, lo trajimos aquí.

—¿Y dónde está? ¡Se lo han comido los monjes! —El herrero soltó una carcajada.

—Habéis bebido mucho, dejad de contar historias —el Tuerto le empujó y le tapó la boca—, ¿queréis que os quite el vino? Pues entonces cerrad esa bocaza vuestra.

—Dejadle, Tuerto, si solo dice bravuconadas.

—¡Son verdades como puños! —anunció Atilano mirándolo, con desprecio—, no solo iban a Borja para entregárselo a su conde, que es quien manda a los mercenarios franceses que hay allí apostados. También habló de que el rey de Aragón ya no paga al conde; así que sus hombres están ansiosos por encontrar botín. Nos dijo que nos escondiéramos si apreciábamos nuestra vida, que el día menos pensado vienen por Veruela.

—A mí los monjes me han ordenado forjar espadas —dijo el herrero para sorpresa de todos.

—Eso ya lo habéis hecho otras veces —comentó uno de los más viejos allí presentes.

—Sí, pero estas son diferentes, más ligeras.

—¿Lo veis? —Atilano se puso de nuevo de pie—, son para armar levas, los monjes saben lo que está ocurriendo.

—Yo solo sé que Borja y Tarazona están en manos de los franceses; si hay ingleses cerca son ellos los que deberían estar preocupados, no nosotros —advirtió el pastor.

—Esta guerra ya no es de castellanos contra aragoneses, ni ingleses contra franceses, sino de todos contra todos —contestó Atilano mientras pasaba la jarra para que se la volviesen a llenar.

Entonces la puerta se abrió y el hermano Prudencio, uno de los legos, moreno, de facciones comunes y con una prominente mandíbula, entró en el almacén.

—Dichosos sean los ojos del Señor, si es nuestro proveedor de vino. Habéis conseguido escaparos de los monjes. —Se rio Atilano.

—Me temo que eso se ha terminado —dijo el lego nada más entrar.

—¿De qué estáis hablando? —El Tuerto se recuperó levemente de su embriaguez.

—Ya no voy a poder abrir más el portón para sacar vino —afirmó el hermano Prudencio, que no traía buena cara.

—¡Qué decís! No pretenderéis que os paguemos aún más, ¿verdad? —inquirió Atilano, enojado.

—No es eso.

—Pero hermano Prudencio, no podemos entregaros más —habló el Tuerto —, los comerciantes de Borja y Tarazona no van a darnos a nosotros más por el vino, os lo juro.

—Ya os he dicho que el motivo no es el dinero.

—Hermano, ¿qué sucede? —preguntó el herrero en un tono más serio.

—Ayer pasó algo terrible en la iglesia —afirmó con la voz entrecortada.

—Seguro que sí, ¿sabéis qué? —Y Atilano alzó su vino—. Alguno de los monjes perdió su hábito mientras retozaba con una de las mujerzuelas que les visitan cada noche. —Y soltó una carcajada.

—No, nada tiene que ver con sus mancebas y barraganas —afirmó el lego con semblante serio.

—¡Callaos! —gritó Atilano—. Parece que acabarais de ver un fantasma.

—Llevo todo el día dándole vueltas a lo que ha sucedido, hay un forastero haciendo muchas preguntas… —El lego buscó una jarra de vino y le dio un buen trago—. Está interrogando a todos los monjes, tiene una dispensa especial del abad, así que tenemos que tener mucho cuidado.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué está haciendo preguntas? —insistió Atilano que se puso en pie y fue hacia el lego.

—La pasada noche mataron al hermano Octavio.

Los presentes dejaron las risas y el vino, miraron angustiados al converso y este les relató cómo habían encontrado el cuerpo del lego. Todos escucharon atentos.

—¿Dónde?

—En la iglesia, y lo peor es que no sabemos quién lo mató.

—Pero… dentro del templo, ahí solo pueden entrar los monjes y vosotros, los legos —exclamó el herrero.

—Así es.

—Entonces…

—¡No lo sé! —El hermano Prudencio suspiró—. Ese forastero es quien debe descubrirlo. Por eso no para de moverse por el monasterio, de husmear y preguntar.

—Los monjes no le van a contar nada, menudo enjambre son —murmuró el Tuerto.

—Eso pienso yo, pero no podemos fiarnos —asintió el lego.

—¿Quién lo ha matado? ¿Lo sabéis? —preguntó Atilano, que seguía muy cerca de él.

—No, pero… yo creo que ha tenido que ser un monje.

—Malditos malnacidos… —Y el Tuerto escupió al suelo.

—¡Basta! Todos vosotros dependéis del monasterio, como lo hicieron vuestros padres antes, como les sucederá a vuestros hijos y a los hijos de vuestros hijos. Así que contened la lengua y sed cautos.

—Me da igual —largó el Tuerto de malas maneras—, nadie odia más que yo a esos malnacidos, ojalá se murieran todos, ¡malditos monjes! En qué mala hora vinieron al Moncayo.

—Os recuerdo que yo ingresé en este monasterio para ser monje, por desgracia mi padre se arruinó y no pudo pagar mi dote. Así que me temo que nunca pasaré de lego —afirmó el hermano Prudencio, enervado—, y no pienso obedecer órdenes toda mi vida de los hermanos. Su lema es *Ora et labora*… orar mucho, pero los que trabajamos somos todos los demás.

—Eso es cierto —afirmó el Tuerto.

—Veruela no es un monasterio, sino una cárcel —añadió otro de los allí presentes.

Se oyó un murmullo y muchas reacciones a favor de las palabras del lego.

—Con todo esto que contáis, ¿qué debemos hacer? —El pastor volvió a ser el más prudente en sus preguntas.

—Tenemos que hacerlo esta noche.

—¿Cómo vamos a hacerlo hoy? —El pastor le miró atónito.

—Si ese notario sigue investigando puede averiguar cómo sacamos el vino para revenderlo.

—Y ¿se puede saber cómo se va a enterar? —preguntó Atilano que se sentó de nuevo, reclinado sobre el respaldo de una silla—. Seguro que va por el monasterio perdido, dando palos de ciego.

—He visto cómo alguno de los monjes le contaban cosas a solas. ¿Y si averigua algo comprometedor que pueda provocar que este monasterio caiga en desgracia? —afirmó el lego—. O provocar que los monjes actúen para impedirlo, de cualquiera de las formas puede estropearnos el negocio. Así que por ahora no volveremos a sacar más vino.

DÍA TERCERO

LAS HERMANAS

16

El lavadero

Aquella fría mañana de finales de octubre, sobre la mesa de madera había caldo y pan duro. Su hermana mayor ya estaba dando buena cuenta de ello cuando Marta entró en la cocina de la casa. Se sentó y comieron en silencio, hasta que su tía apareció.

—¿Aún estáis así?, sois una pareja de gandulas —les recriminó con desgana—, solo devoráis mi comida y me dais problemas. En mala hora os recogí. Si no fuera por mí os hubierais muerto de hambre, ¡las dos!

Desde que quedaron huérfanas y ella se hizo cargo de ambas, su tía, Francisca, se lo recordaba al menos una vez al día, si no dos o tres, dependiendo del humor que se trajese.

—Hoy no sé qué pasa, dicen que ocurrió algo donde los monjes, así que andaos con ojo.

Las dos hermanas se miraron sin decir nada.

—A saber qué han hecho esos aprovechados, mucho rezo, mucha misa, pero son como cualquier otro hombre —afirmó escupiendo las palabras—. Más de uno se quemará en el infierno, si las paredes de ese monasterio hablasen, ¡no habría penitencia ni misas para tantos pecados!

La tía Francisca más que hablar, gritaba. Era su forma natural de conversar, siempre un par de tonos por encima de lo normal, como si en vez de hablar con quien tenía en frente lo hiciera con una persona que estuviera a una docena de metros. Le daba igual estar dentro de la casa como en pleno monte, ella era así.

Marta y Elena permanecían calladas, en esos años habían aprendido a aguantar los lamentos de su tía, hasta que amainaban las quejas y volvía la calma. Breve, porque cualquier mínimo detalle le valía a la tía Francisca para despotricar contra todo bicho viviente.

—Sois unas muertas de hambre, como vuestra madre —continuó—, no hacéis nada de provecho. Idos de una vez al lavadero, ganaos lo que ya os habéis comido. Yo sí me merezco ingresar en el cielo por cuidar de vosotras, ¡y por partida doble!

Las dos hermanas salieron sin prisa de la casa. Soplaba el cierzo, el viento del valle, fuerte, frío y constante. Fueron hacia el lavadero, río abajo, y, para su sorpresa, al llegar no hallaron ropa en los cestos.

—No han traído nada los monjes —les dijo María al verlas aparecer.

María era mayor que ellas, se había desposado un par de años atrás, pero su marido había muerto hacía solo unos meses. Lo encontraron montaña arriba, nadie supo por qué motivo estaba allí. Desapareció una noche sin dar explicaciones. Dijeron que se había caído al río, que se golpeó la cabeza con una piedra y se ahogó. María estaba de luto, vestía de negro riguroso, con el cabello recogido y la mirada triste, hablaba poco y no reía nunca. Pero ni aun así podía ocultar la belleza de su rostro.

—Si no vienen pronto esos monjes me iré yo, no vamos a estar toda la mañana sin dar palo al agua —afirmó la viuda cabizbaja, como si arrastrara el duelo en cada palabra que pronunciaba.

—No podemos irnos —advirtió la otra joven a su lado.

Se trataba de Iguazel, una mujer de edad similar. Iguazel no se había casado, todos decían que era muy temerosa de Dios, aunque también de las supersticiones y las leyendas. Un poco encogida en sus modales, melosa al hablar y humilde. Era de caderas anchas y senos abundantes, por lo que muchos la cortejaban para tener hijos. Su padre era uno de los pastores, Ibón, un hombre rudo que prefería verla vestida de monja antes que esposada. Así que trabajaba sin descanso esperando la intervención de los monjes para que su hija pudiera ingresar como novicia en el monasterio de Tulebras o en el de Trasobares. Ambos estaban cerca de Veruela y eran también cistercienses.

—Se acabó, me marcho. —María no aguantó más.

—Tú te callas y te quedas ahí quieta —le dijo su madre, Inés, que apareció por sorpresa—. ¿Los monjes siguen dentro?

—Sí, no han traído para lavar —contestó su hija con la mirada llena de rabia.

—Pues a esperar.

Inés era la esposa del herrero y se encargaba de organizar al resto de las mujeres que vivían extramuros del monasterio. María era su única hija, había dado luz a cinco varones y todos ellos habían muerto por enfermedad antes de hacerse adultos. Así que su única descendencia era la pobre María, que además había enviudado antes de poder darle nietos. Y ahora debía encontrarle otro marido, lo cual no iba a ser tarea fácil.

La tía Francisca llegó entonces.

—¿Todavía estáis así?

—¿Qué vamos a hacer? Hasta que no traigan las ropas… —Inés se encogió de hombros—, no queda otra que esperar.

—Es extraño que no vengan —apuntó Iguazel—, hasta que no pase la noche de Ánimas yo no estoy tranquila.

—Vosotras esperad, no tardarán en venir —les recordó Inés.

—¿Y si no vienen? —preguntó María.

—Si algún día dejan de venir —le dijo su madre—, preocúpate, porque todo lo que ves les pertenece, incluidas nosotras.

En ese preciso momento llegó uno de los legos con una carreta llena de ropas que vació frente a las mujeres.

—Hermano Prudencio, ¿por qué habéis tardado tanto? —preguntó Inés.

—¿Y eso qué te importa a ti?

—A mí, nada —respondió la mujer del herrero—, pero como soléis ser puntual…

—Estaba rezando por tu alma y la de todas estas desgraciadas, deberíais dar gracias, trabajar más y hablar menos.

—Estos solo rezan por los muertos que tienen ahí, que son los que les han pagado —murmuró la tía Francisca.

—¿Cómo has dicho? —inquirió el hermano Prudencio, acercando su oído para escuchar mejor la respuesta.

—Que tenemos suerte de que recen por nosotras, eso he dicho.

—¡Venga! ¡A trabajar!

Entonces Iguazel le hizo una señal a María y se levantó para sorpresa del lego.

—¿Adónde crees que vas? —le inquirió el hermano Atilano.

—Cosas de mujeres —respondió.

—¿Necesitáis que os lo explique, hermano? —dijo entre risas la tía Francisca.

—¡Venga, dejad de holgazanear y a lavar! —Y el lego se marchó con la carreta vacía y el rostro agrio.

Había mucho que lavar aquella mañana. Con aquel frío, era duro mojarse las manos en el agua gélida del río, pero no les quedaba otro remedio. Se había acumulado abundante ropa en espera de que levantara la niebla.

Para hacer más llevadera la tarea, las mujeres comenzaron a entonar una cancioncilla sobre el Moncayo, todas sabían la letra, pues la habían cantado sus madres y las madres de sus madres desde tiempo inmemorial. Una de las que más disfrutaba canturreando era Elena. La mayor de las dos hermanas era de por sí alegre y jovial. Tenía unos ojos verdes que resaltaban entre los mechones de su cabello rubio. Era pequeña y sin formas. A pesar de ser la mayor, era de menor estatura que su hermana, Marta, que era alta y estirada, con el pelo oscuro y abundante como un manto. Elena en cambio era tan blanca, tan airosa y tan rubia, que Dios parecía que la había hecho de nieve y oro. Poco se sabía de su madre y nada de su padre. Decían de ella que había llegado procedente de otra posesión del monasterio río abajo. Los que la conocieron decían que Elena no se parecía a su madre, que era morena, con los ojos y las cejas negras como la noche.

Seguían lavando las ropas cuando un sapo surgió del río y saltó al lado de María, que gritó asustada.

—¡Quitádmelo!

—No seas tonta, es solo un sapo. —Y la tía Francisca lo apartó de un golpe.

—Me da igual, no los soporto. Con esos ojos saltones que te miran como si fueran una persona.

—¡Pero si se parecen al marido de la Inés! —La tía Francisca soltó una carcajada que contagió al resto de las mujeres.

—¡Callaos! Ya os gustaría a vosotras tener un hombre como mi Pedro, el mejor herrero de todo el Moncayo.

—Ese es como todos, un perro de los monjes —refunfuñó la tía Francisca —, siempre lamiendo la mano del portero.

—Eso no es verdad —recalcó Inés, enojada—, nadie le agradece lo mucho que hace por todos nosotros. ¿Quién forja las herramientas? ¿Las espadas que nos defenderán?

—¿De quién? ¿De los sapos? —La tía Francisca volvió a reírse en su cara.

—Ya sabéis que no son los sapos los seres que deberían daros miedo en el Moncayo —intervino entonces María.

—No escuchéis a esta —musitó la tía Francisca mientras frotaba la ropa contra la tabla—. Está siempre con sus historias.

—El otro día vi a la vieja —murmuró María.

—¿A quién? —Y la tía Francisca la miró de reojo mientras frotaba la ropa.

—La del camino a Trasmoz, la que dice que sabe todo lo que pasa en el Moncayo.

Marta levantó la vista y observó a su hermana mayor.

—Ándate con ojo, es peligrosa —le advirtió su madre—, hasta los monjes le tienen miedo.

—Eso sí que no me lo creo. —La tía Francisca golpeó la ropa contra la tabla.

—Pues créetelo, sabe mucho, pero siempre pide algo a cambio —insistió María—. Una vez un hombre fue a preguntarle cómo entrar en el monasterio. Dicen que la vieja del camino conoce un acceso secreto, del que ni los monjes son conscientes.

—Eso no puede ser verdad. —Ahora fue Iguazel la que habló.

—Te digo que sí, el hombre quería averiguarlo y al llegar allí, la vieja le pidió que le llevara algo del interior.

—Y ¿qué pasó? —preguntó Marta.

—Dicen que le mostró la forma de acceder de noche, pero él no cumplió su palabra. Entró en el monasterio y no le llevó lo prometido —continuó—, y

ya nunca nadie más volvió a verlo.

—Mira que os gustan esas historias… —la tía Francisca dejó la ropa—, ¿no os dais cuenta de que son solo sandeces?

—Tú no has visto lo que yo, ni lo que me contó mi madre y la madre de mi madre. —Inés captó la atención de todas ellas—. Esta montaña no es como las otras, aquí se esconden los últimos…

—¿Los últimos qué? —preguntó Iguazel, impaciente.

—¿Acaso no lo sabes? El Moncayo es una montaña mágica.

—Ya te he dicho que no le hicieras caso, ahora te soltará todas sus imaginaciones… —insistió la tía Francisca mientras negaba con la cabeza y estrujaba la ropa antes de lanzarla de nuevo contra la tabla de lavar.

—Mágica, ¿por qué? —Iguazel parecía la más interesada de todas en aquellas historias.

—Existen cuatro espíritus elementales cuya morada está en los cuatro elementos: los silfos, que pueblan el aire; las salamandras, que se hallan en el fuego; los diablillos, que moran en las profundidades de la tierra, y las ondinas, que viven en el agua. Estos dos últimos son los que viven en el Moncayo.

—Mi yaya me hablaba de ellos, de los diablillos —dijo María confirmando las palabras de su madre—, me contaba que eran seres horribles.

—Así es. —Inés volvió la vista hacia la gran montaña que todo vigilaba —. Cuando el Moncayo se cubre de nieve, los lobos, arrojados fuera de sus guaridas, bajan en manada por su falda, aullando como bestias. Aun así, no son los lobos los habitantes más terribles del Moncayo; en lo profundo de sus simas, en sus cavidades y abrigos, dentro de su hueco manto, viven unos seres demoniacos que en la noche salen de sus entrañas y bajan por sus vertientes como un enjambre de abejas. Saltan de roca en roca, se mecen en las ramas de los árboles y salpican las aguas de los arroyos. En ocasiones hacen grandes bolas de nieve que arrojan desde la cumbre del Moncayo, arrollando y arrastrando todo a su paso.

—Todo en el Moncayo es de la Iglesia, bien del abad de Veruela, o del obispo de Tarazona. El rey de Aragón abandonó estas tierras hace tiempo, nada quiere saber de ellas, por algo será… —espetó la tía Francisca sin

levantar la vista de la ropa que frotaba—. ¿Quién va a venir aquí? Más arriba de Veruela solo están los sanjuanistas, esos son monjes también.

—Luchan, fornican y blasfeman como cualquier otro hombre, poco tienen de santos —advirtió Inés—, se esconden en su castillo de Añón igual que nosotros lo hacemos tras estas murallas.

—Yo te digo aún más arriba, pasados los bosques de encinas, cuando aparecen los robles y los hayedos.

Marta recordó entonces los cuentos de su yaya.

—Pero la Fortaleza Negra no es de la Iglesia —intervino Iguazel.

—La de Trasmoz… —dijo Marta.

—No menciones ese lugar dentro de este monasterio, ¿me oyes? —la reprendió la tía Francisca, que esta vez sí alzó la cabeza y la miró como si hubiera pronunciado la peor de las blasfemias—, ¿o es que quieres caer en desgracia?

—¿Acaso es cierto lo que dicen de él? —se inmiscuyó María.

—¿El qué?

—Ya sabéis. —María miró a las mujeres que la rodeaban, incluidas las dos sobrinas de Francisca.

—¡Maldito! —Y la tía Francisca escupió al suelo.

—Calla, Francisca —le pidió Inés—. Eso no lo sabes, son chismorreos —insistió la mujer del herrero.

—El mismísimo abad de este monasterio excomulgó a toda la aldea, incluido su castillo, hace más de cien años, y así sigue, ¡maldito! —recalcó Francisca que dejó de lavar y miró a todas como si aquello fuera una advertencia.

»En ese lugar suceden cosas de las que es mejor no hablar. Todos los que vivimos en las posesiones de Veruela tenemos prohibido poner un pie en sus dominios, con pena de ser también excomulgados.

Un murmullo se hizo entre todas las lavanderas.

—¿Qué sucede allí? —inquirió María con un ingenuo tono de voz—. ¿Tú lo sabes, Francisca?

—No, ni quiero saberlo —contestó.

—Mi madre me contaba que todo el Moncayo está agujereado —Inés volvió a tomar las riendas—, recorrido por túneles y aguas subterráneas, auténticos caminos que unen puntos entre todas sus vertientes, algunos separados a varios días de caballo y que ellos recorren en una sola noche.

—¿Ellos? ¿Quiénes son ellos? —preguntó María.

—Debajo de la tierra solo se mueven unos seres: los gnomos.

—¿Eso cómo lo sabes? —Elena abrió por primera vez la boca—. No nos dejan subir a la montaña.

—Tú, oír y callar —espetó su tía, Francisca—, ¿entendido?

Elena agachó la cabeza.

—Ahora está prohibido subir más allá de la fuente de los frailes, nadie debe pasar del hayedo de Peña Roya —afirmó Inés, comedida—, pues nada bueno encontrarás en esos lares. Espíritus o demonios, no lo sé. Madre me decía que mi abuelo subió una vez más allá de la fuente de los frailes, hasta el hayedo de Peña Tajada.

—Eso no es posible, nadie sube tan arriba. —Se santiguó la tía Francisca —. En las aguas de esa fuente monte arriba habita el espíritu del mal. El que se atreve a enturbiar su corriente paga caro su atrevimiento.

—Lo sé, pero mi abuelo era muy curioso y había oído que, en octubre, cuando las hojas de los hayedos cambian de color, ese lugar era el más bonito del mundo —explicó la mujer del herrero—, así que quería verlo con sus propios ojos.

—¿En verdad es tan bello? —preguntó María con su dulce voz.

—Sí, le contó a mi abuela que nunca podría describir tanta belleza, que tendría que aprender palabras nuevas para ello —hizo una pausa y continuó con un tono de voz más apagado—, tal es así que al día siguiente subió de nuevo al hayedo.

—¿Y qué fue lo que vio?

—No lo sé, no regresó.

—¡Santo Dios! —María se llevó la mano a la boca.

Francisca no dijo nada, pero observó con desagrado a la mujer del herrero. Sus sobrinas estaban totalmente hipnotizadas por el relato e Iguazel había dejado de frotar la ropa.

—¿Nunca lo encontraron? —preguntó María.

—No, estuvieron buscándolo durante una semana y no hallaron ni rastro de él.

—Esas cosas pasan, la montaña es traicionera —afirmó con desdén Francisca, que volvió a estrujar la ropa sobre la tabla.

—La historia no acaba ahí —musitó la mujer del herrero para sorpresa de todas—, mi abuela me contó algo más. Lo había visto.

—¿A tu abuelo? —Iguazel se volvió de inmediato.

—Sí —asintió Inés—, lo vio como ahora te veo yo a ti, Iguazel.

—¿Y qué pasó? ¿Qué le dijo?

—Nada —respondió—, mi abuela me contó que le miró a los ojos y que se dio cuenta de que dentro de ese cuerpo ya no estaba su marido. Ese hombre ya no era mi abuelo.

—Pero eso no es posible… —Marta, que hasta ese momento había guardado silencio, le habló sobresaltada—, ¿qué estás queriendo decir? ¿Ese hombre se parecía a tu abuelo o realmente era tu abuelo?

—¡Marta! —intervino su tía.

—Déjala, Francisca, tu sobrina tiene razón en preguntar. Mi abuela me aseguró que era mi abuelo, pero también que ya no era él. —Y lanzó un suspiro—. Si os cuento esto es por una razón muy sencilla: os conmino, por lo que más améis en este mundo, a no ir nunca más allá de la fuente de los frailes, y jamás entréis en el hayedo de Peña Roya. Mi abuelo no fue el primero que desapareció en él y tampoco será el último.

—No puede ser cierto eso que dices… —la joven María miró a las otras mujeres en busca de alguna mirada cómplice—, ¿verdad?

—Fue la Iglesia la que expulsó de las llanuras y los valles a esos seres que allí se refugian —continuó Inés—, se escondieron en las vísceras del Moncayo, convertido en el último bastión de sus maldades.

—Pero ¿qué son? —María temblaba aterrorizada.

—Los hay de todo tipo —respondió ahora la tía Francisca—, los peores son los gnomos. Conocen los caminos subterráneos y son guardianes de los tesoros que encierran, los cuales velan sin descanso.

—¿Acaso tú los has visto? —preguntó María.

—No, pero sé lo que cuentan… —respondió Inés.

—¿Y qué es? Si puede saberse.

—Al parecer, en los primeros tiempos del monasterio, un pastor siguió a una res extraviada y penetró en una oquedad estrecha y alargada que parecía no tener fin. Estuvo un día entero allí dentro. Sus amigos y familiares se alarmaron tanto que fueron a buscarle y le encontraron a la salida de la cueva, pálido como la misma muerte.

»Había encontrado el tesoro de los gnomos, habló de rocas que brillaban y alumbraban la gruta, de salones de piedra, de ríos subterráneos, de vetas de oro y plata, de pinturas de animales y símbolos extraños; de un silencio total y de un aire que ardía al respirarlo. En las entrañas del Moncayo los vio. En parte hombres y en parte reptiles, o ambas cosas a la vez, ya que se transforman constantemente. Enanos repugnantes que corretean como lombrices.

—¡Dios santo! —María se santiguó y el resto de las mujeres se llevaron las manos a la cara y murmuraron aterradas.

—¿Y de dónde proceden las riquezas que atesoran esos seres? —Francisca fue la única que se mostró más decidida.

—De los moros, por supuesto; ellos conocen los lugares donde escondieron sus riquezas antes de huir cuando los cristianos llegamos a estas tierras. Cuando se marcharon, juraron regresar. Como no podían cargar con sus tesoros, los escondieron en las entrañas del Moncayo. Cofres llenos de monedas, joyas y gemas.

—¿Y estamos a salvo —insistió María— de esos horribles gnomos?

—No, en el Moncayo nunca lo estaremos y menos ahora…

—¿Lo dices por la noche de Ánimas?

—Sí, ya solo quedan dos días —e Inés suspiró.

—Pero si ponemos las velas en las ventanas nos protegeremos, ¿no? —preguntó nerviosa María.

—Hay que encenderlas en cada casa por todas las almas perdidas en la familia. Y colocarlas cerca de una ventana y alejarse de ellas. Esa noche las

almas perdidas vagan en busca de una casa en la que entrar. Si te cogen, te pueden arrastrar a su oscuridad.

—Con eso no basta —afirmó la tía Francisca—, también hay que ir al cementerio, ya lo sabéis.

—Sí, con una calabaza encendida por cada difunto —añadió Inés—. Si alguien del pueblo olvida a alguno de sus difuntos, este puede aparecer para llevarte con él.

—¡Santo Dios! —Y María se santiguó.

—Dejad ya de hablar de eso —intervino Iguazel—. No hay que hablar sobre los muertos y menos en estas fechas.

17

El dormitorio de los legos

Los chopos de la alameda que enmarcaba el camino desde la iglesia hasta el arco de entrada de Veruela tenían tanta altura que cuando el cierzo agitaba sus copas se unían formando una inmensa bóveda vegetal, a imitación de la del templo cisterciense. Cuando el reloj mecánico tocó la hora prima, los monjes acudieron al rezo y tomaron asiento en el coro de la iglesia, y los legos, en el otro extremo del templo. La nave central estaba dividida en dos por los dos coros. Compartían una pared de madera, en cuyo tramo inferior había una puerta que, en contadas ocasiones, se abría. Los coros impedían ver la longitud de la nave, desde los pies no podía verse el altar y para moverse de un extremo a otro había que hacerlo por las naves laterales de la epístola y el evangelio. Pero no eran iguales, el coro de los legos era modesto, situado en los pies, y su espacio mucho más reducido, mientras que el de los monjes estaba en el presbiterio, todavía separado del altar por la vía sacra. Los asientos de la sillería eran plegables y contaban con un soporte al que se conocía como «misericordia», que servía de punto de apoyo durante el tiempo que se permanecía de pie. Los asientos eran anchos, se hallaban separados uno del otro por un apoyabrazos y disponían de un respaldo alto.

Al mismo tiempo, y no muy lejos de allí, una figura entraba en la antesala del claustro. Era Bizén de Ayerbe, que fue directamente hacia el callejón de los legos. Llegaba con algo de retraso, pues de nuevo le había vencido el sueño. Esa noche había vuelto a dormir de manera tan profunda como la primera. La paz de Veruela era mano de santo para sus acostumbradas noches en vela.

Mientras los monjes rezaban, él tenía el camino libre, así que subió por la escalera de madera que comunicaba el callejón con el dormitorio de los legos.

Empujó la puerta, que tal y como imaginó estaba abierta. La estancia era reducida. Contó una veintena de camas muy próximas las unas a las otras y notó un intenso olor que provenía de detrás de una especie de biombo, probablemente el sitio donde guardaban los orinales que no habían tenido tiempo de vaciar.

Observó las camas, todas estaban con las ropas revueltas, salvo cuatro que había seguidas en una esquina y una solitaria en el centro de la sala.

Se acercó a esa, observó que, en efecto, estaba sin manta ni sábana, nadie había dormido en ella esa noche. Puso su mano sobre el jergón, se agachó y miró debajo de ella.

No encontró nada.

Los monjes y los legos no poseían ningún bien material, era parte de la regla. Así que en verdad no esperaba encontrar nada. Pero él sabía de la naturaleza humana, era imposible que un hombre no guardara algo de su propiedad, por mucho que fuera un monje cisterciense. No se dio por vencido, revisó bien todo el dormitorio, recorrió sus muros y fisgó en el resto de las camas.

¿Dónde podría esconder Octavio algo dentro de esa habitación?

Esa era la pregunta a la que deseaba dar respuesta, la razón por la que había entrado allí.

Observó las paredes de piedra, la mesa alargada donde había hábitos doblados, las estrechas ventanas que rasgaban los muros y la techumbre de madera a dos aguas.

Volvió su vista de nuevo a las camas, dio dos pasos y se observó sus pies sobre el suelo de losas.

«Todos los hombres tenemos secretos», se dijo a sí mismo.

Debía darse prisa antes de que terminara la misa y pudiera regresar alguno de los monjes conversos. Aquella cama en el centro desprovista de ropa tenía que ser la del difunto Octavio, ¿por qué razón iba a estar sino así?

Fue de nuevo hacia ella, la empujó y, cuando logró desplazarla, se arrodilló. Pasó sus manos por la fría superficie de madera y no halló nada. Decepcionado, se tumbó sobre el suelo y suspiró. Solo entonces vio un detalle fuera de lo común en la estructura de aquella cama: tenía marcas hechas con

algún objeto punzante, un cuchillo o similar. Parecían peines de sumar, probablemente fueran para contar los días.

Era posible que el lego estuviera llevando una suma de sus días en el monasterio. Pero para eso necesitaría varias camas. A no ser que lo que estuviera haciendo fuera contar los días hasta una determinada fecha.

En cualquier caso era extraño, y aunque estaba seguro de que significaba algo, todavía no sabía el qué.

Ya que estaba tumbado, revisó bien todo el armazón de madera, metió su mano por debajo hasta que tocó algo inusual. Era un pergamino. Logró arrancarlo, se trataba de un pequeño trozo enrollado y con unos hilos cosidos en los extremos. Lo desenvolvió y descubrió que tenía una frase escrita:

Todos somos impuros y estamos infectados por el pecado.

—¿Qué hace ahí tirado? —le espetó una enérgica voz.

Se levantó de inmediato y se golpeó la cabeza contra el armazón de madera, lanzando un sonoro quejido.

—¡Santo Dios! Pero ¿qué hace?

Bizén, algo aturdido, alzó la vista y descubrió el rostro de los hermanos Timoteo y Julián.

—Quería ver dónde dormía Octavio.

—¿Cómo dice? —preguntó el monje medio sordo.

Bizén de Ayerbe no tuvo más remedio que levantarse y acercarse para poder hablarle al oído.

—Quería ver dónde dormía Octavio —repitió.

—¿Para qué? —preguntó entonces el hermano Julián en un tono mucho más agresivo—. Haga el favor de levantarse.

—No estoy seguro —le respondió en voz alta—, pensé que ver dónde dormía me ayudaría a saber cómo era.

—¡Qué sandez es esa! —le recriminó el hermano Julián—. Esto es un dormitorio común, los cistercienses no tenemos bienes materiales, no va a encontrar nada aquí —dijo de manera poco amigable—, sois un ingenuo, ¡más os valdría volveros a vuestra casa! —Las malas pulgas del señor de las aguas eran más que evidentes.

—Ha sido una tontería entrar aquí —se excusó—, mejor me marcho.

Bizén de Ayerbe abandonó de forma apresurada la estancia ante la mirada de la pareja de monjes. Bajó del dormitorio de los legos y salió del claustro. La conversación con el hombre misterioso del cementerio lo había llevado esa mañana al dormitorio de los legos. Puede que Octavio tuviera algo que ocultar, pero por ahora no había descubierto nada que lo ratificara.

En aquellas primeras horas del día, el movimiento de trabajadores era incesante dentro del monasterio. Los legos se movían de un lado a otro y también se veían algunos monjes que salían para organizar trabajos importantes. Las puertas estaban abiertas y un carro avanzaba rebosante de paja. Bizén se apartó para dejarlo pasar y decidió salir al exterior. La entrada era muy diferente a como la recordaba cuando llegó. La noche todo lo confunde, y cuando se llega asustado y desesperado todavía más.

Seguían llegando más carromatos con paja, debían de estar recogiendo el trabajo del día. Todos parecían atareados y, al mismo tiempo, perfectamente organizados.

Pasó junto a la ermita de los forasteros y salió de la barbacana, quería ver los exteriores de Veruela para conocer mejor su emplazamiento. Hasta entonces se había relacionado con los monjes y, en contadas ocasiones, con los legos. Las diferencias entre ambos tipos de religiosos eran evidentes. Pero lo que no había hecho aún era observar al resto de los habitantes de los dominios de Veruela. Porque extramuros del monasterio había una ingente cantidad de siervos que trabajaban para los cistercienses.

Entre aquellas gentes se sintió más cómodo, era como estar de vuelta en una ciudad del reino. Aquel trajín le agradaba y sobre todo volver a ver mujeres, ya que llevaba casi tres días encerrado entre monjes. Subió por una loma y desde ella divisó el monasterio en todo su esplendor. Hasta ese momento lo había visto más como el escenario de un crimen que como una magnífica abadía.

—Los hombres no deberían construir obras tan desmesuradas, ¿no creéis? —dijo una voz de mujer a su espalda.

—¿Por qué decís eso?

—Me gustan las cosas más sencillas. —La que hablaba era una vieja de cabellos lacios y piel arrugada.

—Nada tiene de malo edificar grandes monasterios.

—Eso sería verdad si no fueran habitados por hombres —afirmó aquella anciana.

—No os calláis lo que pensáis, ¿os han hecho algo los monjes?

—Dentro de ese monasterio no todo son misas y plegarias. Su regla es bien intencionada, pero tiene el mismo problema que las construcciones: luego son hombres los que las utilizan.

—Parece que no os caen bien los monjes de Veruela.

—Digamos que tengo mis reticencias. —La vieja se lo quedó mirando—. No os había visto antes en Veruela.

—Este es mi tercer día, aunque a mí me parece que llevo aquí toda una vida —murmuró Bizén todavía dolorido por el golpe en la cadera que se había propinado en el dormitorio de los legos.

—Dicen que el tiempo transcurre de manera diferente en el Moncayo.

—Y eso ¿por qué?

—No lo sé. —La vieja sonrió dejando entrever los pocos dientes que le quedaban—. Vos no sois religioso, a los monjes no les gustan los laicos.

—Ya me he dado cuenta, pero van a tener que aguantarme —dijo Bizén sin hacer mucho caso a la vieja—, la pena es que esté yo solo para llevar a cabo mi misión.

—Así que vos sois el único superviviente.

—¿Cómo lo sabéis? —Y esta vez sí la miró.

—Atacaron a vuestra compañía a pocas leguas de aquí. —La anciana captó toda la atención de Bizén—. No me miréis así, yo sé todo lo que sucede en este valle, desde la llanura cerca del gran río Ebro hasta las faldas del Moncayo.

—Entonces, ¿sabéis quién nos asaltó?

—Es posible, ya os he dicho que sé todo lo que sucede en el valle, excepto dentro de esos muros. —Y dirigió su vista hacia el monasterio—. Necesito averiguar algo en su interior, quizá podáis ayudarme.

—No —Bizén cambió de gesto—, desde luego que no.

—¿Estáis seguro?

—Claro que lo estoy, no pienso traicionar a los monjes. Y menos por una desconocida. —Y Bizén la escrutó de arriba abajo, incrédulo ante el hecho de que una mujer de esa calaña le estuviera hablando de aquella manera y proponiéndole semejante trato.

—Si cambiáis de opinión…

—No lo haré, soy un hombre de palabra.

—Como queráis, no obstante, permitidme un consejo —y se dio la vuelta para alejarse—, tened cuidado ahí dentro. Muy a menudo el miedo a un mal nos lleva a realizar otro peor.

—¡Repetid eso!

—Suerte en vuestras pesquisas… la necesitaréis.

La vieja se marchó sin decir nada más y Bizén no quiso llamar la atención. No era la primera vez que oía esa frase.

Bajó de la loma algo confundido por el fugaz encuentro con la vieja y decidido a volver a sus investigaciones, encaminándose hacia la puerta del monasterio. Vio entonces al prior junto al decano y al anciano Adolfo en la ermita de los forasteros. Sin ellos intramuros de Veruela, era un momento idóneo para encontrar a alguno de los otros monjes con los que todavía no había logrado hablar. Con mucho disimulo regresó al interior y avanzó a buen ritmo hacia el claustro. Aprovechó para contar los pasos. La distancia era considerable, así que le costó ciento cuarenta y tres llegar desde la torre de acceso hasta la portada de la iglesia monástica.

Se cruzó con varios legos y un novicio antes de acceder a las dependencias y, una vez cruzó el acceso al claustro, intentó localizar a los monjes. Tuvo suerte, porque en una de las pandas divisó al hermano Hugo, el más joven y esquivo de ellos.

Aceleró el paso, cuando volvió la esquina de la galería había desaparecido. No era posible, acababa de verlo. Continuó todavía más rápido, casi corriendo, hasta el siguiente tramo y al volver la esquina…

—¡Cuidado! —Se encontró de nuevo frente al hermano Julián, el mismo que le había regañado en el dormitorio de los legos—. Notario, ¿adónde vais tan rápido?

—Yo… —y Bizén vio cómo el joven Hugo le miraba desde el otro extremo y después continuaba su paso—, disculpadme, andaba distraído.

—Esto es un lugar de oración, no la calle de una ciudad, ¿lo entendéis?

—Por supuesto —dijo en voz alta Bizén, para que pudiera oírle—, lo lamento.

—No hacéis más que importunar la vida de este sagrado lugar, ¿por qué no os volvéis por donde habéis venido? —Y el monje se echó a un lado.

—No soy yo el sospechoso de matar, sino vosotros, los monjes —le recordó—. ¿Tenéis vos algo que decirme sobre la muerte del lego? —le interrogó Bizén.

—Sois un necio, no vais a descubrir nada.

—¿Eso pensáis? ¿Por qué estáis tan seguro?

—Mirad —y señaló una ménsula donde había tres caras masculinas juntas.

—No estoy para juegos.

—Ni yo. Así que escuchadme bien —y señaló de nuevo la ménsula—, esos son los tres amigos de Job. ¿Conocéis el libro de Job?

—Sí, vagamente. «Tened más paciencia que el santo Job», recordó.

—Venid. —Y el monje caminó hasta el locutorio y salió al exterior por la puerta que allí había—. Esta dependencia se utiliza para organizar el trabajo diario de los donados y los legos, que esperan cada mañana al prior para que les informe de sus tareas.

—¿Qué hacemos aquí?

—Job es un personaje del Antiguo Testamento a quien Dios sometió a duras penalidades para probar su fe. Ninguno de sus amigos lo consoló. Más bien, arrojaron falsas acusaciones que aumentaron su dolor.

—¿Y por qué me lo contáis, hermano Julián?

—La pregunta que debéis haceros es si ellos lo hicieron por voluntad propia o eran parte del plan de Dios para medir el calibre de la fe de Job —le advirtió el monje.

—No lo sé, supongo que es posible que fueran parte de ese plan divino.

—La historia de Job comenzó un día anodino, como podría serlo este, en el que Satanás cuestionó la fidelidad de Job. Jehová aceptó el reto y permitió

que Satanás infligiera a su siervo una calamidad tras otra pero, a pesar de todo ese sufrimiento injustificado, Job se negó a «maldecir a Dios».

—Una dura prueba.

—De las peores que se muestran en toda la Biblia. Los tres compañeros de Job enfatizan en sus discursos que este tuvo que haber hecho algo atroz para merecer un castigo tan severo de parte de Dios —recordó el hermano Julián.

—Yo también lo creería —añadió Bizén.

—Pero Job rechazó el razonamiento falso de sus visitantes. Incapaz de comprender por qué Dios había permitido su sufrimiento, se preocupaba en demasía por defender su inocencia, ese fue su error.

—¿Defender su inocencia?

—Sí.

—No lo entiendo —dijo Bizén.

—Job tampoco lo hizo.

—Cuando una persona, cualquiera, sufre, no debemos apresurarnos a concluir que la persona que sufre está cosechando lo que ha sembrado y menos que ese sufrimiento tenga la aprobación divina —enunció el monje—. Job, cegado por la amargura, fue incapaz de pensar en otras posibles razones de su pena.

—Es muy posible que el sufrimiento no le permitiera pensar con lucidez.

—Vais entendiendo. El libro de Job muestra claramente que el responsable del sufrimiento humano no es Dios, sino Satanás —dejó claro el hermano Julián—. El que Dios haya tolerado la maldad en el mundo nos da a cada uno la oportunidad de demostrar cuán alta es nuestra integridad.

—Los caminos del Señor son inescrutables, ¿no es cierto?

—A veces Dios nos pone ante pruebas enormes —respondió el monje—, verdaderas montañas que debemos escalar. El camino es duro, a veces terrible, pero en la cima está la recompensa. En ese trayecto, no podemos fiarnos de nadie, ¿me entendéis?

—Eso creo, aunque deberíais ser más concreto, ¿qué habéis averiguado sobre lo que le sucedió a Octavio?

—De él no sé nada.

—Todos somos impuros y estamos infectados por el pecado —murmuró Bizén de Ayerbe mirando fijamente los ojos del monje.

—¿Dónde habéis oído esa frase? —La expresión de su rostro cambió al oír aquellas palabras.

—¿Acaso la conocéis?

—Tened cuidado, notario —le advirtió el monje—, quizás estéis escogiendo un camino equivocado y peligroso.

—¿Qué sucede en este monasterio? ¿Qué ocultáis aquí? —preguntó subiendo demasiado el tono de su voz.

—En Veruela no ocultamos nada, todo está a la vista del que quiere ver. El bien puede existir sin el mal, pero el mal no puede existir sin el bien.

—Lo que me estáis diciendo es que el mal es lo contrario del bien, de Dios.

—Necesitáis pensar de manera diferente si queréis saber qué ocurre en este lugar —le advirtió el monje—. Imaginaos que vuestros ojos fueran, en vez de espejos necesariamente inermes y pasivos en los que se refleja el mundo, una herramienta con la que construir la misma realidad.

—Hermano Julián, no soy un monje instruido como vos. Debéis utilizar un lenguaje que pueda comprender.

—A veces se ve mejor sin mirar. ¿Vos habéis visto a Dios? —le preguntó el monje—. Yo no, pero lo veo en sus actos. Si me empeño en verlo directamente, no lo lograré jamás.

—De verdad, hermano Julián, vuestras palabras son como una adivinanza para mí, imposibles de descifrar.

—El maligno imita muy bien la obra de Nuestro Señor —respondió el hermano Julián—, buscáis las huellas del mal, pero ¿seréis capaz de distinguirlas cuando estéis frente a ellas? Esa es la pregunta, si no podéis darle respuesta, vuestra búsqueda será infructuosa.

—Bien, decidme entonces cómo hacerlo. Cómo distinguir el bien del mal.

—El demonio a veces se viste de las personas más débiles y puras para engañarnos —le contestó el monje—, quién soy yo para poder descubrirle en sus tretas.

—Trata de confundirnos.

—En efecto —se congratuló el hermano Julián—, no hace otra cosa.

—La noche que mataron al lego, también lo intentó, ¿cierto? —inquirió Bizén—. Octavio era un buen cristiano. Lo utilizaron y por eso murió. No debo buscar en él, sino quién le engañó para acudir aquella noche a la iglesia. En el monje que le abrió la puerta, así hallaré la verdad.

Sonó la campana, tocaba a un nuevo rezo.

—Quizá no podáis encontrar la verdad —musitó el monje—, es posible que os sea más fácil dar con la mentira. Una vez conocida esta, el camino hacia la verdad se abre ante nosotros.

—Uno de los monjes miente, ¿quién?

—Debo irme, no quiero volver a veros fisgando por las estancias —cambió de nuevo su tono—, o corriendo por el claustro, os lo advierto.

El monje se marchó al rezo sin decir nada más. Bizén estaba confuso, el hermano Julián era de los más ambiguos de todo Veruela. Pero quizá tenía razón, debía dejar de investigar al lego y centrarse de nuevo en los monjes. Aunque, hasta ahora, lo que había descubierto era que casi todos ellos habían mentido.

18

La nana

Aquella tarde, cuando terminaron de lavar, las mujeres tendieron la ropa húmeda a lo largo de una hilera de frutales muy cerca del camino al monasterio a sabiendas de que, si se paraba el cierzo, helaría de madrugada. Marta, la más joven de las muchachas, se distrajo observando un pajarillo que lucía en su cabeza una llamativa cresta, de color ocre con las puntas negras, con un pico largo y una cola de plumaje generoso y oscuro, atravesada por una bonita banda blanca. Mientras, su hermana Elena comenzó a entonar una cancioncilla:

Mi chiquilla es una rosa,

mi chiquilla es un clavel,

mi chiquilla es un espejo,

su madre se mira en él.

A Marta le gustaba escuchar cómo cantaba su hermana, dejó la ropa en el cesto y se quedó contemplándola. Elena repetía una y otra vez aquella canción de cuna que entonaba con una especial dulzura.

—¡Vosotras dos! ¡Qué manera es esta de holgazanear! —gritó un monje desde el camino.

Marta dio un respingo al ver a dos monjes y, sin querer, golpeó el cesto con un pie. Este salió rodando y esparciendo la ropa limpia por el suelo.

—¡Seréis torpes! —El monje se fue directo hacia ella y la cogió de la oreja—. ¡Basta de canciones!, ¿se puede saber qué hacéis aquí?

—Tender la ropa… —Marta comenzó a llorar—, perdonadme.

—Culpadme a mí, era yo la que cantaba —afirmó Elena con la mirada gacha.

—Tanto da quién cantara, ¡las dos sois igual de holgazanas!

—Hermano Julián, son unas niñas —intervino el monje que lo acompañaba, mucho más joven que este.

—Hermano Hugo, hay que meterlas en cintura cuanto antes, si no luego crecen y ya no hay manera.

—Ya me encargo yo de solucionarlo, vos tenéis que revisar la acequia. —El monje más joven dio un par de pasos al frente.

—Está bien, pero no os ablandéis.

—Id tranquilo. —Y le hizo un gesto para que se marchara.

El hermano Julián se fue refunfuñando, volvió la vista atrás un par de veces y retornó al camino que conducía a la puerta del monasterio.

—Debéis tener más cuidado. Mi nombre es Hugo, ¿erais vos quien cantaba?

—Sí —contestó Elena muy risueña.

—¿Dónde aprendisteis esa nana?

—Me la cantaba mi madre.

—¿Es eso cierto? —insistió el monje. Ella asintió con la cabeza—. Y vos ¿no cantáis? —dijo dirigiéndose a Marta.

—No tan bien como mi hermana.

—¿Acaso sois familia? —dijo sorprendido al apreciar la diferencia entre la melena oscura de una y el cabello dorado de la otra.

—Sí —contestó.

—¿Podéis cantarla de nuevo?

—Solo la canta ella… —murmuró Marta.

—¿Por qué motivo?

—Porque mi hermana era muy pequeña entonces y dice que no se acuerda… —respondió Elena.

—¿Murió?

—Sí.

—Lo siento, yo también perdí a la mía. ¿De dónde decís que sois?

—De Bulbuente.

—¿Y cuántos años tenéis?

—Yo diecisiete, y mi hermana, catorce. —Elena no podía dejar de mirar al joven monje.

—Y vuestro padre ¿vive?

—A él no lo conocimos.

El hermano Hugo fijó su mirada en ella ignorando por completo a Marta.

—Afirmáis que vuestra madre os cantaba esa nana.

—Sí.

—¿Qué hacéis vosotras dos ahí? —interrumpió de pronto la tía Francisca, que se asustó al ver al monje—. Hermano, disculpad si estas dos han hecho algo que no debían. —Y las cogió a ambas del brazo.

—No, estad tranquila.

—¡Todavía no habéis terminado! ¡Qué cruz me ha tocado con vosotras!

—¿Son huérfanas?

—Eh… sí, lo son.

—¿Quiénes eran sus padres?

—Veréis, hermano —y se santiguó—, la madre murió y el padre… no se sabe.

—Entiendo —respondió pensativo el monje.

—Son muy distintas.

—Sí. —Y la mujer fue de nuevo hacia ellas—. ¡Vamos, que ya es tarde! Disculpadnos, hermano, tengo mucho que hacer y estas dos no me ayudan nada.

—Por supuesto, id en paz.

El monje se despidió y prosiguió su camino, ensimismado, tarareando la nana, como si aquella cancioncilla hubiese despertado algún recuerdo de su niñez.

Marta y Elena siguieron a su tía, Francisca, de vuelta a la casa. Mientras la mayor saludaba a todos con los que se cruzaban, su tía, parca en palabras y malhumorada, no solía despertar muchas simpatías. Por su parte, la pequeña era tímida y callada. Cada una a su manera, contrastaban con la jovial Elena y su alegría innata, que impregnaba todo lo que hacía.

Antes de la cena su tía las mandó a llevar unos ajos a casa de otra mujer que se los había pedido para preparar una cataplasma para el resfriado. Así lo hicieron, y cuando se disponían a regresar a su casa, Elena dirigió sus ojos hacia el bosque.

El cierzo se detuvo y un viento del norte comenzó a mover las hojas de los chopos, el cielo se encapotó de pronto con unas amenazadoras nubes. Entre los árboles se dibujó una espeluznante silueta.

Era una mujer mayor, vestía con ropas oscuras y las miraba fijamente.

—¿Quién es? —preguntó Marta.

—No lo sé, no la había visto nunca.

La vieja las seguía observando, hasta que decidió caminar hacia ellas. Marta se asustó, retrocedió un par de pasos, pero se detuvo al ver que su hermana no la seguía.

—¿Qué haces? ¡Vámonos! —exclamó Marta, nerviosa.

—¿Por qué? Es una anciana indefensa, no nos puede hacer nada.

Elena fue a su encuentro, la desconocida llegó hasta la hermana mayor, iba tapada por una oscura manta que solo dejaba al descubierto su arrugado rostro, del que destacaban unos ojos grandes y oscuros. Se agachó y le dijo algo a la muchacha. Marta estaba demasiado lejos para oírla.

La anciana se incorporó y la miró desde la distancia, se giró y volvió hacia el bosque, mientras Elena regresaba a su altura.

—¿Qué te ha dicho?

—Nada, solo quería saber si habíamos visto una oveja que se le ha escapado —respondió la hermana mayor—, le he dicho que no.

—¿Una oveja?

—Sí, vamos. —Y Elena emprendió la marcha de vuelta a la casa.

Una vez allí, la tía Francisca las regañó como de costumbre y comieron un caldo aguado e insípido, para echarse pronto a dormir.

Unas horas después, Marta se despertó inquieta, una extraña pesadilla la había desvelado. Se sentó sobre el jergón, su hermana mayor todavía dormía profundamente al otro lado. Bostezó antes de retirar su espeso pelo del rostro, que la envolvía como una manta. Bajó la mirada hacia sus diminutos pies y después subió la vista por sus largas y esbeltas piernas.

Buscó la manera de incorporarse intentando no hacer ruido. Hacía un frío helador en aquella alcoba. Caminó hacia la silla junto a la ventana y tomó una capa de hombre que usaba para abrigarse en invierno. Dada su elevada altura era la única vestimenta que le cubría hasta los tobillos. A Marta le agradaba el frío de la montaña, por eso no estaba disgustada con que el invierno se hubiera adelantado aquel año.

Miró a través de la ventana, en el exterior la oscuridad era total, no corría el viento y los jirones de nubes de la tarde se habían deslizado poco a poco bajo la pendiente, ahora formaban bancadas de humo y ocultaban la luz de la luna. Aun así, podía apreciarse la silueta del monasterio, que parecía sumergido en un sueño profundo y pesado.

«Ningún vecino saldrá de su casa hasta el amanecer», pensó.

En noches como aquella se borraban los lindes de los senderos y las brechas insondables en la montaña se tornaban intransitables. Los intrincados y sombríos bosques se llenaban de peligros y aullidos de lobos, que se descolgaban de roca en roca en busca del alimento que no encontraban en las alturas. El laberinto de encinas se volvía más espeso, rodeado de zarzas y musgos, y el agua brotaba cristalina de los abundantes manantiales que recorrían las empinadas laderas del Moncayo: la montaña bajo la que se asentaban aquellas tierras y a la que todos temían y reverenciaban.

Cuando era más pequeña, su yaya siempre le advertía que jamás debía cruzar el límite de los bosques de encinas. Más arriba, cuando dan paso a los robles y los hayedos y los suelos se cubren de helechos, musgos y madreselvas y se llega hasta las primeras sabinas y enebros, se ocultaba la guarida de seres desterrados, hombres que habían abandonado la fe y prisioneros de secretos inconfesables.

Y más aún en las fechas en las que estaban, a solo cuatro días de la noche de Ánimas, la más temida del año, en la que se decía que los muertos podían volver por unas horas al mundo de los vivos.

Ella se acordaba a menudo de aquellas viejas historias que le contaba su difunta yaya, sobre todo en las noches de niebla. Además, hacía días que Marta tenía una extraña sensación, como una desazón profunda. Hacía las mismas cosas de siempre, pero ninguna le importaba ya. A veces miraba a su alrededor y no veía nada que le agradara, nada que pensara que pudiera hacerla feliz.

Hacía unos meses que había dejado de ser una niña y, desde entonces, la amargura y la incertidumbre se habían apropiado de sus pensamientos.

«¿Qué va a ser de mí?», se preguntaba a menudo.

Tenía un terrible temor a permanecer toda su vida en aquel monasterio, viendo las mismas caras, los mismos gestos, llevando a cabo la misma rutina. Nunca conocería el mar, ni contemplaría las enormes catedrales de las ciudades, ni los bulliciosos mercados rebosantes de extraños productos, ni tantas otras cosas. Estaría prisionera en el Moncayo para siempre.

Absorta en sus pensamientos, miraba por la ventana cuando creyó ver una solitaria sombra merodeando la casa. Se fijó bien, no fuera a ser que el sueño y las sombras de la noche le estuvieran jugando una mala pasada. Pero no, estaba segura, allí fuera había alguien que caminaba con lentitud. No pudo ver quién era porque la niebla ocultó de inmediato aquella figura.

«¿De quién se trataba?», se preguntó.

Estaba convencida de lo que había visto, no era fruto de su imaginación.

Confusa, regresó a la cama, todos en aquellas tierras del Moncayo temían a la noche. Contaban que albergaba criaturas de otro tiempo que se habían retirado del llano y se mantenían ocultas en las entrañas de la montaña, como su última morada, expectantes por recuperar lo que una vez fue suyo.

Eran solo fantasmagorías, historias que se contaban desde siempre, como había hecho su yaya. Leyendas que nadie podía confirmar, porque nadie las había visto. Y, aun así, muchos creían con fuerza en ellas. Cuentos sobre gigantes y nigromantes, sobre nereidas y mujeres que se transformaban en animales.

¿Por qué? ¿Quién disfrutaba manteniendo viva la llama de esas historias?

Se acostó de nuevo hacia el lado de su hermana, Elena, con quien compartía cama. Se llevaban algo más de un par de años. Era mucho más menuda que ella y de rasgos completamente distintos. Elena era jovial, alegre

y despreocupada, menuda y hermosa. Era como un rayo de luz en medio del bosque. En cambio, ella era oscura, como su cabello y su piel; alta y espigada; callada y pensativa. Elena era el día, y Marta, la noche.

La más pequeña de las hermanas no compartía con nadie sus pensamientos. Tenía miedo de hacerlo porque eran cosas innombrables, ideas que nadie entendería, palabras prohibidas, pensamientos que el viento debía llevarse muy lejos de allí.

¿A quién habría visto fuera de la casa?

Quizás era mejor olvidarlo.

Observó la silueta de su hermana mayor, nunca lo había confesado, pero le hubiera gustado ser como ella o, al menos, poseer un poco de su luz, de su felicidad, de su hermosura, de su alegría.

Siempre se preguntaba de dónde sacaba Elena toda aquella energía, de qué se alimentaban sus ganas de vivir.

Marta nunca se había sentido feliz, no conocía esa sensación. Por cómo veía a su hermana reírse, jugar y cantar, suponía que tenía que ser la más maravillosa de este mundo.

A veces, se imaginaba que era ella, que tenía su brillante pelo dorado, tan diferente al suyo. Todavía más cuando dormían juntas. Le gustaba como, nada más acostarse, Elena solía hacerse un ovillo dándole la espalda y permanecía así hasta el alba. Se calentaban mutuamente; sin embargo, aquella noche la sintió muy fría.

Marta escuchó un susurro y notó que algo se movía. Fue a darse la vuelta y entonces notó que ese lado estaba frío. Sacó el brazo de debajo de la manta y aproximó sus dedos a la parte superior de la espalda de su hermana, que no alcanzaba a cubrir la saya. No llegó a tocarla, pero la sintió como el hielo.

—Elena —la llamó—, Elena —pero no respondió.

No la oía respirar y se alarmó por si pudiera estar enferma. Puso su mano sobre ella y sintió algo inusual, como si fuera…

Se asustó y se incorporó de nuevo. Nerviosa, se acercó a ella y volvió a llamarla por su nombre.

—Elena, ¿estás bien?

Con el mismo resultado, nada.

Fue hacia el otro lado de la cama y buscó una vela con impaciencia. Su tía les tenía prohibido usarlas, pero Marta había robado varias que escondía bajo una tabla del suelo, junto con unas lascas de pedernal. Por culpa de los nervios le costó prenderla, pero lo consiguió al tercer intento y la estancia se iluminó. Volvió hacia su hermana y alumbró su rostro.

No podía creer lo que estaba viendo, desprendió la manta con la que se tapaba y solo halló un montón de ropas viejas enrolladas.

Su hermana Elena no estaba allí.

19

La vieja del camino

Marta se quedó perpleja, tomó la capa para abrigarse y salió de la casa en busca de su hermana mayor. El viento soplaba gélido y las nubes ocultaban la luna por completo. Marta intuía dónde podía estar su hermana, así que avanzó hacia el sendero que rodeaba el bosque. Nunca había salido en horas tan oscuras, estaba asustada y, al mismo tiempo, no podía evitar seguir andando, alejándose de las casas. Oyó un ruido tras ella y eso todavía la aterró más. Aceleró el paso y casi tropieza con unas piedras. Se desorientó unos instantes, pero logró volver al camino cuando la luz de la luna fue más intensa. A lo lejos vio una sombra, podía ser cualquiera y se detuvo a pensar.

¿Qué hacer ahora?

Si no era su hermana, estaba perdida. No quería ni imaginar qué tipo de hombre o criatura podría vagar por las proximidades del bosque en plena noche, pero seguro que nada bueno le haría. Era noche cerrada, sombría y nebulosa. La luna se dejaba ver a intervalos por entre los jirones de nubes que flotaban sobre el Moncayo.

Se fue acercando lentamente, la sombra también se quedó quieta, mirándola.

—¿Qué estás haciendo?

—Elena… ¡menos mal que eres tú!

—¡Marta! ¡Por Dios! ¿Por qué me has seguido?

—¿Adónde vas?

—Es mejor que no lo sepas.

—Vas a ver a esa vieja, ¿verdad? Es eso, ¿no? —insistió Marta.

—Sí…

—Quiero ir contigo.

—No es buena idea. —Elena parecía temerosa.

—Por favor, déjame ir.

—Está bien, pero ¡vamos! Que al final nos va a ver alguien del pueblo.

La brisa de la noche comenzó a mover con más virulencia las hojas de los chopos y el cielo se encapotó definitivamente con unas nubes amenazadoras que ocultaron por completo la luna, haciendo la noche más tenebrosa si cabe. Las dos hermanas caminaron por la orilla del río. Marta seguía a su hermana sin hablar, concentrada en no perderse y en controlar sus temores. Sentía cómo los animales del bosque las vigilaban a cada paso. Recordó de nuevo las historias de su yaya sobre los seres que habitaban en la montaña y que en noches como aquella bajaban hacia el llano. Temía encontrarse con los ojos de alguno de ellos observándola desde la penumbra. Su hermana, en cambio, avanzaba decidida, como si no temiera a nada.

Bordearon las ruinas de un viejo poblado abandonado y continuaron por un sendero hasta llegar a un espolón y, desde allí, divisaron una espeluznante silueta.

—¿Qué es eso? —preguntó Marta.

—Trasmoz.

—¡No! ¿Qué hacemos aquí? —miró angustiada a su hermana mayor—, debemos alejarnos de ese lugar.

—¿Tienes miedo?

—Es un lugar maldito, ahí habitan las brujas.

—Hoy es viernes, en memoria de Nuestro Señor Jesucristo que murió en semejante día, las brujas no pueden hacer mal a nadie —afirmó Elena con una seguridad impropia de su condición.

—¿Cómo sabes eso?

—Lo sé, y también que oyen desde su casa cuanto se dice de ellas, aunque sea al oído y en el último rincón del Moncayo —murmuró mirando con malicia a su asustada hermana pequeña.

—Quiero volver a casa.

—Ya te he dicho que no me siguieras, pero tú has insistido… ahora ya es tarde para regresar, Marta.

—Pero ¿qué hacemos aquí?

—El monasterio está lleno de secretos, los monjes no quieren que sepamos qué ocurre, la única manera es viniendo aquí —afirmó la mayor de las dos hermanas—, por eso nos asustan con historias de brujas, para mantenernos alejados de Trasmoz, para que no sepamos qué ocurre en el Moncayo.

—¿Cómo sabes todo eso, hermana?

—Eso da igual, pero tranquila, no vamos a ir a Trasmoz.

—¿Adónde me llevas entonces? —insistió Marta.

—Paciencia, hermana, paciencia.

Siguieron el sendero hasta una carrasca seca y allí Elena se desvió por una hilada de olivos. No muy lejos, en una hondonada, había una vieja paridera para el ganado, que a buen seguro que en aquella época del año se hallaría cerrada. Estaba formada por una casuca de miserable aspecto y una cerca de piedra seca que la rodeaba. No se detuvo frente a ella, sino que cruzó el escueto muro y se encaminó hacia la puerta. La golpeó tres veces y empujó.

Marta sabía que no debía entrar, pero algo más poderoso que la razón la empujaba a ello: la curiosidad. Así que traspasó el umbral. La casa no tenía mejor aspecto por dentro que desde el exterior. El fuego intenso de un hogar la calentaba y, frente a él, estaba una vieja encogida y acurrucada, de greñas blancuzcas que se enredaban alrededor de su frente como serpientes. Su cuerpo encorvado y sus brazos deformes estaban rodeados de un sinnúmero de trastos viejos, cántaros, marmitas y cacerolas metálicas en los que la luz de la lumbre parecía multiplicarse con sus brillantes reflejos.

—Las hermanitas huérfanas han decidido visitarme —dijo con una voz sinuosa.

—Te dije que vendría —afirmó Elena dando un paso al frente.

—Sí, lo dijiste —la vieja sonrió—, pasad, no tengáis miedo.

—¿Quién eres? —preguntó Marta con recelo.

—Una superviviente, como vosotras.

—Te llaman «la vieja del camino» —dijo Elena con firmeza.

—¿Así me llaman?

—Sí, ¿vives aquí?

—No, ¿quién querría vivir en un lugar como este? —Y las invitó a echar un vistazo por la destartalada estancia—. Me refugio aquí durante el invierno, más arriba del Moncayo no conviene caminar en esta época del año, hace frío y los lobos bajan a buscar el alimento que no encuentran en los bosques altos; además no son los únicos que descienden la montaña.

—¿Y qué haces mientras estás en esta casa? —insistió la mayor de las hermanas.

—Lo mismo que todas las mujeres de este mundo: dar a los hombres lo que desean para que nos dejen vivir en paz.

—¿Qué desean los hombres? —Solo Elena hablaba, su hermana pequeña estaba atemorizada, dos pasos detrás de ella.

—¡Ja, ja! —La vieja soltó una sonora carcajada que retumbó por toda aquella estancia—. Pequeña, ellos te dirán que muchas cosas: poder, riqueza, lujuria… pero no —y negó con la cabeza—, en verdad los hombres son mucho más simples y solo desean una cosa: dejar de tener miedo.

—¡Miedo! —refunfuñó Elena—. ¿Miedo a qué?

—A morir, los hombres desde que son hombres tienen miedo a la muerte, a qué sucederá en el momento que fallezcan, a qué sucederá después incluso. Tienen miedo a cómo van a morir, a si van a sufrir. Tienen miedo a quién los matará, a quién encontrarán cuando mueran.

—¿Y tú sabes todo eso?

—No, pequeña —respondió mirando a Elena.

—¿Eres una bruja?

—Una bruja… ¡ah, sí! Esas mujeres que hacen terribles conjuros, que logran sacar a los muertos de las tumbas, que estremecen el fondo de los abismos y los traen a la superficie de la tierra, obedientes a sus deseos —dijo la vieja mirando el fuego—. Hay quienes creen en ellas, gentes sin fe que les atribuyen poderes que únicamente a Dios le están reservados. No, yo no soy una bruja.

—¿Qué eres entonces?

—Soy una guardiana.

—¿Guardiana de qué? —preguntó Elena con reticencia en la mirada.

—De esta montaña, de lo que se oculta en ella.

—¿Y qué se supone que es?

—El mal, ¿qué va a ser si no? —La vieja atizó las brasas del hogar.

—Me dijiste que viniera a verte si quería salir de este lugar, y aquí estoy.

—Así es —la vieja las observó a las dos—, ¿de verdad queréis abandonar el Moncayo? ¿Las dos?

—Yo sí —contestó Elena.

—¿Y tú? Acércate —estiró su huesudo y alargado dedo hacia Marta—, ¿quieres irte de aquí?

—Sí, ella también quiere alejarse del Moncayo —respondió Elena por su hermana pequeña.

—Bien, yo puedo ayudaros, pero tendréis que hacer algo por mí a cambio.

—Dinos antes el qué —preguntó desafiante Elena.

—Hay un hombre en el monasterio. —La vieja miró de nuevo al fuego y azuzó las brasas con un alargado hierro.

—Ahí dentro viven muchos hombres.

—Este es diferente, no es un religioso. Y además se halla encerrado, nadie lo ha visto ni conoce de su existencia.

—¿Quién es? ¿Por qué está encerrado? —preguntó Elena con determinación.

—Eso no os incumbe —respondió la vieja—, os diré dónde lo tienen y cómo llegar hasta su prisión. A cambio, él os dará algo, traédmelo aquí.

—¿Y luego?

—Os ayudaré a salir del Moncayo y no volver nunca a esta tierra maldita.

—Pero ¿cómo sabemos que no mientes?

Entonces la vieja dejó de remover el fuego y giró su cabeza hacia la hermana mayor, la miró durante unos instantes.

—Me estoy fiando de dos niñas que han venido solas en plena noche, ¿cómo sé yo que no iréis corriendo a decirles a los monjes lo que os voy a contar?

—Mmmm. —Elena sopesó la situación—. De acuerdo, dinos cómo entrar y adónde ir.

—Hay una acequia que penetra por debajo de la muralla, antes del portón. Justo al volver el primer torreón del costado sur. La acequia no se ve porque está oculta, pero tiene un acceso por la que pueden entrar unas niñas como vosotras. Si la seguís llegaréis al interior de Veruela.

La vieja continuó relatándoles todos los pasos que debían seguir.

20

Las flores

El hermano Cipriano, el monje portero, era el único que tenía permiso para ausentarse de los rezos de las horas en la iglesia monacal. A tal efecto existía una capilla sobre la puerta de entrada al monasterio, donde podía rezar sin faltar a sus obligaciones. La talla de san Bartolomé presidía la capilla, representado con un cuchillo afilado en la mano derecha y un diablo encadenado en la izquierda.

El hermano Cipriano rezaba a san Bartolomé, quien podía auxiliarlos frente a los enemigos del monasterio. De todos era sabido la habilidad del santo para enfrentarse a los demonios.

Su puesto era de enorme responsabilidad dentro de Veruela. Para custodiar la puerta siempre se elegía a un monje de edad y discreto, que supiera recibir un recado y transmitirlo de forma clara y concisa. Era el único de los hermanos que dormía fuera del claustro, ya que tenía una celda junto a la puerta, en una de las torres que la flanqueaba. Así podía estar alerta de los forasteros que llegaban a Veruela. Cada vez que aparecía uno, debía responder: *Deo gratias*.

Después de rezar al santo, subió los escalones hasta el adarve y observó las afueras del monasterio desde el almenado. Siempre que lo hacía temía que sus miedos se hicieran realidad, sabía que algún día aparecerían, que tras esos muros no estaban a salvo, por eso ponía tanto esmero en su labor. Revisaba a diario la muralla en busca de cualquier desperfecto, mandaba talar los árboles más cercanos para que no pudieran ser utilizados en caso de ataque y había entrenado a todos los donados del monasterio en el manejo de las armas. Había elegido al más fornido de ellos, Atilano, para dirigirlos y los había

adiestrado en el uso de las espadas ligeras y de filo corto, puesto que, en caso de tener que defender las murallas de Veruela, estas eran más prácticas.

De lo que no disponía era de arqueros y eso le preocupaba. Había intentado encontrar hombres hábiles con el arco por todas las tierras del monasterio, pero sus esfuerzos habían sido en balde. Había buenos cazadores con arco en las montañas, pero se negaban a entrar al servicio del monasterio. Muchos de ellos vivían en la aldea de Trasmoz, que contaba con un poderoso castillo, a escasas leguas de Veruela. Pero ambos lugares estaban enfrentados desde antaño, desde que un abad de Veruela llevó en procesión a los monjes del monasterio hasta la entrada de Trasmoz y maldijeron a todos sus habitantes.

Sí, el pueblo de Trasmoz y su castillo estaban malditos.

Desde entonces, los enfrentamientos por agua, pastos y caza eran tan frecuentes como poco fructíferos, y es que Trasmoz era la primera y más importante plaza del obispado de Tarazona frente a los amplios dominios del monasterio de Veruela.

Obispado y monasterio no tenían unas relaciones en exceso cordiales, al contrario, la hostilidad entre ambos era pública y notoria.

Decían del hermano portero que era un agorero, pero Cipriano sabía bien lo que hacía. El abad le había encomendado aquella difícil labor, quizá la más importante de toda la congregación: proteger Veruela de los enemigos externos, y estaba convencido de que él no iba a fallarle.

Después de lo sucedido con el lego, se alegró de volver a su puesto, de esa forma podía vigilar de noche la entrada al monasterio. No era una labor sencilla. El último que había ocupado su lugar perdió la cordura y un buen día desapareció. Dicen que fue hacia la montaña y nunca más volvió. Hay quien asegura que ahora es un ermitaño que vive más allá del hayedo, donde los hombres no se atreven a llegar y habitan manadas de lobos. Hay quienes incluso dicen haber visto osos, pero nadie que hubiera llegado tan alto ha vuelto para contarlo.

La desconfianza de Bizén fue en aumento, así que decidió que debía hablar de nuevo con el abad. La máxima autoridad de Veruela había confiado en él, pero le había engañado. Ahora había descubierto que fue el abad quien ordenó

al lego extraer el cuerpo del infante heredero de su sepulcro a fin de que él no pudiera llevárselo de Veruela.

Debía andarse con buen ojo con el abad, le había engañado una vez, así que era probable que volviera a intentarlo.

Caminando por el claustro, se concienció de que la desnudez formal no significa pobreza de detalles. Aquellos muros lisos conformaban un espacio de una hermosura singular, impactante en su propia sobriedad. Es verdad que san Bernardo clamaba contra el lujo excesivo de los cluniacenses y criticaba que los muros de las iglesias estuvieran cubiertos de oro, pero los hijos de la Iglesia se hallaban desnudos. Sin embargo, a pesar de esas palabras los cistercienses no habían renunciado a emplear la piedra de calidad y bien trabajada, ni a estudiar hasta el último detalle decorativo: en pro de la funcionalidad, sí, pero también de la armonía y la belleza.

Observando el jardín de piedra llegó hasta la puerta de la sala del abad. Inspiró y, justo antes de que llamara, se abrió la puerta y de su interior surgió el pelo rubio del más joven de los monjes.

—Hermano Hugo, ¿cómo estáis?

—Bien, gracias.

—¿El abad se encuentra mejor? Me gustaría verle —afirmó Bizén señalando hacia la puerta.

—No, eso es imposible —contestó de inmediato el monje—, está reposando, ya es muy tarde para él.

—Solo será un momento, quisiera discutir con el abad unos asuntos importantes de mi investigación.

—Tendrán que esperar a mañana —insistió el hermano Hugo, que, a pesar de su juventud, no parecía tener intención de dar su brazo a torcer.

—En ese caso… —Bizén dio un paso atrás—, me gustaría hablar con vos.

—¿Conmigo?, no entiendo en qué os puedo ayudar.

—Sois un sospechoso, como el resto de los monjes —le recordó—, y todavía no hemos podido dialogar.

—No sé de qué queréis hablar, pero estamos en el claustro.

—Lo sé, mejor vayamos a la cilla, ¿os parece? No creo que el decano Esteban esté trabajando en ella a estas horas.

El hermano Hugo cerró bien la puerta y le echó una última mirada antes de acompañar a Bizén hasta el interior de la cilla.

—No os incordiaré mucho, primero quisiera saber vuestras funciones en Veruela.

—Ninguna específica, me dedico a orar y ayudo donde se me pide. También hago labores de escribano y otros asuntos en la biblioteca —explicó el hermano Hugo con la mirada cabizbaja.

—Supongo que poseéis una importante biblioteca, como en todos los monasterios.

—Sí, pero no es muy extensa. Recibimos muchas copias de la abadía de Fitero y Piedra, que tienen mejores ejemplares.

—¿Con qué tipo de libros trabajáis?

—Registros sobre todo, copio la documentación antigua para que no se pierda. Reviso que los libros estén en buen estado y los que presentan problemas los arreglo. Veruela genera mucha documentación, ya sabe, cuentas, entradas y salidas, ventas, inventario…

—Todo muy rutinario; veo que aquí todo se registra por escrito y se guarda —comentó Bizén ante la pasividad del joven monje—. ¿Y fuera de la biblioteca?

—Dispongo de poco tiempo, pongo en hora el nuevo reloj mecánico y realizo alguna que otra tarea que me piden los monjes de más edad —relató el hermano sin mucho entusiasmo.

—¿Cómo llegasteis a Veruela?

—Mi padre siempre quiso que su hijo se ordenara monje.

—Entonces estará orgulloso de vos —afirmó Bizén mostrando su rostro más amigable.

—Es un hombre difícil, no estoy seguro de que «orgulloso» sea la palabra adecuada.

—¿Y vuestra madre?

—Murió.

—Lo siento.

—Fue hace mucho, yo no la recuerdo ya —confesó—, quiero decir que no sé cómo era. Pero rezo por ella todas las noches.

—Hacéis bien, hermano Hugo. Y ella seguro que os escucha. —Bizén escrutó al monje y se dio la vuelta—. Ya es suficiente, volvamos, tendréis que ir al rezo.

—Sí, se acerca la hora. —Y ambos salieron.

El monje se despidió y retornó al claustro. Bizén sintió que no avanzaba, aquellos monjes eran tan recelosos a hablar que su misión era cada vez más compleja. Ya que estaba cerca del pasillo de los legos, pensó en ellos y recordó a los que había visto la primera noche: el grandullón y el otro más pequeño. Así que fue a buscarlos antes de que empezara la oración. Caminó por los talleres del monasterio hasta que vio al grandullón ayudando al herrero en la fragua, que estaba golpeando un alargado rozo de metal.

—¿Estáis fabricando espadas?

—Así es, órdenes de los monjes —respondió el hermano Prudencio.

—¿Sabéis quién soy?

—Por supuesto, el notario que investiga la muerte de Octavio —y se santiguó—, que en paz descanse.

—¿Cómo era Octavio?

—Bueno… Seguid con las espadas, mañana volveré. —Se despidió del herrero e indicó a Bizén que le siguiera—. Le seré franco, Octavio era un buen monje, trabajador y muy dotado.

—¿Dotado para qué?

—Para todo —contestó de manera enérgica mientras seguía caminando—. Los legos hacemos trabajos manuales en el monasterio para que los monjes estén liberados y puedan así dedicarse al rezo y a supervisar los temas más importantes. Octavio no se conformaba con sus labores, siempre intentaba hacer funciones más relevantes.

—Y ¿cómo veían eso los monjes?

—Pues según tocaba, a veces les venía bien su ayuda, otras lo veían como una intromisión —contestó el lego—. Porque Octavio era ambicioso, muy ambicioso.

—Entonces aspiraba a dejar de ser un lego.

—Desde luego, pero… era complicado. Su origen era humilde, como el mío o el de tantos otros. Pero no es la primera vez que se promociona a un lego en Veruela; Octavio se había informado bien de ello.

El lego se detuvo frente a los huertos y permaneció en silencio, como si tratara de ordenar sus ideas.

—Veréis, notario. —El hermano Prudencio masticó bien las palabras—. Octavio sabía leer.

—Yo pensaba que no.

—Y no solo eso, leía todos los libros que caían en sus manos y, además, preguntaba a todo el mundo, y a veces hasta pagaba por una información.

—¿Pagaba? ¿Cómo es eso posible?

—De muchas maneras, él fue el encargado de la cilla durante un tiempo. Eso significa que controló las salidas de carne, aceite, grano y, sobre todo, vino —comentó el hermano Prudencio—, un barril de vino puede lograr abrir muchas bocas. Así se enteraba de historias muy curiosas, como la de las flores del cementerio.

—¿Qué flores son esas?

—Resulta que cada año, en una fecha que desconozco, alguien deja unas flores sobre uno de los enterramientos del camposanto anexo a la iglesia —explicó en voz baja el lego—, siempre el mismo día del año.

—Tampoco me parece tan extraño.

—Bueno, pensad que nadie sabe quién las deja, ni de dónde salen y os juro que han intentado descubrirlo, pero cada año sucede igual. ¿Os imagináis a un monje dejando flores en la tumba de otro monje? —El hermano Prudencio hizo una extraña mueca y movió la cabeza de un lado a otro.

—Tenéis razón.

»Ya veo. —Bizén se pasó la mano por la nuca—. Los monjes no me habían dicho nada de esto.

—No os fieis de ellos, notario. Octavio lo sabía bien.

—¿Cómo es posible que no lo vierais despertarse aquella noche? —Bizén cambió de tema.

—Yo no vigilo lo que hacen mis hermanos.

—Dormís todos juntos en el dormitorio, me parece muy poco factible que nadie le viera levantarse —insistió Bizén—, quizá debería preguntar a cada uno de vuestros hermanos legos, seguro que alguno de ellos vio algo aquella noche.

—Esperad.

—¿Qué sucede, hermano? ¿Tenéis algo más que decirme?

—Yo no me hallaba esa noche en el dormitorio —confesó el lego con mucho nerviosismo.

—¡No estabais! —Bizén apretó los puños, temeroso de tener que usarlos —. Y eso es porque…

—Si lo hacéis público me expulsarán del monasterio.

—Mirad, si no tiene que ver con la muerte de Octavio, nadie más lo sabrá, os doy mi palabra —afirmó Bizén sin bajar la guardia.

—Esa noche me levanté y fui a la cilla, tenía preparado un tonel de vino. Lo arrastré afuera, donde había quedado con dos donados que me ayudaron a sacarlo extramuros.

—Vino… ¿Para qué, si puede saberse?

—Ellos se lo llevan a un comerciante de Borja que nos paga muy bien —especificó el lego—; por favor, si los monjes se enteran… será mi fin en Veruela.

—¡Robáis el vino de la cilla!

—De alguna manera hay que sobrevivir, no os hacéis idea de lo estrictos que son esos monjes con nosotros —le advirtió el hermano Prudencio—; en cambio, ellos hacen lo que quieren. Habéis prometido no delatarme.

—Y cumpliré mi palabra, ¿por quién me habéis tomado? —Bizén resopló y se rascó la nuca—. Una pregunta más, cuando os levantasteis esa noche, ¿estaba en su cama el hermano Octavio?

—No, no estaba. ¿Y sabe la verdad? No era la primera vez que faltaba.

21

El prisionero de Veruela

Cuando abandonaron la casa de la vieja, las dos hermanas apenas se dijeron nada. Estaba claro que Elena había decidido por las dos. Marta la siguió, confusa, dejándose llevar y sin atreverse a abrir la boca. Algo se había apoderado de ella, un sentimiento nuevo y envolvente, que todavía no era capaz de identificar.

Una vez en las proximidades del monasterio, las hermanas avanzaron hasta el primer torreón del flanco más al sur de la muralla. Cerca transcurría el sendero que subía hasta los últimos castillos de la falda norte del Moncayo, más allá ya solo había bosque. La muralla se presentaba más elevada en esa zona y de noche apenas se veía por dónde pisaban. Aun así, Elena marchaba decidida, se alejó de la muralla a grandes pasos, hasta un desnivel. Se detuvo, se quedó pensativa y siguió hasta bajar a una huerta. Se agachó y buscó entre la maleza de un ribazo. Marta la siguió sin rechistar.

—Por aquí tiene que transcurrir la acequia que lleva el agua al interior.

—¿La ves?

—Todavía no, busca por ese lado —le pidió Elena.

Buscó la entrada, pero era complejo orientarse en la oscuridad. El frío era cada vez más acusado y Marta comenzó a preocuparse. Pero su hermana mayor no cejaba en su anhelo y entonces desapareció. Marta se asustó, dio varios pasos al frente y miró a su alrededor.

«¿Por qué estoy aquí?», se preguntó, confusa.

Sintió que la observaban, cualquier criatura podía surgir en la penumbra. Estaba sola, en medio de la noche, rodeada por los ruidos del bosque.

Volvió hacia donde había perdido a Elena, rebuscó sin éxito y comenzó a temblar de miedo. Le costaba respirar y se le entumecieron los músculos. De repente, algo tiró de ella y pensó que aquel era su fin.

Notó el agua discurriendo bajo sus pies, las paredes se hallaban impregnadas de un desagradable olor. Aquello parecía la madriguera de un animal, era húmedo y estrecho.

—Sígueme —murmuró Elena.

Pero costaba avanzar por aquel reducido espacio. No se veía luz alguna, así que no sabía cuánto podía ser de profunda. Siguió a su hermana mayor, caminando totalmente agachadas por la húmeda cavidad, con la mano en la espalda de Elena, que no dejaba de avanzar. Comenzó a faltarle el aire, a sentir náuseas, y a temer no salir nunca de allí, a quedarse enterrada en vida en aquel agujero.

Y entonces se dio cuenta de que la gruta no continuaba, frente a ella había una pared de tierra, ¡estaba atrapada!

Le entró el pánico.

—Vamos —su hermana, Elena, tiró de ella y la ayudó a seguir por su derecha—, debemos ir con mucho cuidado.

Caminaron sobre una acequia de piedra, pronto sintieron una corriente de aire y llegaron al exterior, justo debajo de la muralla, al lado de un estanque de agua.

Marta no podía creerlo, estaban dentro del monasterio.

—Ahora sigamos, no te alejes de mí. Con esta oscuridad podemos perdernos fácilmente.

Marta asintió.

La hermana mayor avanzó con sigilo hasta llegar a la pared de un edificio. Al detenerse, Marta se tropezó con ella y estuvo a punto de caer, pero recuperó el equilibrio justo a tiempo.

—Ten más cuidado.

—Lo siento.

—¿Ves aquella luz? Debe de ser la que nos dijo la vieja. Tenemos que seguir hasta allí —le susurró.

—Está muy lejos.

—Podemos hacerlo juntas, somos hermanas. Debemos ayudarnos, ¿no?

—Sí, pero… si nos descubren.

—No lo harán —afirmó Elena con rotundidad.

Marta asintió con la mirada, estaba demasiado tensa para pensar y solo podía seguir los pasos de su hermana mayor.

El camino era largo y, como si lo hubieran vaticinado, aparecieron dos figuras en la misma dirección. Se detuvieron y Elena se agachó, buscó con la mano por el suelo. Hasta que encontró una piedra, inspiró profundo, se levantó, echó hacia atrás el brazo y la lanzó todo lo fuerte que pudo lejos de ellas.

El ruido retumbó en el silencio de la noche.

Los hombres enseguida se alarmaron y corrieron en aquella dirección, dando tiempo a Elena a llegar al edificio de la luz. Pero Marta no corrió tras ella.

¿Dónde estaba? Los hombres volverían pronto.

Aunque apenas se veía, Elena salió a buscarla sin dudarlo.

—Marta —la llamó sin elevar demasiado la voz—, Marta, ¿estás ahí?

—¡Sí, hermana!

—Soy yo, ¿dónde estás?

—¡Aquí! No veo nada, no sé por dónde ir —dijo temblorosa.

—Ya está —y notó cómo la tomaba de la mano—, ahora ven conmigo y guarda silencio.

Se dejó guiar por su hermana, sin tener la más mínima idea de hacia dónde iban.

—No mires atrás —le dijo Elena.

La obedeció y alcanzaron el edificio, siguieron su fachada hasta una puerta de madera.

—Tiene que ser ese el que ha dicho la vieja —afirmó Elena—. Aguarda y espera mi señal.

La hermana mayor avanzó mientras Marta esperaba temerosa, miró a un lado y a otro y pensó que permanecer fuera era todavía más peligroso. Así que también entró, como quien sabe que no debe hacer algo y, a pesar de ello, lo hace.

Una vez en el interior, Elena la regañó con la mirada y le pidió que no hiciese ruido y siguió hacia un patio que daba luz a las diferentes dependencias de aquel lugar.

—Vámonos de aquí, ¡es peligroso!

—Ni hablar —sentenció Elena.

La muchacha de piel pálida y cabellos dorados fue hacia una escalera en el ángulo izquierdo, subió al piso superior y observó el pasillo con numerosas puertas. En vez de continuar por él, giró hacia una pequeña puerta que había al otro lado. Marta estaba pegada a su espalda.

Juntas avanzaron hacia una escalera, giraron a la derecha y hallaron dos pasillos. Elena se quedó mirándolos, sin saber cuál de ellos escoger. Su hermana la observó impaciente, ella no se inmutó y siguió por el más alargado hasta el final. Allí solo encontraron una puerta y un ventanuco en lo alto de la misma pared. Elena fue directa hacia ella y la intentó abrir, pero la halló cerrada.

Puso la oreja pegada a la madera, aunque no logró oír nada al otro lado. Lejos de rendirse, Elena miró a su alrededor y se dirigió hacia una mesa vieja que había en una esquina, de las que se usaban en la cocina.

—Coge de ahí —y le señaló un extremo a Marta.

—¿Qué pretendes hacer, Elena?

—¿Quieres ayudarme?, si no lo hago yo sola.

La colocaron debajo del ventanuco, a un lado de la puerta, y Elena le indicó que se subiera. Marta tenía unas piernas muy largas y se apoyó en una oquedad del muro para meter la punta del pie y alcanzar la embocadura del vano. Una vez allí lo empujó, estaba abierto. Metió la cabeza dentro y comprobó que la fortuna les sonreía, pues al otro lado había un baúl, así que se apoyó en él para bajar. Elena, más pequeña, lo tuvo más difícil para trepar, pero también lo consiguió.

Era solo una antesala, sin más vanos que aquel ventanuco y una nueva puerta. Elena se aproximó a ella, vio que tenía otro cerrojo y que, además,

también contaba con una mirilla con una reja en la parte alta.

Abrió la mirilla.

Entonces se escuchó un ruido que provenía del interior.

Marta se alarmó, pero su hermana mayor sonrió y se acercó de nuevo.

—No lo hagas —le pidió—, no sabemos lo que hay.

—Exactamente.

Elena se asomó por la mirilla, pero mostró cierta decepción en el rostro al ver lo que había dentro.

—¿Qué ves?

—Nada, está oscuro.

—No teníamos que haber entrado —se lamentó Marta—, vámonos antes de que nos descubran los monjes.

—Espera. —Y Elena volvió a asomarse, la mirilla era pequeña y la reja impedía meter la cabeza para ver mejor.

La puerta crujió y alguien la arreó desde el interior, a los golpes les siguieron los gruñidos y se oyeron unas palabras ininteligibles.

—¿Quién eres? —Marta se atrevió a preguntar, sin obtener respuesta.

—Hugh de Hastings —pronunció para sorpresa de ambas.

—¿Cómo?

—Hugh de Hastings —repitió.

—Te llamas Hugh.

—Hastings.

—Debe de ser su apellido —comentó Elena—, ¿de dónde sois?

No respondió.

—¿Entendéis lo que os digo? ¿Por qué estáis encarcelado? —insistió.

—*The prince*.

—¿Qué decís?

—*The prince of Welsh*.

—No entiendo lo que dice —le dijo Marta, desesperada.

—Yo tampoco…

—*Is this a monastery?*

—Monasterio, sí —respondió Elena, que se acercó más a la puerta—, estamos en el monasterio de Veruela, un monasterio del Císter.

—¿Císter? —Y se hizo un silencio—. *The prince, we have to prevent the prince*.

El gozne de la puerta a su espalda crujió, Elena cogió del brazo a su hermana cuando un hilo de luz atravesó la antesala y una mano asomó por el marco. Las hermanas corrieron a esconderse detrás del baúl. La puerta se abrió por completo, una figura con hábito entró, cerró tras de sí y dio un giro a la llave, dejándola en el cerrojo.

El monje avanzó hasta la celda.

—Así que habéis abierto la mirilla, no os servirá de nada —afirmó—, nadie os escucha —abrió un pasaplatos que había a media altura de la puerta e introdujo un cuenco con caldo—, comed, andad. No quisiera veros muerto.

Del otro lado se oyó un gruñido y los ojos verdes aparecieron de nuevo por la mirilla.

—Me alegra veros —dijo el monje.

Marta asomó la cabeza intentando adivinar quién era el religioso, de espaldas parecía corpulento, de mediana estatura y con el pelo largo y negro.

—Creo que pronto podréis salir de aquí, espero con ansia ese día.

—Císter —pronunció con mucho acento el prisionero.

—Vaya, vaya —asintió el monje—, sois muy listo. Sí, soy un monje de la Orden del Císter, ¿cómo lo habéis sabido?

Entonces sonó la llamada al rezo.

—Tengo que irme, comed y portaos bien. —Cerró la mirilla y se cercioró de que estuviera segura.

Abrió la puerta y salió de la sala.

Las dos hermanas por fin pudieron respirar, si los monjes las descubrían dentro del monasterio estaban perdidas. Se incorporaron y caminaron hacia la puerta de la cárcel. Marta abrió de nuevo la mirilla, que tan bien había cerrado el monje. Entonces unos dedos se colaron entre los barrotes y tocaron su

rostro, Marta se quedó paralizada, nunca un hombre le había cogido la mano y menos un preso.

—¡Qué haces! —Elena se alarmó—. Vámonos de aquí, ¡rápido!

Marta, inmóvil, tenía la vista fija en el interior de la celda. Cuando algo brilló entre los barrotes y un objeto cayó al suelo.

Era un broche, Marta se acercó y lo tomó entre las manos. Sí, era un broche de plata y tenía forma de jabalí. Miró hacia el interior de la celda y vio unos ojos resplandecientes.

—¡Vamos! —Elena tiró de ella—. Tenemos que irnos, ya sabemos quién es el prisionero y tenemos algo suyo.

Treparon por el baúl hasta el ventanuco y, de forma torpe y precipitada, huyeron escaleras abajo y salieron del edificio.

Bizén estaba agotado, había sido una larga jornada. Intensa era decir poco. Durante las últimas horas había recorrido las dependencias más alejadas del claustro. Había llegado hasta un molino con lagar donde se molían las olivas que llevaban los campesinos de las tierras de Veruela para obtener un preciado aceite de color oro intenso. Después había recorrido toda la muralla y el exterior de la iglesia y el claustro.

Se le había hecho tarde y se hallaba realmente cansado, con ese sueño tan recurrente que sufría en Veruela. Los aires del Moncayo le hacían dormir más y mejor que en ningún otro lugar donde hubiera estado antes. Debía de ser la falta de humedad, el clima tan seco debía de estar afectándole.

Por fin, se retiraba a su celda en la hospedería. Entonces algo llamó su atención en el tejado de la iglesia. Era la gran lechuza blanca que había visto en otras ocasiones al caer la noche. Echó a volar. Esos animales nocturnos lo fascinaban y se quedó observando cómo se posaba en un árbol cerca de donde él se encontraba y le miraba con unos ojos grandes.

La lechuza levantó el vuelo y escapó a su vista.

Él retomó su camino y, justo cuando iba a entrar en la hospedería, dos jovenzuelas salieron corriendo de su interior.

La primera de ellas era una muchacha de cabello oscuro y largo como un manto, alta y de mirada temerosa. Iba acompañada de otra de menor estatura,

luminosa, rubia, blanquecina y hermosa, que lo miró con descaro, confiada, con un inusual aplomo.

¿Qué hacían dos muchachas dentro del monasterio? ¡Y a esas horas tan oscuras!

—Esperad, no temáis —les dijo.

—Nos han descubierto… ¡Corre! —La rubia se apresuró a echar a correr y la más alta tardó en reaccionar, pero también lo hizo.

—No, ¡por favor! No diré a nadie que os he visto.

Y Bizén alcanzó a la más esbelta de las dos, cerrándole el paso.

—De verdad que no quiero haceros daño. —Bizén alzó las dos manos en señal de paz—. ¿Cómo os llamáis?

Marta intentó zafarse de él, pero el forastero la cogió fuerte del brazo y no la dejó.

—No soy monje, estoy de paso en Veruela y no tengo ninguna intención en delataros. Creedme, por favor.

La joven pareció tranquilizarse.

—Mi nombre es Bizén de Ayerbe, ¿y el vuestro?

—Marta, me llamo Marta —repitió.

—¿Qué hacéis dentro del monasterio solas y a estas horas tan oscuras?

Bizén observó bien a la muchacha, era menos hermosa que la otra que había logrado huir. Tenía una extraña oscuridad en la mirada que lo perturbó. Parecía de ese tipo de mujeres imposibles de descifrar, de las que se ignora lo que son capaces de hacer y cuya frágil apariencia esconde muchas sorpresas.

—Hemos entrado sin que los monjes lo sepan —confesó Marta, que todavía estaba agarrada por el brazo.

—Eso es muy peligroso. ¿Y si os cogen? No creo que fueran muy indulgentes con vosotras.

Entonces intentó zafarse de nuevo, pero sus esfuerzos fueron en vano.

—No temáis, no voy a haceros nada.

En ese momento se oyó un ruido a su espalda.

—¡Alto! ¿Quién anda ahí? —gritaron.

—Es uno de los monjes —murmuró Bizén, que se percató del miedo en la mirada de Marta—, ¡corred! Idos de aquí. —Y la soltó—. ¿No me habéis oído? Largaos antes de que llegue.

La joven vio cómo se acercaba una figura con una antorcha.

—Gracias. —Y echó a correr.

Antes de perderle de vista, Marta se volvió y miró por última vez a Bizén.

Fue tan solo un instante.

—¡Notario real! —Fue el monje portero quien apareció empuñando una espada—. ¿Qué hacéis aquí fuera?

—Necesitaba tomar el aire, hermano Cipriano.

—¿En medio de la noche? No son horas.

—Lo sé.

Oyeron un maullido y un gato pardo se acercó para restregarse entre las piernas de Bizén, ronroneando. Este se agachó y le acarició el lomo y el gato se estiró sobre las patas delanteras.

—Idos a vuestra celda, no está permitido a nadie rondar a estas horas por el monasterio.

—Tenéis razón, disculpad si os he alertado. —Bizén no pudo apartar la vista de la espada y el hermano Cipriano se percató de ello.

—Soy el monje portero, todas las defensas están bajo mi responsabilidad, así que no os extrañe el verme armado —recalcó el hermano—, estoy aquí para proteger Veruela de todos y de todo.

—Por supuesto.

—Antes que monje fui cruzado, he estado en Tierra Santa y he derramado suficiente sangre infiel para regar más campos de los que podéis imaginar.

—No lo pongo en duda.

—Sabed que no me gusta que nadie ronde por Veruela a estas horas —le advirtió el hermano Cipriano—. No volváis a hacerlo —refunfuñó el monje portero—, bastantes problemas tengo ya como para encima estar pendiente de un forastero.

Bizén dejó al animal en el suelo y se encaminó hacia la hospedería, el gato le siguió e hizo intención de querer entrar también. Él lo miró con pena y le

dejó pasar. Subió la escalera acompañado del animal, que no dejaba de mirarle, hasta que llegó a su celda. Abrió la puerta y el gato se coló de inmediato, dio un par de vueltas por ella y se acomodó encima de la cama.

Él prefería no estar solo aquella noche, se desvistió y se metió en la cama. Se tapó bien hasta el cuello, mientras el gato se acomodaba a sus pies, y cerró los ojos.

A pesar de todos los acontecimientos acontecidos en los dos últimos días, solo hubo una imagen que no pudo quitarse de la cabeza aquella noche en su celda del monasterio de Veruela: la de Marta mirándole antes de echar a correr y perderse en la oscuridad.

DÍA CUARTO

LA TORMENTA

22

La biblioteca

El hermano Bartolomé vio caer el primer rayo, al que siguieron dos más y un tremendo trueno que retumbó como si fuera el fin de los días. El monje se apresuró a cerrar todas las ventanas del edificio.

Mientras, el resto de los frailes acudían a maitines como cada día. La paz que solía rondar aquella oración se veía perturbada por el golpeteo del agua sobre la bóveda del templo. El tremendo estruendo que propiciaba alteraba los cantos de la congregación. La lluvia duró toda la mañana, después de prima pareció amainar un poco, pero enseguida volvió a caer con fuerza. La mayoría de los monjes no tuvieron más remedio que permanecer en las dependencias del claustro. En el patio, las gárgolas escupían el agua por sus deformes bocas, el viento gemía a través de los vanos del monasterio y la lluvia lamía los muros de piedra, cuando la puerta de la biblioteca se abrió rechinando sobre sus goznes. El hermano Rogelio alzó la vista con parsimonia, el rostro de Bizén de Ayerbe surgió del otro lado de la puerta.

—Notario —el monje de pelo rizado se sorprendió al verlo—, parece que el cielo quiere desplomarse sobre nosotros.

—Así es, quizá sea por nuestros pecados —afirmó Bizén.

—Quizás.

—¿Estáis solo?

—Sí, el hermano Hugo acaba de ir a la cilla a buscar no sé qué pergamino que necesita revisar.

—Espléndida biblioteca…

—¿Os place la lectura? —preguntó el hermano Rogelio.

—Desde luego.

—Olvidaba vuestro trabajo, estaréis cansado de consultar leyes, edictos y testamentos —sugirió el monje.

—También leo de otros temas. —Bizén se acercó a las estanterías de libros—. ¿Puedo?

—Por supuesto.

Recorrió los libros, fijándose en los títulos escritos en los cantos de las páginas.

—Veo que están ordenados por temáticas, ¿tenéis cantares de gesta?

—Libros de caballería… me temo que no, esto es un monasterio —respondió con una media sonrisa.

—Lástima.

—¿Es eso lo que os agrada?

—Me entretiene —contestó Bizén mientras hojeaba uno de los libros más pequeños.

—¿Alguno en especial?

—Sí, hace poco cayó en mis manos una historia de un caballero castellano que luchaba por recuperar su honor.

—Un tema recurrente. Temo el día en que el honor no valga nada, en que los hombres se conformen con riquezas, fama y otras banalidades —murmuró el monje.

—Mis hermanos tuvieron la suerte de armarse caballeros, como mi padre y mi abuelo. Yo no tengo espada, solo una pluma; ni escudo, tan solo un libro que leer.

—Estimado Bizén, no deberíais subestimar el poder de las palabras escritas, en más de una ocasión han sido el arma con la que se han ganado las más cruentas guerras. El pergamino es poderoso, la palabra escrita alcanza un poder que la hablada ni siquiera imagina.

—Preferiría empuñar una espada, es lo que siempre he anhelado.

—Es difícil que, al crecer, uno pueda ser lo que realmente soñaba de niño —musitó el monje—. En este mundo pocos pueden elegir, quizá lleguen días mejores en el futuro, pero nosotros ya no estaremos aquí para contemplarlos.

—O peores.

—También es posible, Dios no lo quiera. —Y el hermano Rogelio señaló al cielo con ambas manos.

—Vos tampoco soñabais con ser un monje…

—Yo no podía permitirme el lujo de soñar. Sin embargo, la Iglesia tiene una excelente virtud: no entiende de lazos familiares —dijo el hermano Rogelio mientras se apoyaba en el respaldo de la silla—. No podemos tener hijos legítimos, y eso es bueno.

—¿Por qué razón?

—Obliga a la Iglesia a renovarse constantemente. Aquí dentro se aprecian las virtudes, aunque provengan de un lego —afirmó el monje—. Fuera de estos muros no es así, quien nace campesino muere campesino.

El singular rostro del monje, con los pómulos hundidos, los ojos oscuros y unas pobladas cejas que llenaban toda su frente llamaba la atención de Bizén.

—Os he observado estos días, ya sabéis que tengo puestas mis esperanzas en vos.

—Lo tengo presente, aunque, francamente, no he descubierto nada en ese sentido.

—Solo os lo recordaba, me pregunto si he apostado bien mi suerte. No parece que avancéis en exceso en la investigación —recalcó el monje.

—¿No me creéis capaz de hallar al asesino del lego?

—Poco habéis progresado, la verdad.

—Precisamente os andaba buscando por eso, necesito más información sobre algunos aspectos del funcionamiento de este monasterio. ¿Tenéis libros de registro?

—Por supuesto, aquí están. —Y el hermano Rogelio fue hacia una zona con varios libros encuadernados en piel oscura—. Defunciones, compras y ventas del monasterio…

—¿Habéis dicho defunciones?

—Sí, claro.

—¿Está ya registrada la del hermano Octavio?

—Se hace todo al instante. Es la única manera de hacer las cosas bien, ¿queréis verla?

—Por favor. —Bizén mostró mucho interés.

—Vamos a ver —y el hermano Rogelio tomó uno de los libros—, tiene que estar aquí. —Pasó varias hojas—. Sí, ahí lo tenéis. La fecha y el nombre del hermano Octavio.

—Ya veo, aparecen todas las defunciones de monjes, ¿no es así?

—De legos y de novicios también, todos los que son enterrados en el camposanto del monasterio, el que está anexo a la iglesia.

—Que comunica con ella por una puerta en el crucero.

—Así es, veo que vais conociendo Veruela. —Y mostró un rostro más amable.

—Me sigue sorprendiendo la magnitud de vuestras posesiones —afirmó Bizén mientras repasaba más anotaciones de ese mismo libro.

—Es el alma del Císter, nuestras abadías no solo están dedicadas a labores espirituales. El trabajo de la tierra, de los metales, cualquier trabajo es digno y nos engrandece —respondió orgulloso el monje—. Los monjes oramos y los legos trabajan bajo nuestra supervisión.

—Por eso vuestra orden dispone de tantos recursos y riquezas.

—Yo no diría tanto.

—Atesoráis más que muchos reinos —insistió Bizén.

—Los primeros hermanos llegaron a este recóndito lugar para traer la palabra del Señor. Esto era tierra de infieles y cuando se reconquistó ellos no se marcharon, dicen que ni siquiera lucharon por defenderla.

—¿No defendieron su hogar de nosotros, los cristianos? —preguntó extrañado Bizén.

—Eso he oído, asumieron la llegada de un nuevo señor, sin más. Pensad que esos musulmanes no eran árabes, sino muladís.

—Conversos.

—Exacto —confirmó el hermano Rogelio—, escaso bagaje los unía con los infieles de Córdoba o Sevilla. De hecho, sus antepasados estuvieron en

guerra contra emires y califas, este territorio llegó a ser independiente en esa época, casi un reino —dijo el monje.

—Pensaron que los cristianos no serían peores que los omeyas, los jefes muladís o los almorávides.

—En cierto modo es cierto, pero conservaron su fe.

—Supongo que cuando te crían creyendo en un dios es difícil cambiarlo por que lo digan unos invasores, por muy verdadero que sea —puntualizó Bizén encogiéndose de hombros.

—Por eso el Císter se asentó aquí —sentenció el monje—, para poder traer la palabra del Señor a estas tierras y, no solo eso, también para lograr que fueran prósperas. Nadie quería venir a este lugar. La mejor manera de cristianizarlas era que fueran rentables. Al final los hombres quieren seguridad y vivir mejor, si hay comida y progreso, todo es más fácil.

—Y ¿cómo hacéis para sacar partido a tanta extensión de tierra?

—Creamos granjas.

—En todos los lugares hay granjas —afirmó Bizén restándole importancia a ese hecho.

—Pero nuestras granjas son diferentes, más complejas. La especialización del trabajo es esencial en nuestra orden, cada uno de nosotros tiene una función clara y específica. El hombre tiende a dispersarse, debe saber qué hacer en todo momento.

—Muy bien, pero ¿cómo son esas granjas para que sean especiales?

—Son conjuntos formados por viviendas y lugares de trabajo —contestó el hermano Rogelio—, habitadas por conversos, con graneros situados a no más de un día de camino de la abadía. Cada granja es explotada por un máximo de veinte legos.

—No es una mala cifra.

—Es el número ideal en términos de gestión, porque más allá encontramos problemas para motivar a todos para el trabajo.

—Habéis dicho que si hay más de veinte hombres en una granja ya no es rentable… ¿Por qué?

—Los hombres tienden a crear lazos, a formar una familia en el sentido amplio de la palabra, eso permite que afronten los problemas y las tareas

juntos. El simple sentimiento de pertenencia al grupo los ayuda a… ¿cómo podría decirlo? —pensó en alto—, a estar dispuestos a sacrificarse por el prójimo, al que consideran casi de su sangre.

—Eso es bueno… Pero hay un límite —afirmó Bizén—, a partir de un número, esos lazos no son tan fuertes, ¿verdad?

—Hay otras órdenes que se implantan en las ciudades y logran riquezas de formas muy diversas. La nuestra lo que quiere son tierras, cuantas más mejor. Terrenos yermos, bosques, zonas sin roturar, sin regadíos. Nosotros convertiremos un desierto en un vergel.

—¿Cómo se puede lograr amasar tal cantidad de terreno?

—De muchas maneras, algunas son obvias, comprándolo, otras por permuta y luego están los más importantes: las donaciones.

—Los propietarios firman sus testamentos a favor del monasterio, ¿sin más?

—No, no, previa aceptación nuestra de la celebración de un número de misas que hay que realizar durante años.

—¿Y lo hacéis?

—Llevamos un registro diario, cada miembro de la congregación sabe perfectamente las misas que debe celebrar para cumplir lo acordado.

—Pero ahora sois pocos monjes.

—En efecto.

—Luego, no podéis cumplir con la palabra dada.

—Eso ya no es culpa nuestra, a veces surgen causas de fuerza mayor —se disculpó el monje.

—¡Eso no es cristiano!

—Nos esforzamos, pero esta tierra lleva años en guerra, entendedlo.

—Ya no sé qué creer… En esta tierra los engaños y habladurías son habituales, he oído historias…

—Sí, ya imagino… Leyendas de gnomos y nigromantes, de nereidas y brujas —murmuró el monje—. Lleváis pocos días en el Moncayo y ya os han poseído esas historias, es la maldición de este lugar.

—¿Cómo es que no las habéis extirpado?

—El Moncayo no es una montaña más, solo os voy a decir una cosa: a su alrededor están la fortaleza de la Orden de San Juan, encomiendas de los antiguos templarios, un obispado, nuestro monasterio, ermitas e iglesias a decenas… todos rodeando la montaña.

—Como si formaran un anillo, una barrera.

—Vos lo habéis dicho.

—Desde Veruela hacia la cumbre del Moncayo solo hay dos plazas más: Alcalá y la encomienda sanjuanista de Añón, ¿por qué creéis que hay monjes guerreros en ese lugar tan alto?

—No lo sé, y tampoco estoy seguro de si quiero saberlo.

—En ese caso no os diré más, solo recordad que aquí tenemos una tumba vacía, un muerto dentro de un templo cerrado y, además, a escasas fechas de la noche de Ánimas. —El monje se santiguó—. Si corre la voz, cundirá el pánico, podría ser el fin de Veruela.

—¿No exageráis?

—Si los siervos se llegan a enterar… os aseguro que no, huirán como ovejas asustadas. Creerán que hay algo maligno en todo esto. Daos prisa en dar con el culpable —el hermano Rogelio le cogió del brazo—, y sobre todo no os olvidéis de nuestro trato.

Se oía caer la lluvia cada vez con más fuerza, las grotescas gárgolas del patio del claustro no daban abasto para aliviar tanta agua. La parte central se comenzó a anegar, las conducciones de agua estaban al límite, si no cesaba pronto la tormenta, ocasionaría terribles daños en Veruela.

—A veces las cosas no son lo que parecen. —Bizén miró al fondo, donde se apilaban estanterías repletas de grandes códices—. Me resulta casi imposible hablar con vuestros hermanos dentro del claustro.

—El voto de silencio no solo favorece la introspección y la elevación del espíritu —explicó el monje—, renunciar al placer de la charla y de la conversación es también uno de los mayores sacrificios que pueden realizarse y, por tanto, de los más valorados por Dios.

—Pero la convivencia requiere inevitablemente un mínimo de comunicación y en la comida a la que asistí, aunque nadie hablaba, parecíais entenderos solo con la mirada, como si hablarais con…

—Gestos.

—Sí, esa fue mi impresión.

—Bizén de Ayerbe, sois un hombre interesante —afirmó el monje— y observador, muy observador.

—Hay acciones que necesitan de comunicación, habláis cuando estáis a solas conmigo, pero cuando otro monje se cruza con vosotros el silencio es total.

—Y ¿no tenéis ninguna teoría?

—Sí, os observé bien en el refectorio —contestó Bizén—, creo que hay gestos que solo conocéis vosotros y tienen un significado preciso, los utilizáis para no hablar.

—Hemos desarrollado una lengua de signos.

—¿Con las manos?

—Sí, en casi todos los cenobios cistercienses existe —respondió complacido por la pregunta—, aunque en algunos llegan a contar con un lenguaje con nada menos que cuatrocientos setenta signos distintos, nosotros no llegamos a tanto —puntualizó—, como imaginaréis suple con suficiente solvencia a la lengua hablada.

—¿Qué sentido tiene entonces el voto de silencio?

—Probar a estar un día sin hablar y vos mismo responderéis a esa pregunta.

—No estoy para ese tipo de juegos —advirtió—, así que podéis comunicaros sin hablar.

—No solo eso, podemos oír sin escuchar.

—¿Qué quiere decir eso? ¿Hacéis magia también?

—Es más sencillo y menos herético, creedme —dijo de nuevo con esa media sonrisa tan irritante—. Hasta hay quien puede leer los labios.

—¿Leer los labios?

—Por ejemplo. Si estáis hablando en una galería del claustro y un monje está en la de enfrente no puede oíros aunque gritéis. Muy bien, pues si puede ver el movimiento de vuestros labios, sabrá lo que estáis diciendo.

—Lee las palabras que salen de mi boca, sabía que podía hacerse…

—Claro que sí.

—Este lugar… —y Bizén negó con la cabeza— es como un gran armario y en cada cajón que uno abre se encuentra otro más pequeño, de modo que nunca sabe cuál es el último.

—Abridlos todos, es la única manera de encontrar aquel en el que está escondido lo que buscáis —asintió el monje—. Os voy a contar algo sobre un animal que se llama castor, es muy manso y sus testículos son útiles en medicina para diversas enfermedades. Cuando un cazador rastrea su pista, va tras él; pero el castor, al mirar hacia atrás y ver al cazador que va siguiéndolo, inmediatamente se corta los testículos de un mordisco y los arroja ante la cara atónita del cazador y así consigue escapar. El cazador, por su parte, los recoge y ya no sigue persiguiéndolo, y se aleja de él. Y si vuelve a darse el caso de que otro cazador lo rastree y lo persiga, el castor, viendo que ya no puede escaparse, se yergue y muestra sus genitales al cazador. Este, a su vez, al ver que no tiene testículos, se aleja de él.

—Jamás había oído decir que el castor haga tales cosas.

—Al igual que el castor, todo el que se comporta de acuerdo con los mandamientos de Dios y quiere vivir castamente, arranca de sí todos los vicios y todos los actos impuros y los arroja a la cara del diablo —explicó el monje—; entonces este se aleja de él, desconcertado.

—Cuando habláis en clave soy incapaz de descifrar el mensaje…

El monje se incorporó y fue hacia uno de los ventanales de la sala de la biblioteca.

—Sabéis que el Moncayo se halla ahí, vigilante.

—Sí, cómo no saberlo, domina todas estas tierras.

—Desde la ciudad más importante del reino, Zaragoza, miran al oeste y ven esta montaña, hermosa y solitaria —dijo el hermano Rogelio con la mirada perdida—. Muy a menudo sopla un fuerte viento que recorre todo el valle del gran río que pasa por esa ciudad: el cierzo. Sus habitantes observan de dónde procede, y al ver el Moncayo lo maldicen por mandarles ese viento helador en invierno y sofocante en verano.

—Yo también lo haría —musitó Bizén.

—Ese viento no procede de nuestra montaña, lo único que sucede es que el cauce del río pasa muy cerca. El cierzo proviene del propio valle —aclaró el hermano Rogelio.

—Lo que pretendéis decirme con eso es que…

—A veces dos cosas parecen íntimamente relacionadas y, sin embargo, todo puede ser una mera casualidad, un error de nuestra vista —afirmó.

—Eso puedo entenderlo, pero lo del castor…

—Si un hombre decide desprenderse de todos sus males y tentaciones, lo hace —dijo desde la penumbra del ventanal—; en cambio, si su voluntad no es firme, siempre guardará algo, encontradlo y daréis con su mal.

—Eso quiere decir…

—Descubridlo vos mismo, ahora debéis iros.

23

El jabalí de plata

La tormenta, lejos de cesar, estalló como si un mar se desbordara desde el cielo, el agua de los torrentes próximos saltaba y se retorcía en el cauce, como una culebra furiosa; el viento, agitado y terrible, zumbaba por entre los huecos de las peñas, levantaba remolinos de polvo y de hojas secas, y sacudía las copas de los árboles inclinándolas hasta el suelo.

Un relámpago iluminó un cielo oscuro como la noche.

Los habitantes del Moncayo tuvieron que resguardarse en sus casas durante todo el día. Los monjes se encargaron de proteger numerosos edificios y de poner a buen recaudo todos los víveres. Estaban bien organizados, así que dieron una pronta y efectiva respuesta.

Marta se alarmó con el golpeo salvaje de la lluvia sobre el tejado, estaba todavía medio traspuesta por la última aventura.

La puerta se abrió con inusitada brusquedad y chocó contra la pared, el agua comenzó a entrar en la casa empujada por el viento y tras ella apareció su tía, Francisca, empapada, con el pelo desmadejado, los ojos hundidos en unas enormes ojeras y tan fatigada que parecía que hubiera envejecido varios años de golpe.

—¿Qué haces ahí parada? —gritó.

—Yo… ¿Qué le ha pasado, tía?

—A mí nada. ¿No ves qué tormenta? —le gritó como solía hacer—. ¡Corre! Cierra todas las ventanas y comprueba que no haya goteras por toda la casa.

—Sí, tía. —La muchacha dio un respingo y salió hacia su dormitorio.

—¿Se puede saber dónde se ha metido tu hermana mayor?

—No lo sé.

—¡Esa mocosa! Cuando aparezca se va a enterar de lo que vale un peine. —La tía Francisca se quitó la ropa de abrigo y se acercó al fuego para calentarse.

Marta se aseguró de que todos los vanos de la casa estaban cerrados y puso baldes allí donde se filtraba el agua. La lluvia descargaba de buena gana contra el endeble tejado de aquella casa, más preparada para resistir el frío que un aguacero de semejante calibre.

—Ayúdame a atrancar esa ventana —le pidió su tía mientras empujaba un armario.

Marta obedeció. El mueble era pesado y apenas podían moverlo entre ambas. Así que su tía cambió de idea y fue hacia la mesa: entre las dos pudieron empotrarla contra la ventana.

—¿Y Elena?

—Esa… ¡Que no vuelva!

—Con esta lluvia… —Marta no dejaba de escuchar el agua golpeando el tejado—, ¿y si le ha pasado algo?

—No caerá esa breva —graznó la tía Francisca mientras intentaba contener una de las goteras—. Cuando salí, todavía estabais durmiendo, ¡holgazanas! Suerte tenéis de que me haya cogido la tormenta y me haya tenido que resguardar. Si llego a volver y os encuentro todavía en la cama… mejor que no sepas lo que os hubiera hecho.

En esta ocasión su tía tenía razón, tras volver la noche anterior de su incursión al monasterio, se habían quedado dormidas toda la mañana. La lluvia había ayudado a que no las echaran en falta, pero aun así el enfado de su tía era tan desmesurado como cabía esperar.

La tía Francisca fue hacia la puerta y echó la tranca.

—¿Qué hacéis?

—Que se busque la vida cuando llegue.

—Está diluviando, ¡no podéis hacer eso! —Y Marta se acercó hasta la puerta y la liberó.

—Pero ¿qué te has creído? Vuelve a cerrarla de inmediato, esta es mi casa.

—De ninguna manera, no podéis dejarla fuera, por favor.

—Eso ya lo veremos.

Entonces se abrió de nuevo la puerta y tras ella apareció Elena, con su hermoso pelo dorado mojado por la lluvia. Entró en la casa, fue directa hacia el fuego y extendió las palmas de las manos para calentarse.

—¿Dónde estabas, desvergonzada? —Su tía la increpó de inmediato.

—He ido por leña.

—¡Mentirosa! Si no has traído nada, a saber dónde y con quién estabas —la increpó la mujer mientras hacía todo tipo de aspavientos—, que tú a mí no me engañas.

—Está fuera, como era mucha me ha ayudado Nuño, el hijo del herrero —respondió con cara de no haber roto un plato—. Una carreta entera, tía.

—Eso no puede ser. —La mujer se dirigió a la puerta y se asomó bajó la lluvia—. ¡Dios santo! Al final vas a ser útil para algo… —Y se rascó la barbilla antes de entrar y murmurar algo más, que no parecía nada agradable.

Ella sonrió y siguió calentándose las manos. Su hermana pequeña no daba crédito, se cruzaron las miradas y Elena frunció el ceño.

—Cuando termines de meterla en casa, me ayudaréis a vaciar un par de calabazas que he conseguido —les dijo su tía—, se acerca la noche de Ánimas, quiero ponerlas fuera de la casa.

—¿Es verdad que si no lo hacemos pueden entrar los muertos? —preguntó Marta.

—Claro que sí, a más de uno le ha pasado. Las calabazas sirven para indicarles el camino al cementerio. Además, debemos poner una vela por cada familiar difunto.

—Nosotras las pondremos por nuestros padres, tía —afirmó Marta.

—Hay que ahorrar velas, no sé por qué pero quedan pocas, así que poned solo una, ¿me habéis oído bien?

—¿Por qué? No podemos hacer eso, son nuestros padres —se quejó Elena, molesta.

—¡Porque sí! Con una os bastará, las velas son caras y no hay que malgastarlas. Si ponéis una sola y pensáis en ellos, no hay nada que temer.

—Pero tía… —insistió de nuevo la hermana mayor.

—¡Silencio he dicho! Ahora a la mesa, que luego tenéis trabajo que hacer. Cuanto antes empecéis con la leña, antes terminaréis.

Comieron juntas y después entraron toda la leña que había traído Elena. La lluvia no daba tregua. Su tía se recostó y entonces las dos hermanas encontraron el momento de hablar.

—¿Dónde estabas? —quiso saber Marta.

—Cogiendo leña.

—Eso no es verdad, a mí no me mientas.

—Claro que sí, nos hemos dormido esta mañana y sabía que si no hacía algo la tía nos lo haría pagar. Así que te he salvado de una buena, por si no te has dado cuenta.

—¿Cómo has conseguido la leña? El hijo del herrero no ha podido dártela —insistió la hermana menor.

—Marta, no se lo digas a la tía, me ha ayudado un monje.

—¡Del monasterio! ¿Por qué?

—No lo sé, era el monje del otro día —respondió Elena—, el que nos habló cuando estábamos tendiendo.

—Pero ¿por qué te ha dado la leña? ¿Qué te ha dicho?

—Me pidió que le cantara la nana.

—¿Y lo has hecho?

—Claro, me ha dado la leña solo por eso —afirmó entusiasmada—, luego me preguntó si me acordaba de cuándo me la cantaban, pero la verdad es que solo recuerdo la canción.

—Qué extraño.

—Bueno, mientras nos ayude, qué más dará… La tía ya se ha calmado, ¿no? Pues ya está —susurró Elena para que esta no la oyera—. Hay asuntos más importantes de los que hablar, tenemos que volver a casa de la vieja del camino.

—Ya lo sé… pero ¿cuándo?

—¿Tú qué crees, Marta? Hoy mismo —zanjó la hermana mayor.

—¡Está diluviando!

—En cuanto pare, ¡calamidad! —dijo y miró de reojo a su tía para comprobar que seguía durmiendo a pesar de sus voces.

—Bueno, pero solo si para la tormenta, no podremos llegar hasta allí con esta lluvia.

—Marta, esta es mi mejor oportunidad para irme de aquí. Quizá también la tuya. Recuérdalo y no la desperdicies.

Elena la dejó sumida en sus pensamientos y fue también a recostarse; Marta se quedó sola. Aprovechó para asomarse a la ventana y sacar el broche de plata con forma de jabalí que había guardado entre sus ropas. Nunca había tenido entre las manos nada tan valioso, miraba ensimismada el brillo del metal y pasaba los dedos por el relieve del animal.

¿Por qué se lo habría dado ese hombre encarcelado?, pensó.

Les había dicho su nombre. Ahora que tenía que volver a ver a la vieja del camino se preguntaba si aquello estaba bien. Era un monje quien había entrado cuando ellas estaban allí dentro, si ellos descubrían lo que habían hecho, el castigo que recibirían sería mucho peor que las bofetadas de su tía.

24

Las reliquias

Rizén estaba frente a la portada de la iglesia. La sencillez de su arquitectura contrastaba con las ostentosas edificaciones que se levantaban entonces en las ciudades. Quería estar solo para ordenar sus ideas. El hermano Rogelio le había explicado cómo se organizaba el monasterio y sus granjas; le había advertido sobre las gentes que no son capaces de renunciar a su lado más oscuro, como hacía el castor. Y ahora también estaba al tanto de lo del lenguaje de signos. Pero nada de eso parecía servirle en su investigación.

Oyó unas pisadas acercándose.

—Esa puerta apenas se abre. —Era el hermano Timoteo el que se había acercado hasta él.

—Tengo entendido que solo se usa cuando vienen personajes ilustres.

—Así es. —El monje arquitecto resopló—. Es una portada austera, como nosotros, como deberían ser todos los hombres, humildes y serviciales.

—Pero hay algún capitel con figuras…

—Todo tiene una explicación, es una referencia a estas tierras, un guiño del maestro que lo talló.

—Representan las figuras de cinco hombres, ¿qué significado tienen?

—Os lo diré si me guardáis el secreto. —Timoteo esperó a que el notario asintiera—. Es una de las leyendas entorno al Moncayo, la que hace referencia al dios pagano Caco. Este habitaba en una cueva, a su alrededor pastaban los bueyes del mítico Hércules. Caco robó parte de ellos haciéndolos

entrar en la cueva caminando hacia atrás para que su rastro hiciera pensar que habían salido de allí en vez de entrar.

—Logró engañar a Hércules… tiene su mérito.

—Son solo leyendas, falsos dioses —le advirtió Timoteo—. Pero volviendo a la historia, a pesar de la estratagema, los mugidos de los bueyes alertaron a Hércules, quien, enfurecido, fue hasta la cueva, golpeó a Caco con su colosal fuerza y lo sepultó poniéndole el Moncayo encima. De ahí proviene su nombre: monte de Caco.

—Conocéis todo tipo de historias… jamás había oído un cuento semejante —Bizén se rascó la nuca—, pero ¿qué relación guarda con el capitel?

—Representa a Caco con el cuerpo del delito, una gallina, en vez de los bueyes, y mientras es conducido con cuerdas al cuello, escoltado por cuatro guardias.

—Entiendo, hasta las mejores mentiras terminan por descubrirse.

—Eso es cierto —afirmó un Bizén con la mirada clavada en el capitel.

—Debo irme, hemos tenido que sacar las reliquias más importantes para rogar que cesen las lluvias.

—Muy bien, marchad tranquilo, hermano Timoteo.

El monje se despidió y siguió hacia la entrada al claustro. Bizén repasó el resto de los capiteles de la portada. En uno había dos seres monstruosos de largas colas enroscadas. El resto solo mostraban motivos vegetales y geométricos. El más singular era el de Caco, sin duda.

Abandonó la visión de la fachada y continuó bordeando el templo por el lado contrario al claustro. Allí llegó hasta el cementerio monacal y se fijó en las tumbas sin nombre.

Ninguno de aquellos clérigos estaba identificado y, sin embargo, había constancia de todos ellos en los libros de registro. Miró las tumbas, todas parecían iguales. Entonces se dio cuenta de que varias no tenían hierba sobre ellas, como si alguien hubiera removido la tierra, pero ¿por qué en tantas?

Y pensó en la leyenda de Caco, en la treta que empleó para engañar a Hércules.

Una idea le saltó como un resorte de la cabeza.

¿De verdad era posible lo que estaba pensando?

Un torrente de imágenes coparon sus pensamientos y casi cayó exhausto. Entonces logró despejar su mente, la aisló de toda idea banal y fue entonces cuando lo vio claro.

Decidido, fue hacia el claustro y lo atravesó.

Cuando Bizén entró en el templo, tres de las siete capillas de los absidiolos estaban ocupadas por diferentes celebraciones, los monjes habían decidido realizar plegarias a los santos más importantes para que protegieran al monasterio de las lluvias. En la primera se hallaban los hermanos Saturio, Bartolomé y Julián. En la siguiente, el prior, el hermano Esteban y el boticario. Y en la tercera, el anciano Adolfo, el Arquitecto, el joven Hugo y el hermano Rogelio. Allí fue donde se detuvo y observó a los diez monjes, que habían sacado las mejores reliquias, adelantándose al día de Todos los Santos, para rogar a los huesos de los santos que salvaguardaran Veruela de las lluvias torrenciales.

Sobre el primer altar había un relicario alegórico, en forma de brazo; la patena con el fondo dorado, donde se depositaban las formas que luego serían el cuerpo de Cristo, el cáliz y el misal en un atril.

Bizén salió al deambulatorio y se detuvo frente al sepulcro del infante heredero.

En la lauda destacaba la forma de los escudos que tenía tallados, ambos llevaban los cinco palos del Señal Real y, el segundo de ellos, una bordura cargada de veinte escudetes con sendos castillos.

Se preguntó qué sucedería con su cuerpo cuando muriera. Le enterrarían en una tumba mucho más austera en un camposanto, pero ¿qué pasaría después? Cuando hubieran pasado cien años, ¿qué sería de su tumba? Si habían profanado la de un príncipe… ¿qué no harían con la de alguien como él?

Y entonces entendió la razón de que nobles y caballeros quisieran ser enterrados en lugares como aquel. El porqué de que donaran grandes riquezas y bienes para que los monjes cuidaran de sus sepulcros y para que rezaran por ellos.

Nadie quiere ser olvidado.

Nadie quiere que profanen su tumba cien años después y se deshagan de sus restos.

Quizás estuviera empezando a entender el móvil de que semejante crimen.

Cuando el reloj mecánico dio la hora, los monjes dieron por terminadas las misas y tomaron asiento en el coro. Con la tormenta arreciando en el exterior y todos los monjes cantando, Bizén se quedó a seguir los oficios.

Terminó la liturgia y los monjes abandonaron el coro; Bizén fue a su encuentro y se plantó frente a ellos.

—Prior, hermanos —los saludó.

—¿Qué ocurre, notario? —El prior le miró extrañado.

—Veo que estáis ocupados rogando porque cesen las lluvias.

—Dios protege este monasterio —respondió el prior—, ha salido de situaciones peores a lo largo de los más de doscientos años que lleva aquí, en el Moncayo. Parecéis intranquilo, notario. ¿Qué os sucede?

—Quizá sepa quién mató al hermano Octavio —murmuró Bizén con la voz temblorosa.

Los monjes enmudecieron y fijaron la vista en el notario, sus rostros se tornaron ásperos y preocupados, con el miedo latente en sus miradas.

—No es verdad. —El decano Esteban lo miró con recelo.

—¿Estáis seguro de lo que estáis a punto de decir? —el hermano Rogelio alzó la voz—, sería una acusación muy grave.

—Sí, lo estoy.

—Entonces debéis compartirlo con la comunidad. —El prior llamó al resto de los monjes.

Los monjes se situaron en círculo alrededor del notario.

—Que Dios nos ayude —murmuró el hermano Bartolomé antes de santiguarse.

—Hablad, notario —el prior juntó las manos a la altura del pecho—, le escuchamos.

—Bien —al notario le tembló la voz—, todos ustedes dormían aquella noche en el dormitorio. —Dio un par de pasos y volvió a mirarles—. El hermano Octavio entró aquella noche en el interior del templo con una clara intención —prosiguió en voz alta para que le escuchara también el hermano Timoteo—. Uno de vosotros le abrió la puerta.

»Ese monje esperó despierto a que el lego se asomara por el ventanuco de la escalera, abrió la puerta y le dejó entrar, para después regresar al dormitorio donde todos los demás yacíais —explicó Bizén ayudándose de sus manos—. Creo que él no lo mató, tan solo abrió la puerta porque el abad lo había dispuesto así.

—¡Un momento! —intervino el prior—, ¿cómo que el abad lo había dispuesto? ¿Qué estáis insinuando, notario?

—Sé que es difícil de asumir, pero el abad ordenó a Octavio extraer los restos del infante de su sepulcro para que yo no pudiera reclamarlos.

—¡Eso es del todo imposible! ¿Cómo iba a querer algo así nuestro abad? —intervino el hermano Julián—. Es una falacia.

—No, os aseguro que no lo es —afirmó Bizén—, os lo he querido comunicar a toda la congregación antes de ir yo personalmente a hablar con él.

—Estáis cometiendo un error. Pero si fue el propio abad quien os pidió que investigarais lo sucedido, ¿no os dais cuenta de que lo que decís carece de sentido alguno? —continuó el prior.

—Os ruego que me escuchéis. A veces, la mejor manera de ocultar algo es haciendo que parezca lo contrario a lo que en verdad fue. Todos conocéis la leyenda de Caco. —Bizén miró de reojo a Timoteo, que estaba totalmente pálido.

—¡Basta! —El hermano Julián alzó tanto la voz que retumbó creando un imponente eco—. Prior, expulsad a este hombre de Veruela, no merece estar aquí.

—Nada de lo que sucedió esa fatídica noche es como parece, por esa razón no lográbamos avanzar. Debemos olvidar lo que el asesino nos ha querido mostrar, porque solo pretende confundirnos, igual que Caco.

—Me niego a escuchar a este forastero. —El hermano Julián se encaró con el prior—. ¿Es que vais a permitirle que acuse a nuestro abad? ¡Por Dios santo, prior!

—Notario… —el prior suspiró—, creo que os habéis excedido en vuestro cometido y me veo en la obligación de…

—¡Lo que digo es cierto! Fue el abad quien comenzó todo esto y uno de ustedes lo sabe —se pausó— y debería decirlo, no puede continuar mintiendo.

—¡No podéis pronunciar tal acusación sin pruebas! Marchaos de Veruela, idos…

—No, esperad —intervino con una voz mucho más pausada el hermano Bartolomé—, el notario dice la verdad. —Los rostros de los monjes enmudecieron—. Yo fui quien abrió la puerta al lego y sí fue el abad quien me lo ordenó.

—Pero, hermano Bartolomé… ¿qué estáis diciendo? —El prior dio un paso en falso y casi tropieza.

—La verdad, ni más ni menos —se reafirmó—: yo abrí la puerta de la iglesia.

—Y lo matasteis… —El hermano Julián cambió rápido de parecer—. ¡Matasteis a Octavio!

—¡No! Claro que no lo maté.

—¡Miente! Es un asesino, lo ha confesado —se exaltó el hermano Julián.

—Juro que no he cometido tal barbaridad —y el monje acusado se arrodilló—, solo obedecí al abad. Él me ordenó abrir la puerta —afirmó muy nervioso.

—Yo le creo —Bizén avanzó hacia él y le ayudó a levantarse—, él no mató al lego, el abad debe decirnos quién lo hizo.

—Eso no es posible, ha empeorado, no podemos hablar con él.

—¡Yo no lo maté! —exclamó el hermano Bartolomé.

—Un momento —intervino de nuevo el notario dejando a todos sorprendidos—. No lo matasteis, pero me dijisteis que estabais aquella tarde en la sala de los muertos cuando Octavio os expuso el plan, ¿cierto?

—Sí, estaba trabajando allí.

—¿Por qué estabais en la sala de los muertos? Lo más lógico sería suponer que para preparar a uno, pero ningún monje había fallecido de manera reciente, lo he comprobado con los registros de la biblioteca.

—Así es, el último hermano que perdimos murió hace más de un mes —añadió el anciano Adolfo.

—Entonces, ¿por qué os hallabais allí esa tarde, cuando decís que hablasteis con el lego? Le he dado muchas vueltas, un lugar así no se visita

sin razón —divagó Bizén—, así que forzosamente estabais preparando a un muerto, pero ¿a cuál?

—¿De qué estáis hablando? —inquirió el prior con un tono alto de voz—. ¡Adónde queréis llegar! ¿Mató o no mató el hermano Bartolomé al lego?

—Prior, lo que ocurre es que sí había un muerto que preparar aquella tarde, el propio hermano Bartolomé acaba de decir que estaba trabajando. —Bizén logró acallar a todos los presentes y provocar un ambiente de una tensión asfixiante.

»¿Queréis saber quién estaba sobre la mesa de la sala? El que debía ocupar el sarcófago real —pronunció Bizén para sorpresa de todos—. La tumba del infante heredero no podía estar vacía aquella noche, lo que pretendía el abad era sustituir los restos del verdadero príncipe por otros profanados de vuestro propio camposanto.

—¡Eso es una barbaridad! —le espetó el hermano Julián.

—Id al cementerio, la tierra de varias tumbas está removida.

—¿Es eso cierto? —El prior miró al monje.

—Yo…

—¡Responded!

—Lo ordenó el abad, Octavio debía sacar el cuerpo del infante y cambiarlo por uno que yo debía extraer del cementerio. Lo guardé y lo preparé en la sala de los muertos hasta aquella noche.

—¡Santa María! —El hermano Julián se llevó las manos al pecho.

—¿Qué sucedió cuando fuisteis a intercambiar los cuerpos? —continuó interrogando Bizén.

—Ayudé a Octavio a abrir el sepulcro real —confesó el hermano Bartolomé entre sollozos.

—¿Y luego? —Bizén utilizó un tono más sosegado—. ¿Qué pasó? ¿Por qué razón lo matasteis?

—Yo no lo maté. ¿Por qué iba a hacerlo?

—Eso es lo que debéis confesar —insistió Bizén mientras se acercaba al monje—, ¿por qué matasteis al hermano Octavio?

—¡No maté a nadie! Cambiamos el cuerpo, eso es todo.

—Y ¿dónde están los restos del infante heredero? —preguntó Bizén—. Eso sí lo sabéis.

—Se los llevó Octavio.

—¿Cómo decís? —Aquello pareció sorprender al notario.

—Yo solo debía buscar un cuerpo y colocarle ropajes que parecieran reales, no sabía qué iban a hacer con los restos del infante, lo juro —respondió a punto de desmayarse por la tensión.

—Escuchadme, hermano Bartolomé. —Bizén lo agarró del escapulario—. ¿Adónde tenía que llevar esos restos Octavio?

—¡No lo sé! —respondió mientras dos monjes lo tuvieron que sujetar por la espalda para que no se desplomara—. Abrimos la tumba, fui a la sala de los muertos a por el otro cuerpo y cuando volví…

—¿Qué? ¿Qué pasó entonces?

—Octavio estaba tendido en el suelo, desangrándose…

—Hermano Bartolomé —Bizén se llevó la mano derecha a la nuca—, vuestras palabras carecen de credibilidad.

—Es lo que pasó, ¡lo juro por Cristo y todos los apóstoles!

—Y ¿dónde estaba el cuerpo del infante? —insistió inmisericorde Bizén.

—No lo sé, me puse nervioso y no reparé en ello.

—¿Y el muerto que trajisteis? ¿Dónde están sus restos? —preguntó Bizén mirándole fijamente.

—Yo hice lo que el abad me pidió —dijo con la mirada perdida—, preparé el cadáver, solo eso. —El hermano Timoteo lo sujetó agarrándole fuerte por debajo de las axilas.

—Bartolomé, tranquilizaos —Bizén le posó las manos sobre los hombros —, recordad, volved a aquella noche. Cuando Octavio abrió la tumba… ¿qué sucedió?

—Nosotros destapamos el sepulcro real y después yo me fui a buscar el otro cadáver. Cuando regresé me encontré a Octavio en el suelo. Entonces me asusté, no sabía qué hacer y salí corriendo de nuevo a la sala de los muertos. Los restos que llevaba en los brazos los arrojé en la acequia que pasa por allí

—confesó para el asombro de todos—. Me entró el pánico, no sabía qué hacer… fue un error y lo lamento. —Y se arrodilló en el suelo de la iglesia.

—¡Santo Dios! —exclamó el hermano Saturio, mientras el resto se santiguaba y murmuraban exaltados.

—Lo siento… ¡Cristo, perdóname! —Y se tendió por completo sobre el suelo del templo con los brazos extendidos formando el símbolo de la cruz.

—Hermano, levantaos. —El prior se agachó y le ayudó a incorporarse, le tomó la cabeza con ambas manos y le secó las lágrimas—. Escuchadme, yo os creo. —Y le puso en pie.

—¿De verdad?

—Sí. —El prior miró desafiante al resto de los presentes—. Ese cadáver que tomasteis, ¿en qué estado estaba? ¿Era muy antiguo?

—Sí, así debía ser para poder sustituir al del infante heredero.

—Sin embargo, había sangre dentro del sepulcro real —comentó el prior mirando de reojo a Bizén—, ¿por qué? ¿Qué ocurrió?

—No lo sé.

—¿Estáis seguro?

—Sí, ¿por qué iba a haber sangre?

Se hizo un silencio, como si ya no hubiera nuevas preguntas que formular.

—Hermano Bartolomé —Bizén le miró a los ojos—, cuando visteis a Octavio muerto, ¿tenía la daga clavada en el cuello?

—¿Cómo?

—Chis, escuchadme —le cogió del brazo—, Octavio estaba en el suelo, desangrándose, la daga dorada estaba en su cuello, ¿sí o no?

—No, no la tenía.

—Bien —miró de reojo al hermano Timoteo—, ¿había otra arma? ¿Otro utensilio con el que pudieran matarle? ¡Tenía que haber otra arma!

—Yo no lo recuerdo, no vi nada.

—De acuerdo —Bizén le soltó el brazo—, la daga, ¿la habíais visto antes?

—Sí, la daga estaba dentro del sepulcro. El infante la tenía entre las manos cuando abrimos su tumba.

—¿Por qué no lo habíais dicho antes? Eso es muy interesante.

—Notario, esto no aclara nada, solo lo complica —intervino el decano Esteban, que había estado muy callado—. El hermano Bartolomé profanó dos tumbas, ¿cómo sabemos que dice la verdad?

—Lo hace, ¿para qué iba a mentir ahora? Bastante le pesa ya la culpa de sus actos.

—No sé qué pensar. —El prior suspiró—. Jamás hubiera imaginado que el hermano Bartolomé fuera capaz de algo así…

—Hermano Saturio —Bizén cambió el destino de sus preguntas, fue hacia él para sorpresa de todos los presentes—, dijisteis la primera vez que hablamos que habíais visto a Octavio conversar con otra persona en la galería de los legos la tarde que murió.

—Notario… —el hermano Saturio tragó saliva—, es cierto, eso os dije.

—¿Era el hermano Bartolomé?

—Apenas pude verlo, la luz era escasa.

—¡Tratad de recordarlo! ¿Era o no era el hermano Bartolomé? —Bizén subió el tono de su voz para amedrentar al monje.

—No, no era él.

—Y entonces, ¿de quién se trataba? —le preguntó Bizén gritándole en la cara—. ¿Con quién hablaba Octavio en el claustro? ¿Cuántos más vieron algo aquella noche y han preferido callar? Hermano Saturio, ¿quién era? Decid la verdad, no repitáis los errores del hermano Bartolomé.

El escuálido monje tiritaba de los nervios y no dejaba de rascarse su alargado cuello.

—Yo… había poca luz…

—Mirad lo que ha pasado por culpa de que el hermano Bartolomé no dijera lo que había hecho. ¿Os dais cuenta de la gravedad de guardar silencio?, ¿de verdad queréis ser partícipe de esto?

—No, claro que no.

—Vos también debéis confesar, ahora, aquí, delante de vuestros hermanos y de Dios. ¿Con quién hablaba el lego aquella tarde?

—Yo…

—¡Decid la verdad! —El hermano Julián alzó la voz—. Estáis en la casa de Cristo, arderéis en el infierno si osáis mentir.

—Fue al decano Esteban —dijo finalmente el monje herborista.

Los monjes enmudecieron, alguno de ellos se santiguó y todas las miradas se clavaron en el aludido.

—¿Estáis seguro? —insistió Bizén, también incrédulo.

—Así es —respondió con firmeza.

En ese instante el silencio fue sepulcral, nadie parecía dispuesto a romperlo, porque solo había una voz que debía escucharse.

—Sí, era yo —asintió impasible el decano Esteban.

—¿Y? ¿No tenéis nada más que decir? —insistió Bizén, bastante perplejo dada la expresión de su rostro.

—Yo no he matado a nadie, apreciaba a Octavio.

—¿Qué hacíais hablando con él a esas horas? ¿Por qué no lo habéis dicho antes? —El prior casi no tenía fuerzas para hablar—. No entiendo qué está pasando.

—Él me demandó ayuda.

—Ayuda decís… ayuda ¿para qué? —insistió el prior, muy confundido.

—No estaba de acuerdo con lo que el abad le había pedido hacer. Pero no tenía más remedio, él era un buen monje, piadoso como el que más. Deseaba ser un hermano como nosotros, dedicarse a la oración y el rezo, ese era su máximo anhelo —explicó el decano de manera convincente—, por eso no se atrevía a contradecir al abad.

—Decano Esteban, estáis diciendo que conocíais el plan para abrir el sepulcro.

—No, lo que Octavio me dijo es que tenía que hacer algo terrible, nada más.

—De verdad… —el prior aún no lograba reaccionar—, no puedo comprender por qué lo habéis mantenido en secreto.

—Profanar una tumba real tuvo que suponer un trauma para Octavio —explicó el decano—, por eso estaba angustiado, no podía soportarlo. Cuando hablé con él estaba solo y tenía dudas, pero no me contó sus planes.

—Algo más os diría —apuntó el prior.

—Solo que tenía miedo, ¿cómo iba a saber lo que se proponía hacer? Abrir un sepulcro… —afirmó mirando al resto de los monjes—, no podía ni imaginarlo. Él me dijo que necesitaba estar solo, por eso me fui. No tuve nada que ver con lo que sucedió, que quede claro.

—Pero, decano Esteban, ¿por qué no habéis dicho nada hasta ahora? —inquirió el prior, que no terminaba de asimilar los hechos.

—¿Para qué? Octavio recibió una orden del abad y no quería cumplirla. De todos modos, si lo hubiera dicho, era mi palabra contra la del abad. No hubiera servido de nada.

—¿Son conscientes de que todos me han mentido? ¡Nadie ha dicho la verdad hasta ahora! ¡Nadie! —La voz de Bizén retumbó en las altas bóvedas de piedra—. Deberíais saber que la verdad se corrompe tanto con la mentira como con el silencio.

—Lo siento, no estoy orgulloso de lo que hice. —El hermano Bartolomé volvió a hablar—. Pero yo no lo maté, ni tuve nada que ver en su desgraciada muerte. No quería interferir en las órdenes del abad.

—¿Cómo pretendéis que confíe ahora en vos? ¡En ninguno!

—Creo que lo mejor será que nos tranquilicemos. —El prior pareció recuperar el temple y la calma—. Ya hemos oído a los hermanos, sugiero que nos retiremos. Es la hora de la comida —y señaló el reloj mecánico—. Vayamos al refectorio y luego proseguiremos.

—¿No estaréis hablando en serio? —carraspeó Bizén, muy molesto.

—Hasta que el abad no esté consciente, no tiene sentido seguir con esto. Además, yo soy el responsable de esta congregación mientras esté indispuesto. Nadie va a deslegitimar mi autoridad. —Alzó la voz de una manera inusual en él—. Continuaremos la jornada como un día cualquiera, ya hemos tenido suficientes sobresaltos.

25

El nigromante

Sonó la campana, era la hora de la comida. Los monjes fueron saliendo al claustro y caminando hasta el lavatorio para mojarse pies y manos antes de entrar en el refectorio. Bizén también siguió el ritual, entró y tomó asiento junto al prior, el decano Esteban y el anciano Adolfo en la mesa principal.

No daba crédito, a pesar de las últimas revelaciones de la comunidad todo seguía igual. El prior y el decano se comportaban como si nada hubiera ocurrido.

¿Las mentiras carecían de importancia en ese monasterio? Parecían tan habituales como las oraciones y los cánticos.

El hermano Bartolomé comenzó a servir el vino, mientras dos legos iban cogiendo por el pasaplatos unas bandejas repletas de manzanas, escarolas y berenjenas. La ración de vino fue, como siempre, generosa. De nuevo vino crudo en la primera toma y aguado en la siguiente. Los monjes tenían apetito aquella tarde y daban buena cuenta de todo lo que se servía. El hermano Ramiro leía un capítulo de la regla, mientras todos comían en silencio. Como los capítulos de san Benito eran algo cortos, enseguida pasó a la lectura de un pasaje procedente de un libro piadoso.

Bizén observó al hermano Rogelio y recordó sus explicaciones. Si los monjes en verdad tenían una lengua secreta de signos, quería asegurarse con sus propios ojos, así que no quitó la vista de las manos de todos los hermanos. En principio, los movimientos eran los habituales en cualquier comida. Así que Bizén pensó que quizás el hermano Rogelio había exagerado. Sin embargo, todo cambió cuando sacaron el caldo que él mismo había visto

preparar al cocinero. En ese instante, las manos de los monjes comenzaron a moverse más que las propias cucharas. Le había dicho la verdad, usaban una lengua de signos muy elaborada para no romper el voto de silencio y, al mismo tiempo, poder comunicarse con fluidez.

¡Cuánta hipocresía! Pero ¿cómo podían comer con aquel apetito, con todo lo que se había escuchado hacía solo unos instantes?

Bizén miró su cuenco de sopa, no tenía hambre. Sin embargo, metió la cuchara y sorbió, apenas se apreciaba el sabor a pollo. Dudó de si sería intencionado. Quizás ese sabor enmascarado era consustancial a la elaboración de la comida.

Sea como fuera, el caldo de pollo estaba sabroso. Todo lo que tenía el cocinero de desagradable y poco higiénico, lo suplía en la cocina con su buena mano. Había que reconocerlo, una cosa no quitaba la otra. Y aunque tenía el estómago algo cerrado, se lo comió hasta la última cucharada.

Bizén andaba inmerso en sus pensamientos cuando vio un gesto anormal en medio de la mesa. Lo había realizado el hermano Julián, había sido solo un instante, pero parecía una señal. El monje se había llevado dos dedos al pecho, luego a la boca y después había movido la palma de la mano recta, desde el pecho hacia delante.

Tenía que estar más atento.

Llegó el plato principal: las carpas. Las sirvieron en unas bandejas alargadas. En la mesa principal dejaron una con cuatro piezas, todas parecían bien condimentadas. Pero Bizén no olvidaba todo lo aprendido en el monasterio, así que cogió la suya y le echó un buen chorro de aceite por encima. La abrió con el cuchillo, pinchó un trozo y se lo llevó a la boca.

Aquel pescado de río era de lo mejor que había comido en toda su vida.

Y volvió a suceder, dos gestos inusuales seguidos.

El hermano arquitecto mostró las dos palmas de la mano hacia dentro y luego hacia fuera.

Frente a él, el monje más joven, Hugo, asintió con la cabeza.

No eran simples signos para acciones sencillas, parecían capaces de decirse complejas frases. ¿Cómo no se había dado cuenta antes?

Se volvió hacia el hermano Rogelio y vio cómo miraba hacia uno de los extremos de su mesa, el que ocupaba el anciano Adolfo. Se volvió hacia él y

vio perfectamente cómo este movía las manos haciendo varios gestos que no llegó a distinguir bien.

Lo estaban haciendo, se estaban comunicando con signos delante de sus propias narices. Probablemente lo llevaban haciendo desde que llegó, en cada ocasión que Bizén había estado con ellos.

Debían de creer que era estúpido.

Bebió un trago de vino y agradeció no tener que hablar, porque todas las palabras que se le arremolinaban en la boca eran inapropiadas para aquel momento.

Terminó la comida y fueron saliendo del refectorio.

La tormenta había amainado, aunque todavía se oía el agua caer. Parecía que la plegaria a los santos había causado efecto.

El interior de las casas se había empapado por las goteras y, cuando los primeros hombres salieron al exterior, quedaron empantanados en el lodazal. La muralla también estaba sufriendo la virulencia del diluvio y uno de sus lienzos se había agrietado y cedido en gran parte.

Esperó a la salida del refectorio para poder hablar con el prior, pero este le negó la oportunidad. Le dijo que era tarde y debía realizar sus rezos, que al día siguiente tomarían una decisión sobre lo acontecido.

Bizén no lo entendió, ahora que estaba tan cerca de saber la verdad, cuando varios monjes habían confesado, el prior parecía querer echar tierra sobre ello.

No podía permitirlo.

Se retiró y encontró refugió en la soledad de su celda. No podía permanecer quieto, deambuló por ella como un pollo sin cabeza. Tomó asiento sobre la cama, pero enseguida se levantó y agarró entre las manos un pergamino y la pluma. Escribió un listado con los nombres de los monjes y, al lado de cada uno, sus mentiras y verdades. Bizén estuvo divagando un par de horas más. Extenuado y todavía enfadado, decidió salir de la celda para respirar aire nuevo. Estuvo a punto de resbalar y caer en el suelo fangoso, pero logró equilibrarse. Y sin nada más que hacer, decidió ir a ver los estragos que había causado el agua.

Cuando alcanzó las puertas de Veruela, le sorprendió la actividad frenética que había a esas horas. Los siervos de los monjes acudían al monasterio para

recibir instrucciones de los legos y comenzar con los trabajos de reparación. Bizén observó la capacidad de movilización y los recursos del monasterio en toda su magnitud.

Deambuló entre ellos hasta llegar a una zona donde varios hombres cortaban con astrales largos troncos de encinas y robles. Eran gente ruda, cincelada en las penalidades y el esfuerzo físico, nada que ver con los monjes.

—Esa madera debe de arder bien.

—Eso no lo sabremos, es para los monjes —respondió con desgana el más corpulento de todos ellos—, dicen que tienen una sala siempre caliente y se llevan la mejor madera para allí. A nosotros nos dejan la más porosa y húmeda.

—¿Cuál es vuestro nombre?

—Atilano.

—El mío, Bizén de Ayerbe, soy notario real.

—Parece importante, pero los forasteros no suelen quedarse mucho tiempo por aquí. —Aquel hombre se lo quedó mirando fijamente.

—¿Vienen muchos al monasterio?

—No, aunque en ocasiones sí se acerca gente de alta alcurnia —comentó Atilano mientras hacía una pausa en su trabajo—. Dicen que todo noble o cargo del reino relevante que pasa cerca tiene la obligación de visitar Veruela. Y como esta semana es el día de Todos los Santos, imagino que alguno vendrá.

—Es lógico, este es uno de los monasterios más relevantes del reino y seguro que es la plaza más solemne de toda esta frontera.

—Será, si vos lo decís.

—¿Habéis visto a esa gente cuando llega a Veruela?

—Sí, claro —dijo Atilano mientras daba otro golpe de hacha a uno de los troncos—. Se dejan notar mucho porque los monjes solo abren las puertas de la iglesia cuando los visitan los notables.

—¿La de la portada?

—Sí, esa misma.

—Y ¿os dejan entrar entonces? —preguntó Bizén con interés.

—No, nunca.

—¿Jamás habéis asistido a misa en el interior de la gran iglesia del monasterio?

—No —contestó Atilano de forma rotunda—, somos siervos, de la Iglesia, pero siervos —dijo con resignación—. Serán monjes, pero yo solo sé que nos tratan como si fuéramos perros. Dicen que es mejor ser siervo de un clérigo que de algún noble… No sé yo, para mí que son todos iguales.

—¿Los monjes y los nobles?

—No, los ricos —contestó, y dio una patada al tronco que acababa de partir en dos—. Esto es la frontera, por aquí hay de todo: castellanos, navarros, franceses, ingleses; en las poblaciones de Borja y Tarazona también hay judíos, y en casi todo pueblo o aldea, la inmensa mayoría son moros que se quedaron aquí y trabajan bien la tierra.

—Sí, estoy al corriente de esa diversidad.

—No hay mucha diferencia entre uno de esos infieles y un campesino como nosotros o un castellano.

—¿De verdad lo creéis? Tenéis distinto rey, incluso diferente Dios.

—Tanto da, los que no tenemos nada que ver, somos los vasallos con nuestros señores, los ricos y los pobres —afirmó Atilano con seguridad—. Esa es la gran verdad, la gran diferencia.

—¿Dudáis de vuestros señores? ¿De la voluntad de Dios?

—Eso no, yo soy tan cristiano como el que más. Pero a veces me pregunto si Él se acuerda alguna vez de nosotros.

—Andad con cuidado, no os oigan los monjes decir tales blasfemias.

—Esos tienen otros asuntos por los que preocuparse y vos deberíais andaros con cuidado con ellos —le advirtió Atilano bajando la mirada.

—Curiosa advertencia viniendo de alguien que trabaja aquí.

—Por eso mismo. Además… —se acercó para que no le oyera nadie más que Bizén—, estos mucho rezar, pero luego bien que se dan de tortas con los canónigos de Tarazona o el señor de Borja por tierras y aguas. A Dios rezando y con el mazo dando.

—Ya sé que sus dominios son prósperos y extensos.

—Todo lo que nos rodea es suyo: pastos, aguas, granjas… Solo hay una aldea que no les pertenece, y caro les sale.

—¿Por qué decís eso?

—Está maldita.

—¿Maldita? —Bizén tosió—, ¿cómo que maldita?

—Como lo oís, hace cien años el abad que regía por entonces el monasterio intentó comprarla.

—Dejadme adivinar, no lo logró.

—Siguió siendo laica, es Trasmoz. —El donado señaló al oeste—. Cuatro casas a las lomas de un enorme castillo construido en pizarra negra, dicen que en una sola noche.

—No creo que eso sea posible.

—Nadie creyó tampoco a quien prometió el milagro entonces —recalcó Atilano—. No lo creyó posible el rey, no lo creyeron sus soldados ni los pastores de Trasmoz, que asistieron aterrorizados a su nacimiento. Pero…

—Ningún hombre puede construir un castillo en una sola noche.

—Exacto —y Atilano miró a los hombres que le acompañaban—, pero sí un nigromante.

—Un mago. ¡Por Dios! Eso son habladurías —se indignó Bizén.

—Yo he oído la historia desde que era un crío, como todos los que nacemos en el Moncayo.

—Y ¿cuál es si puede saberse?

—Ese os la puede contar mejor que yo —y señaló a un hombre tuerto—. ¡Ven! Este forastero quiere oír la historia del nigromante.

—¿El que construyó el castillo de Trasmoz? —preguntó aquel hombre que tenía una particular forma de hablar que enfatizaba siempre el final de cada palabra.

—Pues claro que sí, Tuerto, ¿cuál sino? Anda, vente para aquí —le reclamó Atilano.

—Yo qué sé… —murmuró el Tuerto.

—¿Podríais contármela? —inquirió Bizén.

—Tengo trabajo, ¿no veis cómo ha dejado todo la tormenta?

—Os daré una moneda. —Bizén la sacó de inmediato.

—Haber empezado por ahí. —Y la cogió antes de que fuera tarde—. Así fue como sucedió:

> El rey moro de Tarazona deambulaba una mañana por sus dominios, pasó cerca de un viejo pastor y dijo en voz alta:
>
> —En buena hora construiría yo ahí un castillo.
>
> —Yo lo haré —dijo el anciano, y todos rieron.
>
> —Por supuesto, y yo os entregaré sus llaves.
>
> —Que así sea.
>
> La comitiva siguió su camino de vuelta a Tarazona y el viejo quedó solo en aquella cresta. Entonces se situó sobre una gran piedra desde donde se dominaban las infinitas ondulaciones, y comenzó a rezar y rezar diabólicos conjuros que comenzaron a exaltar el ambiente, cobrando una energía y un vigor sobrenaturales.
>
> Allí, de pie, con la cabeza erguida y los brazos extendidos, el uno a Oriente y el otro a Occidente, elevó la voz y exclamó dirigiéndose a los seres invisibles y misteriosos que, encadenados a su palabra por la fuerza de los conjuros, esperaban sumisos sus órdenes.
>
> —¡Espíritus de las aguas y de los aires, vosotros, que sabéis horadar las rocas y abatir los troncos más corpulentos, agitaos y obedecedme! ¡Espíritus de la tierra y del fuego: vosotros que conocéis los tesoros de metal de sus entrañas y circuláis por sus caminos subterráneos con los mares de lava encendida y ardiente, agitaos y cumplid mis órdenes!
>
> Después de sentirse sacudido el monte por tres veces, las piedras se desencajaron y los árboles se partieron, y árboles y piedras comenzaron a saltar por los aires en furioso torbellino, cayendo semejantes a una lluvia espesa, en el lugar que de antemano señaló el nigromante a sus servidores. Los colosales troncos y los inmensos témpanos de granito y pizarra oscura, que eran como arrojados al azar, caían, no obstante, unos sobre

otros con admirable orden, e iban formando una cerca altísima a manera de bastión, que el agua de los torrentes, arrastrando arenas, menudas piedrecillas y cal de su alveolo, se encargaba de completar, llenando las hendiduras con una argamasa indestructible.

Al día siguiente, en la Zuda de Tarazona, palacio de sus reyes, un sirviente llamó de forma acalorada a la puerta de los aposentos de su señor, que le abrió enojado.

—¿Quién inoportuna mi descanso con semejante escándalo?

—Señor, hacia la parte de la raya de Castilla sucede una cosa extraordinaria. Sobre la cumbre del monte de Trasmoz, y donde ayer no se encontraban más que rocas y matorrales, hemos descubierto al amanecer un castillo tan alto, tan grande y tan fuerte como no existe ningún otro en todos vuestros estados.

—¡Eso es imposible!

—Lo sé, y en un principio dudamos del testimonio de nuestros ojos, creyendo que tal vez fingía la mole la niebla arremolinada sobre las alturas; pero después ha salido el sol, la niebla se ha deshecho y el castillo subsiste allí oscuro, amenazador y gigante, dominando los contornos con su altísima atalaya.

—¡Pronto, mi caballo más ligero, y a Trasmoz! Juro por mis barbas y las del Profeta que, si no es cierto el mensaje de los corredores, donde debiera de estar el castillo he de poner una picota para los que lo han inventado.

Esto dijo el rey, y minutos después, no corría, volaba camino de Trasmoz. Cuando, con gran asombro suyo y de los que lo seguían, vio venir a su encuentro al anciano de las alforjas, con la misma túnica raída y remendada del día anterior, el mismo turbante, hecho jirones y sucio, y el propio báculo, tosco y fuerte, en que se apoyaba.

Se detuvo el rey delante del viejo y este sacó de las alforjas dos llaves de oro. Dio algunos pasos más el soberano; llegó a lo más alto de la Diezma, y, en efecto, el castillo de Trasmoz apareció ante sus ojos, con sus cinco torres gigantes, su atalaya

esbelta, sus fosos profundos, sus puertas fortísimas y enormes, su puente levadizo y sus muros coronados de almenas puntiagudas.

—Yo he cumplido mi palabra, ahora os queda a vos salvar airosa la vuestra.

Bizén de Ayerbe escuchó atento todo el relato de la construcción del castillo de Trasmoz. Era una de las pocas veces que había podido hablar con alguno de los hombres que trabajaban para los monjes y se dio cuenta de que quizá debería haberlo hecho antes.

—Una bonita historia para contar a los niños —le dijo Bizén.

—Y a los no tan niños —añadió Atilano, que volvió a empuñar fuerte el hacha—. Cuando se llega por primera vez a estas tierras se suelen menospreciar las historias que se cuentan de ellas. De primeras, todo son simples supersticiones, antiguas creencias, cuentos para asustar a los críos… Pero a poco que se quede uno algunos días en el Moncayo, comienzan a cambiar las cosas.

—Yo llevo casi cuatro aquí.

—Bien por vos, muchos se han ido al primer día —rezongó el Tuerto.

—Os agradezco vuestro tiempo, pero no me interesan las habladurías, no me fío de ellas.

—Yo creo que no nos podemos fiar de nadie, ni de nuestra sombra que a cada hora cambia de lugar y de noche se esconde.

—Eso es cierto. —Bizén vio cómo aquel hombre volvía a su labor.

Retornó hacia el monasterio y pensó que si de verdad un nigromante pudo construir un castillo en una sola noche, él debía encontrar los restos del infante y al monje responsable.

«Todo es posible en estas tierras», pensó.

26

El monje

La noche había caído hacía rato sobre Veruela, pesada e inmisericorde. Bizén había asumido el horario de los monjes, y el cansancio ya le vencía. A él, que tanto le costaba conciliar el sueño desde niño, allí dormía más y mejor que nunca. Sería por la paz del monasterio. A pesar de todas las falsedades que lo poblaban, al final iba a terminar gustándole ese lugar.

Quería mantenerse despierto, aunque cabeceaba sin cesar. A aquellas horas, la oscuridad se adueñaba de Veruela, pero como había ido midiendo en pasos las principales distancias del monasterio, era capaz de moverse por él sin necesidad de alumbrar el camino. Avanzó, con gran dificultad sobre el barro, hasta la entrada del claustro. Accedió a él procurando que nadie le viera. Los monjes deberían estar en su dormitorio. Miró a un lado y a otro, y como había imaginado, no encontró a nadie.

Aquel jardín de piedra era exuberante, todo el que quisiera acceder a alguna de las dependencias monacales tenía que pasar por él y, entonces, tuvo una idea.

Prosiguió hacia la puerta de la iglesia y se detuvo al llegar a los tres sepulcros de la familia de Pedro de Atarés y, en un alarde de flexibilidad, se metió debajo del segundo de ellos.

Mantenía una posición forzada, pero aguantó en ella por un buen periodo, inmóvil. Cualquiera que le hubiera visto lo tildaría de loco, pues no había explicación alguna para ocultarse allí. Con aquel silencio y oscuridad, caería dormido en breve, como así fue.

Sin embargo, abrió los ojos de par en par al oír el chirrido del gozne de la puerta de la iglesia. Se despertó sin recordar muy bien dónde estaba y a punto estuvo de salir del escondite sin precaución, pero en el último momento recuperó la lucidez y recordó que estaba oculto.

Entonces vio salir unos pies descalzos.

También observó la parte baja del hábito blanco, era uno de los monjes. Sus pisadas se alejaron de la puerta, al ir descalzo apenas eran perceptibles. Bizén aguardó algo más antes de abandonar su escondite. Cuando lo hizo, a duras penas vio la figura del monje al otro extremo de la galería del claustro. Sin embargo, no lo siguió, sino que al ver la puerta entreabierta entró en el templo. No había más luz que la de unas cuantas velas junto al altar mayor. Fue hacia allí con mucha cautela y tomó una de ellas.

En aquella oscuridad, el templo resultaba sobrecogedor. Él era consciente de sus dimensiones, pero la falta de luz lo hacía parecer más imponente. Sintió un profundo escalofrío recorriéndole la espalda y el impulso de querer salir. No lo hizo, sino que avanzó por el presbiterio hasta el otro lado del crucero. Giró antes del acceso a la torre campanario y buscó, con ayuda de la escueta llama de la vela, la única puerta que podía haber allí: la que daba acceso a la sala de los muertos.

Cuando por fin la halló, solo tuvo que empujarla. Al entrar el olor era intenso y desagradable, aunque no más de lo que imaginaba. Bizén buscó por las paredes hasta que dio con un candil de aceite, que prendió con la vela iluminando la sala. Era pequeña, de planta cuadrada y con una bóveda de crucería, cuyos nervios se apoyaban en unas ménsulas con formas de seres mitológicos. En proporción había más animales monstruosos esculpidos allí que en todo el claustro. Se oía una corriente de agua y adivinó una acequia que debía de pasar por debajo de la iglesia hasta salir a la superficie. Apoyada contra la pared había una mesa y sobre ella estaba el cuerpo del lego desnudo, sin tapar salvo con un sudario.

Se acercó a él, bajo la escasa luz tenía un aspecto todavía más siniestro. Fijó su mirada en la herida del cuello, había tenido que desangrarse muy rápidamente. Luego inspeccionó el resto del cuerpo, pero no halló nada fuera de lo normal. La causa de la muerte parecía evidente, así que buscó el arma. La sala de los muertos no era grande, así que pronto dio con una arqueta y en su interior halló una cruz de madera atada con un cordón y una bolsita de tela. La cruz debía de ser del difunto lego, pues pudo apreciar que estaba todavía

manchada de sangre. Dentro de la bolsa había unas raíces pequeñas, se las acercó a la nariz. Su olor no era intenso, pero sí desagradable. Tomó la bolsita con las raíces, apagó el candil y salió de nuevo al templo.

En cuanto puso un pie fuera de la sala supo que algo iba mal, sintió una presencia y, al volverse, vio unos brillantes ojos que le hicieron estremecerse y la bolsita se le cayó al suelo. Al comprobar que quien le había asustado no era más que un gato la sensación de alivio fue enorme.

Entonces oyó un crujido y sintió una corriente de aire.

Corrió a esconderse junto al coro y vio a un monje subir por la escalera hacia el dormitorio. Supuso que sería el mismo fraile de antes, aunque desde allí no podía ver si iba descalzo.

Era imposible que nadie le viera al regresar al dormitorio, por muy profundo que durmieran allá arriba. Un monje que entra y sale en medio de la noche no podía pasar desapercibido.

Por la mañana hablaría con el prior y con el resto de la congregación, averiguaría de quién se trataba. Salió de detrás del coro y fue hacia la puerta, el gato se había quedado olisqueando las raíces. Cuando Bizén intentó recuperarlas le bufó y solo pudo coger parte de ellas. No podía perder el tiempo, al animal parecía que le encantaban aquellas raíces.

Bizén respiró más tranquilo una vez estuvo en el claustro, debía recorrer tres cuartas partes de él para regresar a la hospedería. Dejó atrás los sepulcros donde se había ocultado, la sala capitular, el locutorio, la biblioteca y miró entonces la puerta de la sala abacial.

Desde que el abad le encargó resolver la muerte del lego no había vuelto a entrar. Entonces oyó unas pisadas a su espalda y vio un hábito blanco con la capucha sobre la cabeza avanzar a toda prisa hacia él. Reaccionó de inmediato y echó a correr por el claustro, intentando que no le atrapara. Logró llegar a la salida, pero el monje le agarró por la espalda empujándolo contra la pared.

Se golpeó en el rostro, se volvió y recibió un tremendo puñetazo en la nariz, que le hizo sangrar de forma abundante, a la vez que perdía el equilibrio y volvía a chocar contra el muro a su espalda.

Quedó aturdido, y cuando logró recuperarse se encontró con un nuevo golpe que le reventó la ceja izquierda; y otro más que le hundió el pómulo e hizo que perdiera la cruz que le colgaba del cuello. Cayó contra el suelo, y recibió entonces una patada en el costado, y otra y otra, hasta que dio un par

de vueltas rodando e intentó huir, pero el monje le empujó con su pie y Bizén se dobló hacia delante, protegiéndose el rostro con ambas manos.

—No voy a admitíroslo más —dijo el agresor forzando la voz—, la próxima vez no lo contaréis. Idos de Veruela, dejad de buscar lo que no os incumbe.

Intentó rehacerse y fue entonces cuando recibió otro puñetazo en el mentón que lo derribó de nuevo. Esa vez ya no tuvo fuerzas para levantarse.

27

La noche

Una pesadilla despertó a Marta, intentó conciliar el sueño de nuevo y la despertó un ruido. Bostezó, se incorporó y vio que Elena todavía dormía. Aprovechó para levantarse con sigilo, fue hacia la ventana y miró al exterior. La noche estaba en calma y el silencio era como una canción de cuna.

Se dio la vuelta y descubrió a su hermana, que la miraba fijamente.

—¡Me has asustado!

Elena no dijo nada, se levantó de la cama y tomó sus ropas.

—¿Qué estás haciendo? No pretenderás ir a ver a la vieja del camino.

Y Elena le lanzó una mirada que no necesitaba respuesta.

—Yo también quiero ir.

—¿A qué esperas entonces?

Las dos hermanas volvieron a escabullirse en plena noche por el solitario sendero que rodeaba el bosque, para encontrarse con la silueta del castillo negro. En una hondonada estaba la casa de la vieja, y aunque Marta ya sabía lo que encontrarían allí, estaba más asustada que el primer día. Jamás hubiera hecho nada de eso sino fuera por su hermana, que era la que le daba el coraje para avanzar.

Elena llamó a la puerta, pero no obtuvo respuesta, tampoco se amedrentó por ello. La empujó y el calor del fuego las recibió. En una escena repetida, la vieja estaba cocinando en un caldero de metal.

—Las huérfanas han venido —dijo sin levantar la vista—, ¿qué traerán las huérfanas? Serán buenas o malas noticias. —Entonces se giró para clavar sus grandes ojos en ellas.

—Teníamos un trato —dijo Elena con el tono de voz más grave que fue capaz de proyectar.

—Sí, lo recuerdo. Pero es a vosotras a las que corresponde cumplir la primera parte…

—Lo hemos hecho.

—¿Habéis encontrado la acequia que discurre bajo la muralla? —preguntó volviendo la vista a la lumbre.

—Sí, y la seguimos hasta el interior.

—Bien, y luego ¿qué? Porque el monasterio es grande y vosotras solo sois unas niñas.

—Encontramos al prisionero en el edificio que tenía la luz.

—¿Seguro? —La vieja siguió removiendo el caldero.

—Sí.

—¿Y quién dijo que era?

—Hablaba otra lengua.

—Vaya, vaya… Qué interesante, y ¿podéis decirme qué pronunció en esa otra lengua?

—Algo como *the prince* y que él se llamaba Hugh, Hugh de Has…

—Hugh de Hastings. —Marta completó las palabras de su hermana mayor.

—Muy bien pequeñas. —La vieja se incorporó y las miró sonriente.

—¿Por qué está encerrado ese hombre? —preguntó Elena.

—Es un caballero inglés, pertenece al ejército de un príncipe que luchó en una batalla al norte, cerca del gran río.

—¿Qué hace en el monasterio? —insistió la muchacha.

—Vino huyendo y sospecho que los monjes lo engañaron y quieren sacar partido de su presencia en el Moncayo. Los mercenarios franceses que

dominan ahora estas tierras pagarán generosamente por esta información. Mucho me temo que esta vez no van a salirse con la suya.

—¿Por qué los monjes no lo entregan a los franceses? —se interesó Elena con el rostro ya menos tenso.

—Eso no lo sé.

—Pensaba que lo sabías todo —insinuó.

—Sé cosas de las que desearía no haber tenido nunca conciencia —respondió la vieja mientras se volvía para avivar el fuego con unas tenazas de metal—, y hay otras que nunca llegaré a conocer. Si algo he aprendido es a saber cómo son las personas cuando hablo con ellas, si son buenas o malas. —Y entonces miró fijamente a los ojos de Elena—. ¿Os dijo algo más el caballero inglés?

—No —respondió la hermana mayor.

—¿Seguro? No estaréis mintiéndome.

—Ese hombre no dijo nada más. —Elena no se arrugó.

—Pero algo pasó, lo puedo ver en los ojos de tu hermana —y miró a Marta—, ¿qué me ocultáis?

—No habló más, os lo juro —insistió Elena interponiéndose entre los ojos de la vieja y de Marta.

—¿Os vio alguno de los monjes? ¿Es eso?

—Ninguno de ellos se percató de que entramos, pero nosotras sí vimos a uno de ellos alimentar al prisionero.

—¿Y estáis seguras de que él no logró descubriros?

—Totalmente —zanjó tajante Elena.

—Entonces… —la vieja se quedó mirando el rostro blanquecino de la bella Elena— fue algo que os dio el inglés, ¿verdad? Sí, claro que sí. ¡Dádmelo de inmediato!

—Debes ayudarnos, tal y como acordamos.

—Ya, aunque hay un problema —contestó la vieja, que sacó la cuchara de la olla y la dejó a un lado—. Solo puedo ayudaros a huir de los dominios de Veruela a una de las dos.

—Ese no era el trato.

—Os dije que ayudaría a las hermanas. Elena, ¿recuerdas a tu madre?

—¿Por qué nos preguntas eso? —le espetó Elena, enfurecida.

—Ya te he dicho que sé muchas cosas. Es el precio que cobra hacer preguntas —y la vieja hizo un silencio—, una cuestión siempre lleva a otra, hay que saber qué preguntas quieres hacer. ¿Estás convencida de que te acuerdas bien de cómo era tu madre? ¿La que te dio la vida y te acunó?

—Te he dicho que sí, no era tan pequeña cuando ella murió.

—¿Seguro?

—¿Por qué le preguntas por nuestra madre? —intervino Marta.

—Le estoy preguntando a ella, no a ti.

—Nuestra madre era Aysha —afirmó Elena alzando la voz.

—Una hermosa mujer, morena, de pelo largo y espeso. Ojos grandes y profundos. —Y posó su mirada en Marta.

—¿A qué viene todo esto?

—Esos monjes son despiadados —musitó la vieja—, jamás permitirán que una de sus siervas se marche sin más. ¿Qué podéis darles vosotras a cambio? Nada, si tuvierais algo que quisieran lo tomarían sin miramientos.

Elena se quedó mirando a la vieja sin abrir la boca, pero con una mirada amenazante, que en aquella tierna cara todavía lucían más siniestros.

—No me miréis así —le reprendió la vieja haciendo gestos con sus manos —. Puedo ayudaros a escapar de aquí, pero dos muchachas llamarían mucho la atención y no llegaríais lejos. Así que os ayudaré solo a una y no hay más que hablar.

—¡Nos has engañado!

—Dadme lo que os entregó el caballero inglés y una de vosotras podrá dejar el Moncayo. De lo contrario perderéis vuestra única opción de abandonar estas tierras y permaneceréis aquí por siempre, hasta que muráis.

Entonces la mayor de las dos hermanas fue hacia la vieja y la empujó. La mujer cayó de espaldas. Elena tomó las tenazas calientes y las acercó a su cara.

—¡Qué haces maldita cría!

—Marta, ¡sujétala!

—Pero…

—¡Vamos! Agárrale las manos, es solo una vieja —le ordenó su hermana mayor.

—No se te ocurra…

La vieja tenía las tenazas ardiendo tan cerca del cuello que podía sentir su calor, cuando quiso darse cuenta Marta estaba detrás de ella sujetándole las muñecas.

—Escúchame bien, vieja bruja —y Elena le aproximó todavía más el hierro candente—, vas a decirme cómo podemos huir las dos, ¿me has entendido bien? ¡Las dos!

—¡No! —Y casi logró zafarse de ellas.

—Cógela más fuerte —le ordenó a su hermana pequeña—, te lo repetiré una vez más. Dime cómo podemos escapar de Veruela.

—¡Soltadme, malditas!

—¡Dímelo! —Y acercó las tenazas a los ojos de la vieja.

—Tarazona —respondió la vieja.

—¿Cómo?

—El obispado de Tarazona. Sus canónigos odian a muerte a los monjes de Veruela. Entre ambos se disputan el control religioso del Moncayo y mucho más: tierras, pastos, bosques, caza y pueblos.

—¿Y? ¿De qué nos sirve eso?

—Si llegáis a un acuerdo con los canónigos de Tarazona, estos os darán protección y podréis dejar Veruela para siempre. Si no, aunque huyáis, los monjes pondrán precio a vuestra cabeza y darán con vosotras —afirmó la vieja—, pero si lográis protección del obispo… eso lo cambia todo, podréis ser libres.

—¿Cómo contactamos con ellos?

—En el pueblo de Grisel hay un castillo, pertenece al cabildo —contestó la vieja—. Allí es más fácil acceder a él.

—Pero ¿dónde está Grisel?

—A menos de tres horas de aquí a pie. Este mismo sendero, pasado un cruce, si cogéis a la derecha os lleva rectos hacia ese castillo —explicó la

vieja.

—¿Y cuándo lleguemos a ese lugar?

—Decidle lo del caballero inglés, si sois listas lograréis lo que queréis.

—Como nos hayas mentido… —Las tenazas le rozaron la mejilla.

—¡Noooooo! —gritó de dolor.

—Elena —intervino su hermana pequeña—, ya nos ha dicho lo que necesitábamos saber.

Se detuvo y miró a la vieja.

—No podemos dejarla, ahora ya no. Busca una cuerda, la ataremos —dijo Elena.

—¡Ni se os ocurra! O lo pagaréis caro…

—Cállate, vieja loca.

—¿Por qué nos preguntabas por nuestra madre? —intervino Marta.

—Tienes razón…

—Ni muerta os diré nada —la vieja escupió al suelo—, sois hijas del mismo diablo, nunca debí fiarme de vosotras.

—Demasiado tarde. —Y Elena le tapó la boca con un trapo.

DÍA QUINTO

EL JABALÍ BLANCO

28

Confesiones

Cuando en maitines los monjes bajaron a la iglesia, todo fueron alabanzas al Señor por haber salvado el templo. Al terminar, fueron directos a la sala capitular, solo el boticario pidió dispensa para visitar al abad, tal y como hacía cada mañana.

Aquella era la estancia en la que se reunían todos los monjes, normalmente bajo la dirección del abad. Se situaban a su alrededor según su grado de importancia. En ella se distribuían las actividades del día, también se producía la confesión pública de las faltas cometidas por cualquiera de ellos y se exponían problemas o nuevos proyectos.

La de Veruela era una sala amplia, cubierta con bóvedas de crucería que se sujetaban sobre varias columnas centrales. Se accedía a ella desde el claustro a través de una portada, situándose a ambos lados de esta unos ventanales que permitían la visión desde fuera. Ahí solían situarse los novicios y legos, que podían de esta manera asistir al capítulo, sin intervenir. Solo cuando se convirtieran en monjes podrían situarse en la parte interior de la estancia y participar en las reuniones. En el suelo y las paredes yacían las tumbas de los antiguos abades.

—Hermanos —comenzó el prior—, las lluvias ya han cesado y todos sabéis lo que debéis hacer en estas circunstancias, las prioridades son los graneros, después el molino, el aljibe y las dependencias claustrales.

—Tenemos que revisar también las acequias, alguna ha podido quedar anegada por todo lo que arrastra el agua —intervino el monje de las aguas.

—Cierto es, hermano Julián —asintió el prior—, no podemos quedarnos ahora sin suministro de agua, así que tomad una partida y revisadlas.

—El tema de la muralla es acuciante —advirtió el monje portero, que también se hallaba presente.

—Para vos siempre lo es —le recriminó el prior.

—No deberíais tomarlo a la ligera, esos muros son lo único que nos separa del bosque y la montaña.

—Ya lo sé, pero estoy seguro de que tampoco serán tan graves esos desprendimientos.

—Solo hace falta una brecha, una grieta en la muralla para que puedan penetrar y entonces…

—Ya, ya —asintió el prior con la cabeza y luego resopló—, enviaremos hombres a repararla, no os alarméis.

—¿Y los arqueros? No tenemos buenos arqueros, deberíamos…

—Tenéis una guardia bien armada, el herrero ha terminado las espadas nuevas y tenemos vigías en cada torre —le respondió el prior—, ahora mismo hay asuntos más importantes.

—El semillero también necesitará de cuidados, prior —añadió el hermano Saturio.

—Más tarde —respondió.

—Una cosa más, los neveros. También es posible que las lluvias hayan afectado a las reservas de hielo —apuntó de nuevo el señor de las aguas.

—De acuerdo, hermano Julián. Enviad a dos legos y que comprueben todos los neveros. —El prior hizo un silencio—. Respecto a las reparaciones, eso es todo. Sabéis que tenemos todavía un tema ineludible… No obstante, deseo hablar antes con el abad.

Todos asintieron.

—El hermano Bartolomé proseguirá con sus obligaciones y también el decano Esteban, que acudirá al locutorio y organizará el trabajo de los legos y los donados. Después de tercia haremos un balance de la situación del conjunto del monasterio. Ahora debo ir a ver al abad —prosiguió—; espero que no haya más sobresaltos y podamos zanjar la muerte de nuestro hermano Octavio lo antes posible. No hay nada más que decir, id en paz.

Los monjes fueron saliendo en silencio y de manera pausada del interior de la sala capitular. Antes de que se dispersaran por el claustro, el prior se

acercó al monje boticario.

—Hermano Ramiro, quiero hablar con el abad, ¿es posible?

—El abad Sancho se encuentra estable dentro de su estado —respondió el monje boticario—, está despierto.

—¿Lúcido?

—Sí, ya lo conocéis. Aunque no le conviene alterarse.

—Entiendo, debo verlo ahora —insistió el prior.

—Bien, vayamos entonces a la sala abacial.

—Hermano Adolfo, venid conmigo —y llamó al anciano—, quiero que me acompañéis a hablar con el abad. Tiene mucho que explicarnos y necesito de vuestra ayuda.

—Como dispongáis —dijo el viejo monje.

—No debemos preocuparlo. Su estado de salud es delicado, así que hay que tranquilizarlo, hemos sufrido otras calamidades antes y siempre hemos salido airosos. Pero tenemos que aclarar con él el asunto de Octavio, toda la congregación sabe ahora lo que ordenó.

—Eso es cierto… —carraspeó el hermano Adolfo—, veamos qué nos dice.

El prior le dio la espalda al hermano portero y siguió por la panda del claustro con los otros dos monjes hasta alcanzar la puerta. Llamaron con dos golpes secos.

En su interior, el abad soltó un gruñido de dolor al oír los golpes. Miró a uno de los cuadros que colgaban de los muros de su estancia. Era una representación de san Bartolomé luchando contra un demonio, esa pintura debía de llevar cien años en el monasterio y habría visto pasar a una veintena de abades. Se imaginó a sus antecesores, arrodillados frente a él rogándole que les ayudara en la terrible lucha. ¿A cuántos de ellos habría escuchado? ¿En cuántas ocasiones habría aparecido por aquellas tierras para enfrentarse a los enemigos de Dios?

Durante su abadiado, ninguna.

Entonces se abrió la puerta de la estancia y una luz iluminó todo el dormitorio y creyó que, por fin, se habían escuchado sus rezos y el santo acudía a su llamada.

No era san Bartolomé, sino los tres monjes que entraron en su aposento. Para su sorpresa, el abad no estaba recostado como de costumbre, sino sentado en la cabecera de la cama. En su mano brillaba el anillo que simbolizaba su honorable rango.

—Acercaos, hermanos —reclamó el abad.

—Se os ve con buen color.

—¿Tanto os asombra, prior?

—Claro que no, celebro veros con mejor predisposición de ánimo y aspecto —respondió—, he rezado mucho por vos, todos lo hemos hecho. Yo en especial a la Virgen.

—Mi predisposición siempre ha sido buena, es mi cuerpo el que sufre estos achaques —respondió el abad—, gracias por vuestros rezos, seguro que han ayudado. Aunque espero que además del color también mejoren mis tripas y mi apetito.

—Todo se andará, sois fuerte y Dios os cuida desde lo más alto.

—El Santísimo tiene temas más importantes que tratar que a un viejo como yo —refunfuñó el abad—. Podría levantarme si quisiera, pero prefiero reservar mis escasas fuerzas. La última vez que lo hice lo pagué con creces.

—Debéis ser prudente —sugirió el prior.

—Un abad no cuenta con ese privilegio —masculló—, ¿qué tal la tormenta? ¿Hemos sufrido destrozos importantes?

—La tempestad ya ha pasado, estamos evaluando los daños —continuó el prior Antón—, no hay de qué alarmarse. La iglesia y las principales dependencias están bien, y el hermano portero ha advertido sobre el estado de la muralla, como de costumbre, pero pronto estará reparada.

—Me alegra saberlo.

—Abad, no debéis inquietaros por estos temas —afirmó el prior—, hay un asunto diferente del que deseo hablaros. Hermano Ramiro, gracias, podéis dejarnos. —El monje obedeció y cerró la puerta tras de él.

Los dos monjes se colocaron frente a su abad, que, a pesar de lo dicho, seguía mostrando una figura tristemente debilitada por la enfermedad.

—¿Qué ocurre? —Se podía ver en el rostro del abad que este comenzaba a alarmarse.

—Se trata de la muerte de Octavio. —El prior tardó en encontrar las palabras adecuadas para proseguir—. El hermano Bartolomé ha confesado que… Abad, él asegura que vos ordenasteis extraer los restos del infante heredero de su sepulcro real y sustituirlos por los de otro fallecido.

—El hermano Octavio se lo confesó también al decano Esteban —añadió el anciano Adolfo—, tenemos los dos testimonios.

—Ya veo… —El abad no cambió la expresión del rostro.

—Me hallo desconcertado, abad. Como prior debo preguntaros si es cierto esto que dicen.

—Todo hombre merece una segunda oportunidad, muchos de los que estamos en este monasterio lo sabemos mejor que nadie —comenzó hablando el abad—. El Señor nos pide que seamos misericordiosos, bondadosos, que amemos al prójimo —afirmó con la mirada perdida—. También que seamos justos, la obediencia en nuestra regla debe ser absoluta, total. Los hombres tienden a descarriarse y la regla es el camino que nos guía, aquel que se desvíe debe ser reprendido.

Frente al abad, el prior y el hermano Adolfo asentían, si bien sus rostros mostraban impaciencia.

—Mi abadiado ha sido muy duro, nos ha asolado una guerra entre los reinos de Castilla y Aragón, tuvimos que abandonar el monasterio y al regresar lo encontramos saqueado —negó el abad con la cabeza—, nunca más nos iremos de aquí. Prefiero morir entre estos muros que verlos mancillados. Aquella visión del claustro convertido en un establo, los restos de excrementos de las bestias y la paja para su alimento por todas partes… Todavía hay noches en que esa sola imagen me impide conciliar el sueño.

—Todos sufrimos con aquel desgraciado episodio —añadió el prior, cabizbajo.

—He hecho lo necesario para salvar de nuevo Veruela y no me arrepiento de ello.

—Pero la muerte del lego y la profanación del sepulcro real… —intervino el prior—, ¡está vacío!

—Eso no es posible, hay un cuerpo dentro de él. —El abad tosió de forma aparatosa.

—Yo mismo lo vi —afirmó el prior—, encontramos sangre del lego Octavio sobre él, parecía sospechoso y había que descartar todas las posibilidades. El notario real insistió en abrirlo, le pedí que lo mantuviera en secreto —explicó con todo detalle el prior—, el sepulcro real no contiene resto alguno.

—¡Madre santísima! —El abad comenzó a toser afanosamente—. No es posible, ¿dónde está?

—Eso es lo que queremos preguntaros —insistió el prior—, sabemos que ordenasteis exhumar otro cuerpo del cementerio.

—¡Basta! Osasteis abrir un sepulcro real sin mi permiso.

—Era necesario, abad.

—Eso tenía que haberlo decidido yo, estoy enfermo no muerto —graznó de malas formas.

—No os entiendo, es lo mismo que vos ordenasteis al hermano Bartolomé y a Octavio.

—¡Yo soy el abad! Tengo mis razones.

—Y ¿cuáles son? —inquirió el anciano Adolfo.

—Respeto vuestros años, pero no se os ocurra exigirme explicaciones, hermano. Ya os he dicho que haré lo que sea necesario para salvar Veruela y ese sepulcro es uno de nuestros más preciados tesoros. —El abad resopló—. Prior, ¿cómo se os ocurre abrirlo con el notario real presente?

—Vos mismo le habéis apoyado…

—Pero para que hable con los monjes, no para que vaya por ahí ¡abriendo tumbas! ¿No os dais cuenta de la trascendencia de vuestro acto? Imaginaos qué dirán los que han enviado al notario real cuando sepan que está vacío. Hay dos bulas papales y un edicto real reclamándonos esos restos y resulta que nosotros los hemos perdido —gruñó el abad alzando la voz.

—Con todo mi respeto, todo esto es por vuestra culpa. —El prior desafió a la máxima autoridad del monasterio—. ¿Os dais cuenta de en qué situación deja eso al monasterio? ¡Hemos perdido los restos de un infante heredero!

—¿Creéis que no lo sé?

—Calmaos los dos —intervino el anciano Adolfo—. Nadie más tiene por qué enterarse, solo ese notario lo sabe. Dejadme que hable yo con él, puedo

llegar a un acuerdo para lograr su silencio.

—¿Cómo vais a lograr tal despropósito, Adolfo? —inquirió el abad.

—Confiad en mí.

—No sé… —el abad resopló—, está bien, negociad con él a ver qué podéis conseguir. Otra cosa más, ¿cómo ha asimilado la congregación que yo ordenara abrir el sepulcro real?

—La noticia no ha sido acogida de buen grado —respondió el prior—, además, ¡el hermano Octavio murió! Hay quien puede pensar que fuisteis vos el responsable.

—Debemos solucionar este problema, hay que dar con el asesino y con los cuerpos desaparecidos.

—El hermano Bartolomé aseguró que se deshizo de los restos que extrajo del cementerio —añadió el prior.

—Repetid eso.

—Dijo que se puso nervioso al encontrar muerto al lego y los tiró por la corriente de agua de la sala de los muertos.

—¡No puede ser cierto!

—Esos restos no son importantes.

—¿Qué sabréis vos? —El abad se alteró todavía más—. Cómo ha osado… Quiero hablar con él, ¡de inmediato!

—Por supuesto —asintió el prior, que se mostraba nervioso—. Abad, creo que debemos empezar a considerar otras opciones para explicar lo sucedido.

—¿Otras opciones? ¿Qué queréis decir?

—Creo… —el prior Antón repasó las miradas de los presentes—, estoy convencido de que algo maligno ha entrado en nuestro amado monasterio.

—¿Estáis seguro de lo que vais a decir? —El abad se acomodó en su cama.

—Sí, me temo que sí.

—¿De qué estáis hablando? —El anciano Adolfo intervino al hallarse algo desconcertado ante el cariz que estaba tomando aquella conversación.

No le respondieron, y se formó un silencio dentro de la sala abacial tan denso que bien podía cortarse con un cuchillo.

—Prior Antón, ¿hay algo que deba saber? —le insistió el abad—. Jurasteis abandonar vuestro pasado cuando ingresasteis en este monasterio, fue una condición *sine qua non* —le recordó con firmeza—, ¿la queréis incumplir?

—Abad, sabéis que daría mi vida por Veruela, solo deseo servir a nuestra orden de la mejor forma que sé.

—Cuando hace años se os prohibieron esas prácticas, asumisteis mi decisión y jurasteis respetarla —continuó el abad con determinación—, creo que estáis a punto de confesar que no habéis cumplido vuestra palabra.

El anciano Adolfo contemplaba absorto e intrigado lo que allí se estaba dilucidando.

—No he tenido otra opción.

—Siempre la tenemos, así que tampoco me habéis pedido permiso para esto. —El abad lo miró fijamente—. ¿Habéis osado venir aquí para acusarme después de lo que habéis hecho?

—El monasterio estaba en peligro, actué como me dictó mi conciencia y fe —afirmó el prior con un tono de desesperación en la voz.

—Si eso es cierto, ¿por qué no acudisteis a mí? Soy vuestro abad, cualquier tema que afecte a nuestra congregación debe ser discutido previamente conmigo.

—Estoy convencido de que un ser maligno ha anidado entre estos muros y que es el responsable de todo esto: la muerte de nuestro hermano y la desaparición de los restos del infante heredero. Y quién sabe si de algo más que todavía ignoramos. Para saberlo solo había una opción, cuando todos los monjes dormían puse la cruz sobre ellos y recé el padre nuestro.

—¿También conmigo? —El anciano Adolfo lo miró con desagrado.

—Sí, debía hacerlo con absolutamente todos.

—¿Y qué lograsteis averiguar, si puede saberse?

—Nada, abad, los monjes estaban en paz, pero…

—¿Qué? —inquirió la máxima autoridad de Veruela—, no pudisteis hallar rastros del maligno en el monasterio…

—Sí, sí pude.

—Hablad entonces —dispuso el abad.

—Preferiría no hacerlo, si me dispensáis de ello.

—No entiendo el porqué, si hay algo que debáis compartir, hacedlo. Para eso estamos aquí reunidos. Mi antecesor como abad en Veruela os envió a Francia para que fuerais instruido en estos menesteres, ya que por aquellos años hubo problemas de índole demoniaca en el Moncayo.

—Eso lo recuerdo, aquel episodio de muertes inexplicables —comentó el anciano Adolfo—, asesinatos en los cementerios de algunas aldeas.

—Cinco, hubo cinco muertes —añadió el prior—, aparecieron tres muertos en Trasmoz, uno aquí en el monasterio y otro en nuestra posesión de Bulbuente. ¡Todos degollados!

—Como nuestro hermano lego —afirmó el anciano Adolfo—. Los cinco muertos aparecieron sobre tumbas. Ninguna de ellas era reciente. Al principio no le dimos importancia, hasta que dijeron que habían visto a un hombre profanar uno de esos enterramientos.

—En aquel momento, y después de sopesar la situación, no tuvimos más remedio que abrir ese sepulcro —afirmó el abad, que comenzaba a mostrar signos de fatiga en el rostro y forma de hablar.

—Estaba vacío, la tumba sobre la que había muerto uno de aquellos hombres se hallaba limpia, como si nunca se hubiera enterrado a nadie. Así que se dictaminó que era obra del maligno —explicó con calma el prior—, se abrieron las cinco tumbas y todas estaban vacías. Por esa razón marché a Francia, a Cluny. En aquella abadía fui formado para luchar contra el mal, regresé a Veruela y realicé exorcismos en todos los cementerios del Moncayo, pero creo que cometimos un error —y el prior suspiró—: no tuvimos en consideración las tumbas que había en el interior de nuestro propio monasterio.

»El maligno es astuto —el prior siguió hablando—, en uno de los libros de nuestra biblioteca está escrito que los primeros años de fundación de este monasterio, los monjes que se asentaron en Veruela tuvieron que impedir una terrible costumbre de las gentes de estas tierras.

»Temían que sus muertos saliesen de sus tumbas y los atacasen, así que los desmembraban y les prendían fuego antes de enterrarlos. Leed los

registros, los primeros monjes de Veruela lo dejaron por escrito.

—No podemos pensar en esas creencias paganas —el abad sudaba y tenía el rostro pálido—; somos hombres de fe, no caigamos en blasfemias.

—¿Creísteis que estaba volviendo a ocurrir? Por la muerte del lego… —el anciano cisterciense carraspeó—, ya sabemos que fueron el lego y el hermano Bartolomé quienes abrieron el sepulcro real y, además, el infante heredero llevaba más de cien años enterrado, ¿no iréis a pensar que…? ¡Por todos los santos!

—El prior no lo sabía, por eso decidió retomar sus funciones de exorcista.

—Tuve que hacerlo —afirmó el aludido—, a tan solo unos días para la noche de Ánimas, no podía permitir que más muertos salieran de sus tumbas.

—¿De verdad creéis que eso es posible? —insistió el abad.

—Sí lo creo, además algo les sucedía a los monjes cuando estuve frente a ellos probando si su alma estaba limpia de maldad —el prior cambió el gesto, por primera vez se mostraba disgustado—: no se movían.

—¡Lógico! Estaban durmiendo —murmuró el anciano Adolfo.

—Lo hacían demasiado profundamente. Ni uno solo de ellos se inmutó ante mi presencia, ni un movimiento.

—Eso que decís… no le veo la importancia. —El anciano Adolfo se encogió de hombros.

—Pues la tiene, porque era excesivo, creedme. Que ninguno de vosotros nueve os perturbarais, aunque fuera con un mínimo gesto, con mi presencia y mis palabras… —El prior negó con la cabeza—. Os aseguro que no es normal, yo mismo tuve problemas para no quedarme dormido.

—Yo llevo unos días que duermo maravillosamente, ni siquiera me levanto a mear, ¡bendito sea! Ojalá fuera siempre así —afirmó sonriente el anciano—, la noche que pasó todo, casi me cago encima al levantarme. —Y soltó una pequeña carcajada.

—Es suficiente. —El abad alzó de nuevo la voz—. Prior, vuestros años de perseguir al maligno terminaron, os recuerdo que jurasteis renunciar a todo tipo de exorcismos. Se guardó silencio sobre vuestras prácticas como parte del acuerdo, de eso hace ya más de quince años —el abad le miró fijamente —, nadie ha dudado en este tiempo de vuestro comportamiento. De ahí que hayáis alcanzado un puesto tan relevante para nuestra congregación.

—Sí, abad.

—Ahora habéis confesado vuestra falta, habéis vuelto a esas peligrosas prácticas. Me veo en la obligación de suspenderos en vuestras responsabilidades —anunció el abad.

Comenzó a toser de forma aparatosa, era una tos fuerte y con esputos de sangre.

—Llamaré al boticario. —El anciano Adolfo fue hacia la puerta.

—¡No! —el abad alzó la mano—, estoy bien.

—Abad, debería veros…

—He dicho que estoy bien —dijo respirando con dificultad—. Prior, no dudo de que actuasteis creyendo que era lo mejor para el monasterio y que los acontecimientos os confundieron. Sin embargo, desobedecisteis mi mandato y me ocultasteis información. Por todo ello, queda suspendida vuestra autoridad.

—Solo hice lo que debía.

—El decano Esteban asumirá, de manera provisional, las funciones del prior —anunció—, deberá consultar todas las decisiones conmigo, no quiero más sorpresas. Se informará a los monjes de por qué ordené extraer los restos del infante heredero.

—Cometí un error confiando en él, el decano Esteban nos ocultó que había hablado con Octavio.

—¿Sabía sus intenciones?

—No exactamente, pero sí que iba a hacer algo que no debía.

—Entonces, hermano Antón, no podéis acusarle de nada —sentenció el abad—. Quedáis relevado del puesto de prior, el decano Esteban será quien asuma vuestro lugar de manera provisional.

—Como ordenéis, abad.

—Seguimos sin saber quién mató al lego y dónde están los restos —apuntó el hermano Adolfo.

—Eso es cierto, ¿sabéis si ha hecho progresos el notario real? —inquirió el abad.

—Parecía que sí, aunque después de hablar con vos, me temo que no.

—Abad —el prior tomó de nuevo la palabra—, no creo que ese hombre vaya a averiguar nada relevante. Es un laico, nunca debió permitírsele la entrada en nuestra congregación. No hace más que preguntar y obliga a los hermanos a romper su voto de silencio.

—Lo cual es lógico si debe descubrir quién de todos ellos, de todos vosotros, asesinó al converso.

—No todo vale —protestó el prior—, el silencio es esencial para la oración y para eludir la holgazanería, de sobra lo sabéis.

—Me paso las horas aquí solo, nadie mejor que yo sabe qué es la ausencia de palabras —les advirtió—. Hermano Adolfo, ¿qué opináis vos?

—Yo discrepo —el anciano monje alzó la voz—, creo que el notario real está esforzándose, hay que darle más tiempo.

—¡No pertenece al Císter! —exclamó Antón—, ni siquiera es religioso.

—Es un cristiano, sabe de leyes y está acostumbrado a lidiar con la mentira y la falsedad. Creo que es una bendición que él esté aquí en estos días tan aciagos que nos están tocando vivir. —Y aquellas palabras hicieron enmudecer a los monjes.

»He confiado en él y mantendré esa confianza —afirmó el abad—, entiendo lo intrusivo de su presencia, así que le doy el día de hoy y el de mañana hasta la hora tercia. Si no me da noticias le revocaré sus privilegios.

—Pero Abad… —interrumpió el prior Antón.

—¡Callad! —y alzó la mano—, llegada esa mañana ya no deberéis responder a sus preguntas. Sus injerencias pueden ser perjudiciales, y si no ha obtenido resultados para entonces, no nos es útil. Tiene dos días más, hasta Todos los Santos, ese es su plazo, que quede claro.

—No es mucho tiempo —murmuró Adolfo.

—Son dos noches, pensad en todo lo que pasó aquí en una sola —respondió el abad—, y haced que venga ya el hermano Bartolomé.

29

Las dudas

Bizén admiraba el vuelo de unos estorninos. Siempre le habían gustado los pájaros, envidiaba de ellos su libertad, su capacidad de surcar el cielo. ¿Por qué Dios les dotaría de tal magnífica habilidad a ellos y, en cambio, al hombre lo obligó a vivir pegado a la tierra? De todos ellos, para él no había ninguno más fascinante que las lechuzas y le encantaba observar al ejemplar que vagaba por Veruela.

Le dolía todo el cuerpo, apenas pudo regresar a su celda la pasada noche. Cuando despertó, se lavó las heridas y, al menos, pudo comprobar que no tenía ningún hueso roto. Jamás le habían dado una paliza como aquella. Tuvo que regresar a la cama y guardar reposo casi toda la mañana, hasta que sacó fuerzas para levantarse e ir hasta la enfermería. El monje boticario ni se inmutó al ver sus magulladuras y golpes, se mostró tan callado y esquivo como acostumbraba. Parecía que estuviera tratando un simple resfriado, en ningún momento le preguntó cómo ni dónde, y mucho menos quién, le había dejado tales marcas en el cuerpo.

El hermano Ramiro le aplicó varios ungüentos y le dio unas hierbas para el dolor que debía tomar con agua caliente, que le hicieron rápido efecto.

De todos modos, lo peor era que había perdido su cruz. Se sentía vulnerable sin ella.

Bizén no quería permanecer más tiempo en su celda, tampoco que los monjes le vieran magullado. Así que se atrevió a caminar hasta la entrada del monasterio y salir extramuros. Últimamente necesitaba salir cada vez más a menudo. Dentro de Veruela comenzaba a sentirse como un prisionero.

Recordó las palabras de su agresor y reflexionó sobre si valía la pena continuar. Si no era mejor marcharse ahora que aún podía. Quien lo golpeó fue muy claro. Aquello fue solo una advertencia, la próxima vez sería peor.

Caminó un buen rato junto a la acequia que circunvalaba la muralla del monasterio, escrutando a los pobladores de aquel lugar, gentes trabajadoras y esforzadas. Entonces vio a un grupo de mujeres desplazarse con cántaros y canastos de ropa. Entre ellas logró distinguir el espeso y largo cabello moreno de la muchacha de la pasada noche.

Intentando ser prudente y a pesar de los dolores al caminar, las siguió en dirección al río. Al llegar a la orilla, se ocultó detrás de unos árboles. Desde allí la observó. La muchacha tenía los ojos rasgados y brillantes, y un cuello largo que a menudo se acariciaba con los dedos de la mano.

Estuvo largo tiempo mirándola, hasta que las mujeres fueron marchándose y ella quedó la última. Cuando se aseguró de que no iba a ser visto, fue hacia donde estaba. La muchacha no lo vio venir hasta que ya era demasiado tarde. Aun así, nada más verle se echó atrás, y tras tropezar levemente, emprendió la huida.

—¿Adónde vais? —Él la siguió.

Tenía piernas muy largas y corría rápido, Bizén no desistió. A pesar de sus dolores, reaccionó a un par de quiebros de la muchacha y saltó por encima de un árbol para ganar el suficiente espacio y conseguir agarrarla del brazo.

—¡Quieta! —La atrapó por la cintura.

—¡Soltadme! —Y le dio una bofetada que sonó con estruendo.

Bizén quedó dolorido, tanto por el golpe recibido como por las secuelas de la paliza.

La joven se quedó sin palabras, se llevó las manos a la boca, asustada por lo que acababa de hacer. Bizén la miró aturdido, con los ojos muy abiertos y el rostro enrojecido. Marta estaba a punto de echarse a llorar, aterrorizada por la reacción de aquel hombre y entonces este se echó a reír.

—¿Cómo se os ocurre pegarme? Últimamente a todos les ha dado por golpearme, y además vos atizáis con fuerza…

—¿Por qué me habéis seguido?

Bizén se sentó en el suelo, dolorido por el esfuerzo. Entonces dejó a la vista los cardenales que lucía en el brazo.

—¿Qué os ha ocurrido? —Al verlo bien, la joven se percató de que tenía señales de otros golpes en el rostro.

—Dejémoslo en que no he pasado una buena noche —Bizén sintió entonces un agudo dolor en la rodilla—, creo que no puedo moverme.

—¿Qué queréis que haga?

—Nada, ya habéis hecho suficiente. —Se palpó el rostro.

—No quería pegaros, pero ¿por qué me seguíais?

—Vaya pregunta, ¿vos qué creéis? —Bizén se frotó la pierna intentando apaciguar el dolor—. Quisiera averiguar qué hacíais en el monasterio la otra noche.

—Chis, no habléis en voz alta.

—Eso haberlo pensado antes de entrar.

—Por favor, no se lo digáis a los monjes. —Y se arrodilló a su lado.

—¿Y por qué no debería hacerlo?

—Nos castigarían, os lo ruego.

—Os llamáis Marta, ¿cuántos años tenéis? —Ella no contestó—. Sois alta y nunca había visto a nadie con un cabello tan largo. No diré nada si prometéis no iros corriendo y hablar conmigo.

—¿Hablar de qué?

—Prometedlo y ya veremos.

Marta evaluó la situación, temía que aquel hombre aún estuviera enfadado por la bofetada y pudiera avisar a los monjes de su incursión dentro del monasterio. Así que asintió con la cabeza.

—Bien, decidme, Marta, ¿qué hacéis en estas tierras?

—Trabajar para los monjes, vivo con mi tía y mi hermana mayor.

—Vivís las tres juntas… vos ya tenéis edad para casaros, ¿no estaréis acaso prometida?

—No, nuestra tía… —Marta se mostró algo nerviosa por primera vez—, no ha consentido todavía que nos desposemos ninguna de las dos.

—Tendrá una buena razón.

—Está esperando un buen postor, no nos va a regalar ni a mi hermana ni a mí a cualquiera —dijo ella torciendo el gesto.

—Seguro que vela por vosotras y os busca un buen marido, pero decidme qué hacíais la otra noche. No tengáis miedo, yo no soy un monje.

—Solo estábamos… vimos la puerta abierta del monasterio y entramos.

—¿Estáis diciendo que el monje portero tuvo un descuido? Lo conozco y no me lo creo. Explicadme cómo dos muchachas lograsteis entrar en el monasterio y para qué. No se lo he dicho a nadie, pero lo haré sino me dais una justificación convincente.

—Entramos por una acequia —confesó Marta.

—¿Por una acequia? —Bizén la miró sorprendido.

—Sí, pasa por debajo de la muralla. Os lo juro.

—Está bien, os creo —afirmó Bizén esbozando una sonrisa—, no me tengáis miedo, ¿de acuerdo?

—¿Quién os ha dado la buena paliza? ¿Los monjes? —insistió Marta.

—Aquí las preguntas las hago yo —y Bizén se señaló con el dedo índice.

—No os conozco, ¿cómo sé que puedo confiar en vos?

—Vaya… me decís eso después de haberme pegado.

—Vos me estabais siguiendo —replicó la muchacha.

—De ninguna manera, Marta, ¿qué puedo hacer para que lo hagáis?

—Reveladme un secreto, uno importante, así podré fiarme de vos —afirmó ella con la mirada altiva.

—¿Un secreto?

—Sí, yo os he contado el mío.

—Desde luego no tengo suerte, desde que he llegado aquí no me encuentro con nadie sencillo en este lugar. Hasta una muchacha me pone las cosas difíciles —resopló—. Qué barbaridad… —Bizén miró a su alrededor para asegurarse de que nadie le escuchaba—. Os contaré un secreto, pero no podéis decírselo a nadie. Dadme vuestra palabra —le insistió Bizén, que estiró la mano.

—La tenéis. —Y ella aceptó el apretón.

—Ya os he dicho que, aunque estoy intramuros del monasterio, no soy religioso. He venido a buscar una cosa que tienen los monjes.

—¿El qué?

—Eso da igual.

—No, tenéis que confiarme un secreto de verdad y por ahora no lo habéis hecho.

—De acuerdo. —Bizén resopló de nuevo y por alguna extraña razón sintió que a ella no podía mentirle—. Estoy buscando a un hombre que ha matado a un lego.

—¡Matado!

—Sí, hace cinco días. Fuera del monasterio no se sabe, es un gran secreto.

—¿Cómo ha muerto?

—Un monje le rebanó el cuello con… todavía no estoy seguro de cómo lo hizo —se sinceró—, pero lo hizo. No podéis decírselo a nadie, recordadlo.

—Sí —contestó Marta, todavía impresionada por lo que acababa de escuchar.

—Bien, ahora vos, decidme qué hacíais la otra noche.

—Yo… —la muchacha miró a su alrededor como pretendiendo encontrar a alguien que la ayudara—, buscaba a un hombre. Lo tienen preso los monjes y habla de manera diferente.

—¿Es extranjero?

—Sí, creo que es inglés. Una vieja nos pidió que lo buscáramos y nos dijo la manera de acceder al monasterio.

—¡Santo Dios! ¿Y por qué quería que lo encontrarais?

—Lo desconozco.

—Mentís, ¿cómo va a estar un caballero inglés preso en Veruela? Los monjes no pueden hacer algo así. No tiene ningún sentido —y la agarró del brazo—, no me gusta que me tomen el pelo.

—Os he dicho la verdad… —E intentó soltarse.

—No os creo.

—Soltadme —le dijo enseñando los dientes—, os lo demostraré.

Entonces le soltó el brazo y ella metió la mano por dentro de su saya. Bizén se quedó tan sorprendido que su rostro se enrojeció y tuvo que desviar la mirada hacia otro lugar.

—¿Qué hacéis?

—Me dio esto. —Y extendió la mano mostrando una hebilla metálica con forma de jabalí.

—Pero… —Bizén la cogió y la examinó—, es de plata. Es la hebilla de un caballero o un noble.

Se oyeron unos gritos.

—Esa es mi tía, Francisca, debo irme o me castigará.

—Esperad. —Bizén la volvió a coger del brazo y ella le lanzó una mirada asesina.

Bizén enseguida la soltó y le susurró muy cerca del oído.

—Ahora tenemos un secreto.

Ella se dio la vuelta y echó a correr.

Bizén sintió un latido en su interior, se llevó la mano al pecho como si algo le golpeara con fuerza. Miró de nuevo a la joven, la siguió con la vista hasta que llegó a la altura de una mujer mayor, que nada más llegar la reprendió de forma airada.

Estuvo a punto de ir tras ella, pero se contuvo. Antes de alejarse demasiado, lanzó una última mirada, diferente a las otras, más dulce, más tierna. Bizén se dio cuenta en ese mismo momento de que nunca antes una mujer le había mirado así.

Quedó pensativo. Los dolores regresaron y con ellos sus dudas sobre si abandonar o no el monasterio. Pero entonces pensó en Marta y todos se disiparon.

Bizén regresó al monasterio. Saludó al monje portero que estaba haciendo guardia, cruzó por la puerta pequeña de la torre, después pasó el arco de entrada y accedió al empedrado, con la granja a su derecha y las hileras de árboles a ambos lados.

No podía quitarse a la muchacha de la cabeza. A su lado pasaron dos legos que le saludaron y más a lo lejos vio una pareja de novicios.

—Bizén de Ayerbe —el hermano Rogelio le abordó—, hacía tiempo que no os veía, ¿dónde estabais?

—He estado fuera de los muros un tiempo.

—Los monjes nos prodigamos poco al otro lado —afirmó—, pero ¿qué os ha pasado?

—Esto —se señaló el rostro—, parece más de lo que es, me caí rodando cerca del río —y señaló a lo lejos.

—¿Os habéis hecho eso en una caída?

—Sí, me golpeé con unas ramas y… Es una larga y desagradable historia, hermano Rogelio. Preferiría no revivirla, si no os molesta.

—Tened más cuidado —afirmó el monje, cuando unos campesinos pasaron a su lado empujando con enorme empeño un carromato repleto de olivas—. Esta gente es un poco salvaje, ¿no os parece?

—Son cristianos.

—Sí, sí —asintió—, nuestro tiempo y esfuerzo nos ha llevado que lo sean, creedme.

—¿Qué queréis decir con eso?

—Nada, historias de viejos —se excusó el hermano Rogelio—, lo que quiero deciros es que nuestro lugar está aquí dentro. Igual que el de ellos está en los campos y los bosques.

—Y en el Moncayo.

—No, a la montaña es mejor que no se acerquen.

—¿Por qué?

—La altura no sienta bien a las mentes débiles. Las gentes de las montañas no son como las del valle, el llano o la costa —le explicó el monje —, son diferentes. De todas maneras, conviene poco salir extramuros, la tentación se nos muestra a menudo de las formas más dulces posibles. Andaos con buen ojo si os mezcláis con estas gentes, seguro que me entendéis.

—Seré precavido.

—Solo os digo que pongáis más cuidado, todos somos hombres. Aunque unos llevemos hábitos y otros no —le dijo en un tono que más que un consejo, sonaba a una advertencia muy seria, casi a una amenaza.

—No hace falta que os preocupéis de mí.

—Todos necesitamos un ángel de la guarda, creedme —afirmó a la vez que estiraba el escapulario oscuro sobre el blanco del hábito cisterciense.

—¿Y vos sois el mío?

—En este monasterio sí. —El monje cambió el gesto—. Debéis entender que Veruela no es solo una iglesia y unas dependencias anexas para los monjes, esto no es un convento. Bernardo de Claraval lo dijo muy claro: «Huid de en medio de Babilonia, huid y salvad vuestra alma. Volad todos juntos hacia las ciudades de refugio, donde podréis arrepentiros del pasado, vivir en gracia para el presente y aguardar con confianza el futuro. Encontraréis mucho más en el bosque que en los libros. El bosque y las piedras os enseñarán más que cualquier otro maestro».

—Las ciudades de refugio son los monasterios.

—Así es, en su origen el Císter formaba parte de una corriente de oposición a las ciudades.

—¿Por qué? Las ciudades cada vez crecen más, son más ricas y poderosas.

—Y más peligrosas —añadió el hermano Rogelio—. Su tamaño y su abundancia de habitantes provocan que en su seno proliferen ideas de toda índole, muchas de las cuales son perniciosas, ofensivas, blasfemas.

—Es posible que sí haya alguna manzana podrida, y qué sugerís, ¿abandonar las ciudades? Los hombres no van a hacerlo, las ciudades son el futuro.

—Que Dios se apiade de nosotros si ese es el futuro de los hombres. Sé que ese peligro es real, los tiempos han cambiado —afirmó el monje—. Ahora la Iglesia necesita del compromiso pastoral y predicador para luchar contra las blasfemas ideas. Hay quienes dentro de la Iglesia han vuelto su mirada hacia el estudio de los males de nuestra época. Los cistercienses no. A ojos de las demás órdenes, incluyendo los dominicos, somos monjes sencillos.

—Disculpad mi ignorancia, pero no logro entender qué pretendéis decirme con eso.

—Muchos quieren destruirnos, pero no podrán. Aquí estamos lejos de las ideas corrompedoras.

—Huir del enemigo no es la mejor solución.

—Os equivocáis, no huimos, nos defendemos fortificando estos muros. Aquí está la primera línea de batalla. Algunos han olvidado demasiado rápido el pasado, ese es el problema —murmuró el monje—; además, no debéis dejaros engañar por nuestra ubicación, no todas las abadías cistercienses han repudiado el estudio. Las hay que se aventuraron en las ciencias teológicas y existen valiosas bibliotecas del Císter.

—Estuve en vuestro *scriptorium*, recordadlo.

—Una de las principales actividades de todas las abadías es la copia de manuscritos. Existe una auténtica red de intercambio que permite a los monasterios obtener los textos que necesitan, para copiarlos —explicó el hermano Rogelio hablando de forma pausada—. En las grandes bibliotecas cistercienses de Cîteaux, Claraval o Pontigny se encuentran biblias de los primeros siglos, textos de los padres fundadores de la Iglesia, textos de autores clásicos.

—Y todos esos libros se copian por dinero.

—Desde luego, los cistercienses hemos desarrollado una caligrafía redonda, regular y muy legible; que es apreciada y codiciada.

—La conozco, he tenido que transcribirla en más de una ocasión.

—Otras órdenes iluminan los manuscritos con hermosos motivos florales, escenas de la vida cotidiana, alegorías sobre el combate de la fe o sobre el misterio divino —dijo con un tono de menosprecio—. Nosotros tenemos un estilo depurado, con amplias iniciales pintadas en claroscuro de un solo color, sin representación humana o animal ni uso del oro.

—No voy a discutir más con vos sobre este asunto, lo que me interesa es cuándo voy a volver a hablar con el prior y, en especial, con el abad. No puedo creer que el otro día quedara zanjada la conversación cuando descubrimos las mentiras de varios monjes, incluidas la del abad.

—Veréis, Bizén, las cosas no son tan sencillas.

—Hermano Rogelio, ¿qué estáis queriendo decir? Vos estabais presente y escuchasteis todo lo que se dijo.

—Sí, sí, desde luego, pero insisto en que debéis ser más prudente —afirmó el monje—; además, el abad ha sustituido al hermano Antón como prior de Veruela.

—¿Por qué motivo? —Bizén se volvió hacia el monje—, ¿qué lo motiva?

—Hay caminos que parecen rectos a los ojos de los hombres y terminan en lo profundo del infierno. Hay quienes parecen llevar una vida piadosa y lo cierto es que cuando llegue el día del Juicio la balanza no les será favorable. Bizén, debéis daros prisa en descubrir al culpable de la muerte de Octavio.

—Eso intento —afirmó Bizén—, pero solo encuentro mentiras, hipocresía, obstáculos… y ahora esto.

—No lo entendéis, ¡debéis dar con él ya!

—Ojalá pueda…

—¡No! Bizén, ya no tenéis más tiempo —le advirtió el monje—. En dos noches el abad os retirará vuestros privilegios.

—¿Cómo lo sabéis?

—Eso es irrelevante, ¡apresuraos!

—Ya veo que dentro de este monasterio se esconden demasiadas mentiras, ¿qué sabéis de un prisionero?

—¿De qué estáis hablando? ¿Qué prisionero?

—Sí, dentro de Veruela.

—Ignoro de qué habláis, no disponemos de cárcel. Somos monjes. Centraos y daos prisa y no olvidéis que las promesas se hacen para cumplirse.

—Yo soy un hombre de palabra.

—Claro, como los protagonistas de las historias de caballeros que leéis —le advirtió el hermano Rogelio—. El honor, eso es lo más importante para ellos, ¿verdad?

—Así es, el honor y la justicia.

—¿Y Dios? Os olvidáis de Él.

—No creo que Él reniegue del honor y la justicia —advirtió Bizén.

—Dios está por encima de ambas —el monje arqueó las cejas—, disfrutad de esas historias de caballería. Eso sí; recordad que el placer permanece, pero también lo hace el dolor. —Y le puso la mano derecha sobre el hombro—. Id con Dios, Bizén.

El hermano Rogelio se dio la vuelta y se marchó.

30

La iglesia

Antes de llegar a Veruela, Bizén había oído en varias ocasiones que la relajación de las costumbres cluniacenses, de la regla benedictina, fue lo que había propiciado, hace más de dos siglos, que san Bernardo de Claraval fomentase la austeridad de la regla cisterciense, como reacción ante aquel comportamiento laxo.

Después de cinco días, tenía sus dudas sobre si la regla seguía vigente tal y como la diseñó san Bernardo. Ya conocía bien su interior, el de Veruela era un templo de planta basilical y con tres naves. Aquella obra había tenido que consumir numerosos recursos en su edificación. Con aquella cabecera construida sin escatimar gastos, con un deambulatorio al que se abrían cinco absidiolos, amén del gran ábside principal y los dos laterales del transepto, formando hasta siete capillas. Todo ese templo precisó de una inmensa estructura con recursos y sólidos apoyos de quienes gobernaban en ese momento.

Ciento trece pasos de longitud desde el altar hasta la puerta de la fachada y cuarenta y seis en el crucero. Bizén seguía contando las distancias, le ayudaba a pensar y a familiarizarse con el monasterio.

Desde una de las naves laterales observó la llegada de los monjes para el rezo de sexta, Bizén estuvo muy atento cuando tomaron asiento, uno de esos diez monjes era el asesino del lego y él parecía incapaz de descubrir cuál.

En el coro, el sitial del abad se hallaba situado a la derecha, frente al presbiterio, y a la izquierda estaba el reservado para el prior, que para su sorpresa no ocupó el hermano Antón, quedando también vacío. El prior tomó asiento alejado del lugar que le correspondía.

Los monjes comenzaron repitiendo por tres veces un verso y prosiguieron con un salmo con el gloria, después otro salmo más, en esa ocasión cantado. Mientras tanto, él no dejaba de observarles mientras recordaba que le quedaban menos de dos días para dar con el culpable.

Ellos siguieron cantando diferentes salmos, hasta que el decano Esteban dio la bendición. Entonces tomaron de nuevo asiento, leyeron tres lecturas del libro que había en un atril plateado y después cantaron tres responsorios. Hasta que volvieron a levantarse.

Mientras proseguía el rezo, Bizén se giró y observó el reloj mecánico del crucero, junto a la sacristía y la escalera de acceso al dormitorio de los monjes, bajo la cual estaba aquella ventana para poner en hora el reloj. Era un artilugio que le fascinaba. En la tabla frontal tenía un gran sol inscrito en un anillo con dos series de doce numerales romanos, con los signos del tetramorfos de los cuatro evangelistas en las esquinas. En la parte superior, estaba el escudo con las barras de la casa de Aragón y en la inferior otro, que se presentaba bajo un báculo abacial.

El oficio finalizó y los monjes se incorporaron, observó que el prior no enfilaba el centro de la nave seguido del resto, sino que era el anciano Adolfo quien ocupaba el que debería ser su lugar.

Era algo inusual, el hermano Rogelio le había dicho la verdad. El prior Antón ya no ostentaba ese cargo.

Salieron al claustro y él los siguió. Cuando comenzaron a separarse fue directo a hablar con uno de ellos.

—Hermano Julián —le llamó, aunque este no pareció oírle—, hermano Julián —repitió.

El monje responsable de las aguas se detuvo, en un primer momento no se giró, así que Bizén dio un par de pasos para situarse frente a él. El hermano Julián era moreno de piel, los dedos de sus manos eran gruesos y fuertes. Era el único de los monjes que tenía el pelo rizado y negro, al igual que las cejas grandes y oscuras.

—Parece que la sordera del monje arquitecto es contagiosa.

—Este es un lugar de silencio, ya lo sabéis —respondió fríamente.

—Claro, ¿podéis acompañarme a la iglesia? Tengo una duda que quizá podáis aliviar.

—¿A la iglesia? —El monje miró por encima del hombro de Bizén.

Este se giró y encontró un hábito que desaparecía por la escalera que subía al dormitorio desde el claustro, pero no pudo llegar a ver de cuál de todos los monjes se trataba.

—¿Hay algún problema?

—No, pero tengo que atender mis obligaciones, la tormenta ha anegado varias acequias que deben ser limpiadas.

—No os entretendré mucho, hermano Julián —insistió Bizén—, vos sois el único que puede ayudarme.

—Será posible… ¿Acaso no veis que tengo trabajo urgente?

—Es solo un instante, cuanto antes lo hagamos, antes os dejaré en paz.

Cuando volvió su vista hacia el hermano Julián, este caminaba de regreso hacia el templo.

Bizén tuvo la sensación de que había más ojos sobre ellos, examinó a su alrededor, pero ni en el patio central ni en la sala capitular encontró a nadie. Solo los rostros atormentados de las gárgolas.

Una vez en el interior de la iglesia, Bizén avanzó por el crucero hasta la vía sacra y se detuvo frente al sepulcro vacío del infante heredero.

—¿Qué queréis de mí? —preguntó con desagrado el hermano Julián.

—Seguidme, por favor.

Bizén se desplazó a la izquierda y recorrió los cuatro espacios del cilindro absidal, en ellos había un mensaje fraccionado, que cobraba sentido cuando se leían juntas sus cuatro partes.

—Aquí —Bizén señaló las inscripciones—, se da noticia de la consagración del templo el dieciocho de diciembre del año mil doscientos cuarenta y ocho por Acenario, obispo de Calahorra. Conteniendo en él las reliquias del cuerpo y la sangre de Cristo, pan de la cena, madera de la Santa Cruz, leche, lágrimas, cabellos y vestido de la Virgen; reliquias de Juan el Bautista y Bartolomé; apóstoles Andrés, Santiago el Menor, Tomás, Felipe y de diversos mártires y santas.

—Así es.

—Esas reliquias están en la sacristía, si no recuerdo mal.

—A buen recaudo hasta el día de Todos los Santos.

—¿Es el lugar más seguro de todo el monasterio? —preguntó Bizén mientras dejaba atrás el altar mayor y el deambulatorio.

—Sí, la puerta de la sacristía es de sabina, por eso tiene ese veteado irregular y rojizo —explicó el hermano Julián—, es la madera dura del Moncayo. Además, tiene dos cerrojos. Dentro, las reliquias están guardadas en un armario de madera de haya reforzado con planchas de metal.

—Entonces me confirmáis que sí es seguro.

—Por supuesto, ¿acaso lo dudabais? —le dijo con desdén el monje.

—En modo alguno.

Ambos paseaban por el pasillo perimetral del ábside, que no dejaba de ser una continuación espacial de la prolongación de las naves laterales del templo, con las que guarda proporción en sus formas.

—¿Esto es lo que quería preguntarme con tanta urgencia? —dijo Julián con su característico mal genio—, no veo que fuera tan apremiante que os acompañara.

—No exactamente. Veréis, lo que no entiendo es la razón de que haya tantas e importantes reliquias en este monasterio.

—Las reliquias son poderosas, nos mantienen a salvo —contestó el hermano Julián.

—¿A salvo?

—El hombre siempre está en peligro, las tentaciones son muchas y numerosas. Esta no es una vida para disfrutar, sino para sufrir.

—No cree que podamos ser felices.

—Por supuesto que podemos, pero ¿es eso lo que Dios quiere? —se preguntó el señor de las aguas—. No, quiere que demostremos que podemos evitar las tentaciones, la ociosidad, los vicios. Desea que tengamos una vida casta, de oración, de virtud. Solo los necios pueden querer la felicidad, es el peor de los destinos. Tenemos muchos enemigos, notario real. Las reliquias son armas, deben usarse para buscar la santidad y el camino a Dios.

—Este templo es exageradamente inmenso para el lugar donde se halla. La congregación no es tan numerosa y este deambulatorio, ¿para qué? Esta no es una vía de peregrinación, está lejos del camino de Santiago.

—Os recuerdo que soy el monje encargado de las fuentes de agua, ¿vais a preguntarme algo relacionado con ellas o puedo marcharme?

—Muy bien —Bizén sonrió entonces—, ¿cómo se nutre el monasterio de agua? Porque no debe de ser sencillo cubrir las necesidades de un lugar tan grande como este.

—Esa es la primera cuestión inteligente que planteáis —dijo con sorna el monje—. Por una acequia que la trae de un embalse aguas arriba. Pasa por debajo de la muralla y da a un estanque, y en ese punto se divide en dos: un vial va al molino y otro más secundario, al aljibe.

—¿Y el lavatorio?

—Es alimentado por un ramal después del molino, luego hay otro que hace lo propio con las letrinas, otro con los sumideros de estas capillas.

—Bien, pero quedaba todavía la cocina, también necesita suministro de agua constante.

—Es el mismo ramal que luego va a las letrinas.

—¿Y por dónde se evacuan luego esas aguas?

—¿De verdad queréis saber todo esto?

—Sí, ya os he dicho que era algo que solo vos podíais explicarme, ¿no lo veis? —afirmó Bizén a la vez que movía las manos e intentaba ganarse la confianza del monje.

—Conmigo no sirven ese tipo de alabanzas, os las podéis guardar —refunfuñó el hermano Julián—, pero os responderé, cruza por debajo de esta iglesia, riega las huertas y sale al cauce del río.

—¿No es peligroso que pase por los cimientos de semejante iglesia? —inquirió Bizén.

—Debe hacerlo, como os he dicho los sumideros de estas capillas precisan de agua y también la sala de los muertos.

—La sala de los muertos… ¿Por qué hace falta que la acequia llegue hasta ella?

—Para preparar a los muertos antes de su enterramiento es necesario una serie de procesos en los que el agua es fundamental.

—Habéis dicho antes que el agua se canaliza desde un embalse —recapituló Bizén— y entra en el monasterio por una acequia que pasa por debajo de la muralla.

—En efecto.

—¿Cómo es de amplia?

—Bastante, necesitamos un buen abastecimiento —contestó el señor de las aguas.

—¿Podría entrar por ella un hombre?

—No.

—¿Estáis seguro? —insistió Bizén ante la contundencia de la respuesta del monje.

—Completamente, más de una vez me he arrastrado yo por el inicio. Pero la acequia se estrecha al llegar a los cimientos de la muralla. Un hombre es demasiado ancho para pasar por ella. Cuando se construyó ya se tuvo en cuenta ese detalle.

—¿Y algo más pequeño?

—¿Cómo más pequeño? ¿Queréis decir un animal?

—No necesariamente, un muchacho, un crío.

—¡Qué sandeces son esas! —le increpó el hermano Julián—. ¿Para qué va a querer entrar un zagal por semejante lugar? Ya he respondido suficientes impertinencias…

—Una última pregunta, ¿por qué el prior no ha presidido hoy la misa?

—Esos son asuntos internos de nuestra congregación —respondió el monje.

—Hermano Julián, debéis responderme, ya lo sabéis.

—El abad lo ha destituido como prior.

—¿Y pueden saberse los motivos? —Bizén se encaró con el monje.

—Ya basta, no pienso deciros nada más.

—¿Tampoco de la noche de Ánimas? ¿Por qué las gentes que están a vuestro servicio hablan tanto de ellas?

—¿Habéis leído el libro de Job?

—Ya sé que es el que inspira muchas de las ménsulas de vuestro claustro y conozco la historia.

—Pues sabréis que Job estuvo gravemente enfermo, llegó al punto de desear la muerte, pero confiaba en que Dios lo resucitaría para volver a vivir en la Tierra —explicó el monje—. Por eso dijo: «Oh que en el sepulcro me ocultarás. Tú llamarás, y yo mismo te responderé. Por la obra de tus manos sentirás anhelo».

—¿Qué significan esas palabras?

—Cuando los hombres sufren y están desesperados, pueden creerse cualquier cosa. Job quería morir porque pensaba que Dios lo resucitaría —aclaró el hermano Julián—. Las gentes del Moncayo creen que en la noche de Ánimas los muertos salen de sus tumbas y pueden llevárselas con ellos.

—Eso son solo supersticiones, ¿por qué siguen creyendo tanto en ellas? ¿Cómo se lo permitís?

—El mal de las ciudades está llegando a Veruela —contestó el hermano Julián, que perdió su gesto firme y arrogante por uno más humilde y consternado—, en ellas a la moderación la tienen por avaricia, la sobriedad pasa por rigidez, al silencio lo consideran melancolía.

—No todo es tan terrible en las ciudades…

—Sí, por supuesto que lo es. No me haréis cambiar de opinión, esos impuros llaman a la relajación discreción, al despilfarro generosidad, alegría al bullicio, decoro al lujo en el vestir y la fastuosidad en las monturas; llaman aseo al innecesario desvelo por la comodidad de los lechos. Y facilitar todo esto a los demás es caridad. Una caridad que mata a la caridad. Una discreción que desfigura a la discreción. Misericordias semejantes rebosan crueldad. Halagan el cuerpo, pero estrangulan el alma.

»Que nadie espere alcanzar misericordia por semejante misericordia, al menos aquella misericordia prometida en el Evangelio por boca de la Verdad: “Dichosos los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia”.

»Ya he colaborado más que suficiente con vos. —El hermano Julián se giró y se marchó del templo.

31

La portería

Tras la charla con el señor de las aguas, los dolores se hicieron sentir en el cuerpo de Bizén, que fue hasta la cocina para pedir agua caliente con la que tomar las hierbas que le había dado el monje boticario.

—Notario, tenéis que andaros con más ojo —comentó el cocinero, que esa vez estaba limpiando unas verduras de tallos alargados—, ¿cómo habéis permitido que os pegaran de esa manera?

—No era mi intención, os lo aseguro.

—Lo mejor para eso es el vino —y llamó a uno de los ayudantes a su cargo—, tú, tráele una jarra al notario. El vino lo cura todo, hágame caso.

—Ojalá fuera tan fácil, ojalá algo lo fuera en este monasterio.

—¿Qué esperabais? ¿Que los monjes estuvieran orando y en silencio todo el día? Eso queda muy bonito de cara al pueblo, pero aquí estoy yo, preparando una comida que ni el mismísimo rey Pedro IV.

—No exageréis…

—¿Cómo decís? —Y se le encaró con el cuchillo en la mano.

—Quiero decir que el rey no come tan bien, he oído hablar muy mal de sus cocineros. No me cabe duda de que vuestros platos son más apreciados. Daos cuenta de que la corte está siempre viajando de una ciudad a otra y así es todo complicado.

—Tened cuidado con lo que decís —y le señaló con el cuchillo—, y bebeos el vino.

—Claro —le dio un trago—, gracias por el agua y por el vino.

—No hay de qué y cuidaos, que da pena veros.

A Bizén le sentó bien, no sabía si fue la infusión o el vino, o la combinación de ambas. Sea lo que fuera, le hizo recobrar fuerzas y mitigó los dolores. Aprovechó entonces para caminar hacia el aljibe y el estanque. Quería comprobar las vías de agua que le había explicado el hermano Julián, y en especial la acequia principal que surtía al monasterio y que pasaba por debajo de la muralla, por la que aquella muchacha aseguraba haber logrado entrar.

Observó con detenimiento el embalse y su acequia, parecía difícil que alguien pudiera entrar por allí.

Miró a su alrededor, estaba solo. Si aquel hombre que lo había golpeado le sorprendía de nuevo, su vida peligraba. Debía andarse con buen ojo, ahora sabía que estaba en peligro.

Cuando dejó aquella zona, fue hacia el otro extremo del monasterio, a donde iba a parar la acequia que salía de la iglesia, justo antes de abandonar el recinto amurallado. Se quedó pensativo mirándola, hasta que regresó hacia las puertas. No las cruzó, sino que llamó en la portería y entró.

—Notario, ¿qué ocurre? —le preguntó el hermano Cipriano, que en aquel momento estaba preparando el fuego de la portería.

—Quisiera haceros unas consultas.

—Por supuesto —le hizo una señal para que pasara—, ¿en qué puedo ayudaros?

—Todavía no había hablado con vos sobre la muerte del lego.

—Es comprensible —afirmó el hermano Cipriano—, yo no estaba en el dormitorio como el resto.

—Cierto, vos tenéis vuestra propia celda aquí, en la portería, para poder atender a los forasteros que llegan en plena noche.

—Exacto, ¿y bien? ¿Qué queréis preguntar?

—Tantas cosas… —se lamentó Bizén con aspecto de agotamiento—. Este monasterio es como un laberinto sin salida.

—La muerte del hermano Octavio nos ha afectado mucho, comprendedlo.

—Mi maestro decía siempre que en todo problema la cuestión principal es lograr orientarse.

—Es posible. —El monje portero observó con extrañeza al notario.

—Sí, es como ese juego… ahora no recuerdo el nombre. Tiene muchas piezas distintas y consiste en formar un cuadrado con ellas. Al principio uno no sabe ni por dónde empezar, parece imposible —afirmó Bizén haciendo gestos con sus manos— y cuando formas los cuatro lados, entonces ya todo empieza a cobrar sentido.

—Esto se parece poco a un juego; Veruela es muy importante, no os imagináis cuánto.

—Parece que la cercanía de la noche de Ánimas los incomoda a todos —dijo con sutileza Bizén.

—Es una fecha a tener en cuenta, en estas tierras hay muchas historias paganas sobre los muertos.

—Pero, son solo eso, historias…

—Sí —y el monje hizo una pausa—, aunque nunca se sabe. Es mejor ser precavidos, ¿no cree?

—Por supuesto.

—Yo soy el portero, he visto cosas que no creeríais. A la puerta de Veruela han llegado todo tipo de hombres —explicó el hermano Cipriano.

—No lo dudo, pero aquí estáis a salvo. Bueno, lo estabais hasta la muerte del lego —murmuró Bizén—. El abad ha destituido al prior.

—¿Cómo sabéis…? No puedo hablar de eso.

—Solo busco al asesino, los que son inocentes deberían colaborar, ¿no os parece?

—Todos somos culpables de algo —afirmó el monje portero asintiendo con la cabeza.

—¿Todos?

—Unos más que otros, pero sí, todos. Cuando uno busca un secreto, corre el riesgo de destapar otros —advirtió el monje—. Por eso hay que extremar la precaución.

—No es la primera vez que oigo eso.

—Pues entonces tenedlo en cuenta cuando vayáis por el monasterio preguntando a cualquiera de nosotros.

—Las cuestiones incómodas pueden ser las más importantes —recalcó Bizén.

—Yo solo os sugiero que hagáis las adecuadas, es un consejo —le dijo el hermano Cipriano—. Si me disculpáis, ahora debo irme.

—Una cosa más, en el claustro de Veruela hay una serie de capiteles que tienen como tema principal un libro santo, el de Job.

—Sí, del Antiguo Testamento.

—Parece que ese libro tiene un poderoso influjo en este monasterio —continuó Bizén—, si Dios es bondadoso, si Dios lo puede todo, ¿por qué el mundo está repleto de dolor, de sufrimiento y de injusticia?

—Casi todos los hombres, en su debilidad —puntualizó el hermano Cipriano—, se cuestionan alguna vez si Dios realmente existe.

—El hermano Bartolomé dijo que desenterró un cuerpo del cementerio y que al ver a Octavio muerto le entró pánico y lo tiró por la acequia que pasa por la sala de los muertos, ¿vos sabéis dónde desemboca?

—Sí, sale por aquel lado —y señaló al lugar donde acababa de estar Bizén.

—¿No deberían estar los restos en alguna rasera?

—Preguntad al hermano Julián, él se encarga de las aguas.

—Os lo pregunto a vos.

—Ya veo… por muy mal que estuviera ese cuerpo, los huesos deberían haber aparecido en las raseras o en el molino que hay extramuros.

—Eso pienso también yo, además el hermano Bartolomé afirmó que le había colocado ropas buenas, ¿dónde están?

—Notario, yo no os puedo ayudar en eso.

—Ya —y sonrió—, si Dios es bondadoso, si Dios lo puede todo, ¿por qué el mundo está repleto de dolor, sufrimiento e injusticia? Si Dios ama al ser humano y se preocupa por cada uno de nosotros, ¿por qué no evita los males innecesarios que nos afligen a lo largo de la vida? Para eso sí deberíais tener una respuesta.

—¿Y si no la tengo? ¿O no os gusta la que os doy?

—Los monjes sois religiosos, el claustro es el espacio más privado del monasterio. Las referencias al libro de Job son en exclusiva para la congregación.

—Quizás es para que resistamos las calamidades, para que mantengamos nuestra fe intacta a pesar de cualquier mal —continuó el hermano Cipriano—, los monjes seguimos siendo hombres. No lo olvidéis nunca. Y ahora os ruego que os vayáis, tengo cosas que hacer.

El monje portero le invitó a que abandonara la estancia, dando por finalizada su visita.

32

Las compañías blancas

Estaba anocheciendo cuando Marta observó una bandada de vencejos sobre el cielo de Veruela. Le extrañó que no merodearan por las almenas del monasterio, sino que siguieran el curso del río hacia el embalse.

Se quedó mirando cómo volaban libres.

Unas criaturas tan simples eran capaces de elegir su destino.

Poco a poco fue cayendo el atardecer sobre el Moncayo, una pareja de campesinos pasó corriendo cerca de donde estaba ella, pero no le dio importancia. Siguió ensimismada mirando el incipiente ocaso del día, hasta que vio más gentes agitadas, que comenzaron a llegar desde abajo del valle. Para entonces ya se estaban formando tumultos y se oían gritos y chillidos. Miró a poniente y vio la polvareda, más aves cruzaron volando y un perro de los pastores apareció enfurecido.

—¿Qué ocurre? —le preguntó al animal, que no dejaba de ladrar.

Marta se dirigió hacia el camino buscando una explicación, pero las gentes que se encontró la empujaron hacia el monasterio. Muchos huían hacia el bosque y otros corrían a la barbacana. Hacia allí la lanzaron los chillidos y el ímpetu de los hombres.

La puerta principal del monasterio estaba abierta por completo, como una enorme boca que se tragaba todo lo que llegase. Hasta que comenzó a cerrarse, como las fauces de una fiera. Eso todavía hizo a la gente gritar con mayor ímpetu y atropellarse con más torpeza unos a otros. Marta dirigió la mirada al otro lado, la nube de polvo se aproximaba, ella era capaz de sentir el temblor de la tierra. Entonces vio un estandarte con un águila negra bicéfala

sobre un fondo blanco, y tras él aparecieron muchos más, y el polvo dio paso a yelmos y armaduras, a pendones, lanzas, lorigas y monturas de guerra.

—¡Nos atacan! —gritó una mujer.

—¡Dejadnos entrar! —alzó la voz uno de los hombres más altos.

La empujaron, tuvo que luchar por avanzar y cruzar el umbral. Después pasó bajo un techo cubierto y un gran arco. Estaba intramuros, en el interior del monasterio, a salvo.

Las campanas de la torre de la iglesia tocaban sin cesar. El hermano Cipriano organizó de forma precipitada a todos los hombres que iban llegando, apostándolos en las murallas.

—¡Rápido! No tenemos tiempo —los azuzó—; tú, ven conmigo —y señaló a uno de los últimos en llegar, que estaba tuerto de un ojo.

Corrió a su celda en el torreón y abrió el baúl que tenía oculto bajo unas mantas. En su interior había una capa y, bajo ella, una cota de malla, un casco ovalado y, lo más importante, su espada.

Se santiguó.

Dejó el hábito blanco, el escapulario negro y la cruz que colgaba de su cuello sobre el jergón.

—Ayúdame —le dijo al Tuerto.

Este tomó la cota y la levantó por encima de la cabeza del monje, para que así pudiera entrar en ella. Luego le dio un gambesón oscuro, sin emblema, se colocó el casco y tomó el arma.

—¡Vamos! —dijo el hermano Cipriano. Antes de salir tomó la cruz de nuevo y volvió a pasarla por el cuello, quedando por fuera de la cota de malla.

El monje salió del torreón izquierdo de la puerta, para entonces ya había una veintena de legos armados y pertrechados para defender la puerta y tres veces más de siervos con hoces y herramientas del campo.

—¡Escuchadme bien! —les gritó—, debemos dar lo mejor que tenemos, luchamos por Dios, Él nos guiará en la batalla, Él empuñará nuestra espada. ¿Vamos a dejar entrar a los enemigos de Cristo en Veruela?

—¡No! —gritaron al unísono.

El hermano Cipriano suspiró, miró al frente y murmuró:

—Que Dios nos asista…

En medio del empedrado del monasterio se veía a Atilano gritando como un poseso a todos los que hacían cola frente a la herrería, donde el herrero repartía espadas y hachas a los hombres más fuertes y capaces.

—¡A los torreones! Seis hombres en cada uno de ellos —gritaba el decano Esteban—, no os moveréis de ellos a no ser que se os reclame desde el campanario. Ninguna torre debe quedar sin guarnición.

Entonces llegaron más legos y los novicios.

—Armad a todos estos hermanos, todos deben luchar por Veruela.

—Como ordenéis. —Y el herrero les aproximó las espadas, el propio decano también recibió una.

—No —se negó el monje—, yo debo rezar en la iglesia, es tarea más importante que empuñar una simple espada. —Y rehusó cogerla.

—¡Ya están aquí! —gritaron desde lo alto de la torre puerta.

—¿Cuántos son? —El decano Esteban alzó la voz.

—¡Cientos!

—Sin arqueros tenemos pocas posibilidades —murmuró Atilano a los hombres que había a su lado cogiendo las armas.

—Disponemos de gentes suficientes para defender la muralla —advirtió el decano Esteban—, hay que impedir que hagan brecha, ¿entendéis? Defended las murallas como sea, pero que no entren en Veruela o estaremos perdidos.

—¿Y si no podemos? —inquirió un anónimo desde la multitud—, vienen con caballos de guerra, son hombres de armas, mercenarios y nosotros solo campesinos…

—Es verdad, ellos llevan armaduras y cotas de malla, grandes escudos y espadas. En campo abierto no podemos hacerles frente —respondió el decano Esteban—, por eso nuestra única opción es que no lleguen a cruzar los muros. Por eso debéis defenderlos con vuestra vida.

La arenga encendió los ánimos de los defensores de Veruela.

El decano les dio su bendición, se dio la vuelta y retornó corriendo camino del claustro.

Bizén subió por una de las escaleras de madera hasta el torreón derecho que defendía la puerta. Abajo, la barbacana ya se había cerrado y un puñado de hombres, mal armados, se habían apostado detrás de ella para defenderla. Justo después estaba la torre puerta, flanqueada por los dos torreones. En la parte alta de la torre se estaban subiendo piedras y varios defensores habían tomado posiciones para arrojarlas si era necesario.

Miró a un lado y a otro, pero no encontró lo que buscaba: arqueros.

El hermano Cipriano estaba en la otra torre, hacia allí fue Bizén, atravesando por el adarve y la propia torre. El cisterciense parecía todo un hombre de armas. Cota de malla y espada en mano, nadie diría que su labor diaria fuera la oración.

—Hermano.

—Ahora no tengo tiempo, notario —le dijo el monje, atareado en apilar piedras bajo el parapeto de las almenas.

—¿Dónde están los arqueros?

—No tenemos —contestó el cisterciense de forma airada.

—¿Cómo es eso posible?

—Nunca ha habido en nuestras tierras, hace años los pocos que sabían disparar el arco huyeron por una disputa con el abad y se refugiaron en Trasmoz.

—¿Y esa es la razón de vuestra contienda con esa plaza?

—No, pero tampoco ayudó mucho, os lo aseguro —respondió mientras seguía cargando peso.

—¡Llamadlos!

—¿Cómo decís? —inquirió sin prestarle demasiada atención.

—Mandad un socorro al castillo negro de Trasmoz, está a media jornada, pueden enviar un auxilio. ¿Cómo pretendéis defender un ataque sin arqueros en las murallas?

—¿Y por qué iban a hacerlo? —El monje portero dejó un momento su labor y se plantó ante el notario real—. Trasmoz no pertenece a los dominios

de Veruela, es un señorío laico de la órbita de la diócesis de Tarazona, siempre hemos estado enfrentados.

—Porque son cristianos, ¡porque estamos dentro del mismo reino!

El monje se quedó pensativo y miró al horizonte, allí comenzaron a surgir las huestes con capas blancas, montadas sobre enormes corceles de guerra, con pendones y brillantes armaduras.

—Es Du Guesclin, el conde de Borja, ¡y los mercenarios franceses! —gritaron desde uno de los torreones.

—He oído lo que dicen de ellos… —Bizén suspiró—, las compañías blancas son invencibles. ¿Por qué os atacan?

—No es la primera vez —respondió el monje—, hace unos años fueron los castellanos los que vinieron, tuvimos que escapar. Arrasaron con todo, incluso destruyeron parte del claustro.

—Huyamos entonces.

—No, cuando regresamos el abad dejó claro que nunca más volveríamos a permitir que nadie mancillara Veruela. —El monje portero fue rotundo—. Lo defenderemos, tenemos hombres.

—¡¿Veis lo que se acerca?! —Bizén le señaló el horizonte—. Son mercenarios, señores de la guerra, vosotros tenéis a campesinos y religiosos, ¿cómo vais a hacerles frente?

—Dios está de nuestro lado.

—¿De verdad? Yo no lo veo así.

—No vamos a rendirnos, si entran en el monasterio se llevarán todo lo que hay de valor… —El monje soltó un suspiro poco alentador.

—Negociad.

—¿Cómo? —El monje portero tenía los ojos llorosos y le temblaba el pulso.

—Enviad un parlamentario, alguien que pueda razonar con ellos y disuadirles. No debemos perder la esperanza, enviad un emisario, aún podemos evitar el ataque.

—¿A quién vamos a mandar?

—A mí —afirmó Bizén dando un paso al frente—, dejadme intentarlo.

—¡Estáis loco! El abad no estará de acuerdo.

—Hermano Cipriano, el abad no está aquí y no hay tiempo que perder —le cogió del brazo—, enviadme a mí. No soy religioso, puedo mediar entre ambas partes.

—Yo no puedo… —el monje no dejaba de mirar cómo las huestes se acercaban a Veruela—, esa decisión no me corresponde a mí.

—¿Cómo que no? Las puertas de Veruela están a vuestro cargo, ¿cierto? Pues entonces es vuestra obligación que ningún enemigo las cruce, ¡enviadme o moriremos todos!

—¡Maldita sea! Está bien —y el hermano Cipriano dio un grito—, ¡abrid la puerta! Va a salir uno de los nuestros para negociar.

—Una cosa —y Bizén se acercó a su oreja—, mandad mientras un correo a Trasmoz, pedidle ayuda.

—Será inútil.

—Eso no lo sabéis con certeza. Aprovechad esta espera, vos mismo lo habéis dicho, no podéis permitir que entren. Debéis recurrir a todos los medios posibles, a todos.

—¿Y cómo los convencemos?

—Fueron maldecidos por uno de vuestros abades, ¿no es así?

—Así es, hace cien años —contestó el hermano Cipriano.

—Decidles que levantaréis la maldición —murmuró Bizén antes de partir —, os aseguro que entonces vendrán.

—Yo no puedo prometer tal cosa si luego no vamos a cumplirla, ni siquiera sé si es posible, es el abad quien debe mediar en algo así.

—Si de verdad vienen, lo merecerán, ¿no creéis?

—Cierto.

—Si salvamos Veruela el abad lo entenderá.

—Yo… —el monje portero miró de nuevo a las huestes enemigas—, de acuerdo, lo haré.

—¿Y los monjes sanjuanistas? Su encomienda no está lejos, sus caballeros son de los mejores de toda la cristiandad.

—Por eso mismo no combatirán contra otros cristianos.

—¿Aunque estos estén atacando un monasterio? ¿Estáis seguro de eso? Enviadles un socorro.

—Están montaña arriba, más lejos que Trasmoz.

—Aun así, debéis intentarlo, encended un fuego y ellos lo verán. Trasmoz está más cerca, pero los sanjuanistas son soldados de Cristo, con ellos de nuestro lado tendríamos una oportunidad.

—¡Rápido! Prender una hoguera, que las llamas llegan hasta el mismo cielo —gritó el monje—, y vos, ¡marchad! Salid de inmediato y yo enviaré a un jinete a Trasmoz antes de que sea demasiado tarde, y que Dios os ayude.

Bizén descendió al firme, salió por la puerta pequeña de la torre, recorrió el espacio intramuros de la barbacana y los campesinos quitaron la tranca de la última puerta de Veruela. Miró atrás, en lo alto del torreón, entre los merlones, estaba el hermano Cipriano.

Intentó avanzar tranquilo, pero no era posible. Así que, al menos, trató de parecerlo. Caminó decidido hacia el enemigo. Cuando se vio a escasos pasos de los franceses, dos ballesteros apuntaron las armas directas a su cabeza, el miedo se apoderó de todo su cuerpo. Sabía que su vida no significaba nada para ellos, que no costaba ningún esfuerzo, ni remordimientos, lanzar sus dardos contra él.

Dos de los primeros caballeros se abrieron y tras ellos surgió un corcel negro, hermoso, fuerte, digno de un rey. Sobre él, un caballero con el yelmo calado, con el águila bicéfala sobre el pecho y unos ojos grandes y brillantes.

—¿Quién sois? —preguntó con buena pronunciación.

—Bizén de Ayerbe, notario para todo el reino de Aragón y enviado del monasterio de Santa María de Veruela para dialogar con el conde de Borja, don Bertrand du Guesclin.

—¿Qué pretendéis viniendo hasta aquí?

—Saber el porqué de vuestra presencia en las tierras de Veruela, esto es un señorío religioso.

—Decís que no sois monje, sino notario —señaló Bertrand du Guesclin.

—Defiendo sus intereses.

—¿Intereses? No hay nada que defender. Vamos a entrar, hay algo ahí dentro que nos pertenece. Así que lo mejor es que los monjes abran las puertas y colaboren.

—Sois cristiano, no podéis profanar un lugar santo.

—No lo haremos si os rendís, de lo contrario entraremos por la fuerza, no lo dudéis —amenazó Du Guesclin, esta vez con un acento más pronunciado —, ¿qué esperan los monjes enviando a un notario? ¿Por qué no sale el abad? No voy a matar a un maldito abad… soy un caballero del rey de Francia.

—No sois digno de ser un caballero.

—¿Cómo decís?

—Lo que habéis oído.

—Sois un ignorante por decir algo así en mi presencia —afirmó el francés mostrando sus ennegrecidos dientes—. Fui nombrado caballero a los dieciséis años. Y llevo guerreando y jugándome la vida desde entonces. ¡Qué sabréis vos!

—Sé más de lo que vos creéis. —Y Bizén recordó todos los cantares de gesta que había leído—. No creo que robar los tesoros de Veruela sea fiel a los ideales y virtudes de un caballero cristiano.

—¿Qué estáis diciendo? No queremos ni oro, ni plata, ni siquiera tierras, sino al inglés que protegen.

—¿Inglés? ¿De qué habláis?

—No perderé más tiempo, debemos llegar al norte con premura, pero no voy a dejar que ese espía informe al príncipe de Gales.

—¿Le informe de qué?

—Si lo supierais, tendría que mataros también a vos —advirtió el francés, que hizo girar su caballo para rodear a Bizén—. Quiero al caballero inglés que se oculta dentro del monasterio, no me iré sin él.

—¿Estáis aquí por eso? ¿Por un prisionero inglés?

—Lo quiero vivo y lo quiero ya, o entraremos a sangre y fuego en ese monasterio.

—Esperad, hablaré con el abad.

—Tengo poco tiempo —respondió Bertrand du Guesclin mientras se situaba a su espalda.

—Seré rápido, ¡os lo juro!

—No, la suerte de este monasterio ya está echada, encontraremos a ese sucio inglés y lo daré de comer a los jabalís.

—¿Jabalís?

—Sí, es el emblema de la casa de ese maldito caballero inglés —Bertrand du Guesclin sonrió—, será divertido.

—Esperad, puedo traeros al inglés.

—¡Mentís!

—No, sé dónde está. Esos monjes tampoco son de mi agrado. Os lo juro, pero soy cristiano y no quiero que arraséis el monasterio.

—Sois un necio —Bertrand du Guesclin volvió a sonreír—, eso me gusta. Este notario es un necio. —Lo señaló delante de sus hombres y todos comenzaron a reírse.

—Si os entrego al inglés, os marcharéis sin atacar.

—Traedlo rápido y quizá pueda contener a mis hombres. Un pajarito nos ha dicho que ahí dentro hay buenas mujeres y un vino especial que hacen vuestros queridos monjes… hummm —se relamió—, no sé si mis hombres y yo podremos contenernos, ya me entendéis… —Y soltó una nueva carcajada.

—Os daremos al inglés y un cargamento de vino. Del más joven que hay en la cilla, ¿qué os parece?

—Sois un buen negociante, notario.

—Entonces, ¿trato hecho?

—Sí, pero apresuraos u ordenaré el ataque. —Se dio la vuelta sobre su caballo y retornó junto a sus huestes.

Bizén corrió hacia las puertas de Veruela, entró en la barbacana sin mediar palabra, atravesó la puerta entre las preguntas de los defensores y se encontró con el hermano Cipriano.

—¿Qué os ha dicho ese monstruo?

—Debo hablar con el abad, tenemos una oportunidad de detener esta masacre —contestó sin casi aliento para respirar.

—¿Cómo?

—El abad, él puede hacerlo.

—Pues id a verle súbito —y el monje portero le empujó—, ¡vamos! ¿A qué esperáis, idiota? ¡Corred!

Bizén salió como una centella por el empedrado de Veruela, nunca había corrido tanto, al alcanzar la iglesia estaba ya asfixiado. Entonces recordó esos héroes de los que había leído tantos cantares, capaces de las más fabulosas proezas. Así que siguió corriendo a lo largo de la acequia paralela al muro exterior de la cilla y siguió hasta acceder a su interior. El decano Esteban y varios legos estaban dentro.

—Decano, preparad un cargamento de vino. Del que todavía no habéis metido en vuestras barricas.

—¿Para qué?

—Se lo daremos a los franceses, así evitaremos que entren —explicó Bizén casi sin aliento.

—¿Con eso solo se van a conformar?

—No, quieren algo mucho más importante, pero el vino ayudará, siempre lo hace.

—¿Estáis seguro?

—Sí, confiad en mí, puede que sea nuestra única posibilidad. Un carro lleno de toneles de vino, mandadlo a la puerta lo antes posible.

—Y vos, ¿adónde vais? —le inquirió el decano Esteban, muy contrariado.

—Tengo que hablar con el abad.

Bizén entró en la galería de los legos, donde otros dos monjes, Adolfo y Julián, corrían asustados. La puerta de la cocina también estaba abierta y se veía el gran fuego central casi apagado. Siguió por la panda del refectorio, hasta la sala del abad. Dio dos golpes en la puerta y esperó una respuesta.

Estaba nervioso, se frotaba las manos.

Volvió a golpear.

Nadie respondía, así que se armó de valor, empujó el cierre y cuando la puerta se abría unos ojos surgieron del interior.

—¿Qué queréis? —preguntó el boticario.

—Necesito hablar con el abad.

—Ahora no es posible, ¿es que no os habéis dado cuenta de la situación en la que nos encontramos?

—¡No lo entendéis! Podemos detener el ataque, ¡debo verle!

—El abad está indispuesto —insistió el boticario.

—Hermano Ramiro, o hablo con él o las compañías blancas de Bertrand du Guesclin atacarán el monasterio. Son mercenarios, hombres sin honor, nada más lejos de lo que es un caballero. Matarán, robarán, saquearán y destruirán Veruela —le suplicó desesperado—. El abad, debéis dejadme entrar y hablar con él.

—No podéis, no os lo repetiré.

—Está bien. —Bizén dio un paso atrás, levantó las manos en señal de rendición y se dio la vuelta.

El boticario bajó la mirada y volvió hacia el interior, entonces Bizén se revolvió y empujó la puerta con todas sus fuerzas, golpeando con ella el rostro del monje, que cayó contra el suelo. Bizén saltó por encima de él y fue hacia la cama donde el abad se encontraba.

Quedó sin palabras al verlo.

El abad se hallaba recostado, con los brazos en cruz, con el torso al descubierto, la cara desencajada y la boca abierta. Sobre el rostro, unas protuberancias oscuras brillaban. Bizén se dio cuenta de que también las tenía en los brazos y en el pecho.

Se movían.

Eran sanguijuelas, allí donde miraba tenía una chupando su sangre.

El abad le observaba, con los ojos sin vida, con la expresión más aterradora que hubiera visto nunca.

Oyó unos pasos a su espalda y se giró de inmediato, el boticario se lanzó hacia él. Tenía el rostro ensangrentado y la mirada rebosante de ira, pero Bizén pudo esquivarle y el monje chocó contra la cama. Al levantarse de nuevo tiró una palangana que había sobre el jergón, estaba llena de esos horribles gusanos, que se esparcieron por el suelo de la estancia, rectando y retorciéndose en busca de nueva sangre que absorber.

—¿Qué le estáis haciendo al abad, miserable?

—Lo estoy curando.

—¡Quitadle eso! O juro que os mataré —le gritó Bizén.

—¿Cómo osáis darme órdenes?

Bizén fue hasta la mesa y cogió un cuchillo, el monje trató de impedírselo, pero fue más rápido y se lo colocó en la garganta.

—¡Quitádselas u os mato!

—No son fáciles de extraer.

—Me da igual. —Bizén observó cómo se movían y chupaban del cuerpo del abad.

—Hasta que no sacian su sed se adhieren a la piel con los dientes —el monje boticario sonrió mostrando los suyos—, y si se las intenta quitar se corre el peligro de arrancar la piel.

Lo cogió del cuello con ambas manos.

—¡Maldita sea! ¡Quitádselas!

33

El enemigo

La oscuridad cubría todo Veruela, la silueta del Moncayo solo se intuía y en el manto del cielo nocturno las estrellas brillaban con fuerza. Las mujeres buscaron refugio entre la granja y la hospedería, protegidas tras las vallas del ganado. Desde allí observaban a los hombres protegiendo las torres y murallas de Veruela, en un incesante movimiento, apresurados por tomar las mejores posiciones.

Marta tenía a Iguazel y a María cerca de ella, también a la mujer del herrero y su tía, Francisca, que hablaba sin cesar. Como si fueran capaces de decidir algo de lo que allí sucedía. Las conocía a casi todas y nunca las había visto tan asustadas. Lo reflejaban en sus semblantes temerosos, en sus miradas esquivas, en la forma en que movían sus manos y sobre todo en lo que decían. Las oía hablar de violaciones, de raptos, de latigazos; también de torturas, de ahorcamientos y de sangre.

Todas temían lo que fuera a pasar.

Solo faltaba una: su hermana.

Elena no estaba con ellas, la buscó de manera incesante, no la halló. Preguntó a las que la conocían si la habían visto y ninguna supo darle más que vagas impresiones.

¿Dónde podía estar?

Escudriñando con la mirada, descubrió a un gato pardo tumbado junto a la acequia, observándolas. Parecía como si estuviera disfrutando con la escena, incluso llegó a abrir la boca y bostezar.

La yaya le había contado historias sobre gatos tan listos como un hombre. Animales escurridizos se decía de ellos, capaces de salir indemnes de caídas y todo tipo de heridas, los había visto con una pata amputada, sin rabo, tuertos, cayendo desde lo alto de un tejado, arrojados al fuego por los críos, huyendo de perros agresivos. Tenían un instinto de supervivencia muy desarrollado, quizá por eso no se alarmaban como ellas y veían aquella situación como una más, de la que seguro saldrían indemnes. Así que aquel gato pardo debió de creer que mejor que echarse a correr era tumbarse y esperar.

Miró a un lado y a otro, nadie las vigilaba. Así que se separó del grupo de mujeres y se encaminó hacia el interior del monasterio.

La espera se había prolongado y la noche avanzaba inmisericorde, el hermano Cipriano observaba con detenimiento a las huestes enemigas, sus adversarios estaban quietos, impasibles.

—¿Dónde está ese notario? —Se acababa el tiempo.

El decano Esteban llevó un carromato lleno de toneles de vino junto a la puerta y después se marchó de vuelta al interior del claustro. El hermano Cipriano era el único de los monjes que estaba en la muralla junto a los legos, los novicios, los donados y las levas de campesinos.

Dio orden de abrir las puertas y de que cuatro hombres llevaran el vino lo más cerca posible de los franceses. Regresaron corriendo, mientras los mercenarios reían y blasfemaban, celebrando el anticipado botín.

La tensión comenzaba a ser extenuante, se podía ver reflejada en el rostro de todos los defensores. Entonces, uno de los hombres subidos a la torre se apartó unos pasos y vomitó sobre otros dos que estaban más abajo que él, en el adarve de la muralla.

Una enorme carcajada recorrió toda la defensa, a la vez que los agraviados maldecían al pobre desgraciado y corrían escaleras arriba para darle un buen escarmiento. Este optó por huir y saltó desde lo alto, cayendo sobre un campesino armado y rodando por el suelo.

«Qué desastre», lamentó para sí el monje portero.

Él sabía que no eran soldados, solo un puñado de campesinos temerosos y mal armados. Para ser un hombre de armas no bastaba con empuñar una

espada; sobre todo había que tener el valor de blandirla en combate y ser capaz de matar con ella.

Cuando el monje portero volvió a mirar al frente, todo había cambiado.

Sonó un cuerno de guerra y tras él muchos más, y cuando el monje fijó la vista en las compañías blancas, estas habían iniciado el avance. Las campanas de la torre campanario sonaron en un toque que no era de alarma, sino de celebración, y eso confundió a todos los defensores de Veruela.

—¿Qué sucede? ¿Es que ha perdido la cabeza el campanero? —murmuró el Tuerto, muy cerca del hermano Cipriano.

—Nos está avisando de algo…

—¿De qué? Ya sabemos que nos atacan, a buenas horas tañen esas campanas. —Y el Tuerto hizo un gesto de menosprecio con las manos.

—No, las campanas no tocarían así para alertarnos del ataque, es más bien lo contrario. —El monje portero buscó con la mirada más allá de las huestes mercenarias.

—¡Padre! ¡Padre! —gritó uno de los legos desde la otra torre—, mirad allí —y señaló la muralla de poniente.

En ella, los defensores saltaban y hacían gestos con los brazos.

—Tuerto, ven conmigo. —El hermano Cipriano bajó de la torre y se encaminó hacia aquel flanco de la muralla.

Pasaron junto a la granja de la entrada, pegados siempre al lienzo de la muralla, dejando atrás uno tras otro los torreones. Hasta que llegaron al portón, donde había una docena de campesinos, armados con hachas y hoces que se sorprendieron al ver al monje. Este fue directo hacia la escalera del torreón que defendía ese escueto acceso, donde había tres hombres mejor armados, con espadas y cascos. El más alto de ellos alzó el brazo y le señaló hacia el frente.

El monje no daba crédito a lo que estaba viendo.

Era una columna de hombres, marchaba en fila de a dos, encabezados por un jinete.

—¡Abrid el portón! Rápido —gritó a los hombres de abajo.

Obedecieron de inmediato y, de uno en uno, los arqueros fueron entrando en Veruela.

—Me envía el teniente del castillo de Trasmoz, venimos a auxiliaros en la defensa de Veruela.

—¡Bienvenidos seáis!

—El teniente exige como condición que cumpláis lo que ha dicho este hombre —señaló a Atilano, que entró en ese preciso momento—, levantaréis la maldición que dejó caer vuestro abad sobre la villa de Trasmoz y su castillo hace cien años.

—Lo haremos. —El hermano Cipriano sonreía sin parar, mientras veía pasar a los arqueros—. ¿Cuántos hombres traéis?

—Cuarenta arcos y doce ballestas, ¡alto! —Y el recién llegado alzó el brazo.

Los arqueros se detuvieron de inmediato y formaron ante su capitán.

—Dividíos en dos compañías, la primera a las almenas, la segunda permanecerá en tierra tras las puertas, ¡vamos!

Todos se apresuraron a defender las murallas.

Bizén observaba con verdadera repugnancia y desazón cómo el boticario extraía una a una las sanguijuelas, ayudándose de una vela con la que calentaba primero la zona. Luego untaba aceite en ella y con unas pinzas tiraba del animal. Él, por su parte, estaba a su lado sujetando un recipiente donde iban cayendo, uno a uno, esos gusanos horribles que hinchados con la sangre del abad se retorcían de gula.

La última sanguijuela estaba fuertemente agarrada en el rostro del abad y por mucho que le acercara la vela y tirara de ella, no lograba que se liberara.

—¿Qué sucede? —inquirió Bizén.

—A veces cuesta sacarlas, eso es que todavía tienen hambre.

—No tenemos tiempo —y el notario real dejó el recipiente sobre la mesa —, abad, ¿me oís?

La máxima autoridad de Veruela ni siquiera le miraba. Bizén insistió, sin resultados. Así que le tomó de la barbilla y giró su rostro hacia él.

—Abad, soy el notario real, Bizén de Ayerbe —pronunció con una voz firme—, estamos en peligro. Las compañías blancas van a atacar el

monasterio, no podremos defendernos, ¿me escucháis?

La cara de aquel pobre hombre no hizo ningún gesto, ni su boca emitió sonido alguno. Bizén se quedó mirando cómo la sanguijuela se retorcía, succionando la sangre.

—¡Quitádsela! ¡Por Dios santo!

El boticario se acercó de nuevo, cogió al animal bien fuerte con las pinzas y le aproximó la llama de la vela, la sanguijuela se retorció. El monje acercó más el calor y tiró, liberándola por fin.

El abad pareció despertar al mismo tiempo, y abrió la boca, se estaba ahogando y se agarró a las ropas de Bizén.

—Los mercenarios franceses rodean todo Veruela, pronto entrarán, ¿me oís?

—¿Qué quieren? —le preguntó con un hilo de voz.

—¡Sí! Gracias a Dios. —El rostro de Bizén se tornó esperanzador—. Dicen que hay un inglés escondido en el monasterio, un espía —respondió—, si lo entregamos se irán.

—¿Qué inglés es ese?

—Lo ignoro, pensaba que vos lo sabríais, abad.

—No, yo no sé nada de eso.

—Pero, no es posible, ¿cómo no vais a saberlo?

—Escuchadme, tenéis mi permiso, hacer lo que sea necesario —balbuceó —, encontrad a ese extranjero y salvad Veruela.

—Es posible que sepa quién puede ayudarme.

—Que no entren en Veruela, me da igual a lo que tengáis que recurrir. —El abad se recostó de nuevo.

Bizén le dejó, pero antes de salir de la sala recordó algo. Echó un vistazo rápido y vio el cofre de plata. Fue hacia él y lo abrió, estaba vacío. Le pareció muy extraño que un objeto tan cuidado no guardara nada en su interior, pero ahora debía irse.

Marta llegó hasta la hospedería y pensó que quizá su hermana estaba dentro. Con mucho tiento entró en el edificio, lo recordaba bien. Además, era consciente de que no debía de haber nadie en su interior, estaban defendiendo las murallas. Sin embargo, por alguna razón que se escapaba a su entendimiento, presentía que no era así. Que su hermana, Elena, no estaría sola allí dentro.

Subió la escalera despacio. Llegó al pasillo y fue directa hacia la celda que buscaba. Estaba cerrada, no parecía haber nadie cerca. Puso la oreja sobre la madera y no escuchó nada.

«¿Y ahora qué?», se preguntó.

Fue entonces cuando oyó un ruido en la escalera y pisadas fuertes, buscó dónde esconderse y halló una esquina en penumbra.

Desde su refugio vio acercarse una figura solitaria, unos pasos que parecían alejarse y respiró aliviada. Por desgracia, las pisadas volvieron a sonar cercanas y, en efecto, la sombra regresó.

No era su hermana.

La figura se hizo más visible y vio cómo se dirigía hacia donde ella se ocultaba, para girar un poco antes y entonces lo vio.

—¡Bizén!

El hombre se volvió, sorprendido, y cuando la descubrió su rostro se iluminó.

—¿Qué hacéis vos aquí?

—Han venido por el extranjero, ¿verdad? —preguntó la pequeña Marta.

—¿Cómo lo sabéis?

—Ese hombre no debería estar encerrado.

—Marta, debéis guiarme hasta donde está el preso —Bizén la cogió por los hombros—, es la única manera de salvar Veruela.

—Está bien, ¡vamos! Es por aquí. —Alargó la mano y Bizén la tomó con fuerza.

Marta intentó no ruborizarse, sintió cómo él le apretaba los dedos y eso le gustó. La muchacha avanzó por uno de los pasillos y giró dos veces, hasta detenerse delante de una puerta cerrada. Bizén la empujó, sin lograr abrirla.

Volvió a zarandearla, con igual suerte. Se retiró un poco y se quedó mirándola pensativo.

A Marta eso le extrañó.

Entonces fue hacia atrás y tomó un antorchero que allí había, lo elevó con ambas manos y goleó con la base el cierre de la puerta, provocando un estridente ruido. Lo hizo una vez más y otra, con igual fortuna. Varió su técnica y propinó una fuerte patada al mismo lugar de la puerta y esta cedió en parte, así que repitió. Dejó el antorchero en el suelo y se centró en dar una nueva patada que liberó por fin la puerta.

Entonces Bizén se detuvo, respiraba con dificultad, fatigado por el esfuerzo.

—¿Estáis bien? —Se preocupó Marta.

—Sí, esperadme aquí.

Bizén tomó algo de aire y desapareció en el interior. Marta dudó qué hacer entonces, la prudencia le pidió permanecer expectante. Él no tardó en reaparecer, por aquella misma puerta salió con el prisionero cogido por la cintura. Marta vio que llevaba una máscara cubriéndole el rostro.

—Ayudadme —y le pidió que sirviera de apoyo al extranjero.

Fueron hacia la escalera y bajaron hasta salir al exterior.

El Tuerto miraba cómo se acercaban los mercenarios, sobre sus caballos, con sus capas blancas y sus estandartes con el águila bicéfala. Él sabía que ningún jinete podría saltar los muros de Veruela.

«¿Por qué galopan hacia aquí? No tiene sentido», se decía a sí mismo.

Daba igual, los franceses seguían ganando terreno, los arqueros ya estaban con sus flechas cargadas.

El Tuerto vio brillar las armaduras y los yelmos, sabía que las flechas no traspasarían esas corazas y seguía sin comprender por qué cargaban contra una muralla.

Fue entonces, en un movimiento ejecutado a la perfección. La vanguardia de la carga se abrió dividiéndose en dos, comenzaron a moverse alrededor de la muralla, abrazándola como un río que de pronto llega a una montaña y se separa en dos brazos, rodeándola por completo.

Los defensores miraban asombrados el movimiento, cómo dos largas filas de caballería se formaban paralelas a los lienzos del monasterio.

Entonces aparecieron, eran un grupo de al menos treinta hombres a pie, ocultos bajo grandes escudos. Avanzaban todos juntos, como una única masa hacia la puerta de la barbacana. Detrás de ellos, una docena de ballesteros acompañados de escudos de mayor tamaño, portados por otros hombres. Dispararon los primeros dardos y el arquero que había al lado del Tuerto fue alcanzado con tanta fuerza que cayó intramuros. Los ballesteros se ocultaron de inmediato tras los parapetos, mientras la masa de hombres no paraba de avanzar. Entre el caos que se había provocado, el Tuerto vio la cabeza del ariete. Fue demasiado tarde, impactó con una tremenda brutalidad contra la puerta de la barbacana.

Los hombres que protegían aquella defensa adelantada lanzaron todo lo que tenían contra ellos, pero los escudos cubrían todos los flancos y el ariete volvió a tomar carrera e impactó de nuevo. Los ballesteros ya habían recargado y volvieron a realizar auténticos estragos entre las defensas.

Buscó al hermano Cipriano, que se afanaba en mandar más hombres a esa zona.

El capitán de Trasmoz alzó el brazo y todos sus hombres de la muralla descargaron a la vez contra los asaltantes, tratando que alguna de sus flechas hiciera blanco entre los escudos. Dio una nueva orden y esa vez fue la segunda línea de arqueros la que cogió por sorpresa a los mercenarios acabando con varios de los ballesteros. Los que sobrevivieron dejaron sus armas y bajo la protección de los grandes escudos se unieron al ariete, que con su ayuda tomó más fuerza y logró resquebrajar la tranca que aguantaba la puerta y esta cedió.

—¡Corred! —gritó el Tuerto a los de abajo—, entrad en el monasterio.

Pero las puertas permanecieron cerradas.

—¡Padre Cipriano! ¡Dad la orden!

El monje le miró, pero no dijo nada.

—Morirán…

Y siguió sin responder.

—¡Abrid al menos la puerta pequeña! ¡Rápido!

No lo hizo, los franceses entraron como un vendaval, segando todo a su paso, haciendo tanta sangre que todo el acceso al monasterio quedó teñido, incluso la imagen de san Bernardo se manchó, dejando su rostro cubierto, de tal manera que parecía que él mismo hubiera sido asesinado.

Atilano llegó de nuevo junto a él y observó el avance francés.

—Hay que detenerlos.

—Hacemos lo que podemos —respondió el Tuerto.

—No es suficiente, no lo lograremos.

—¡Claro que sí! ¿Te apuestas dos jarras de vino a que no entrarán? —le dijo el grandullón de pelo largo.

—Las perderás.

—Eso ya lo veremos.

El ariete entró en la barbacana y avanzó sin oposición chocando contra la puerta principal, la cual estaba mejor anclada y era más recia. Además, los defensores la habían apuntalado por dentro con troncos y vigas y muchos de ellos estaban al otro lado para contener cada golpe. Desde lo alto de la torre comenzó una lluvia de piedras. Los arqueros tensaron sus arcos buscando las axilas y los otros puntos débiles de las armaduras. Así varios franceses fueron alcanzados, pero seguían empujando el ariete, que retrocedió, tomó impulso y volvió a impactar contra el gran portón.

Elena vio una oportunidad inigualable para moverse por dentro del monasterio. Con casi todos los hombres defendiendo las murallas, quién se iba a fijar en una joven risueña y decidida que caminaba hacia el interior de Veruela. Si los mercenarios asaltaban las defensas, todas las mujeres sufrirían las consecuencias. Y si no, las cosas volverían a su cauce, lo cual tampoco era alentador. Porque lo que deseaba Elena era huir de allí, pero no era una estúpida, sabía que necesitaba ayuda y recursos.

¿Y dónde podía encontrarlos?

Eso era lo que estaba dispuesta a solucionar mientras corría la sangre en los muros que la rodeaban.

Vio la portada de la iglesia y el edificio que se extendía a su derecha. Siguió su fachada, hasta dar con la puerta. Creyó que estaría cerrada, pero se

sorprendió al encontrarla abierta.

El interior era un pasillo alumbrado por dos antorchas, con sendas puertas a cada lado y otra más al fondo. Movida por un presentimiento, abrió la de la derecha. Olía al vino que bebían los hombres. Entró en una estancia alargada, repleta de toneles de madera, sacos y herramientas.

Pensó que allí no encontraría aquello que andaba buscando. No podía perder el tiempo, se volvió para marcharse. Entonces oyó un sonido extraño, procedía del fondo. La curiosidad le pudo y regresó hasta el centro de la sala.

Volvió a oírlo.

Se adentró entre unas filas de barricas, muy despacio, sin hacer ruido. Se detuvo y esperó a escucharlo de nuevo.

Así fue, era a su derecha. Dio unos pasos en esa dirección y asomó la cabeza.

En el suelo, agachado, había un hombre de hábito marrón escarbando con una herramienta de metal. Había logrado hacer un agujero profundo y, aun así seguía sacando tierra y apilándola junto a él.

Elena lo observó con una mezcla de curiosidad y sorpresa. No entendía muy bien qué estaba haciendo realmente. Hasta que se detuvo, dejó la herramienta y metió ambas manos. Siguió retirando tierra con ellas, pronto paró y extrajo un bulto envuelto en una tela oscura.

El lego sonrió.

Dejó aquello sobre el suelo y soltó el nudo que ataba la tela, el brillo de las monedas alimentó los deseos de la joven Elena.

34

El ariete

Las piedras rebotaban en los escudos y las flechas no hacían el suficiente daño, así que el hermano Cipriano lanzó un grito y varios donados arrojaron unas vasijas de cerámica que se rompieron contra los escudos de los atacantes vertiendo su líquido sobre ellos. Él mismo tomó una antorcha y la dejó caer, al contactar con la sustancia arrojada, se prendió y el fuego se expandió. Se oyeron gritos de dolor y muchos de los franceses salieron huyendo del ariete, envueltos en llamas.

El Tuerto sonrío y soltó una carcajada.

—¿Lo ves Atilano?, ¿qué te decía yo? —seguía riendo—, me debes dos jarras de vino.

—¿Quieres doblar la apuesta?

—¡Cómo! Ja, ja —se regodeó satisfecho—, muy bien, ¿qué quieres apostar ahora?

—Doble o nada a que huiremos a la iglesia antes de que se ponga el sol —le propuso Atilano.

—¿Estás loco? Mira el ariete, ya es nuestro.

—Doble o nada.

—¡Cuatro jarras de vino! —El Tuerto se relamió los labios imaginando todo ese alcohol en la boca—. Terminaré borracho ¡me encanta!

—Eso será si ganas.

—Ja, ja —y el Tuerto no podía contener la risa—, de acuerdo. Ese carromato de vino que han traído los monjes será todo para mí.

En el exterior, una leva de medio centenar de arqueros franceses habían formado en torno a la puerta de la barbacana. No eran tan fieros como los caballeros que habían rodeado las murallas ni como los que empujaban el ariete, pero eran numerosos y soltaron de inmediato sus cuerdas. La descarga fue brutal, ocupados en atacar el ariete, los defensores no estaban parapetados tras los merlones y la mayoría de las flechas hicieron diana. Los gritos de dolor recorrieron todo el adarve, uno de los defensores cayó a los pies del Tuerto con una flecha atravesándole el cuello de lado a lado.

Atilano se mantenía agachado tras el muro, viendo cómo los caídos se retorcían de dolor.

—Ha sido peor de lo que esperaba —murmuró.

—¡Maldita sea! —El Tuerto se lamentó.

—Creo que ya puedes olvidarte del vino…

—Y eso qué más da ya, ¡estos franceses van a matarnos a todos!

El ariete impactó de nuevo contra la puerta y el miedo cundió entre los defensores.

—¿Qué hacemos? —preguntó el Tuerto.

—No lo sé. —Atilano buscó una salida, pero las murallas estaban repletas de hombres heridos o agazapados tras los parapetos.

En ese momento, en lo alto de las torres del flanco izquierdo que defendían la puerta, llegaron dos enormes escalas y los mercenarios comenzaron el asalto final.

—¿Cómo no las hemos visto venir? —maldijo el hermano Cipriano, que tomó aire y lanzó una plegaria—. ¡Que no entren! ¡Oídme bien! Dios nos observa desde lo más alto, confía en nosotros, ¡no podemos fallarle!

Justo entonces la primera de las escalas se apoyó sobre uno de los merlones de la muralla; cuando varios defensores intentaron derribarla, media docena de flechas los aniquilaron en un instante. Sus compañeros no quisieron probar suerte, se pertrecharon tras los escudos y aguardaron a que surgiera el primer francés.

La espera se hizo eterna.

—¿Qué hacéis? —el hermano Cipriano llegó gritando—, ¡tiradlas abajo atajo de cobardes!

En ese momento surgió un enorme caballero con un yelmo en forma de pico de ave y una maza descomunal que reventó las dos primeras cabezas que encontró como si fueran sandías. De un salto cayó sobre el adarve, golpeó con la base del mango de su maza al siguiente que se atrevió a salir a su paso, para luego darle un cabezazo que le reventó la nariz. Por su derecha llegaron dos defensores más a los que machacó la cabeza de un solo golpe, se giró de nuevo al otro lado y ahí encontró la espada del hermano Cipriano, que se clavó en su costado hasta un palmo de profundidad.

El francés soltó un alarido y le dio otro cabezazo al monje, tumbándole sobre los cadáveres que se amontonaban en el adarve. El mercenario se levantó la visera de su yelmo y, con unos ojos azules como el mismo cielo, miró al monje, que se había atrevido a atacarle, mientras seguían subiendo franceses por las escalas.

Tomó bien la empuñadura de su maza, la alzó con ambas manos y la lanzó contra el monje. Este la esquivó a duras penas, rodó por el adarve y se incorporó. Espada en mano, lanzó dos envites que el mercenario bloqueó con dificultad, reaccionando y lanzando de nuevo la maza en busca de la cabeza del religioso, que se agachó e impactó con el hombro contra el estómago del atacante, que se tambaleó hacia atrás hasta golpearse contra las almenas. Cuando se recuperó vio cómo el filo de la espada del monje se dirigía hacia su cuello, alzó su antebrazo y paró el ataque, para luego dar un paso al frente y golpearle en el pecho con la maza. El hermano Cipriano perdió el equilibrio y se zarandeó mirando al vacío desde lo alto del adarve, pero logró mantenerse. En ese momento la maza impactó contra el rostro del monje, haciendo crujir todo su cráneo y dejando su cabeza reducida a una masa aplastada de sangre, carne y huesos.

Más abajo, un nuevo encontronazo del ariete hizo crujir los goznes de la puerta principal del monasterio.

—No aguantará mucho más. —El semblante del Tuerto evidenciaba que estaba asustado.

—Si la puerta cae estamos perdidos. —Atilano se asomó por la almena, y una flecha le rozó la sien—. Tengo una idea, sígueme.

Y de rodillas llegó hasta la escalera y descendió hacia la puerta.

—Vamos a abrirla.

—¿Qué dices? —le gritó uno de los que sujetaban los puntales que reforzaban la puerta del monasterio.

—O matamos a los arqueros o no habrá un mañana —le advirtió Atilano muy decidido.

—Pero entonces nos arrasará la caballería.

—Es un riesgo que debemos correr.

—El hermano Cipriano no lo permitirá —le advirtió aquel hombre.

—Creo que es tarde para él… ¿sabes tú dónde está?

—Atilano —aquel hombre pareció claudicar—, ¿estás seguro de que es buena idea?

—Es nuestra única oportunidad, ¡vamos! —y levantó ambos brazos—, todos conmigo, ¡ahora o nunca!

Los hombres se agruparon detrás de él y a su señal levantaron la tranca de la puerta y quitaron los apuntalamientos, la doble hoja se abrió para sorpresa de los atacantes. Y del interior de Veruela, como una jauría de lobos del Moncayo, salieron Atilano y los suyos. Primero arrollaron a los hombres que portaban el ariete, que no tuvieron tiempo de defenderse. Después corrieron hacia los arqueros, con más tiempo, muchos de ellos apuntaron sus flechas hacia la tropa que salía, pero eran tantos que no pudieron con todos.

Atilano empuñó la espada y dio un corte de lado a lado del abdomen del primer arquero que encontró. Al segundo le clavó la punta en medio de la garganta y tuvo que tirar fuerte con ambas manos para sacarla de allí. El tercero había tirado el arco y se enfrentó a él con otra espada, intercambiaron uno y otro golpe, haciendo chocar las hojas, hasta que Atilano se agachó y estiró todo lo que pudo el brazo para hacerle sangre en el muslo, malherido, no pudo defenderse del siguiente ataque y Atilano terminó rasgándole el cuello.

Extenuado con tanta muerte, vio cómo la mayoría de los arqueros yacían muertos o malheridos, el Tuerto remataba a uno en el suelo metiéndole la espada por la boca y, a su lado, le sorprendió ver a Pedro el herrero cómo aplastaba la cabeza de otro con una maza.

Media docena de arqueros huían despavoridos y fue entonces cuando aparecieron tras ellos las capas a caballo de las compañías blancas.

—¡Dentro! —gritó Atilano con furia—, regresad al interior, ¡rápido!

Los rostros de alegría por la matanza se transformaron demasiado rápido en temor por lo que se les venía encima. Los caballeros de Bertrand du Guesclin cargaban contra ellos con tal potencia que hasta el suelo retumbaba bajo sus pies. La retirada fue caótica, los hombres se tropezaban y caían, los defensores de la torre no reaccionaron para defenderles y la puerta del monasterio comenzó a cerrarse sin esperarles.

El Tuerto saltó por encima de los muertos y esquivó el ariete, alcanzó la puerta y respiró al llegar al otro lado. Al girarse vio cómo empujaban ambas hojas y se preparaban de nuevo los maderos. Junto a él entraron cuatro hombres más, pero entre ellos no estaba Atilano. El Tuerto se incorporó y fue de nuevo hacia la puerta.

—¡Esperad! Faltan todavía hombres.

—No hay tiempo —le respondió uno de los defensores con el rostro ensangrentado—, ayúdanos, ¡vamos!

El Tuerto miró al exterior y vio a los caballeros franceses cruzando la barbacana, así que reaccionó y empujó con todas sus fuerzas las hojas de la puerta, que terminaron por cerrarse.

—¡La tranca! ¡Rápido!

El largo madero cayó sobre los cierres, justo cuando la puerta sufrió un potente golpe y las hojas volvieron a abrirse sin dar tiempo a que se asegurase.

Estaban perdidos, la puerta había cedido.

Aún en el exterior, Atilano había caído al suelo y solo pudo protegerse el rostro con los brazos ante la llegada de los jinetes.

Sonó un cuerno y, desde el norte, una nube de polvo comenzó a aproximarse. Los mercenarios retrocedieron y formaron una línea para defender ese flanco. Enseguida surgió el emblema de la Orden de San Juan, los monjes guerreros acudían a la señal de auxilio. De inmediato, los sanjuanistas formaron su caballería, en una alargada fila que cubría toda la loma próxima a los franceses.

Por su parte, los mercenarios trasladaron a sus arqueros a ese frente, a la vez que retiraban a los caídos en el asalto a la barbacana.

El Tuerto se acercó y le dio la mano a Atilano para ayudarle a levantarse. Estaba exhausto, sediento y dolorido. Se incorporó casi sin fuerza, jadeando y

con una mueca de sufrimiento.

—¿Qué ha pasado? —preguntó una vez en pie.

—Se retiran, los sanjuanistas son muy peligrosos.

—¿Cómo que se retiran? ¡Eso no tiene sentido!

—Lo importante es que estamos vivos —refunfuñó el Tuerto—, otros no pueden decir lo mismo.

La pareja subió de nuevo a uno de los torreones que defendían Veruela. Desde sus almenas vieron cómo las compañías blancas se retiraban con sus heridos y caídos. Mientras, un hombre solitario entraba por la barbacana.

—Es el notario real —afirmó uno de los defensores.

—¿Qué demonios ha pasado? —inquirió otro que apenas se mantenía en pie.

—Está hecho, ya tienen lo que querían, no se derramará más sangre.

—Ese hombre acaba de hacer un milagro —afirmó el Tuerto—. Le debemos la vida, la de todos nosotros. ¡Ha salvado Veruela!

Elena vio claro que aquella era la oportunidad que llevaba tanto tiempo anhelando. El lego volvió a cerrar la bolsa de las monedas, se levantó y empujó la tierra con sus pies hasta volver a rellenar el agujero. Después lo pisoteó para que no quedaran evidencias y se encaminó hacia la salida de la sala.

La joven tenía que actuar, si dejaba que se marchase de allí ya no tendría opción alguna de hacerse con las monedas.

Antes de decidirse a hacer algo, la puerta se abrió y entró otro monje, con el hábito blanco y el escapulario negro. El lego reaccionó rápido y dejó las monedas tras un barril.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —preguntó el recién llegado.

—Nada, revisar que todo está en orden en la cilla.

—Deberíais estar defendiendo las murallas —le recriminó con una voz enérgica.

—Sí, ahora iba hacia ellas.

—Hermano Prudencio, ¿qué os sucede? ¿Por qué estáis nervioso?

—A mí, nada, ¿por qué lo preguntáis? —respondió el lego.

—Vuestro rostro está pálido y parecéis nervioso. ¿Seguro que estáis bien? Tenéis miedo de los franceses, ¿es eso lo que os ocurre?

—La verdad es que sí… yo solo vivo para rezar a Dios, Nuestro Señor —contestó el lego—. No entiendo que otros cristianos puedan atacar un lugar sagrado como este.

—Estáis en lo cierto, no os preocupéis, yo no diré que os he visto. Pero acudid de inmediato a las murallas.

—Ahora mismo. Gracias, hermano Bartolomé.

El lego no tuvo más remedio que abandonar el tesoro de monedas allí. Los dos monjes salieron juntos de la cilla. Elena no podía creerlo, dejó su escondite y fue directa hacia el barril, deshizo el nudo y las miró. Eran casi cuarenta monedas de oro, con diferentes figuras en ellas.

Dios le había concedido la manera de pagar su libertad, y mucho más.

Cogió una de las más brillantes, nunca había tenido una moneda, y menos de oro, entre los dedos. La miró absorta, era preciosa.

Salió con el botín de la cilla y oyó unos pasos aproximarse por la primera de las galerías del claustro. Corrió en dirección contraria, sin saber hacia dónde se dirigía. Llegó a una puerta, la entreabrió y vio que daba al templo, pero no se atrevió a entrar allí. Al otro lado de la galería escuchó de nuevo los pasos, así que buscó otra escapatoria.

Continuó por el claustro, recorriendo el muro que daba a la iglesia, hasta llegar al siguiente giro, pero al asomarse adivinó unas figuras. Se detuvo antes de que fuera demasiado tarde y, al verse atrapada, decidió saltar al patio interior. Camuflada entre la vegetación que allí había avanzó hasta el lado opuesto, volvió a saltar a la galería. Entonces, se detuvo. La salida estaba a la vista, pero allí había dos monjes, estaba atrapada.

Entonces una mano tapó su boca y alguien la empujó al interior de una estancia. La puerta se cerró tras ella.

—Tranquila, soy yo.

Elena se volvió para encontrarse con la mirada del hermano Hugo.

—Yo…

—Chis, os he visto desde el otro lado del claustro y os he reconocido enseguida —y señaló uno de sus mechones—, por aquí pocos tenemos el pelo dorado, ¿verdad?

—Sí —dijo asustada.

—¿Qué hacéis aquí?

—Nos están atacando, quería ocultarme…

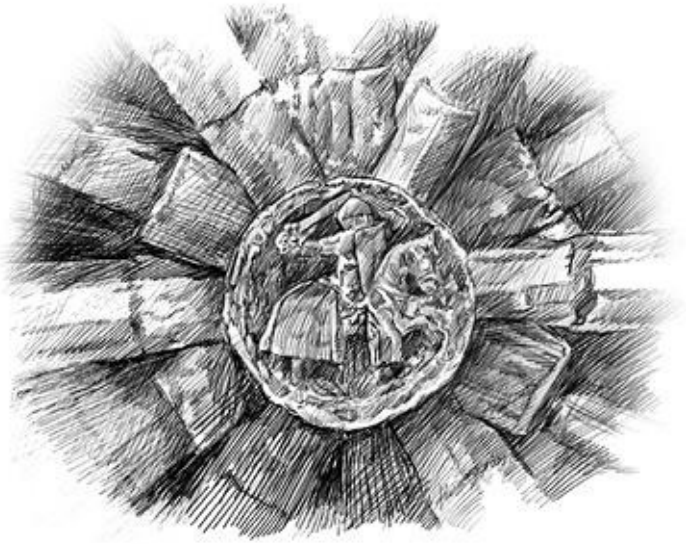
—¿En el claustro?

—Sí, lo siento, yo no quería…

—Tranquila, me alegro —afirmó el monje—, vos y yo tenemos que hablar, hay algo que debéis saber.

DÍA SEXTO

LOS MUERTOS



35

Las confesiones

A pesar de que las compañías blancas no entraron en Veruela, los destrozos fueron severos y las pérdidas de hombres, cuantiosas. La hospedería se acondicionó como hospital y se dispusieron camas para ir recibiendo a los numerosos heridos. El monje boticario y varios conversos se encargaron de administrar ungüentos, vendajes y soluciones a los hombres que allí se fueron agolpando.

Si los mercenarios hubieran llegado a entrar, las consecuencias habrían sido infinitamente más desastrosas. Aun así, por desgracia, de los defensores de la barbacana no había ningún superviviente.

En el exterior, los destrozos mayores habían tenido lugar en la ermita de los forasteros y en las puertas, tanto de la barbacana como de la torre. Un grupo dirigido por el hermano Timoteo trabajaba en las reparaciones más prioritarias. El monje arquitecto no paraba de dar órdenes, con una vitalidad sorprendente, hasta parecía más recuperado de su sordera.

Lo peor había pasado, Veruela parecía capaz de recuperarse con sus propios medios, sin ningún tipo de ayuda externa.

No eran los sanjuanistas quienes habían salvado el monasterio, sino Bizén, que había salido por el portón de poniente con un prisionero y, sin temor alguno, se había acercado al retén de mercenarios franceses. Les entregó el preso a cambio de que se retiraran, y así lo hicieron.

Bizén entró en el claustro de Veruela, recorrió la panda del refectorio, en absoluta soledad y silencio. Llegó hasta la siguiente, la de la sala capitular, y se encaminó hacia la puerta de los monjes. Se detuvo frente a una de las ménsulas donde estaba representado Job.

—Nunca hay que perder la fe, ¿verdad? —pronunció mirando la talla—. Os entiendo Job, comprendo lo que tuvisteis que sufrir y, la verdad, no sé si yo hubiera sido capaz.

Siguió su camino y empujó la puerta del templo. En su interior resonaban los salmos de los monjes que velaban el cuerpo del difunto hermano Cipriano. Los pasos de Bizén retumbaron en la nave central, perturbando el rezo y los monjes callaron, mirándose con extrañeza. El decano Esteban le observó con recelo y se separó un instante de sus hermanos para ir hasta él.

—Notario, ¿algún problema?

—No, decano, Bertrand du Guesclin tiene un largo camino hacia Logroño. Me dijo que allí le esperan las huestes del depuesto rey de Castilla, Pedro I. Van a detener juntos el avance del usurpador y sus aliados ingleses.

—Enrique de Trastámara —continuó el decano Esteban—. Castilla tiene dos reyes, no quiero imaginar lo que puede suponer tal situación. Los hombres se dejan cegar por la ambición, es un vicio muy común —apuntó el monje.

—Eso es cierto, todos los hombres lo hacemos. El día de Todos los Santos llegarán caballeros de nuestro rey para reforzar la frontera —afirmó Bizén.

—¿Cómo podéis saber vos eso?

—Du Guesclin me lo confirmó también. En principio, la Corona de Aragón no interviene en la guerra castellana, pero el rey asegurará las fronteras para prevenir cualquier tentativa. Con la marcha de los franceses nos quedamos solos, en caso de que los castellanos o los ingleses nos ataquen.

—Os agradezco vuestra audacia para interferir con esos mercenarios. Ojalá esta sea la última vez que esta guerra entre cristianos llegue a las puertas de Veruela…

—Me temo que la lucha no terminará hasta que haya un único monarca en Castilla, y esperemos que no sea Pedro el Cruel.

—Al menos, cuando lleguen las tropas del rey, no tendremos que preocuparnos de que vuelvan esos mercenarios franceses —murmuró el decano Esteban.

—Si mandan hombres de armas es porque el monarca teme un ataque, no veo qué buenas noticias pueden ser. Esos mercenarios vinieron buscando a un inglés al que se había hecho prisionero aquí. ¿Quién lo había encerrado?

—Lo ignoramos. —El decano Esteban abrió los brazos dando a entender que hablaba por todos los cistercienses presentes.

—Había un inglés prisionero en Veruela y nadie sabe nada, eso no puedo creerlo. El prior o el abad debían estar al corriente.

—Ya no tenemos prior, os lo recuerdo.

—¿Y por qué motivo?

—Son temas internos de nuestro monasterio —respondió tajante el decano Esteban.

—El prisionero llevaba una máscara de hierro para que no pudiera gritar durante su cautiverio. Debía de tratarse de un caballero importante —les advirtió Bizén—. Las compañías blancas podían haber arrasado todo Veruela.

—Entendemos las circunstancias y valoramos vuestro interés y valientes actos —afirmó el decano.

—¡Que valoráis mis actos!

—Bajad la voz, estamos velando a nuestro hermano Cipriano —le recriminó el cisterciense—. Sí, y tened en cuenta que cualquiera pudo encerrarle.

—¿Qué estáis diciendo? —Bizén se desgañitaba para hacer entender su postura a los monjes—. Tenéis un asesino entre estos muros, una tumba profanada, un prisionero inglés, un monje portero con la cabeza reventada y un boticario que casi acaba con vuestro abad.

—Chis. —El decano le tomó del brazo—. ¿Y vos? ¿No escondéis ningún secreto?

—¿Qué insinuáis?

—Hay que tener mucho cuidado cuando se hurga en lo más oscuro de los hombres, todos tenemos recovecos que preferimos no visitar. Tenedlo en cuenta, notario.

—¿Todos?

Y se hizo un silencio eterno entre ambos.

—El boticario solo intentaba sanar a nuestro abad —cambió de tema el decano Esteban—, sus procedimientos no son nada anormales, fue una terrible imprudencia detener la intervención médica de la forma que nos ha

relatado nuestro boticario. Por vuestra culpa el abad ha perdido de nuevo el conocimiento, no sabemos si volverá a despertar.

—Si eso es curarle, prefiero morir. —Y Bizén le sostuvo la mirada.

—Os he repetido que hay que ser cautos cuando se acusa a los hombres —y le habló a modo de confidencia—, el hermano boticario es un monje especial. Fue destinado aquí después de unos problemas que tuvo en otro monasterio de nuestra orden.

—¿Problemas?

—Es un gran médico, pero sus métodos no son siempre bien vistos. Dejadle hacer, confío más en él.

—Lo que yo vi…

—El uso de sanguijuelas está perfectamente explicado en los tratados antiguos y muy pocos boticarios lo saben llevar a la práctica tan bien como nuestro hermano, creedme.

—No voy a discutir ahora por eso —Bizén reculó—, lo que me importa es saber si vais a decirme quién encerró al caballero inglés.

No obtuvo respuesta.

—¿Por qué este cambio de actitud? Más que un notario parecéis un inquisidor —afirmó el decano Esteban, que a continuación hizo un par de gestos de manera que todos los monjes pudieran verlos.

Bizén se percató de ello, los monjes estaban jugando con él. Se comunicaban con su lengua de signos a sus espaldas. Aunque él no podía entenderlo, sí era capaz de darse cuenta cuando la utilizaban. Estaba claro que mientras hablara con ellos en grupo nada iba a lograr, tenía que seguir como hasta antes del ataque francés: interrogándolos por separado en las estancias privadas.

Abandonó la iglesia y regresó a la hospedería, subió la escalera y siguió hasta la celda del prisionero. Tomó un antorchero con varias velas e iluminó la estancia. El olor era pestilente, no lo recordaba tan desagradable. Allí solo había un colchón en el suelo, un cuenco y un cubo con excrementos y orines. Repasó las paredes, un hombre encerrado en un lugar así necesita tener la cabeza ocupada para no volverse loco. Siguió indagando hasta que encontró unos trazos realizados en el yeso de la pared, eran unos caballeros

combatiendo. Nada útil para sus pesquisas. Entonces miró de nuevo el plato, se agachó y lo examinó. Había restos de espinas.

Dejó la celda y salió con prisa de la hospedería. Fue directo a la cocina, el cocinero estaba cortando cabezas de ajos.

—Notario, mira que os gusta entrar aquí.

—Escuchadme bien, ¿algún monje os ha pedido un plato de pescado después de la última comida?

—Yo también me alegro de veros con vida después del ataque…

—Disculpadme, pero es importante.

—Si no es por los sanjuanistas nos hubieran cortado el cuello esos franceses.

—No lo crea, pero respóndame, por favor —insistió Bizén.

—A ver que piense, un plato de pescado… Sí, ahora que lo dice, pero fue hace un par de días, cuando teníamos carpas.

—¿Quién fue?

—El hermano Julián.

—¿El de las aguas?

—El mismo, no era la primera vez. Últimamente viene a por las sobras cuando ya no hay nadie por aquí. Supongo que son para algún gato u otro animal.

—Seguro que sí, gracias.

36

La venta

Muchas familias perdieron a sus hombres en el ataque, los padres y sus hijos primogénitos cayeron defendiendo Veruela. Había un gran número de heridos, pero por suerte el enemigo no llegó a quemar ni las cosechas ni las casas y el ganado se logró poner a salvo intramuros. El peligro ya había pasado.

«Podía haber sido mucho peor», decían aquellos que habían vivido el horror de la guerra. Llegar al día siguiente era considerado un triunfo, no tenían otro objetivo, no podían tenerlo. Así que superar un ataque no era para ellos muy diferente de sobrevivir a la enfermedad, a una mala cosecha o a un castigo de su señor. Quizá por eso retomaron sus quehaceres como si el asedio francés hubiera sido una más de sus rutinas.

Cuando Marta regresó a casa de su tía, ella y su hermana mayor se calentaban junto al fuego.

—¿Dónde estabas? —preguntó su tía, Francisca.

—Escondida.

—¿Y se puede saber dónde?

—Dentro del monasterio —respondió Marta.

—Mala hierba nunca muere. —Su tía la miró con desgana—. Come algo que cada día estás más flaca, así quién te va a querer —y le señaló un cuenco con caldo frío que había sobre la mesa.

Observó a su hermana, Elena tenía la mirada sombría. No la había visto durante todo el asedio y parecía que el ataque la había afectado sobremanera.

Pensó en cómo lo hacía, en cómo lograba desaparecer y luego regresar sin que nadie se percatara de ello.

Marta no era capaz de entenderlo.

Probó el caldo pero no sabía a nada, no era más que agua con alguna hierba. Descartó quejarse, total, para qué. Notó que Elena permanecía ausente, que no abría la boca ni la miraba.

—Después del ataque habrán quedado más viudas y no nos será tarea fácil encontrar un buen partido para ambas —murmuró la tía—. Tú, Elena, eres la mayor y la más agraciada de las dos. Así que te desposarás con el hijo del herrero, Nuño, hoy mismo lo he apalabrado.

—Pero tía…

—A callar, ya está decidido. Después de lo que ha pasado tenemos que actuar con rapidez.

—No podéis… —Elena por fin reaccionó y la miró furiosa.

—Haréis lo que yo os diga y no hay más que hablar, ya es hora de que me cobre lo que me habéis costado.

—¡Me habéis vendido! —gritó indignada Elena.

—Claro que sí, no os he estado dando de comer todos estos años para que ahora que estáis casaderas os escapéis con algún borracho u os quedéis preñadas, ¿os creéis que soy tonta? Os tengo bien caladas, sé que planeáis iros de aquí, ¡y de eso nada!

—Eso no es cierto.

—¡Silencio he dicho! Comed y callad.

—¿Y ella? —preguntó Elena señalando a su hermana.

—Es demasiado alta, demasiado delgada, con ese pelo que parece la piel de un lobo y esos ojos oscuros que dan miedo, ¿qué cristiano va a querer a una esposa así?

Marta escuchó en silencio, un temblor subió por sus piernas y llegó hasta sus brazos.

—¿Qué va a pasar conmigo…? —preguntó ella con un hilo de voz.

—Contigo… —y la miró de reojo—, contigo he perdido el tiempo. Pero algo tendré que ganar, hasta de los cerdos pequeños se puede sacar algo de

beneficio. Río arriba está la aldea de Alcalá —afirmó—, hay una casa que necesita una sirvienta para… bueno, eso da igual. Te irás para allí, ya me encargaré yo de que los monjes lo aprueben.

—¿No voy a casarme?

—Desgraciada, no tienes nada que ofrecer —espetó su tía—, ¿quién va a querer casarse contigo?

—Pero a Elena sí le habéis buscado marido.

—¡Cállate! Suerte tienes de que te haya encontrado un sitio donde caerte muerta —le dijo con desgana—, y ya vale de alcahuetear, estoy molida y no tengo ganas de aguantaros. Me duelen las piernas, vais a acabar conmigo.

Francisca se levantó, echó agua al fuego y se marchó a su jergón. Las dos hermanas se incorporaron y fueron también a la cama. Se cubrieron bien con la manta, Marta se hizo un ovillo como siempre y Elena se volvió hacia ella.

—Me voy —dijo la hermana mayor incorporándose sobre el jergón.

—¿Qué haces, Elena?

—Me marcho, ya tenía que haberlo hecho antes.

—¿Adónde vas a ir?

—Lejos de aquí —respondió Elena mientras se levantaba—, ¿y tú? ¿Vas a permitir que te venda también?

—Elena, no te puedes ir. No me dejes sola.

—Escúchame, no somos tan débiles como ella cree. La tía sí que está sola, nadie la quiere, nadie se acordará de ella cuando muera, ¿quieres que te pase a ti lo mismo?

—Pues claro que no —se indignó Marta.

—Voy a ir hasta donde nos dijo la vieja, al castillo del cabildo.

—Pero han liberado al prisionero, eso ya no nos sirve.

—No te preocupes por mí, hermana. Yo sé cuidarme, las cosas han cambiado.

—¿Qué ha cambiado?

—Todo, lo siento, tengo que irme sin ti —respondió Elena con firmeza.

—¿No quieres que te acompañe?

—No es posible, no puedo explicártelo, pero es mejor así, créeme. —Y la miró con tristeza—. Te vi hablando con ese forastero.

—¿Con quién?

—No te hagas la tonta conmigo, vi que le mirabas y también cómo él se fijaba en ti.

—No sé de qué hablas.

—Hazme caso —y Elena se volvió para seguir recogiendo sus cosas en una tela que anudó y se echó a la espalda—, no dejes pasar ninguna oportunidad, las mujeres solo tenemos una en la vida.

—¿Cómo sabes tú todo eso?

—Lo sé —y Elena la miró fijamente—, adiós, Marta. Por favor, hazme caso y no te quedes en Veruela.

—¿Adónde voy a ir? No tengo nada, tan solo soy una niña.

—Hermana, si piensas así nunca saldrás de aquí. Tenlo por seguro —afirmó Elena, que parecía otra persona—. Siempre hemos estado solas y hemos sobrevivido, recuérdalo.

—¡Espera! —Marta se quedó mirándola—, somos muy distintas. Yo no puedo hacer las mismas cosas que tú.

—Es que no debes hacerlas, busca tu camino, Marta. Ve con ese forastero, te miraba de manera distinta del resto.

—Eso no es verdad.

—Sí que lo es. Ese hombre siente algo por ti, ¿y tú?

—Yo ¿qué? —Marta se ruborizó.

—¿Qué piensas de él?

—Nada, Elena —contestó—, no sé… —Se puso nerviosa.

—Marta, no seas tonta —y le acarició el pelo—, eres muy hermosa.

—No me trates como si fuera una idiota. —Y le quitó la mano.

—¿Por qué dices eso, Marta?

—Los hombres solo se fijan en ti, yo no existo para ellos.

—¡Eso es mentira!

—Yo siempre te he envidiado por tu belleza, pero sobre todo por tu alegría, por tus ganas de vivir, por tu felicidad a pesar de que no tenemos nada. A veces, me levantaba en medio de la noche y me quedaba mirándote, pensando en… ¿cómo lo haces? ¿De dónde sacas la fuerza, hermana?

—Te equivocas, Marta, yo no he sido feliz nunca. Solo tengo esperanza.

—Esperanza…

—Claro, la mayoría de los que aquí viven la han perdido, algunos ya nacen sin ella —respondió Elena—; a mí nunca me ha abandonado, pero jamás la he sentido con tanta fuerza como ahora. Tengo esperanza, hermana: de lograr huir de aquí, de ser libre, de formar una familia, de casarme con la persona que yo quiera.

—Esperanza —repitió de nuevo Marta.

—Sí, nunca debes perderla, el día que lo hagas estarás muerta. Yo siempre la he mantenido y al final… Voy a irme, por fin puedo irme de este lugar. —Elena abrazó a su hermana para luego abrigarse y salir de la estancia.

Su hermana pequeña se quedó sola. Se levantó y se asomó a la ventana, a través de ella la vio alejarse entre las sombras.

Entonces supo que no volvería a verla nunca más.

37

El aljibe

No podía contenerse, Bizén estaba furioso. Los monjes le habían estado engañando desde que llegó a Veruela. Se había jugado la vida para salvar el monasterio mientras ellos se ocultaban en la iglesia. Nada había cambiado.

El decano Esteban le había parecido uno de los más honestos y, en cambio, ahora recelaba de él, aunque no tanto como del hermano Julián, que había tenido encerrado al caballero inglés, provocando el ataque de los franceses. ¿En qué estaría pensando ese monje? Tenía ganas de preguntárselo, pero debía andarse con mucho ojo.

El robo del cuerpo del infante heredero había sido orquestado por el mismísimo abad de Veruela, que le había manipulado en su propio interés y con el que además no le permitían hablar. De alguna manera, supo que vendría a buscar esos restos y quiso impedirlo por todos los medios.

Aún le dolían los golpes que recibió en el claustro. Uno de aquellos monjes le había propinado una paliza tremenda.

El monasterio era un enjambre de conspiraciones en el que se había visto atrapado. Casi se arrepentía de haberlos salvado de las huestes francesas.

Tenía que desconfiar de todos ellos y actuar únicamente según su instinto.

Mientras reflexionaba sobre todo aquello, asomado al ventanuco de su celda, observó a un hombre de hábito oscuro avanzar por detrás de la hospedería. Durante su estancia en Veruela había aprendido que cualquier pista, por pequeña que le pareciera, podía ser esencial. Así que no lo dudó ni un instante.

Decidió salir en su búsqueda de inmediato, bajó corriendo la escalera de la hospedería y se lanzó hacia la parte trasera del edificio. No encontró a nadie, pero no se dio por vencido y en vez de ir al claustro fue hacia el aljibe. Lo cruzó y subió por una escalera de piedra. Vio cómo el agua seguía el cauce de la acequia y golpeaba con fuerza una gran losa antes de entrar en el molino.

El sonido era embriagador, relajante. Desde allí contempló la sombra del Moncayo, pero no fue capaz de localizar al hombre de hábito oscuro. Se le había escapado. Bizén estaba perdiendo poco a poco la fe en su capacidad para resolver la muerte del lego. Era consciente de que todos allí mentían, que los silencios no eran sino una farsa y que el asesino era el más hábil de todos ocultando la verdad. Cabría suponer que ese hombre hubiera mantenido engañados a los monjes todo ese tiempo. Incluso que pudiera engañar a alguno de ellos siempre, pero jamás podría engañar a todos para siempre.

Recordó entonces las palabras del hermano Rogelio: «Si dices la verdad, no tendrás que acordarte de nada; pero si mientes, deberás recordar cada una de tus mentiras».

«Cada una», repitió para sí mismo.

Continuó hacia la puerta del monasterio, los destrozos del frustrado ataque eran todavía visibles. Al menos, ya habían dado sepultura a todos los muertos. Habían retirado la puerta de la barbacana; en cambio, la de la torre había sido apuntalada a conciencia. Sin duda, era una de las puertas más robustas que había visto, por eso había soportado los envites franceses.

Con el hermano Cipriano fallecido, el hermano Saturio le había sustituido como portero. Era el más tranquilo de todos los monjes, su tez oscura y la prominente nariz le daban un aspecto singular. Sin duda, no tenía la experiencia ni los años del difunto, pero lo excepcional de la situación propició su cambio de ocupación.

Subió a la capilla de san Bartolomé, ubicada dentro de la torre, sobre la puerta de entrada. Allí lo encontró, orando, de rodillas, con las palmas de las manos juntas a la altura del pecho.

—Disculpad si interrumpo vuestro rezo, creía que a estas horas estaríais descansando.

—Hay demasiadas almas por las que orar. —El hermano Saturio se incorporó, para luego sentarse en un banco junto a la pared más alejada del pequeño altar que había en la capilla.

—Lamento la muerte del hermano Cipriano.

—Gracias, yo lamento todas las muertes que hemos sufrido. Desde el asesinato del lego Octavio parece que el monasterio estuviera sumergido en un continuo rito fúnebre —suspiró—. Veruela no es así, o al menos no lo era antes, os lo aseguro.

—Cuesta imaginarlo.

—Notario, entiendo vuestras palabras de esta tarde en la iglesia, pero no todos somos iguales. Es cierto que uno de mis hermanos ha sembrado el mal en este monasterio, pero todos los demás nos desvelamos para erradicarlo.

—Pues nadie lo diría.

—Yo os juro que así es —afirmó el hermano Saturio.

—Me cuesta creeros, ¿qué opináis vos de lo sucedido aquella noche en la iglesia?

—Ya no sé qué pensar. Es cierto que muchos de mis hermanos han mentido y que no deberían haberlo hecho, nuestra regla no lo permite.

—Exacto, y vos sois un buen cisterciense, cumplís la regla.

—Lo hago —respondió el hermano Saturio, cabizbajo.

—Ayudadme, hermano. —Bizén puso sus manos sobre los hombros del monje.

—¿Cómo?

—No lo sé —respondió con resignación Bizén. Lo soltó y se quedó mirando la imagen de san Bartolomé—. Vos os encargáis del semillero, si mal no recuerdo.

—Así es.

—Debe de ser un trabajo fascinante y muy meticuloso: seleccionar las semillas, cruzarlas para obtener mejores plantas, curar las enfermedades y repeler los insectos que las atacan…

—Es lo que más me gusta.

—¿Lo qué más?

—Quiero decir fuera del rezo, la oración y mi pertenencia a la orden —rectificó con rapidez.

—Claro, debéis de pasar muchas horas con las plantas, casi tantas como rezando —afirmó Bizén con cautela.

—Alguna menos, aunque siguen siendo muchas. Elegir la mejor semilla es fundamental, vigilar los cultivos, ver las variedades que funcionan mejor…

—Hay un detalle en el que seguro que podéis ayudarme.

—¿Un detalle de qué?

—Ya sabéis que Octavio debía sacar los restos del infante y, con ayuda del hermano Bartolomé, cambiarlos por otros extraídos del cementerio.

—Algo realmente terrible.

—Octavio tomó el cuerpo del infante, pero algo debió de salir mal, pues sabemos que murió y el cadáver del infante desapareció —le recordó Bizén —. ¿Y si el asesino logró sacarlo de la iglesia?

—¿Cómo?

—Quizá le ayudó otro lego u otra persona que entró en el monasterio aquella noche.

—Notario, no lo creo. Hablamos con los legos. El único que faltó aquella noche fue Octavio. Y cruzar las murallas de Veruela no es sencillo, ya lo habéis podido comprobar durante el ataque.

—¿Estáis seguro de que es imposible entrar en la iglesia de noche?

—Sí, completamente. Por eso el hermano Bartolomé tuvo que abrir la puerta a Octavio.

—Me sigue pareciendo poco creíble que ni en el dormitorio de los monjes ni el de los legos nadie se diera cuenta de que faltaba uno de vosotros.

—En mi defensa puedo decir que yo esos días dormía profundamente —afirmó el monje—, en cambio…

—¿Qué? En cambio ¿qué?

—Nada, que desde hace un par de días vuelvo a tener dificultad para conciliar el sueño. Me desvelo de noche, cuando no es por un ruido es por otro, o porque escucho al hermano Bartolomé en el roncadero.

—Y la noche que mataron a Octavio, ¿no fue así?

—No, durante un par de noches dormí como los ángeles —sonrió el hermano Saturio—, pero eso ya no me ha vuelto a suceder.

—¿Y los legos? ¿Sabéis si ellos también durmieron mejor de lo normal aquellos días?

—No se me ocurrió preguntarles tal cosa. —El hermano Saturio se encogió de hombros.

—Parece que hay una causa y efecto en ello.

—Si es así, ignoro de qué puede tratarse.

—Supongo que con las plantas os ocurre lo mismo: no siempre encontráis siempre la enfermedad que las mata, ¿verdad?

—Claro que no. A veces pensamos que es un insecto porque lo hallamos en ellas y sabemos que afecta a otras plantas. Los matamos y, aun así, la planta sigue empeorando —explicó el monje herborista—, porque resulta que ese insecto no tenía nada que ver. Lo que afectaba a la planta era otro bicho totalmente distinto y que hasta ahora creíamos inofensivo.

—¿Y por qué pensabais que era ese?

—Porque la relación era más directa, el insecto estaba en las hojas, no sé, parecía una causa-efecto.

—Eso pienso yo también —y Bizén se le quedó mirando—, ¿y si no mataron a Octavio por algo referente al infante heredero?

—¿Cómo va a ser eso posible? Si sabemos que lo sustrajo él por orden del abad.

—Sí, eso es cierto, y con la ayuda del hermano Bartolomé y la complacencia del decano Esteban, que no le detuvo. Pero ninguno de ellos lo mató, ¿por qué iban a hacerlo? —insinuó Bizén—. ¿Y si le quitaron la vida por otro motivo, como a vuestro insecto?

—No sé si os servirá de ayuda, pero una vez leí que hay insectos que se comen a otros más pequeños. En una granja aparecieron algunos y se creó una gran alarma, así que procedieron a eliminarlos —explicó el hermano Saturio —. Pero los cultivos, lejos de mejorar, se echaron a perder.

—¿Por qué?

—Esos insectos surgieron porque se alimentaban, en efecto, de otros más pequeños que habían proliferado y, en realidad, eran los que atacaban al cultivo. Al eliminar a los que se alimentaban de ellos, los malos todavía crecieron de forma más desaforada y acabaron con todo.

—Por esa misma razón, puede que mataran a Octavio ignorando que estaba implicado en el robo del infante y, en vez de solucionar ese problema, lo multiplicaron.

—O lo contrario, lo mataron aprovechando ese robo —añadió el monje.

—Sí, puede que, ante la relevancia de los involucrados, el asesino diera por supuesto que nadie investigaría demasiado.

—Sabéis que es muy enrevesado lo que decís, ¿verdad? —El hermano Saturio le miró con dudas.

—Ahora tenéis que ayudarme, olvidaos del sepulcro real y de todo lo que ha sucedido, ¿quién querría matar a Octavio? Volved al día anterior a su muerte. Si os hubieran preguntado quién podría tener algo contra él, ¿en quién habríais pensado?

—Notario…, sabría deciros…

—¿Quién?

—De verdad que no lo sé.

—Está bien, os creo. —Bizén relajó la expresión de su rostro—. Pero decidme ¿con cuál de los monjes pasaba más tiempo Octavio?

—No estoy seguro, él era un lego, en principio se encargaba de hacer pan en la cocina y otros temas de carpintería.

—Yo pensaba que solo se encargaba del pan.

—No, eso era por las mañanas —aclaró el monje.

—Es verdad, me lo comentó el cocinero.

—Después tenía que trabajar la madera.

—¿Hacía muebles?

—No, no —el hermano Saturio sonrió—, no era tan virtuoso. Octavio era bastante corpulento, no tanto como Isidoro, pero tenía mucha fuerza y servía para mover vigas, ese tipo de cosas. Aunque…

—¿Qué?

—Alguna vez sí le veía con cosas más ociosas, más artísticas.

—Ah, ¿sí? ¿Como qué?

—Una vez le vi tallando figuritas de este tamaño. —El monje separó su dedo pulgar e índice.

—¿Por qué las hacía?

—Lo ignoro, supongo que era un divertimento. Una vez le vi una figura de esas al hermano Bartolomé.

—¿Cómo?

—Sí, era una talla reducida, de un caballero, supuse que se la habría dado Octavio —contestó el monje.

—¿Y dónde lo visteis con la figura?

—Creo que en la cilla, se le cayó cuando nos ayudaba al hermano Esteban y a mí a mover unos toneles —respondió el cisterciense—, la recogió enseguida, no le di importancia.

—El hermano Bartolomé suele ir mucho a la cilla.

—Él no —movió la cabeza de un lado a otro—, Octavio sí que la frecuentaba.

—¿Por qué? Si ya no era el cillero.

—Por eso mismo, ¿os hacéis una idea de los encargos que le pide el decano Esteban? Los toneles donde guarda el vino los ha fabricado todos Octavio. Todas las pruebas que ha hecho con diferentes maderas han sido con su ayuda. Octavio debía revisarlos para que no hubiera fugas.

—Así que Octavio entraba y salía a menudo de la cilla, aunque no era el encargado.

—Sí, lo había sido hasta que el decano Esteban la tomó bajo su responsabilidad por el vino, ¿por qué me preguntáis todo esto?

—Una cosa más. El decano Esteban dijo que había hecho muchas pruebas con las barricas hasta encontrar las adecuadas. ¿Quién más sabe cuáles son las óptimas para hacer su excelente vino?

—Nadie, es un tema que lleva muy en secreto. —El monje comenzó a mostrarse incómodo con aquella conversación.

—Octavio sí podía saberlo.

—Supongo.

—Gracias, hermano Saturio, me habéis sido de gran ayuda.

38

La familia

Francisca pronto descubrió que su sobrina mayor se había fugado, se puso más agresiva y susceptible que nunca, era como una versión cruel de sí misma. Comenzó a maldecir a diestro y siniestro, fue de un lado a otro de la casa blasfemando y jurando que la mataría cuando la encontrara. Tenía la cara completamente enrojecida de gritar, sudaba y hasta se quedó por unos instantes sin voz.

Marta nunca la había visto así y temió lo que fuera capaz de hacer en ese estado.

—¡No me mires! —la amenazó señalándola con el dedo—. Estoy harta de las dos, ¡en mala hora acepté hacerme cargo de vosotras! No me ha salido a cuenta.

—Aceptasteis…

—Sí, ¡qué ingenua fui! Cómo me engañó, ¡maldita sea! —afirmó la tía asintiendo con la cabeza y con el gesto torcido—. Ingenua y tonta, ¡muy tonta! Ese monje…

—Tía, ¿de qué estáis hablando?

—Yo no soy tu tía, nada tengo que ver con vosotras dos. —La agarró del brazo empujándola contra la pared—. Vuestra sucia sangre no corre por mis venas. ¡Asco! Eso es lo que me dais cada vez que os veo, ¡asco!

—¿Por qué decís eso? —Marta intentó soltarse, pero su tía la tenía bien agarrada.

—Tú siempre tan callada, tan ausente, y tu hermana, tan jovial, tan feliz. —Entonces Marta se zafó, pero quedó arrinconada contra la pared de la casa.

—No puede ser verdad…

—¡Pues claro que sí! —La tía Francisca golpeó la pared con las palmas de sus manos—. Sois hijas del pecado —afirmó a la vez que comenzaba a dar grandes pero pausados pasos hacia Marta—. Os engendraron los monjes… ¡ellos son vuestros padres!

—¿Qué? ¡Mentís! —La muchacha se agachó para intentar burlar a su tía, pero esta reaccionó. Estaba aterrada y comenzó a retroceder, no tenía escapatoria.

—Sí, no me mires así —le dijo su tía—, vuestras madres yacían con ellos. Vosotras no tenéis la misma madre, ¡por Dios! Si no os parecéis en nada, no sois huérfanas, solo sois unas hijas de un monje, ¡unas bastardas!

—¡Callaos! Nuestro padre era…

—¿Quién era? ¡Dime! Nadie lo conoce, nadie lo recuerda… vuestro padre es un monje de Veruela.

—¡No! ¿Cómo va a ser un monje? ¿Por qué me decís eso, tía?

—Claro que sí, ¿quién os creíais que era? Vosotras ni sois hermanas ni nada, ¡sois unas miserables!

—Eso no es cierto, ¡basta! No sigáis… —Marta hacía lo posible para contener las lágrimas.

—Tú madre llegó aquí contigo en brazos cuando Elena solo era una cría habladora y metomentodo. No había que ser muy lista para saber que Elena no era su hija, alguien debió de ponerla a su cargo… y eso solo podía significar una cosa: que erais hijas de un mismo padre.

—Pero entonces… somos hermanas.

—¡Hermanastras!

—Tu madre era una mora y tú tienes su misma cara, su pelo, su piel…

—Y, en cambio, Elena es rubia y de tez blanca.

—¿De verdad no os habíais dado cuenta antes? ¡Qué tontas sois! —La tía Francisca hizo una mueca a modo de carcajada—. Tu madre murió. Nuestro Señor la castigó por todos sus pecados. Y espero que se esté pudriendo en el infierno.

—No digáis eso…

—¡Cállate! Solo eres una sucia hija del pecado. —Y le soltó una tremenda bofetada.

Marta quedó aturdida con el golpe, apenas logró mantenerse en pie cuando su tía se abalanzó sobre ella. Entonces, el instinto la hizo reaccionar y la esquivó echándose hacia su derecha. Su tía se estampó contra la pared y Marta pudo correr hacia el otro lado y llegar hasta la cocina. Francisca se recuperó y la persiguió de inmediato.

La muchacha ya no pensó, solo actuó según le dictó su instinto de supervivencia. Cogió un cuchillo que había sobre la mesa y lo puso entre ellas para defenderse. Sin embargo, su tía ya no pudo detenerse, fue a cogerla y, al hacerlo, ella misma empujó la hoja dentro de su pecho.

—¡Tía! —gritó desconsolada Marta.

Francisca se tambaleó hasta caer sobre ella con todo su peso y rodar después por el suelo.

—No. ¡No! Yo…

—Maldita bastarda… cómo me engañaron —dijo entre espasmos de dolor.

—¿Quién la engañó? —Marta se agachó sobre ella, embadurnada de sangre, y le habló al oído—. Tía… ¿quién es mi padre?

—El monje.

—¿Qué monje? —insistió, pero su tía comenzó a desfallecer—. ¡¿Qué monje?!

—El…

—¿Qué monje? ¡Hablad tía! —Marta sollozaba, le temblaban las manos y tenía el pulso tan acelerado que parecía que fuera a explotarle el pecho—. Por favor, decidme quién es mi padre.

—Nunca lo he sabido, pero fue el hermano Adolfo quien os entregó a mí —respondió la tía Francisca, que ya sentenciada, pareció tener un momento de debilidad con Marta—, él me pagó por criaros.

—¡Santo Dios! El anciano…

—Marta, quiero que las dos sepáis que…

—¿Qué, tía? —Marta le acarició el rosto.

—¡Seréis siempre unas malditas! —gritó con sus últimas fuerzas—, ¡yo os maldigo!

La muchacha no podía dar crédito a lo que decía. Se alejó de ella e intentó ponerse en pie, pero resbaló sobre la sangre de su tía.

—Mañana, mañana es la noche de Ánimas y vendré a buscarte —graznó la tía Francisca sonriendo, con la boca llena de sangre—, te llevaré conmigo, no te vas a librar nunca de mí. —Y soltó una horrible carcajada que se clavó en el corazón de Marta.

Aquellas fueron sus últimas palabras.

39

El estanque

Bizén salió de la capilla de la torre y recorrió todo el empedrado, que tan bien se conocía ya. Llegó al acceso a las dependencias monacales y entró para girar enseguida a su izquierda. La cilla estaba abierta y de ella salía el cocinero con un saco de grano, le miró con mala gana y se hurgó en la nariz con uno de los dedos. Bizén rezó para que se las lavara antes de empezar a cocinar.

Dio varios pasos por el interior. El olor a vino era intenso y delicioso. El decano Esteban estaba junto a las barricas, extrayendo el preciado tesoro de una de ellas mediante un tubo de reducidas dimensiones, que vertía en un cuenco.

Al verle llegar no se inmutó y siguió con el proceso.

—¿Cómo va el vino? —preguntó Bizén de manera informal—. Espero que no se vea afectado por todo lo que estamos padeciendo.

—El vino es muy delicado, todo le afecta. Hay que tratarlo con mucho cariño, cuidarlo como a un recién nacido.

—Entiendo lo que decís.

—Son años de trabajo, aquí, en el semillero, en los campos, también en los libros —afirmó el decano Esteban mientras dejaba los utensilios a un lado —. El vino se ha elaborado desde tiempos de Nuestro Señor, él lo eligió para ser su sangre, por algo sería ¿no os parece?

—Supongo que sí.

—No sé si sabéis que el mismo Señor fue acusado de bebedor y entonces se lo dio a beber a los apóstoles. Y recordad que el Evangelio según san Juan

cuenta cómo en las bodas de Caná convirtió el agua en vino.

—No seré yo quien reniegue del vino y menos del que se hace con vuestras garnachas —advirtió Bizén—. Ojalá todo en Veruela fuera tan bueno como el vino. Pero no es así, ¿verdad? Decano Esteban, debisteis ser sincero conmigo, yo confiaba en vos.

—No quería que la memoria de un muerto fuera mancillada. Octavio era un buen hombre. El abad le obligó a abrir el sepulcro, no podéis culparle por hacerlo, ni a mí por intentar ocultarlo.

—Si tan bueno era Octavio, ¿por qué le quitasteis el puesto de cillero?

—Eso no tiene nada que ver. —El decano Esteban tuvo que esforzarse por contener su rostro contrariado—. Él hacía vino como antaño. Yo, en cambio, quiero ir mucho más lejos. Tengo grandes planes para esta cilla, creedme.

—Y si se destapase cualquier escándalo ocurrido en este monasterio, esos planes se vendrían abajo, ¿no es cierto?

—Notario, ¿qué insinuáis?

—Decidme la verdad —Bizén hizo una pausa para intentar poner nervioso al monje—, ¿qué os dijo el lego?

—Ya os lo expliqué en la iglesia, él no quería abrir la tumba.

—¿Os llegó a comentar si había alguien más implicado? Además del hermano Bartolomé, claro —insistió Bizén.

—No, no lo hizo —respondió el decano Esteban con aparente sinceridad en la mirada.

—Está bien, ojalá digáis la verdad —y Bizén se le quedó mirando—, esta vez.

—Es lo que estoy haciendo. Pronto se acabarán estos nefastos días —añadió el monje—, y volverá la calma a nuestro monasterio.

—¿Eso creéis?

—Fervientemente, vos habéis salvado Veruela de los mercenarios, no los sanjuanistas, y os doy las gracias. Si llegan a tomar el monasterio hubiera sido una catástrofe. Os estaremos siempre agradecidos por eso, notario —afirmó el decano Esteban de manera muy solemne—, lo digo en nombre de toda nuestra comunidad.

—Gracias —aquellas palabras de gratitud sorprendieron a Bizén—, ahora que ocupáis las responsabilidades del prior, espero vuestra colaboración.

—Dejadme que os dé un consejo: marchaos —afirmó el monje en un tono paternalista—. Explicad el asalto de los mercenarios a los frailes que os han enviado, lo entenderán. Nos han atacado, ¡por Dios santo! Nadie os echará en cara que regreséis con las manos vacías. Es lo mejor para todos.

—¿Para todos?

—Desde luego.

—No, decano Esteban, os aseguro que no es lo mejor para todos. No lo es para Octavio, ni tampoco para la memoria del infante heredero, que nada de culpa tiene de que la salvaguardia de sus restos esté en pleitos —aseveró Bizén muy seguro de sus propias palabras—. Bajo ningún concepto pienso irme de Veruela sin el cuerpo del hijo del rey Jaime I. Di mi palabra.

—Sois muy tozudo, creedme —murmuró el decano Esteban—, yo tan solo esperaba llegar a un acuerdo, ahora que seguramente me nombren…

—¡Prior! ¿Es eso lo que ibais a decir?

—Es muy posible que así sea, el hermano Antón no puede seguir en ese cargo.

—Os felicito por ello, seguro que lo haréis bien. Aunque imagino que entonces tendréis menos tiempo para la cilla, ¿habéis pensado en elegir a un sustituto?

—No creo que sea necesario —respondió el decano.

—Tengo entendido que en la mayoría de los monasterios del Císter esta función la realiza un lego.

—En algunos —respondió el monje retomando el trabajo que estaba haciendo—, no en todos.

—¿No es una responsabilidad menor para un decano? Y más ahora que es probable que seáis nombrado el nuevo prior.

—El trabajo en la cilla me reconforta y ningún trabajo es menos que otro en este monasterio.

—Precisamente porque sois una congregación del Císter no debería importar si os place o no. Ni un decano ni un prior debería ser responsable de

la cilla. —Bizén seguía demostrando que su tozudez era inquebrantable—. ¿Vais a decirme que no tenéis ningún lego que pueda hacerlo?

—Ese no es el problema.

—Octavio —insinuó Bizén—, él hubiera sido un buen candidato. Os ayudaba con estas barricas de madera, ¿verdad? —Y puso la mano sobre una de ellas.

—Alguna vez venía y me echaba una mano, sí.

—Yo tengo entendido que, aún después de que lo destituyerais, él pasaba largas horas aquí dentro.

—No tantas, solo venía alguna vez cuando había mucho trabajo.

—Supongo que a veces estaría aquí él solo. —Poco a poco se iba haciendo evidente que las preguntas de Bizén lo incomodaban.

—En ocasiones sí. Notario, ¿adónde queréis ir a parar? —preguntó extrañado el monje.

—Cuando Octavio os ayudaba, ¿en dónde solía trabajar?

—En aquella zona —señaló una esquina—, ahí revisaba las barricas, me ayudaba a limpiarlas y comprobaba que sudasen. Prestábamos especial atención en que no se filtrara el vino y en medir cuánto absorbía la propia madera.

Bizén echó un ojo a la mesa de trabajo, a los utensilios y a las herramientas que había sobre ella.

—¿Qué otros monjes venían a la cilla?

—Además de Octavio… —se quedó pensativo— el hermano Saturio y, cuando había que mover mucho peso, Isidoro, y alguna vez el hermano Hugo también colaboraba.

—¿Hugo? —Bizén se quedó pensativo—, ¿no se encarga de libros y registros?

—Era muy joven y acababa de llegar procedente de otro monasterio de la orden, el abad no le había asignado una tarea específica aún. Ayudaba donde hacía falta, en cosas menores —puntualizó el decano Esteban—, si bien es cierto que ahora la mayor parte de su tiempo lo pasa entre documentos.

—¿Lo conocéis bien?

—¿Al hermano Hugo…?, en realidad no —respondió el decano Esteban de manera rotunda—. Es reservado, no sé dónde nació ni siquiera en qué abadía tomó los hábitos. La verdad es que… yo creo que es un hijo bastardo de algún noble.

—¿En qué os basáis para realizar tal afirmación? —Aquellas palabras pusieron en alerta a Bizén.

—Tuvo que ingresar como novicio muy niño, ya que cuando llegó aquí era aún un muchacho. No ha mostrado ninguna cualidad sobresaliente, es desconfiado y prudente en exceso. No entiendo cómo pudo lograr ser ordenado tan joven… a no ser que tuviera algún tipo de ayuda —respondió el decano Esteban, que hizo un alto en sus labores.

—¿Insinuáis que su familia debe de tener influencia para que lograra ser ordenado tan pronto y trasladado luego aquí?

—Desde luego —afirmó el monje a la vez que hacía un ruido al respirar —, su familia contribuiría de manera sustanciosa, no sé si me entendéis.

—¿Y no sabéis nada más de él?

—No, pero hace solo un par de días le observé hablando con una muchacha —contestó en voz baja—. Estaba nervioso, es la única vez que le he visto alterado. Como habréis podido observar es muy callado y discreto.

—¿Quién era?

—Nadie, una campesina —contestó el monje con voz pausada.

—Me habéis dicho que creíais que sus padres eran de la nobleza, ¿por qué estáis tan seguro?

—Aquí vienen muchos hijos segundos de grandes nobles del reino —recalcó el decano Esteban en el mismo tono—, el padre del hermano Hugo tiene que ser un hombre rico, de otro modo no podría haber ingresado tan joven. Pero su madre… puede que todo fuera un accidente, y no sea más que una campesina a la que forzó, pagó o engañó, ¿quién sabe?

—Sí, ya veo —refunfuñó Bizén—, ¿es un buen monje?

—Ya os he dicho que el hermano Hugo es callado y tranquilo, difícil de conocer —respondió el decano—, aunque, una vez, recuerdo que le escuché hablar con el abad.

—¿Y de qué hablaron?

—No era una conversación que el abad Sancho pudiera tener con cualquiera. —El decano se acercó más a Bizén—. Conversaban sobre el mal. Sobre el origen del mal.

—¿En qué términos?

—El abad, tomando las palabras de Tomás de Aquino, argumentaba aquel día que «el bien puede existir sin el mal, pero el mal no puede existir sin el bien» —afirmó el decano Esteban—, pero el joven Hugo le replicaba, ¡al mismísimo abad! Por esa razón me extrañó tanto y todavía lo recuerdo.

—¿Qué le dijo?

—Que sin el mal el hombre no podría comprender el bien. Y si no puede comprender el bien, no lo puede valorar.

—Eso da a entender que justificaba la existencia del mal.

—Sí, eso exactamente es lo que dijo. —El decano Esteban se acercó a otra de las barricas y comprobó que estaba bien anclada al suelo.

—¿Y el abad? ¿Qué medidas tomó?

—Medidas… El abad no hablaba con él de una forma normal, cómo podría explicarlo… —el decano Esteban se quedó pensativo—, era demasiado condescendiente con el hermano Hugo, debería haberlo apartado de inmediato y llamado a capítulo.

—Entiendo, y entre Hugo y Octavio, ¿creéis que podía haber algún tipo de amistad?

—¿Amistad? ¿Qué queréis decir?

—Si podían ser amigos, compartir algún tipo de confidencia —sugirió Bizén encogiendo de hombros.

—No logro imaginar adónde queréis ir a parar.

—Nada, cosas mías.

—¿Queréis algo más de mí?

—No, a no ser que haya algún secreto más que me hayáis ocultado… aparte del proceso de fabricación de su vino. —Sonrió Bizén de manera distendida.

—Nadie más que yo quiere que se resuelvan todos los entuertos de este monasterio, pero debéis entender que hay temas complejos. El hermano

Octavio me habló en confesión, por eso no había dicho nada. Yo no lo maté, ni tengo la más remota idea de quién pudo hacerlo.

—De acuerdo. —Bizén dio un par de pasos hacia la mesa y entonces vio una tela con hierbas—. ¿Le añadís algún tipo de hierba al vino?

—Sí, es para que no se estropee después de la fermentación.

—¿Nada más?

—Bueno… me estáis pidiendo que os revele el secreto de mi vino —el decano Esteban frunció el ceño—, como entenderéis no me es posible hacer tal cosa.

—Tenéis razón, disculpad. Solo una pregunta más, este no es el vino que se sirve en las comidas del refectorio, ¿cierto?

—No, este es para venderlo. El de las comidas está aquí. —Y el monje se desplazó por la cilla hasta llegar a unos toneles colocados de pie, tapados con una tabla.

—Lo cogen de aquí con esas jarras —Bizén señaló las que había al lado— y lo sirven en las mesas.

—Así es, ¿a qué viene tanto interés por ese vino? Ya os he dicho que el mejor es el de las barricas, no el que ponemos en el refectorio —el decano Esteban se incomodó con aquellas preguntas—, que casi siempre se sirve aguado, caliente o con alguna hierba aromática, como bien sugeríais.

—Tenéis razón, era solo curiosidad. Suerte que los franceses no sabían que teníais aquí todo este vino, si no os aseguro que no se hubieran retirado.

—Me hicisteis darles un carromato entero, os lo recuerdo.

—Salvamos Veruela, creo que valió la pena.

—Sí, pero ahora esos mercenarios estarán bebiéndose mi vino, cantando, blasfemando y a saber qué más —se quejó el monje.

—Gracias por todo, no quiero importunaros más.

—Pensad en lo que os he dicho, es mejor irse cuando las puertas todavía están abiertas.

Bizén asintió con la cabeza y salió de la cilla, pero no tenía intención de dejarlo. Continuó por el claustro, en la galería del refectorio estaba el hermano arquitecto, le saludó sin decir nada. Siguió hasta la biblioteca y entró

sin llamar. Allí solo encontró a un par de conversos limpiando el suelo de rodillas con unos barreños de agua y trapos. Echó un último vistazo para cerciorarse por completo de que no había nadie más y abandonó la sala.

Contrariado, volvió al claustro. Junto a la acequia que corría paralela al edificio estaba el señor de las aguas, observando la corriente.

—Hermano Julián —llamó al monje de pelo rizado—, ¿sabéis dónde puede hallarse el hermano Rogelio?

—Lo he visto hace poco cerca del molino.

—¿Seguirá allí?

El monje tardó en responder, cruzó los abultados dedos de sus manos y le miró con aquellos ojos apagados.

—Puede ser, va a menudo a contar las carpas del criadero.

—Gracias. —Y Bizén se dirigió allí de inmediato.

Bordeó varios talleres de pieles y ropas, alcanzó el molino, subió los escalones de piedra y caminó por el borde del acueducto hasta llegar al estanque junto a la muralla. El hermano Rogelio estaba mirando el agua embalsada, bajo la cual se veían las carpas y otros peces más pequeños.

—Nunca he entendido muy bien cómo se crían los peces —comentó Bizén en un tono amigable.

—Muchos creen que, al igual que los insectos, los gusanos y las ranas, nacen de manera espontánea en las masas de agua.

—¿Y no es así?

—No, para que nazcan carpas es necesaria la existencia de ejemplares adultos. Las primeras carpas que se criaron en Veruela se trajeron del monasterio de Fitero, que también es de nuestra orden. Es el más antiguo al sur de los Pirineos y está a solo tres jornadas a caballo de aquí —apuntó—. Solo fueron unos pocos ejemplares y mirad ahora.

—Luego se reproducen como los animales.

—No y sí, desde luego que hay un proceso. Si formáis un embalse de agua artificial y dentro no hay peces, nunca los habrá. En cambio, surgirán todo tipo de moscas, bichos y gusanos.

—Y sanguijuelas.

—Sí, esas también. —El monje se lo quedó mirando—. ¿Qué os ocurre? ¿Hay algo que me queráis decir?

—Es posible que haya dado con el asesino de Octavio.

—¿Estáis seguro? La última vez que dijisteis algo similar resultó un poco decepcionante —recordó el hermano Rogelio mientras tiraba unas migas de pan al estanque y las carpas asomaban su boca para comerlas.

—Hay un monje muy diferente al resto de vosotros en la congregación.

—¿Quién?

—El hermano Hugo.

—Es el más joven —afirmó el monje—, y, por tanto, inexperto. Es callado, respetuoso, aplicado en sus rezos y un gran lector. No lo juzguéis por las apariencias.

—Creo que su padre es un alto noble del reino, un hombre importante.

—Podría ser, el abad siempre lo ha protegido en exceso, desde mi punto de vista, aunque eso es otro cantar.

—Hay que atar bien todos los puntos —Bizén quedó pensativo—, y Hugo…

—¿Qué motivo podría tener él? Siempre tiene que haber una razón para matar.

—Todavía la desconozco, pero creo que los hermanos Hugo y Octavio tenían una amistad y trabajaban juntos en la cilla, puede que surgiera alguna disputa entre ellos.

—¿Como qué? No podéis especular sin más.

—Celos, envidia, lujuria…

—Ya veo. —El monje volvió a lanzar migas de pan a las carpas—. Hay en cierto monte de Oriente unas piedras de fuego, que en griego se llaman *terobolem*, macho y hembra. Cuando estas están alejadas una de la otra no se enciende el fuego en ellas; pero cuando coincide que la hembra se aproxima al macho, inmediatamente se enciende en ellas la llama, de modo que arde todo lo que se encuentra en el entorno de aquel monte —relató sin dejar de observar cómo comían los peces—. Por eso también nosotros, hombres de Dios, debemos estar separados y alejados de las mujeres, no vaya a ser que,

cuando nos acerquemos, se encienda aquella llama y consuma los bienes que Cristo depositó en nosotros.

—¿Guardáis voto de castidad?

—Sí, pero antes de monjes fuimos hombres, y jóvenes —apuntó el monje —; no sería el primer religioso que ingresa en el sacerdocio habiendo tenido hijos antes.

—Lo siento, ahora no os sigo muy bien.

—Solo quiero deciros que nadie nace con este hábito puesto.

—Vos… ¿habéis yacido con alguna mujer?

—Sí, lo he hecho —respondió el hermano Rogelio sin dudar—, antes de ordenarme. Y no soy el único, os lo aseguro.

—¿Qué relación guarda esto con lo que os acabo de contar?

—Vos mismo dijisteis que la muerte de nuestro hermano pudiera no tener que ver con el robo del cuerpo del infante. Pues bien, hallad la razón, lo que la desencadenó, y dejad de divagar sobre culpables y otras banalidades —le recriminó el monje—. Ceñíos a los hechos, a las huellas del mal.

—No, creo que el mal es producto de los hombres. Dios hizo el bien y nosotros creamos el mal a partir de todo lo bueno que nos concedió. El bien no necesita de nada, es nuestra naturaleza.

—Vaya, notario. No esperaba unas palabras así de vos, parece que vuestra estancia en Veruela empieza a afectaros —y el hermano Rogelio no ocultó una sonrisa—, para bien.

—Os aseguro que no, pero sé que los hermanos me han estado engañando desde que llegué. Todas esas mentiras necesitan de bonitos vestidos, pero a la verdad le gusta ir desnuda. La mentira es como un gran castillo, hay que construirla sobre unos cimientos sólidos, que en muchas ocasiones se forjan con algo de verdad, hay que levantar altos muros, torres, almenas. Pero si algo falla, el castillo se cae por su propio peso. Ese es el punto débil de la mentira, por muy bien edificada que esté un solo ladrillo mal puesto y se derrumbará. En Veruela todos mienten, hermano Rogelio.

—Entonces, que Dios se apiade de vos.

40

El fantasma

La cena seguía siendo la única comida del día hasta que llegara la Cuaresma. Era la primera tras el ataque francés que a punto había estado de acabar con Veruela. Sin embargo, aquel monasterio parecía inmune a todos los conflictos que le rodeaban. La guerra civil entre los dos reyes castellanos, la inminente llegada del Príncipe Negro con sus miles de soldados, el asedio de las compañías blancas de Bertrand du Guesclin. El monasterio de Santa María de Veruela era como un mundo aparte, regido por la regla de san Benito y la férrea organización de los cistercienses.

El refectorio estaba dispuesto como siempre. Se repartió el caldo de verduras y se sirvió abundante vino. Los hermanos semaneros habían sido relevados, ahora eran Julián y Hugo, y servían a la mesa principal en la que, para sorpresa de Bizén, seguía sentado el prior cesado. Al destituido le había cambiado el gesto desde que le habían relevado de su cargo. Se le veía callado, pasaba totalmente desapercibido. Muy diferente de su anterior forma de ser, parecía haberse marchitado.

El silencio reinó durante toda la cena. Bizén no quitaba el ojo de los gestos de los monjes. En cuanto terminó, buscó al hermano Hugo, que se había apresurado en abandonar el refectorio lo antes posible y avanzaba por el claustro deprisa. Bizén le siguió con sigilo. Una vez en el exterior, tras recorrer un pequeño trecho, el joven monje se detuvo frente a los establos y entró en ellos. Bizén aguardó con paciencia. El monje se demoró un buen rato, ¿qué estaría haciendo ahí dentro?

Bizén no quería ser descubierto, pero justo cuando empezaba a sospechar de la razón de su demora, el monje volvió a salir. Bizén se agazapó tras un carromato y le siguió con la mirada hasta que el hermano Hugo retornó de

nuevo al claustro. Guardó la distancia para no delatarse. Después siguió sus pasos y al llegar a la primera galería vio cómo entraba en la biblioteca.

Podía haberle interrogado entonces, pero Bizén se dejó guiar por un presentimiento y decidió tener más información antes de hablar con el monje. Así que retrocedió hasta los establos. Una vez en ellos, se aseguró de que allí no había más que un par de mulas, varios caballos viejos y una pareja de sementales. Decidió registrarlo a conciencia. Empezó por los pesebres, después revisó los aperos de las caballerizas, comprobó si había algo oculto en los montones de paja y hasta inspeccionó las monturas.

¿Qué habría ido a hacer allí el hermano Hugo?

Con la duda en la cabeza caminó hasta el empedrado del monasterio, permaneció en silencio y observó el edificio de la botica. Luego se giró de nuevo hacia el establo y se quedó pensativo.

En ese momento sonó la campana, el último rezo del día. Bizén dudó qué hacer entonces, finalmente entró en el claustro y esperó hasta que acabara la misa.

Aunque había llegado hacía solo seis días, aquellas piedras ya le resultaban familiares, como si llevara toda su vida recorriéndolas. La paz que le transmitían era difícil de encontrar en otro lugar, era casi como si le devolvieran a su niñez. Le hacían sentir tan seguro como cuando era un ser inocente que aún no había descubierto toda la crueldad y maldad de la que son capaces los hombres. Las gárgolas seguían siendo sus esculturas favoritas, no sabía el porqué, pero aquellos rostros deformes y retorcidos, con las grandes bocas abiertas, le hipnotizaban.

El santo oficio terminó, la puerta del templo se abrió y fueron saliendo los monjes, con su hábito blanco y su escapulario oscuro. Ninguno le prestó atención. Localizó enseguida al hermano Hugo. Dejó que pasara y comenzó a seguirlo. Los monjes fueron dispersándose. El hermano Hugo dirigió sus pasos camino de la biblioteca.

Bizén permaneció un tiempo prudencial sin moverse. Después prosiguió hacia la biblioteca, empujó la puerta y entró en la sala.

El hermano Hugo no estaba.

Él lo había visto entrar, ¿cómo era posible?

Cerró la puerta y avanzó hacia el centro de la sala. Seguía sin verlo.

Era noche cerrada, solo unos cirios mantenían la estancia en penumbra.

Bizén a punto estuvo de llamarlo por su nombre pero, en el último instante, cambió de opinión. Observó el movimiento de las llamas de las velas.

Se acercó más.

Notó una leve corriente de aire. Parecía venir del lado izquierdo, aunque allí solo había altas estanterías repletas de libros, todos ellos colocados con los lomos hacia dentro. Los filos de las páginas se encontraban pintados de negro y en ellos se mostraban los títulos. Se trataba de libros piadosos; según avanzaba por la estancia, fueron apareciendo textos antiguos, latinos y griegos.

La corriente podía proceder de alguna grieta del muro tras las estanterías.

Era la única explicación posible.

Extrajo alguno de los volúmenes de la zona de textos griegos, los suficientes para poder tener una visión de la pared. Metió la mano y solo encontró la fría piedra.

Miró de nuevo hacia la luz que emitían las llamas de las velas, la corriente no podía venir de tan lejos. Fuese lo que fuera que la provocaba, tenía que estar más próxima.

¿Cuál podía ser entonces el origen?

Fue hacia los grandes ventanales, los observó y se percató de que algo en ellos era anómalo. Su tamaño era desproporcionado y no guardaban armonía con el resto de la estancia. Bizén recordó que el mal siempre deja una huella. Lo mismo pasaba con aquellos ventanales: no eran originales. Fueron realizados después de construir el espacio. Al fijarse en las uniones del muro vio la diferencia de acabado de la piedra, la que enmarcaba los vanos rompía a otra más antigua.

Sin embargo, esa no era la causa de la corriente de aire.

Una de las ventanas no debía de estar completamente cerrada. Al acercarse más, Bizén se percató de que el cristal parecía no estar fijo por completo. Alzó la mirada y comprobó que había unas bisagras.

¿Para qué se necesitaba abrir esa ventana?

No tenía sentido.

Comprobó las otras y, en efecto, todas eran fijas. Ni rastro de bisagras.

Fue hasta una de las mesas y tomó una silla, se subió en ella y comprobó que, bastante disimulado, había un pestillo en la parte más alta de la ventana. Cuando Bizén la empujó no pudo liberarla.

Lo intentó de nuevo, con más fuerza y mismo resultado. Algo bloqueaba la ventana desde el exterior.

Se bajó y salió de inmediato de la biblioteca, giró hacia el locutorio y abrió sendas puertas hasta que salió del claustro en la zona a la que acudían legos y donados para recibir las órdenes cada mañana. Volvió a girar y recorrió el muro hasta dar con las ventanas de la biblioteca.

Contó hasta la tercera y entonces pudo ver dos hierros colocados para atrancar la ventana desde el exterior. Ese era el motivo de que no pudiera abrirla.

Apretó los puños y cogió una rama seca del suelo. Regresó, entró en la panda del refectorio y fue directo a la cocina.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó molesto el cocinero.

Bizén no respondió, fue a una mesa, tomó unos trapos y los enrolló entorno a la rama. Luego cogió un frasco y vertió aceite sobre ellos. Después se acercó al otro extremo y lo untó todo con manteca de cerdo. Acercó la rama al fuego central que todavía tenía brasas y la improvisada antorcha prendió.

Deshizo el camino ante el asombro del cocinero y salió de nuevo a la parte exterior de la biblioteca, iluminó el suelo y halló rastro de pisadas.

Intentó seguirlas, no estaba acostumbrado a ello y le costó. Eran del hermano Hugo, estaba convencido de ello. Miró a su alrededor, todo estaba oscuro. ¿Adónde podría haber ido el monje?

Volvió la antorcha al exterior de la ventana e iluminó las huellas. Con aquella luz era más fácil seguirlas. Avanzó y llegó hasta la muralla, un poco más adelante se hallaba el mismo portón por el que había salido para entregar al prisionero durante el asedio francés.

La tranca estaba retirada y la puerta, abierta; la atravesó con precaución. Iluminó con la antorcha los alrededores, sin hallar al joven monje. Recorrió todo el perímetro de la interminable muralla que rodeaba Veruela hasta llegar

a las inmediaciones de la barbacana. Estaba fuera del monasterio, era de noche y hacía frío.

Allí no había nadie. Justo cuando pensaba que lo mejor era volver intramuros, oyó un crujido. Se puso en guardia, podía ser cualquiera, aquella tierra que pisaba era la misma por la que había visto llegar a los mercenarios hacía apenas un día. Apretó los puños, inspiró profundo, y cuál no sería su sorpresa al descubrir a quien tenía ahora delante. No era el hermano Hugo, ni el prior, ni el decano, no era un monje, ni un lego, ni siquiera un hombre.

Allí, al otro lado de la muralla, encontró a Marta, la muchacha de la mirada oscura.

—¿Qué hacéis aquí? —La miró bien, estaba temblando, pálida y con el rostro aterrado—. Tranquila, yo no voy a haceros nada, os lo aseguro.

—He hecho algo terrible.

—Marta, no os preocupéis, contádmelo y os ayudaré.

—No, nadie puede ayudarme ya…

—¿Por qué decís eso? —Bizén dio un par de pasos hacia la muchacha y, muy despacio, le puso sus manos sobre sus hombros—. Marta, miradme, ¿qué ha pasado?

—Yo…

—Sí, no tengáis miedo, podéis hablar conmigo.

—He matado a mi tía.

—¿Qué?

—Ya os lo dije. —Marta se apartó de él.

—Esperad, ¿es cierto? ¿Lo habéis hecho?

—¡Claro que es verdad! ¿Por qué iba a decir si no una cosa así?

—De acuerdo. —Bizén se llevó las manos a la cabeza y luego miró a su alrededor para comprobar que nadie la había escuchado.

—Me dijo que nunca me casaría, que me vendería como sierva.

—Marta, ella no puede hacer eso. Pertenecéis al señorío de Veruela, solo los monjes pueden permitir algo así. ¿Es verdad? ¿La habéis matado? —preguntó de nuevo Bizén.

—Sí, nacer aquí es una condena, nunca seré libre —musitó la muchacha.

—No digáis eso, ¿y vuestra hermana? ¿Dónde está?

—Elena… se ha ido —afirmó Marta con un brillo en los ojos—. Ha huido de este maldito lugar y me alegro por ella.

—¡Se ha escapado de Veruela! —Bizén no daba crédito a todo lo que oía —, y ¿adónde piensa ir?

—No lo sé —respondió Marta, sollozando—. Yo no quiero seguir aquí, prefiero… —y sacó un cuchillo de sus ropas y lo dirigió hacia su pecho— morir hoy mismo.

—¡Quieta! —Bizén se acercó de inmediato—, dadme eso ahora mismo.

—No tiene ningún sentido vivir.

—¡Claro que lo tiene!

—No si sois un siervo, si sois una mujer —contestó Marta entre sollozos —, es preferible la muerte.

—¡Deteneos!

—Nooooo.

Bizén se lanzó sobre ella antes de que se clavara el cuchillo en el corazón. Forcejearon y él hizo valer su fuerza para arrancarle el arma de los dedos, cuando ya se había hecho un corte en las ropas que casi alcanza su delicada piel.

—¡Estáis loca! ¿Cómo se os ocurre siquiera pensarlo?

—Vos no lo entendéis —y le miró con una infinita tristeza en los ojos—, os he dicho que he matado a mi tía, ¡dadme ese cuchillo!

—De ninguna manera.

—¡Devolvédmelo! Pienso morir de cualquier forma, me tiraré al río si hace falta.

—¡Ya basta, Marta! Tranquilizaos.

—He matado a mi tía, ¿acaso no me oís?

—Sí, ya os he oído —suspiró.

—Dádmelo —y le señaló el cuchillo—, no hay nada que pueda hacer, me colgarán de todos modos. Ella… ella ha dicho que mi padre… —Marta lo

miró a los ojos, llorando—, que mi padre es un monje; y que Elena y yo somos de distinta madre…

—¡Dios santo! —Bizén dudó si abrazarla, pero finalmente lo hizo.

—El monje anciano, él le dijo a mi tía que se encargara de nosotras.

—¿El hermano Adolfo?

—Sí, mi padre puede estar vivo y podría ser cualquiera de los monjes…

—Escuchadme —y giró su barbilla hacia él—, ¿dónde está el cuerpo de vuestra tía?

—En casa.

—Vamos allí —y puso las manos sobre sus mejillas y giró la cara de Marta hacia él—, vamos a solucionarlo, confiad en mí.

—¿Cómo? Es imposible, está muerta.

—Dejad de decir eso. —Bizén la tomó de la mano—. Rápido, llevadme hasta vuestra casa.

Marta le guio hasta la humilde vivienda. Al entrar, Bizén encontró a la mujer desangrada en el suelo. Le pidió agua y trapos a la muchacha y se afanaron en limpiarlo. Después, envolvieron a la muerta en una sábana y Bizén la cargó al hombro. Le preguntó por las tumbas que habían abierto para enterrar a los muertos del ataque francés y Marta le condujo hasta ellas. Se encontraban cerca del monasterio. Hasta que los familiares no velaran a sus difuntos, las tumbas permanecerían vacías. El notario fue hasta una de las más alejadas y arrojó allí a la tía Francisca y la cubrieron con tierra y piedras entre los dos.

—Marta, olvidad lo que ha pasado, ¿entendido?

—Pero…

—Hacedme caso, vos no sabéis nada de vuestra tía, ¿de acuerdo?

—¿Por qué sois tan bueno conmigo?

—Eso no importa ahora. —Bizén miró a la esbelta muchacha, cuyo cabello negro y abundante todavía parecía aún más oscuro a aquellas horas—. Venid conmigo.

—¿Adónde?

—Vais a hacer todo lo que os diga, ¿de acuerdo? —La cogió del brazo y ella alzó la mirada, se quedaron en silencio, observándose. Hasta que el maullido del gato pardo los devolvió a la realidad.

—Os esconderéis en mi celda, no debe vernos nadie. ¡Absolutamente nadie!

—Mi tía vendrá a buscarme —afirmó Marta con la voz entrecortada.

—¡Si acabamos de enterrarla!

—Antes de morir me maldijo y mañana es la noche de Ánimas —la muchacha temblaba de miedo—; su espíritu me buscará para arrastrarme con ella al infierno.

DÍA SÉPTIMO

LA NOCHE DE ÁNIMAS

41

Los secretos

El portón seguía abierto cuando Bizén regresó a la muralla acompañado de Marta. Él entró primero, comprobó que nadie los esperaba y ambos se adentraron en Veruela.

La oscuridad era total, Marta se detuvo aterrorizada.

—No temáis, solo seguidme.

—Pero no hay ninguna luz.

—Confiad en mí. —Y Bizén la cogió de la mano y comenzó a andar, mientras movía los labios en silencio.

Marta se percató de ello, no se atrevió a decirle nada, puesto que él parecía concentrado. Así avanzaron sin vacilación hasta que Bizén se detuvo.

—Hemos llegado.

—¿Cómo? —Marta se vio rodeada de penumbra.

—Conozco todas las distancias en pasos del monasterio, así puedo orientarme en la oscuridad. Venid, estamos frente a la hospedería.

Bizén avanzó y la silueta de una fachada se dibujó ante ellos. Marta ya conocía aquel lugar, entraron y subieron por la escalera hasta el pasillo de las celdas. Entraron sigilosamente en la estancia, Bizén atrancó la puerta con una silla y por fin respiró aliviado.

—Tenemos que pensar en cómo sacaros de aquí, ¿cuándo creéis que os echarán en falta?

—Por la mañana, cuando no vayamos al lavadero, aunque mi tía no tiene muchas conocidas. Quizá tarden algo más en ir a ver si nos ha pasado algo.

—Bien, eso nos da más tiempo. —Y dio varios pasos, pensativo—. Aquí nadie os buscará, debemos aguardar al momento idóneo.

—No, yo no puedo.

—¿Por qué decís eso? Tranquilizaos.

—Mañana… es la noche de Ánimas.

—Marta, no hay nada que temer.

—He matado a mi tía, su espíritu vendrá a por mí.

—Escuchadme, nadie va a venir a por vos, está muerta. —Y entonces Bizén hizo una pausa—. Puede que incluso nos sea útil, las gentes del Moncayo creerán cualquier cosa relacionada con los muertos, si sucede esta noche, podríamos hacerles pensar que se os han llevado los difuntos.

—Bizén, ¿cómo vais a hacer eso?

—No lo sé, lo pensaré luego. Antes debo encontrar al asesino del lego y el cuerpo del infante para poder irme de Veruela. Y ese monje se me ha escapado, ¿adónde habrá ido?

Miró a Marta y comprobó que se había quedado dormida.

La observó y la arropó con una manta; él se tumbó en el suelo e intentó conciliar el sueño.

Ambos durmieron hasta que amaneció el nuevo día. Bizén se levantó súbito y despertó a la joven.

—Tengo un plan, esperadme aquí. Si oís algún ruido, escondeos debajo del jergón.

Bizén salió de la celda, ahora todo había cambiado y necesitaba actuar rápido, el tiempo de ser prudente se había acabado. Ya no solo debía pensar en él y el reloj jugaba en su contra.

Esperó a que terminara la primera misa escondido tras una de las columnas de la iglesia. Los monjes se levantaron del coro y se dirigieron a la puerta del claustro. Esta vez confiaba en tener algo más de suerte.

No fue así.

Dentro del templo permanecieron dos monjes: los hermanos Saturio y Adolfo. Ambos se arrodillaron frente al altar mayor y se inclinaron para rezar. Salió de su escondite y fue decidido hacia ellos.

—Hermano Saturio —le importunó—, el decano Esteban os requiere de inmediato.

—¿Ahora? —preguntó el aludido.

—Es urgente, creedme.

—Está bien —se incorporó—, ¿sabéis por qué me reclama?

—No lo sé, me ha dicho que os esperaba en la cilla. Ahora que ha asumido las funciones del prior se halla muy ocupado. Yo voy a repasar el sepulcro real una vez más, quizás haya pasado algo por alto.

—Lo dudo. —Y el hermano Saturio se encaminó hacia el claustro.

Bizén dio unos pasos hacia el altar, pero en cuanto el monje abandonó el templo retrocedió.

—¡Vamos! Tengo que hablar con vos.

—¿Qué ocurre? —preguntó sorprendido el anciano Adolfo.

—He descubierto algo que os dejará sin palabras y solo puedo confiároslo a vos. Aquí no, venid conmigo, ¡rápido!

—¿Ir adónde?

—Salgamos por ahí —Bizén señaló la puerta del crucero que daba al camposanto— antes de que venga alguien.

—Yo no puedo correr.

—Os ayudaré, no temáis.

La abrieron y salieron. El día estaba naciendo, la luz era todavía escasa y el frío azotaba como un látigo.

—Por aquí. —Bizén le señaló el muro exterior del ábside.

Rodearon varios de los absidiolos y se detuvieron antes de completar el giro.

—¿Vais a decidme de una vez qué estáis tramando? —inquirió malhumorado el anciano Adolfo.

—Desde que me confiaron resolver la muerte del lego, algo me confundió. Siempre supusimos que alguien lo había matado para robar el cuerpo del infante —recordó Bizén—. Ahora sabemos que no, que fueron hechos diferentes que coincidieron en el tiempo. Ambos se solapan y enturbian la visión de lo sucedido.

—Muy bien, ¿y qué? —El monje inclinó la cabeza y lo miró con los ojos entreabiertos—. Algo nuevo tendréis.

—¿No es cierto que comentasteis que aquella noche os costó despertaros?

—A mí sí.

—No fuisteis el único, el prior Antón y otros monjes me dijeron lo mismo —afirmó Bizén—. Y ¿no es verdad que el día siguiente también dormisteis mucho más profundamente de lo habitual? Yo he notado lo mismo al llegar aquí.

—Es cierto, ni siquiera me levanté para orinar y eso, a mi edad, no es normal. ¿Qué queréis decir, notario? —El anciano le miró con extrañeza.

—Sé que Octavio era ambicioso, que no quería ser siempre un lego. Él entendió muy pronto que Veruela era un jardín de mentiras y, entre todas ellas, encontró una que le fascinó. Una tumba en vuestro camposanto, el de los monjes —Bizén estiró el brazo—, este que tenemos en frente.

—Estáis refiriéndoos a la tumba de las flores. Esa historia me la sé bien, ya son muchos años aquí.

—Sí, todos la conocéis, aunque el lego fue el único que se percató del potencial que podía tener, así que logró dar con la fecha en que ocurría y esperó para averiguar quién las dejaba. Ignoro cuánto le costó descubrir el día exacto, pero lo hizo, y le llegó la ocasión de descubrir al monje que allí las dejaba.

—El abad —afirmó rotundo el anciano.

—Sí —Bizén titubeó—, ya lo sabíais.

—Dicen que más sabe el demonio por viejo que por diablo. —Y le miró con un brillo inusual en los ojos—. Solo él podía hacerlo sin que nadie más se percatara, nunca tuve la completa certeza, pero sí mis sospechas, que habéis confirmado vos ahora, notario.

—Y ¿por qué lo hace? —Bizén estaba emocionado al relatar los hechos —. Octavio también quiso saberlo, así que desenterró los restos. Halló unos

huesos y sobre todo unas ropas, las de una mujer. El lego no podía preguntarle directamente al abad, así que habló con el monje de mayor edad —afirmó Bizén—, vos, hermano Adolfo.

—No sé de qué me habláis.

—¿Y qué me decís de unas niñas que ordenasteis cuidar a una mujer de las que viven cerca del monasterio? ¿De eso sí sabéis algo?

—¿Cómo habéis podido…?

—Eso da igual, decidme la verdad. Octavio habló con vos, ¿no es cierto? Os buscó a vos porque pensó que con vuestra edad sabríais quién podía ser la mujer del camposanto.

—La inteligencia está sobrevalorada, cuando uno sabe que alguien lo es, puede manipularlo como al mayor de los tontos.

—Eso es lo que hicisteis conmigo desde que llegué a Veruela.

—No lo suficiente, por lo que veo —suspiró el anciano—. ¿Qué queréis ahora de mí?

—Octavio habló con vos.

—Sí, pero no el día que murió —contestó el hermano Adolfo—, acudió a mí tal y como decís hace semanas. Octavio era ambicioso, mirad si no cómo no dudó en desenterrar a un muerto.

—Ansiaba saber quién era esa difunta a toda costa.

—Yo no le dije nada; sin embargo, hay más monjes de mi edad en nuestras posesiones. Él no cesó hasta que encontró a quién pudo contestar sus preguntas. Un sacerdote enfermo le confesó que no conocía quién se hallaba enterrada allí, pero sí sabía cuándo apareció la tumba.

—Así conoció el año en que murió quien estaba enterrado —asintió Bizén.

—Ya le he dicho que Octavio era insistente, así que luego buscó las defunciones de ese año.

—En los registros, igual que yo supe cuándo se había realizado el último enterramiento. La Iglesia lo apunta todo. —Bizén sonrió—. Octavio buscó en el registro de difuntos y halló a una mujer muerta en esa fecha.

—Se llamaba Aysha.

—Y ¿quién era? ¿La hija de algún noble?

—No queráis correr antes de aprender a andar —le advirtió el monje—. Octavio se hizo la misma pregunta, así que fue a preguntar a las casas de los donados en torno a Veruela. Buscó a los más ancianos y encontró a uno que la recordaba. Él le dijo que podía ser una mora que llegó a Veruela desde una población cercana.

—¿Cuál?

—No os conviene continuar por ese camino —le advirtió de nuevo el anciano.

—Eso lo decidiré yo, decidme de qué población se trata.

—Bulbuente, está valle abajo. Pertenece al monasterio, cuenta con un castillo y una alta torre.

—Creo que pasé por allí de camino a Veruela; el castillo había sido atacado y la torre estaba desmochada.

—Cosas que pasan en las guerras —afirmó el decano Adolfo sin darle más importancia.

—Y ¿cómo terminó una infiel siendo enterrada en el camposanto de los monjes?

—Eso mismo se preguntó Octavio; en el fondo no sois tan distintos —dijo manteniéndole la mirada—. Fue a Bulbuente, al castillo, nuestro castillo. Decís que ahora está en ruinas, puede ser, pero antaño fue una gloriosa fortaleza con numerosas estancias. Octavio indagó y, por supuesto, halló la verdad. Cuando pasan tantos años, las mentiras ya no se alimentan, se deja de avivar su fuego y, al consumirse, la verdad vuelve a resurgir.

—¿Quién era esa mujer?

—Bulbuente está a una jornada de aquí, así que era habitual que los monjes que se desplazaban pasaran la noche en sus dependencias —relató con parsimonia el anciano—. En ocasiones, incluso por largas temporadas. Allí hay población, campos, al estar más bajo las viñas dan más uvas y controla una próspera vega del río. Había veces que hasta el abad pasaba días en Bulbuente con el buen tiempo.

—¿El abad?

—Nuestro abad —afirmó—. Esa mora trabajaba para el castillo. Era una sirviente y… algo más. Bulbuente significaba mucho para nuestro entonces joven hermano Sancho, no era la primera vez que acudía allí para encontrarse con una mujer.

—Tuvo varias amantes.

—Sí, y de él solía decirse que de Bulbuente le gustaban en especial las moras y no de zarza. El abad comenzó a viajar a menudo a ese castillo y pasaba las horas acompañado.

—Y ¿qué sucedió?

—La mora se quedó encinta —respondió el anciano, malhumorado.

—¡El abad tuvo una hija!

—Así es, y la mandó traer a los dominios de Veruela.

—Pero… Esa mujer de la que habláis ¿es la madre de las dos hermanas o son hermanastras? No acabo de entenderos.

—La mora es la madre de la más joven, pero la mayor es la hija de otra mujer, Ixeia, una cristiana muy hermosa que los de Bulbuente dicen que perdió la razón cuando el abad la abandonó por la mora. Terminó quitándose la vida.

—¿Eso es verdad?

—Creo que sí, el abad se sintió culpable de provocar tal situación y puso a la hija al cuidado de la mora. La cría era muy pequeña, apenas llegó a conocer a su verdadera madre. Sin embargo, el hijo…

—¿Hijo?

—Ixeia ya había tenido con anterioridad un hijo con el abad, un muchacho que vivía en el castillo de Bulbuente.

—Pero ya será un hombre, ¿qué fue de él?

—Eso no lo sé, desapareció sin dejar rastro —respondió el monje—, nunca lo llegué a ver.

—El abad tiene mucho que ocultar…

—La mora, Aysha, murió al poco tiempo de llegar a Veruela; al parecer el abad la quería con locura y la enterró en secreto donde ya sabéis. Quería

tenerla cerca, para poder rezarle y, por lo visto, ponerle flores —el anciano negó con la cabeza—, qué tontería más grande.

—Octavio descubrió todo eso.

—Sí.

—Y habló con el abad —Bizén comenzó a elucubrar a toda velocidad—, y seguro que le pidió algo a cambio de su silencio. Sí, eso es lo que hizo, quería dejar de ser un lego, pasar a ser un monje, un hermano de las horas, como vos.

—Ambicionaba ser un monje de rezo y dejar los trabajos manuales. Su ambición era desmedida. Con el tiempo y la inestimable ayuda del abad, pretendía ir ascendiendo en responsabilidades hasta… quién sabe, quizá llegar a ser él mismo abad.

—Nada de eso ocurrió. Al morir Octavio el secreto también murió con él. —Bizén escrutó la mirada del monje—. ¿El abad aceptó su chantaje?

—Eso lo ignoro.

—¿Qué ganaba contándoos todo esto Octavio? —Bizén comenzó a inquietarse, aquello no iba por los derroteros que él había previsto.

—Buscaba un aliado dentro del monasterio.

—Me habéis ocultado esto desde que llegué.

—Imaginad qué sucedería si el resto se enterara de los amoríos del abad.

—Hermano Adolfo —pronunció muy serio Bizén—, ¿quién mató a Octavio?

—No lo sé y no fui yo, si es lo que estáis pensando. Pero sabed que, en su ambición, Octavio se labró muchos enemigos en el monasterio.

—¿Pudo ser el abad?

—Me temo que pudo ser cualquiera de los hermanos; de todas maneras, os dais cuenta de que hoy no es el mejor día para hablar de muertos y cementerios, ¿verdad?

—La noche de Ánimas.

—En efecto —el anciano Adolfo permaneció unos instantes en silencio escrutando al notario—, siempre suceden cosas extrañas en esta fecha, así que tened mucho cuidado.

—Desde que llegué a Veruela no han parado de ocurrir sucesos fuera de lo normal, no creo que esta noche sea mucho peor.

—Yo ya os he avisado y ahora me gustaría regresar al interior, hace frío aquí fuera.

42

El calefactorio

Entró con cuidado y cerró la puerta, la celda parecía vacía, quizás ella había decidido marcharse.

Entonces la sintió respirar.

—¿Estáis ahí? —preguntó Bizén.

Marta salió de debajo de la cama.

—No hace falta que os escondáis de mí.

La joven asintió y se sentó en el jergón; Bizén se dio cuenta de que tenía el pelo recogido en una cola de caballo. Pudo ver mejor su rostro y, en especial, aquellos ojos, que lucían más oscuros y grandes que nunca. Parecía menos fiera, más dulce. Como si hubiera bajado la guardia y, a pesar de las circunstancias, estuviera más relajada. A Bizén le gustó verla así, pero intentó disimularlo.

—¿Habéis descubierto lo que buscáis? —preguntó Marta, que se quedó extrañada al ver que él tardaba en responderle.

—Todavía no y, la verdad, no sé si lo voy a conseguir.

—¿Qué vamos a hacer? —le preguntó y después cogió el libro que había en la mesilla junto a la cama.

—No estoy seguro —respondió Bizén con resignación.

Y en verdad no lo estaba. Se sentó frente a la mesa y resopló cabizbajo. Se quedó en silencio, absortó en sus pensamientos. Mientras, Marta ojeaba el libro y aguardaba a que Bizén dijese algo. La espera se dilató y la muchacha comenzó a sentirse incómoda.

—Vos sabéis leer, ¿verdad?

—Claro, ¿cómo no voy a saber? —dijo Bizén sin darle importancia a la respuesta.

—Ojalá yo también supiera… —afirmó Marta mientras abría el libro y pasaba sus dedos sobre la tinta de las palabras.

—Yo podría enseñaros…

—Tiene que ser tan difícil y al mismo tiempo tan maravilloso… —Marta se quedó pensativa con la mirada perdida.

—Estoy seguro de que vos aprenderíais rápido.

—Decidme una cosa, ¿es verdad lo que dicen?

—¿Lo que dicen de qué? —preguntó confuso Bizén.

—Que leer es como meterse dentro de la cabeza de otra persona.

—No había oído eso nunca, ¿quién os lo ha dicho?

—Se lo oí una vez a un monje —respondió, y dejó el libro de nuevo en su lugar.

—Marta, leer es mucho más que eso. Cuando uno comienza a leer un libro, sucede algo increíble: los personajes, los escenarios, todo empieza a dibujarse en su cabeza. Es un mundo nuevo, como un viaje por un lugar donde nunca has estado. Y lo más bonito es que ese viaje es distinto para cada uno.

—¿De verdad es así? ¿Un viaje?

—Sí, para mí lo es —asintió Bizén con una expresión de felicidad en el rostro.

—Nunca aprenderé a leer —de pronto Marta cambió su tono de voz y se incorporó muy decidida—, nunca saldré de aquí viva.

—Aguardad, encontraré la manera de que nos vayamos juntos —afirmó Bizén, que se acercó a ella y tomó su mano—, os lo prometo.

Se hizo un silencio amargo, de miradas cruzadas y respiraciones largas, la celda se volvió más pequeña y angustiosa. Bizén quería prometerle tantas cosas, pero temía no poder cumplirlas.

—Estoy sola —murmuró Marta con la mirada oscura y triste—, mi hermana ha desaparecido y mi tía… Ella se hizo cargo de nosotras.

—Lo siento, eso es muy duro.

—¿Cómo es vuestra madre? —Marta alzó la mirada hasta encontrarse con la de Bizén.

—Mi madre es una mujer extraordinaria.

—Habladme de ella. —La muchacha parecía realmente interesada.

—Ella hizo todo lo posible porque yo tuviera una oportunidad en este mundo, luchó de verdad por mí —Bizén se quedó pensativo—, y yo le he fallado.

—¿Por qué decís eso?

—Marta, yo no soy un buen hombre, he hecho cosas de las que no me siento orgulloso. Pero… no tenía otra opción.

—Contádmelo todo, yo os he confesado la muerte de mi tía. —Marta lo miraba de una manera que lo desarmaba, ante la que no podía hacer nada.

—Nadie esperaba mi nacimiento, me di cuenta muy pronto, cuando todos mis hermanos estaban ya casados, y yo era un crío. Mi madre me llamó un día y me confesó la verdad. Nada quedaba para mí, todo se había comprometido en dotes de boda y en pagar favores para colocar a mis hermanos y hermanas. Ni siquiera podía entrar en el clero, y para ser hombre de armas hacía falta caballo y pertrechos que no podían costearse. Además, nunca demostré habilidades con la espada, así que mi padre me dio por perdido. Pero mi madre no. Y una tarde, sentada frente a mí, mi madre me dijo que debíamos actuar. Yo no la entendí en un primer momento, pero ella ya había trazado un plan.

»A los pocos días me llevó a casa de don Antonio Martínez de la Peira, notario del reino, quien nos hizo esperar por dos horas hasta que nos recibió. Cuando lo vi me impresionó, era un hombre corpulento, que ni siquiera me miró a la cara. Habló con mi madre como si yo no estuviera allí.

»—Entiéndame señora, todo el que entra a trabajar a mi servicio debe tener aptitudes.

»—Hágale una prueba y verá lo que vale.

»—No es solo eso, debe de ser de buena familia. Yo necesito contactos, de qué me vale un hijo segundón de un padre que solo ha luchado en la guerra. No tiene la clase de amistades que necesito. Y ya nadie les debe favores, sé que se los ha cobrado todos para colocar al resto de su familia.

»—Pero de alguna utilidad será mi hijo, puede hacer cualquier cosa.

»—Mire, yo lo que necesito es alguien que me sea rentable. Yo le voy a enseñar a leer, a escribir, leyes, cómo hablar con los ricoshombres, ¿y él? ¿Y su familia? ¿Qué van a hacer ustedes por mí? Alguien que vale para hacer de todo, significa que no es bueno en nada.

»—Hijo, sal a la calle un momento.

»Obedecí, salí a la plaza frente a la casa del notario y allí esperé durante al menos media hora. Solo entonces apareció mi madre por la puerta.

»—Empiezas mañana —me dijo nada más verme—, ayudarás a limpiar y harás los recados que te mande.

»—¿Voy a ser un sirviente? —le pregunté.

»—¡Silencio! —y mi madre me cogió del brazo—, vas a estar dentro de la casa de uno de los más importantes notarios del reino. ¿Te haces una idea lo que me ha costado eso? Por tu bien, mejor que no lo sepas nunca.

»Al día siguiente, mi madre en persona me llevó de nuevo al mismo lugar. Esta vez, ella no entró, me dio un beso en la frente y se marchó con lágrimas en los ojos.

»Yo no tenía ni idea de lo que sucedería a partir de aquel momento y nunca hubiera imaginado que sería tan duro. El notario real tenía tres ayudantes, además del servicio de la casa. Toda la primera planta era un enorme despacho, él vivía en la segunda. Sus ayudantes se situaban en alargadas mesas donde iban recibiendo las demandas de don Antonio. Las paredes están repletas de libros y pergaminos, todos perfectamente ordenados.

»—Ya estás aquí —dijo con poco entusiasmo don Antonio al verme—, he encontrado un trabajo para ti. Ven, ¿ves todos esos fajos de documentos? —y señaló un manojo de pergaminos carcomidos y llenos de manchas de humedad.

»—Sí.

»—Quiero que los copies.

»—Pero… parecen basura.

»—¿Cómo dices?

»—No hay más que verlos —le respondí—, están destrozados.

»—Sí, por eso vas a copiarlos, ¡todos! —recalcó don Antonio.

»—Me llevará semanas.

»—Posiblemente meses, así estarás ocupado. Si lo prefieres puedes irte, pero déjale bien claro a tu madre que has sido tú quien ha tomado la decisión. Yo soy un hombre de palabra y no quiero ningún malentendido con ella. Tu madre es una gran mujer.

»Pasé los siguientes tres meses transcribiendo tediosos documentos legales, en los que la suciedad y el mal estado del pergamino me obligaban a andarme con mucho cuidado. Debido a mi poco gratificante trabajo, tampoco logré ganarme la amistad de los otros ayudantes, que me marginaron desde el primer día por ser una competencia y por no tener apellidos de tanto peso en la ciudad.

»Sea como fuere, terminé aquel primer trabajo. El siguiente no fue mucho mejor, se me encargó airear todos los libros y fajos de la casa, a fin de que no cogieran humedad y, de paso, comprobar que estuvieran en buen estado. Así que uno por uno fui abriendo libros y pasando las hojas, desenrollando pergaminos y soplando su superficie para que respiraran. Todo, mientras don Antonio enseñaba a sus otros ayudantes las claves de su profesión y les mandaba redactar textos de índole legal.

»Así pasó un mes entero, hasta que me asignaron un nuevo desempeño: copiar todos los documentos que firmaba el notario real. Una labor rutinaria, con la única ventaja de que me posibilitó enterarme de en qué trabajaba don Antonio.

»Pasado año y medio, llegó a la casa un requerimiento de unos frailes de Huesca. Al parecer buscaban un notario para un asunto peliagudo en la frontera del reino. Por lo que pude oír a mis compañeros, el encargo se pagaba muy bien dada su dificultad. Y comenzaron las disputas por conocer quién de todos ellos acompañaría a don Antonio en tan importante tarea.

»Sabía que yo jamás sería el elegido, así que la tarde antes de la partida, en un momento en que el notario había salido por un requerimiento en la audiencia, tomé un pergamino y pluma. Y, con la costumbre que había adquirido copiando documentos, redacté una carta que firmé como si fuera el procurador real de Aragón y que dirigí al primero de los ayudantes. Hice que le llegara por un mensajero y en ella se podía leer que lo reclamaban para un puesto en la cancillería real. Por supuesto, el primero de los ayudantes no dudó en despedirse, para disgusto de don Antonio.

»No podía repetir la misma jugada con el siguiente ayudante, así que urdí un plan más elaborado. Fui al mercado y busqué una curandera, me indicaron que fuera cerca del hospital y preguntara por la “hija del alegre”. Así hice y la encontré junto al río. Quería algo muy concreto que sabía que ella podía darme y así fue. Le compré un purgante, que según dijo actuaba rápido, pero no era doloroso. No había problema, volví a casa del notario antes de la hora de comer. Llevé también vino e invité a los dos ayudantes de don Antonio, con la mala fortuna de que uno de ellos lo rehusó, por mucho que insistí.

»A media tarde, el purgante ya había hecho efecto y el ayudante tuvo que marcharse casi sin avisar. Pero quedaba uno y el tiempo apremiaba. No lo tenía fácil y debía actuar con prontitud.

»—Espero que todo le vaya bien a don Antonio por ese monasterio del Moncayo —le dije al único ayudante que quedaba.

»—¿Por qué decís eso?

»—Está en la frontera, he oído que los ingleses se disponen a cruzar los Pirineos para apoyar al usurpador del trono de Castilla, y como el reino de Aragón es uno de sus aliados, hay temor a que los castellanos nos vuelvan a atacar.

»—Es casi invierno, hasta final de primavera no habrá nuevos enfrentamientos.

»—A mí me han dicho que la frontera está infectada de asaltantes, como nadie se atreve a rondar aquellas tierras…

»—Don Antonio ha preparado una compañía de hombres de armas, así que no hay que temer.

»—Y muchas plazas están en manos de mercenarios franceses, como pago por habernos ayudado a detener a los castellanos cuando ya se disponían a tomar la capital del reino.

»—Son nuestros aliados, ¿no creéis que estáis exagerando? Si don Antonio decide ir, por algo será, además he tenido suerte y voy a acompañarle, es una gran oportunidad.

»Sí que lo era y yo lo sabía.

»La mañana de la partida hacia el Moncayo, don Antonio estaba preparando su equipaje, mientras la compañía de armas que había contratado, dirigida por un caballero de nombre Ramón de Aguilera, aguardaba en la

plaza colindante. Fue entonces cuando llegó un mensajero preguntando por el notario. Don Antonio lo recibió con recelos y todavía se sorprendió más al descubrir las noticias que portaba. Su tercer ayudante lo había enviado, la casa donde se alojaba había sufrido un incendio aquella misma noche. Los destrozos eran cuantiosos y le obligaban a desistir del viaje. Don Antonio maldijo su suerte, parecía que la totalidad de los males se habían cegado sobre él para que sus ayudantes hubieran denegado acompañarle en tan importante viaje.

»Pero no era cierto, todavía quedaba uno al que recurrir.

Marta había escuchado con atención toda la historia y ahora permanecía callada, mientras Bizén se avergonzaba por haberse desnudado de esa manera ante una jovenzuela.

—Me alegro de que hicierais todo eso, y también de que vuestra madre convenciera al notario.

—¿Estáis segura? Ya os he dicho que he hecho cosas…

—No me importa, no necesito saber más.

—Está bien. —Bizén sonrió—. Tengo que sacaros de Veruela cuanto antes, pero para ello necesito resolver la muerte del lego y os confieso que ando un poco perdido.

—Yo cuando me pierdo vuelvo al principio —dijo ella desde lo más profundo de sus ojos negros.

—¿Por qué decís eso?

—Cuando salgo sola al bosque y me extravío, intento recordar los primeros pasos. Y desde ahí, cómo he llegado al lugar donde estoy. No siempre me acuerdo bien, pero me ayuda.

—Volvéis atrás paso a paso.

—Sí, retroceder muy despacio hasta llegar a un sitio que sí conoces.

Bizén recordó todos sus paseos por Veruela, contando las distancias entre los diferentes edificios y estancias.

—Marta, tenéis razón. —Él la miró con un brillo especial en la mirada—. Cuando se dice la verdad, siempre os acordáis del principio; en cambio si mentís, deberéis recordar cada una de vuestras mentiras.

Se levantó y caminó derecho hacia la ventana, se detuvo frente a ella, giró por completo y retrocedió dando exactamente los mismos pasos y se plantó de nuevo frente a Marta.

—Hay que volver siempre al principio, porque una mentira es siempre más fácil de ocultar si se avanza hacia delante. Si se obliga al mentiroso a retroceder, puede quedar atrapado.

Alzó la vista hacia el techo y comenzó a mover los dedos de la mano derecha como si estuviera contando mentalmente. Cerró los ojos y se detuvo.

—¿Qué os sucede? —Marta le había estado observando atónita hasta que no pudo más.

—No os lo podéis imaginar… —y le señaló con el dedo—, esperadme aquí.

—No quiero quedarme sola otra vez, por favor —musitó Marta.

—¿Qué queréis que hagamos? No pueden veros en el monasterio…

—Si me dejáis sola, me iré de aquí. —Sonó como una amenaza firme, de esas que no necesitan confirmación.

Bizén no esperaba tal contundencia y tardó en reaccionar.

—Está bien —respondió, más convencido de que era buena idea, orgulloso por el arrojo de aquella muchacha—, vendréis conmigo.

La pareja salió de la hospedería cuando ya había caído la noche. Caminaron hasta la portada de la iglesia. Comprobaron que no había presencia de los monjes o los legos y la bordearon por su izquierda, hasta llegar al camposanto de los monjes. Bizén observó las cruces, todas parecían iguales.

—¿Qué hacemos aquí? —Marta estaba muy nerviosa—, ¿es que no sabéis qué noche es hoy?

—Sí, pero tenemos que encontrar una tumba.

—No podéis decirlo en serio. —Marta se quedó blanca.

—De entre todos estos enterramientos, hay uno que no es de un monje, sino de una mujer. Cuál será…

—¿A eso hemos venido de verdad? —Y Marta se dio cuenta de que era cierto cuando Bizén se agachó y revisó varias cruces—. ¿Quién era esa

mujer?

—La amante del abad, él la enterró aquí sin que nadie lo supiera…

—El abad debía de quererla mucho para hacer algo así. —Marta se quedó pensativa mirando las sepulturas.

—¿Eso creéis? —A Bizén le hubiera gustado decirle que esa mujer era su madre, pero creyó que no era el momento más oportuno.

—Sí, claro que sí. La enterró aquí para tenerla cerca, para venir a verla, incluso para hablarle.

Bizén seguía revisando las cruces, mientras Marta se movía cautelosa entre los muertos.

—Es muy peligroso que estemos hoy aquí —insistió ella—, no he puesto ninguna vela, mi tía vendrá a por mí.

—No os preocupéis por eso. Esa mujer, Aysha, fue enterrada aquí y años después el abad comenzó a dejarle flores en el aniversario de su muerte —comentó Bizén.

—¿Por qué el abad no las depositó desde el principio?

—Marta, ¿cómo decís?

—Lo lógico es que hubiera traído flores desde el primer día, ¿no? —reflexionó ella, que no dejaba de mirar a un lado y a otro.

—Sí, tenéis razón —Bizén se quedó pensativo—, ¿qué explicación puede haber para eso? Quizá llegó un momento en que la echaba tanto de menos que comenzó a dejar las flores para sentirse mejor consigo mismo.

—¿Estáis seguro de que no lo hizo desde el día en que fue enterrada? —insistió Marta, que con aquel pelo recogido tenía un aspecto completamente distinto.

—Sí, fue después, pero lo que decís tiene mucho sentido.

—A mí no me gustan las flores, se marchitan y se mueren.

—Pero sí son hermosas —puntualizó Bizén, que se quedó mirando el cuello de la joven. Hasta entonces no se había dado cuenta de lo esbelto que era.

—Son efímeras, te deslumbran y luego desaparecen. No quiero eso, prefiero los árboles, son fuertes, rectos, perennes —afirmó ella sin quitar la

vista del enterramiento—. Cuando los hombres cortan un árbol puedo sentir su dolor, su pena. Unas flores no significan nada.

—¿No os gustaría que dejaran flores en vuestra tumba?

—Yo no podría verlas, así que ¿por qué iban a gustarme?

—Es una forma de recordaros —respondió Bizén, sorprendido por cómo razonaba la muchacha—, de no caer en el olvido.

—Quizá sean más bien un consuelo para los vivos, para los muertos son insignificantes —afirmó Marta con rotundidad—. Y si el abad tardó años en echarla de menos como para traerle las flores, entonces retiro lo dicho. No la querría tanto.

Bizén se quedó aturdido por la sinceridad y la fuerza de las palabras de aquella muchacha, por cómo las decía y, sobre todo, porque lo que afirmaba era cierto. La historia de esas flores estaba incompleta, algo fallaba en ella.

—Marchémonos ya, quién nos asegura que estos monjes descansan en paz, que no tienen asuntos pendientes en nuestro mundo. Hoy todo es posible, hoy se abren las puertas del infierno.

—¡Marta! Eso son supersticiones, nada más.

Entonces se oyó un crujido, ambos se miraron y Bizén corrió a cogerla de la mano para llevarla hasta el otro lado del cementerio y ocultarse tras una esquina de la iglesia.

Una sombra apareció en el camposanto, caminó entre las tumbas y se detuvo frente a una. Allí permaneció contemplándola, en silencio. Mientras, Bizén y Marta aguardaban ocultos en la noche.

—¡Es un muerto!

—Chis. —Bizén se llevó los dedos a la boca.

La sombra seguía inmóvil.

—Escuchadme —le susurró—, no podemos permanecer aquí. Daremos la vuelta, seguidme con mucho sigilo.

—¿Adónde vamos? Hoy los muertos pueden seguirnos a cualquier parte.

—No son los muertos los que me preocupan, os lo aseguro. Seguidme, no puede vernos nadie.

Bizén y Marta rodearon el edificio de la iglesia, en medio de la penumbra. Tenían que andar con buen ojo para no tropezar y caer. Continuaron con el mismo sigilo, giraron y llegaron al acceso del claustro. Fue entonces cuando un ruido delató una presencia próxima a ellos. Bizén se detuvo y la miró. Marta también lo había oído y le miraba atemorizada. Él le pidió calma con las manos. Estuvieron inmóviles un tiempo, expectantes, pero nada más se oyó, así que Bizén la cogió de la mano y reanudaron la marcha. Fue en ese preciso momento cuando volvió a oírse el ruido. Marta le apretó la mano con fuerza y a Bizén eso le perturbó, y al mismo tiempo le distrajo de lo que iba a suceder a continuación.

Bizén se giró hacia ella y la observó el tiempo suficiente para no ver venir el primer golpe, que fue directo a su mandíbula.

—¡Cuidado! —gritó Marta inútilmente.

Se tambaleó, pero no llegó a caer, pudo reaccionar y esquivar el siguiente ataque. Era el mismo monje que le había dado la paliza, lo reconoció por la agilidad para moverse, aunque llevaba la capucha sobre la cabeza para ocultar su rostro. Entonces Bizén vio brillar el filo de una daga, y se echó para atrás para evitarla por dos veces.

En clara inferioridad, tuvo que actuar rápido. El monje le lanzó un nuevo ataque, que salvó a duras penas y le hizo retroceder hasta dar con su espalda contra el muro.

—¿Quién sois? —le gritó desafiante—. ¡Vos matasteis al lego! ¿Verdad? ¡No sois más que un cobarde!

El monje, oculto bajo su capucha y la oscuridad, no contestó, pero tampoco volvió a lanzarse contra él. Se demoró unos instantes, sopesando qué hacer y Bizén vio su oportunidad.

—Sé quién sois —le dijo con una firmeza que solo pretendía ocultar su miedo—, y no soy el único. No vais a saliros con la vuestra, aunque me matéis os atraparán.

—Yo no maté a Octavio.

El monje se abalanzó daga en mano contra Bizén, y aunque este estaba preparado, no pudo esquivarle y le hizo un profundo corte en el brazo izquierdo que liberó un grito de dolor.

Su agresor se quedó mirándole, regocijándose de su victoria. Por desgracia para él, no había tenido en cuenta que no estaban solos, y Marta llegó por detrás con una piedra entre ambas manos y le golpeó con todas sus fuerzas en la base del cráneo, derribándole por completo.

Tiró la piedra y corrió hacia Bizén, que casi no podía creer lo que había visto hacer a aquella endeble muchacha.

—¿Estáis bien? —le preguntó ella, preocupada al ver la sangre que estaba perdiendo—. Esperad.

Marta abrió su capa y se remangó la falda ante los ojos asombrados de Bizén, tiró con fuerza y arrancó un trozo de tela de su saya. Buscó el brazo del notario y lo ató para impedir que siguiera desangrándose.

—Gracias —fue lo único que acertó a decir, porque al volver la vista hacia el monje, vio que este se estaba levantando del suelo—, ¡rápido! ¡Vayámonos!

Y ambos salieron corriendo hasta llegar a la puerta del claustro. Para entonces, el monje ya se había puesto de pie y se disponía a terminar lo empezado.

—Abrid la puerta —le pidió Bizén, incapaz de hacerlo en su estado.

Marta obedeció, pero a duras penas conseguía mover la puerta y el propio Bizén tuvo que ayudar con su hombro. Dentro, el pasillo estaba iluminado por dos antorchas y al final se adivinaba una nueva puerta. Caminaron hacia ella veloces, al tiempo que su enemigo accedía a aquel espacio. La abrieron y al otro lado Marta se encontró con una larga galería de techos abovedados.

—¡Cerradla, rápido!, ¡corred!

Ella tomó la tranca y tiró hasta lograr pasarla al otro lado, la puerta retumbó. El monje no podría abrirla por más que la golpeara.

—¿Quién es? ¿Por qué os ataca?

—Todavía no estoy seguro de ello. —Bizén se dolió de la herida—. Marta, me habéis salvado la vida. Os juro que os sacaré de este monasterio.

—Pues… —Marta se giró y observó una ménsula con forma de rostro humano—, cada vez parece que estamos más dentro. ¿Qué lugar es este?

—Es el claustro, es posible que seáis la primera mujer que entra en este lugar.

—¿Este es el famoso claustro de los monjes? ¿De verdad? —Marta se quedó maravillada.

—Sí, pero no es el momento de detenerse a admirarlo —carraspeó Bizén —, si os descubren los monjes… Vamos, sigamos por aquí.

Avanzaron muy despacio y Bizén la guio hasta el refectorio. Desde allí abrió otra puerta, Marta se sorprendió al encontrar la estancia cálida.

—Aquí estamos seguros. —Y revisó su vendaje para asegurarse de que no perdía más sangre—. Nadie entrará a estas horas.

—¿Qué es este lugar?

—Es el calefactorio, el único espacio de todo el monasterio que siempre está caliente —respondió él—. Los monjes lo usan poco, el frío es bueno para su oración, para concentrarse.

—Vos también tenéis miedo —murmuró Marta mientras la luz de las llamas se reflejaba en su pelo.

—¿Por qué decís eso?

—Puedo sentirlo —le dijo mirándole directamente a los ojos.

—Sí, temo que os descubran aquí dentro y también que no logremos saber qué ocultan estos monjes y que os descubran y no pueda sacaros de Veruela, y también que volvamos a encontrarnos a ese monje y no estéis allí para golpearle. Lo tumbasteis, ha sido… ¡increíble!

—No es propio de mí, sí de mi hermana mayor —murmuró—, igual se me ha pegado algo de ella, no sé…

Marta se acercó a él.

—Y ¿qué más teméis, Bizén?

—Ahora mismo… que os alejéis de mí —confesó mientras se perdía en la oscuridad de su mirada.

Bizén cogió entre los dedos un mechón de su pelo y alzó la mirada por su pecho y su cuello hasta que se encontró con la inmensa de sus ojos, que le observaban callados y profundos. Él olvidó todas las palabras que conocía, como si todos los libros que había leído y todas las frases que había escuchado en su vida nunca hubieran existido.

No podía pronunciar nada, se había perdido en los ojos de Marta.

Observó sus labios, que estaban cerrados, y volvió a fijarse en sus ojos, aunque sentía la llamada de sus labios. Quería que se abrieran, quería oírlos, pero no se movían.

Marta estaba quieta, muy quieta, como una estatua de piedra, y al mismo tiempo Bizén sentía cómo le contemplaba. Entonces, no esperó a que ella pronunciara más palabras, decidió robárselas directamente de la boca.

Cerró los ojos, se inclinó hacia ella y besó esos labios callados, que sabían a cerezas y a miel. Buscó su mirada y percibió un brillo, una estrella. Allí estaba Marta, mirándole también.

Los labios de Marta atraparon los suyos, una mano pasó por su nuca y cerró de nuevo los párpados.

Se besaron.

Se besaron como si cada uno de esos besos fuera el primero y, a la vez, el último.

Llevaba siete días entre los muros de Veruela y nunca había imaginado que besaría a una mujer tras ellos. Había tantas cosas que no había concebido posibles y que, sin embargo, habían terminado sucediendo…

—Ahora debemos irnos.

—Sí, asintió ella.

—Pero no pueden veros. Si esperamos a mañana puede ser demasiado tarde, nos iremos antes del amanecer.

Marta bajó la mirada.

—¿Qué ocurre?

—Esta noche, en todas las aldeas del Moncayo pondrán velas por los difuntos. Y marcarán el camino al cementerio con calabazas para que las almas en pena encuentren el camino. Si alguien olvida poner una vela por uno de sus difuntos, este aparecerá y se lo llevará consigo —dijo la muchacha con la mirada perdida—. Nadie pondrá una vela por la tía Francisca.

—Marta, no debéis temer esas historias…

—Dejadme encender una vela por ella —insistió Marta con los ojos vidriosos—, en la iglesia.

—¿Cómo? De ninguna manera, ¿y si os descubren?

—Por favor.

—En la iglesia es imposible —insistió firme Bizén.

—Si enciendo una vela por ella cerca del altar donde están todas esas reliquias, nada malo podrá ocurrirme.

—Marta, es una locura…

—La he matado, sé que va a volver a por mí. Fue lo último que me dijo antes de morir y sé que lo cumplirá.

—¡Dios santo! —resopló. Bizén se sintió débil y quebradizo ante aquella muchacha—. Está bien, pero haréis lo que yo os diga, ¿entendido?

—Perfectamente.

Salieron del calefactorio, Bizén se adelantó, asomó la cabeza por el claustro y confirmó que no había nadie. Le hizo un gesto y caminaron muy rápido. Fueron directos hacia la puerta del templo. Era el tramo más largo y peligroso, pero alcanzaron la iglesia. Marta entró con miedo y los ojos se le iluminaron al admirar aquel inmenso espacio. Alzó la vista todo lo que pudo y repasó cada detalle: el crucero, el coro, el altar… hasta que se fijó en el reloj mecánico.

—Da la hora solo, sin que nadie lo mueva.

—¿Cómo puede hacer eso?

—En su interior hay muchos engranajes y poleas —le explicó Bizén—, pero tienen que ponerlo en hora cada día porque se atrasa. —Entonces miró la hora que marcaba y se extrañó.

—¿Qué sucede? —preguntó extrañada Marta al ver el rostro que había puesto Bizén.

—No estamos solos, tenemos que irnos.

43

Los muertos

Unos ruidos alertaron a la pareja, Bizén le hizo un gesto para que ella guardara silencio. Así permanecieron unos instantes. El sonido que los había alertado no volvió a oírse. Bizén respiró aliviado, aunque el semblante de su rostro había cambiado y Marta se percató de ello.

—Escondeos, ¡rápido!

—La vela, tengo que encenderla.

—Marta, no hay tiempo, ¡corred a esa puerta del fondo! Lleva a la torre campanario —Bizén miró a su alrededor—, nadie subirá a estas horas, ocultaos tras ella y esperadme.

—No me atrevo, yo…

—¡Idos ya! —Acarició su mejilla—. Aguardad en la torre y que nadie os vea.

Marta se marchó con un semblante de profunda tristeza; Bizén había tomado una decisión, debía arriesgarlo todo. Los monjes comenzaban a llegar para el primer rezo. Se cruzó con el hermano Timoteo, no le dijo nada y salió de inmediato al claustro. Vio junto a la sala capitular a otros dos monjes, a los que también dejó atrás. Estaba nervioso, debía ocultarlo. Dio una vuelta completa al claustro y volvió a la entrada del refectorio, junto a la cocina, justo en el momento en que abandonó su interior el hermano Bartolomé.

—Necesito hablar con vos.

—Yo no he hecho nada.

—Lo sé —le tranquilizó—, venid.

Entraron en la cocina, Bizén comprobó que no había nadie a esas horas.

—¿Qué queréis de mí? Tengo que ir al rezo.

—Solo necesito que me respondáis a una pregunta. Vos os encargáis de la sala de los muertos. ¿Quién más os ayuda? —preguntó Bizén con nerviosismo.

—Nadie, es un espacio pequeño —contestó el monje algo sorprendido—, yo me basto.

—Cuando muere un monje, alguien os auxilia con el cuerpo, para amortajarlo y demás.

—Sí, el hermano Hugo —respondió el monje.

—¿Hugo? Él se encarga además de llevar el registro de las defunciones.

—Sí, y a veces viene a colaborar —le aclaró.

—¿Por qué nadie me lo había dicho? —preguntó enervado Bizén.

—No lo sé.

—¿Desde cuándo el hermano Hugo os ayuda con los muertos?

—Al poco de llegar, ya le he dicho que el trabajo es mínimo. Él suele estar en la biblioteca, el abad siempre lo ha tratado bien. Se ha esforzado en que trabajara con los libros —recalcó el hermano Bartolomé—. El hermano Hugo puede leer varias lenguas, ¿sabéis?

—Y tiene acceso a todos los libros y registros. Una cosa más, los legos, ¿ellos saben leer? —Bizén mostró un rostro más amable.

—No creo, su origen es humilde.

—¿Y Octavio?

—Bueno, él era diferente, puede que supiera leer.

—¿Quién le enseñó?

—Supongo que Hugo.

—¡Maldita sea! —Bizén se llevó las manos a la cabeza—. ¿Sabéis de las flores que dejan cada año en el camposanto?

—No, yo de eso… —afirmó el hermano Bartolomé.

—Todos los monjes conocéis esa historia, así que no disimuléis conmigo, hermano Bartolomé.

—De acuerdo, sé a qué os referís.

—¿Habéis oído al hermano Hugo hablar de ella? ¿Algún comentario?

—No que yo recuerde, es un buen monje —afirmó el hermano Bartolomé —, más de una vez le he visto rezando en el cementerio por los hermanos allí enterrados, él es el único que lo hace.

—Ya veo —suspiró—, una última cosa. Desenterrasteis el cuerpo de esa mujer y lo guardasteis en la sala de los muertos hasta que os ordenó el abad. ¿Pudo darse cuenta alguien más de que lo teníais oculto en la sala?

—Lo oculté bien.

—Esa sala es pequeña, ¿dónde lo metisteis? —insistió Bizén.

—Debajo de la mesa, tapado con unas mantas, nadie iba a mirar allí.

—El hermano Hugo conoce la sala de los muertos, si entró en ella ¿pudo sospechar que allí había algo?

—Notario… yo… imagino —el hermano Bartolomé se atragantó con las palabras—, que sí. Que pudo pensar que aquel bulto era algo fuera de lo normal. Quizás él fuera el único que podía darse cuenta, tenéis razón.

—Gracias, marchad, aún llegáis al final del rezo.

Bizén le dejó ir y se quedó pensativo. Faltaba una pieza, una sola. Lo sabía, si la colocaba, el resto encajarían por sí mismas.

El hermano Hugo, forzosamente él era la clave.

Volvió hacia la sala capitular y se quedó mirando la piedra de mesura. Aquellas medidas de pies habían servido para construir todo el monasterio. Una simple huella de pie tallada había levantado todo aquel conjunto.

Caminó por el claustro hasta la entrada a la iglesia, observó los tres sepulcros en piedra de la derecha y la lauda con la espada grabada en el umbral de entrada. Toda una familia allí enterrada, don Pedro de Atarés, el que pudo reinar, en el suelo, con humildad. Y sus hijos y esposa a su lado, elevados. Juntos para la eternidad.

Entonces salió de la sala y asomó la cabeza entre los arcos que daban al patio. Allí estaba el reloj de sol, el cual había servido para dirigir las horas

hasta la llegada del mecánico.

—Notario —escuchó a su espalda.

Se volvió y encontró al decano Esteban, al anciano Adolfo y a dos de los legos: Prudencio e Isidoro.

—Antes de desfallecer, el abad nos facilitó una orden importante que debíamos cumplir —afirmó el decano Esteban—. Otorgaba a vuestras investigaciones hasta el final del día de hoy para averiguar quién mató al hermano Octavio.

—Aún tengo algo de tiempo.

—¿Qué vais a lograr que no hayáis hecho ya? —musitó el decano Esteban.

—Mucho, unos minutos pueden ser más que suficientes, creedme.

—¿Acaso vais a decirnos otra vez que habéis descubierto al asesino?, ¿es eso? —El anciano Adolfo le miró apoyado en su bastón.

—Hoy tenemos trabajo, debemos preparar las reliquias para el día de Todos los Santos —afirmó el decano Esteban—. Primero vayamos al templo e informemos del final de vuestros privilegios en este monasterio, así podrán trabajar más tranquilos y concentrados.

—¿Vais a dar por cerrada la muerte del lego?

—Si no hemos hallado una explicación ha sido por vuestra ineptitud, notario. No lo olvidéis —le espetó el decano.

—De acuerdo, vayamos a la iglesia. —Y Bizén entró en ella seguido por los monjes.

La luz del sol se filtraba ya por las vidrieras y los monjes se hallaban limpiando los relicarios de plata, algunos de los cuales lucían sobre sus peanas en los altares del deambulatorio. Ese era uno de los días más importantes del año para Veruela, sus numerosas y valiosas reliquias cobraban aún más importancia en aquella fecha especial. El decano Esteban dio un par de palmadas, los monjes dejaron sus quehaceres y avanzaron hasta el crucero, formando en semicírculo.

—Hermanos —el decano Esteban tomó la palabra—, comienza un nuevo día y este lo hace, además, con la nueva del final de las dispensas con las que gozaba el notario real.

Se hizo un murmullo entre los monjes.

—Cuando los falsos dioses osan contradecir la palabra del Señor, esperamos encontrar algo de luz en las reliquias de nuestros santos y mártires —se santiguó y el resto de los monjes lo imitaron—, que protegen este monasterio de las garras del mal.

—Un momento —interrumpió Bizén ante unos monjes sorprendidos.

—¿Qué ocurre? —El decano le miró enojado.

—Aún me queda tiempo —y Bizén señaló el reloj mecánico—. Está retrasado, podéis comprobarlo con el del sol del patio.

—Eso no es posible. —El decano señaló al monje más cercano al reloj—. Hermano Bartolomé, asomaos a la ventana.

El monje obedeció y abrió el vano.

—Es cierto —dio varios pasos atrás y miró bien el reloj mecánico—, está retrasado casi treinta minutos.

—Pero, eso no es posible, solo se retrasa unos pocos minutos cada día —señaló el decano Esteban.

—Escuchadme —Bizén tomó de nuevo la palabra—, sé que uno de vosotros mató al lego. La verdad de Dios es una. Pero para nuestra desgracia, cada hombre en la tierra tiene la suya.

—¿Cómo os atrevéis? Solo la de Dios es la verdadera —interrumpió el hermano Julián de manera airada.

—Sí, pero para descubrir al asesino debemos conocer la de los hombres, la vuestra, la de los monjes de Veruela. —Bizén los miró desafiante—. La noche en que llegué, hubo uno de vosotros que creyó que el futuro de Veruela estaba en peligro. Esperaba que ni yo ni nadie de los que me acompañaban alcanzara las puertas de este monasterio. El ataque que sufrió mi compañía no fue casual, nos tendieron una emboscada.

—¿De qué estáis hablando? —inquirió el hermano Saturio.

—Este sepulcro —y señaló el del infante heredero— está vacío. —Miró al destituido prior y este asintió con la cabeza—. Si yo me llevaba el cuerpo del infante, el monasterio nunca lograría su anhelado sueño de ser algún día panteón real y albergar el sepulcro de un rey, con el prestigio y riquezas que

ello otorga. Por eso no habéis permitido durante cien años que los restos del infante heredero salgan de aquí.

—Estáis vertiendo acusaciones muy graves —le advirtió el anciano Adolfo.

—Sí, lo son. Aunque no por ello menos ciertas. Con un integrante aquí de la familia real era más factible que un rey terminara eligiendo Veruela como su descanso eterno.

—No tenéis pruebas de lo que afirmáis —añadió el decano Esteban.

—¡Escuchad! —Bizén alzó la voz—. El abad ordenó a Octavio y al hermano Bartolomé que sacaran el cuerpo del infante de su sepulcro y lo ocultaran antes de que yo llegara. Le habían alertado de mi venida. Pero aquí dentro los secretos y las ambiciones corren más veloces que el viento. Decano Esteban —y se volvió hacia él—, el abad está enfermo, vos y el prior Antón os disputabais ser el sucesor del abad. Si el prior Antón cogía más fuerza en Veruela, vuestro proyecto de expandir el cultivo del vino por las posesiones en el valle medio se vería truncado.

—¡Eso no es cierto! —exclamó con indignación el decano Esteban.

—Un momento —intervino el antiguo prior—, dejadle hablar. Como bien ha dicho, tiene aún unos minutos.

—Habéis elaborado un nuevo método de producción y necesitáis más tierras de viñedos y sabéis que las mejores están río abajo, hacia los dominios de la ciudad de Borja —afirmó Bizén muy seguro—. Así que fuisteis a buscar a Octavio, él era ambicioso e hicisteis un trato con él.

—Notario, esas acusaciones son graves —acuñó el antiguo prior—, espero que tengáis pruebas.

—Mentís —carraspeó el decano—, ¡callad de una vez!

—Dadle un poco más de tiempo —insistió el depuesto prior—, si no tienen fundamento no tenéis que temer.

—Habéis seguido conspirando hasta lograr que el prior pierda su puesto y vos seáis el único aspirante.

—No tenéis ni una sola evidencia de eso —espetó el decano Esteban.

—El abad ordenó a Octavio que sacara los restos del infante y al hermano Bartolomé introducir otros en su sepulcro —relató Bizén sin titubeos—.

Octavio tomó esos restos, pero algo debió de salir mal, pues ya sabemos que murió y el cadáver del infante desapareció.

—Y ¿ya está? ¿Esa es toda vuestra explicación? —El decano Esteban le señaló ante todos.

—El robo estaba muy bien organizado, el abad se encargó de que ningún monje pudiera despertar aquella noche e importunar al hermano Bartolomé y al lego muerto.

—Y ¿cómo hizo tal cosa? —preguntó el antiguo prior.

—Con vuestro preciado vino.

—¿Habéis perdido el juicio?

—¿No es verdad que a todos os costó aquella mañana despertaros? ¿Que habéis dormido profundamente varias noches?

Los monjes se miraron incrédulos, aunque alguno comenzó a asentir con la cabeza.

—Os han estado mezclando la raíz de una hierba con el vino durante al menos dos días: valeriana —explicó Bizén—. Proviene del huerto del hermano herborista, él mismo nos dirá que le han faltado bastantes de ellas.

—Sí, es cierto —confirmó ese monje.

—La encontré en la sala de los muertos —continuó sin pausa Bizén—. La llevaba Octavio consigo, sirve para causar el sueño profundo. La primera noche que dormí aquí me pasó lo mismo, desperté tarde y habiendo dormido sin desvelarme, jamás me había sucedido tal cosa. Y también el día siguiente, el vino que bebisteis esos dos días era del mismo tonel.

—Nos han envenenado… —El hermano Julián gesticuló incrédulo.

—Lo más fácil para lograr que todos bebierais esas raíces era mezclarlas con el vino de la comida en el refectorio.

—¡Eso es brujería! —La cara del antiguo prior no podía ser más representativa de la sorpresa de todos—. ¿Es eso lo que hicieron, notario?

—No tengo la menor duda. En la comida de aquel día, ¿quién de vosotros no bebió vino?

—Yo… —el hermano Bartolomé fue el primero en hablar—, el abad me lo prohibió, dijo que no debía hacerlo y yo obedecí.

—Lo suponía, pero tuvo que haber otro monje que no bebiera, por eso el resto no os enterasteis de quién se levantó en medio de la noche. Estaba todo preparado. Intentad recordad a quién teníais al lado en aquella cena, ¿quién más no bebió vino? —insistió Bizén.

Nadie respondió.

—Si alguien más no hubiera bebido, creo que lo recordaríamos. ¿Cómo habéis sabido lo de la valeriana? —inquirió mientras el anciano Adolfo.

—Por el gato pardo; el hermano Saturio me dijo que se la llama la hierba de los gatos porque se vuelven eufóricos con ella. Y también me comentó que había en abundancia en su huerto.

—Es cierto —confirmó el monje aludido.

—¿Nadie recuerda que alguno de los monjes a su lado no bebiera aquel día? —preguntó de nuevo Bizén—. Hermano Hugo, ¿bebisteis vino esa noche?

Los monjes se volvieron hacia él.

—Sí, claro que lo hice.

—¿Alguien puede confirmarlo? —No obtuvo respuesta—. Esos días erais monje semanero, servíais la comida junto al hermano Bartolomé. Qué casualidad, el hermano que no bebió, como nos acaba de confesar.

—Eso no quiere decir nada —recalcó el joven monje.

—¿Y ahora qué, notario? —El decano esperó una respuesta que tardaba en llegar—. ¿Qué más sugerís? ¿Dónde están los restos del infante? Eso es lo que debíais descubrir y se os acaba el tiempo.

—Los restos del infante los ocultó el abad, ignoro dónde. Pero los de la mujer, su amada, muerta hace casi veinte años, fueron escondidos aquí, en la iglesia.

Los monjes se miraron incrédulos.

—¡La registramos! —exclamó el prior destituido—, los hubiéramos encontrado si así fuera.

—No, no podíais encontrarlos. Porque el lugar donde se ocultó es brillante —y señaló hacia el reloj mecánico, entre la escalera de acceso al dormitorio y la puerta de la sacristía.

—¿En el reloj? —El anciano Adolfo se agarró fuerte a su bastón.

—Sí, el hermano Hugo lo ocultó en su interior. Por eso se ha ido retrasando, no podía abrirlo para ponerlo en hora.

—¿Está ahí escondido? —El monje de las aguas fue hacia el reloj.

—Comprobadlo si queréis, ¿verdad, hermano Hugo?

—No hace falta que lo abráis, no hay nada extraño en el interior —dijo el joven monje.

—¡Vamos! —El hermano Julián le pidió ayuda al monje arquitecto y ambos se colocaron frente al reloj.

Buscaron la apertura lateral, no les fue fácil dar con ella. Finalmente, el hermano Julián abrió el panel y contuvo la respiración. Los monjes se acercaron con expectación por detrás.

La puerta se abrió, en la parte superior había poleas y engranajes, y en la inferior, solo un recinto vacío. Ni rastro de ningún cadáver.

Bizén miró hacia la puerta de la torre. ¿Cómo iba a poder sacar ahora a Marta de Veruela? Se derrumbó, quedando de rodillas sobre el suelo. Cabizbajo, derrotado y humillado. Alzó la vista hacia el reloj, se había vuelto a equivocar, ¿cómo era posible?

Abatido, intentó hallar una explicación.

El hermano Hugo tuvo que sacar el cuerpo del reloj la última noche, después de que él le persiguiera hasta la biblioteca. Por eso estaba la ventana de la biblioteca abierta. Él se entretuvo con Marta fuera del monasterio y el monje debió de regresar, extraer el cuerpo y llevarlo a otro lugar. No adelantó el reloj porque era de noche y no podía ver el de sol.

Le había faltado una sola noche, si hubiera sido más rápido ahora tendría al culpable.

44

El abad

Bizén continuaba pasmado y sin habla. Los monjes, confundidos y defraudados, mientras que el hermano Hugo se mantenía impasible, como si nada de lo sucedido tuviera que ver con él.

—No es posible —dijo en voz baja Bizén—, hubiera jurado…

—Notario, ya hemos sufrido suficiente vuestras inventivas. Nada, eso es lo que habéis descubierto, ¡nada! —el decano resopló—, se acabó.

—Todavía tengo unos minutos…

—¿Para qué? Siempre es lo mismo, no tenéis pruebas ni avances —le recriminó el decano Esteban.

—Hay un monje más que seguro que no mojó sus labios en vino en aquella comida.

—¿Cuál? Si puede saberse. —El decano Esteban se quedó mirando al notario.

—Vuestro abad.

—Pero ¿qué estáis diciendo? —El anciano Adolfo estuvo a punto de pronunciar una blasfemia.

—Él fue quien ordenó al lego y al hermano Bartolomé abrir el sepulcro del infante y no probar el vino.

—Nuestro abad se haya postrado en el lecho de su cama desde hace semanas —advirtió el decano Esteban—, ¡no puede levantarse!

—¿Estáis seguros?

—Bizén, ¡por Dios santo…! —el hermano Rogelio fue quien habló esta vez—, medid vuestras palabras. ¿Adónde queréis ir a parar?

—Sé muy bien de lo que estoy hablando. El abad postrado en su cama, su enfermedad, las sanguijuelas del boticario, todo muy impresionante. Sin embargo, cuando he hablado con él, siempre me ha parecido un hombre enérgico.

—Y lo es, lo era, mejor dicho —advirtió el hermano Rogelio—, tened cuidado con lo que decís, estáis hablando de nuestro abad —le recriminó.

—Recuerdo la noche en que llegué y cómo corrió a llamarme, ¿cómo sabía él que yo estaba aquí? Es una buena pregunta —Bizén miró el rostro de los monjes—, ¿y por qué me confió la investigación? Dijo que porque yo no era sospechoso y porque él tenía muy claro que el culpable había sido uno de los monjes, pero ¿por qué? Muy sencillo: él ordenó sacar el cuerpo, pero lo que no esperaba era que todos sus planes se echaran a perder.

Entonces se oyeron unos murmullos.

—El abad no se fiaba de ninguno de vosotros y yo era su única opción. Además, vuestro abad sí puede caminar. La primera noche me fijé en su bastón y en sus pies: estaban sucios, había estado andando por un buen tiempo.

—Bizén, por favor —el anciano Adolfo le hizo un gesto de desprecio con la mano—, solo estáis diciendo sandeces.

—Yo no lo creo.

—Esa teoría no se sostiene de ningún modo —insistió el monje—, ¡el abad está más inválido que yo!

—Ahora no lo dudo, con todos los disgustos que ha sufrido. Pero la noche en que yo llegué, no estoy tan seguro —y buscó entre sus ropas—, tengo una prueba. Y sacó un pañuelo manchado de sangre y lo mostró para que todos lo vieran.

—¿Qué se supone que es? —preguntó el decano Esteban.

—Preguntádselo al monje boticario, estaba sobre su mesa cuando fui a verle por primera vez.

—Notario, es algo más que habitual en la botica.

—¿Me dijisteis o no que las telas que teníais estaban manchadas con la sangre del abad?

—Yo… —El monje aludido sintió todas las miradas clavadas en él.

—Estáis en la casa de Cristo, recordadlo. ¿Seguro que queréis levantar un falso juramento?

—No. —Y se santiguó.

—Cuando fui durante el ataque a la enfermería, estabais practicando una sangría al abad. Vi la sangre, era espesa, oscura —recalcó Bizén—, vos mismo me explicasteis que es un signo del cuerpo enfermo.

—Así es, la sangre es más oscura.

—Sin embargo, en este pañuelo se ve que la sangre tiene un color normal. —Y volvió a mostrarlo a los presentes—. Esta no es la sangre del abad, sino la de Octavio. El abad lo usó para limpiarse y para deshacerse de todo, los juntó con el resto y os pidió que os deshicierais de ellos. Por eso os importunó tanto mi visita aquel día.

—Hermano Ramiro —el anciano monje se acercó a él—, ¿es eso cierto?

—Yo no he matado a nadie.

—Es verdad, no lo habéis hecho —intervino Bizén—; cuando fui al cementerio busqué la tumba a la que dejan flores cada año, pero me fue imposible dar con ella. Son todas iguales. Hermano Bartolomé —y le miró—, el abad no os pidió que profanarais un enterramiento cualquiera, os dio instrucciones muy precisas de cuál abrir, ¿verdad?

—Sí, así fue.

—Los restos que desenterrasteis eran los de una mujer, su antigua amante. El abad quiso que estuvieran dentro de la iglesia, lo más cerca posible del altar y le surgió una excelente oportunidad. Al cambiarlos por los del infante, los de la mujer descansarían en un sepulcro real.

—Yo solo sé que eran los restos de una mujer —confesó el hermano Bartolomé—. Me di cuenta enseguida por un collar que llevaba, por su pelo y un colgante que aún conservaba.

—Si algún día se abría el sepulcro real… ¡menudo escándalo! Nadie se atrevería a sacarlo de aquí —relató Bizén—, por lo que, pasara lo que pasara, el abad conseguiría que su amada descansara en un lugar privilegiado.

Recuerdo lo que me dijo: tan importante es la vida como la muerte, son caras de una misma moneda.

—Pero entonces, ¿quién lo hizo? ¿Quién mató a Octavio? —se impacientó el hermano Julián.

—Preguntaos antes por la daga. Me despistó que el hermano Timoteo no la viera clavada en el cuello del lego. Fue una distracción, claro que murió por su filo, pero es que esa daga era la del infante.

»El asesino sorprendió a Octavio y al hermano Bartolomé, que, en efecto, huyó, pero no tiró los restos desenterrados de la mujer a la acequia como nos contó, ¿verdad? En tal caso hubieran aparecido fuera de la iglesia y no ha sido así.

El monje bajó la cabeza.

—Sino, ¿quién los dejó en el suelo de este templo? El asesino, al estar abierto el sepulcro, tomó la daga y mató a Octavio. Su sangre no solo manchó la lauda, sino que también cayó en el interior. Luego la devolvió y la cerró. El infante heredero seguía en su sitio, Octavio no había tenido tiempo de extraer los restos.

—Notario, pero el sepulcro está vacío… —le recordó el prior destituido.

—Sí, porque el hermano Bartolomé corrió a la sala del abad y le contó lo sucedido. Este se levantó, con mucho esfuerzo pero lo hizo, y fueron juntos al templo. En ese intervalo, el hermano Timoteo bajó por comida y vio el cuerpo tendido, sin la daga, y el sepulcro cerrado.

—Eso es cierto —confirmó el Arquitecto.

—Al llegar el abad y el hermano Bartolomé, encontraron esa escena y algo más: el cuerpo de la mujer había desaparecido.

—¿Queréis decir que se lo llevó el asesino? —preguntó el decano Esteban.

—Sí, claro que lo cogió él.

—¿Por qué iba a querer los restos de una mujer muerta hace años? —insistió el decano.

—Paso a paso. Al entrar, el abad le ordenó abrir de nuevo el sepulcro, sacar al infante y devolver el arma del crimen al cuello de Octavio para que todo fuera más creíble —explicó con calma—. Se llevaron los restos reales

consigo, pero no lograron averiguar dónde estaban los de la mujer. Por eso buscó mi ayuda. El abad estaba convencido desde el inicio de que un monje era el asesino de Octavio y de que había ocultado el segundo cuerpo.

»Si decimos la verdad, no tenemos que acordarnos de nada; pero si mentimos, deberemos recordar cada una de nuestras mentiras. Por esa razón es posible atrapar siempre a un mentiroso —zanjó Bizén con mucha firmeza —. El abad olvidó una de sus mentiras.

»La ambición de Octavio era su vicio y sabíais que no tenía la suficiente virtud, la suficiente fortaleza para afrontarla. El decano Esteban lo echó de la cilla por eso, porque era astuto e iba a averiguar sus tropelías, como que estaba desviando parte de las ganancias con la venta de vino y aceite.

—¡Eso no es verdad! —saltó el aludido.

—Sí lo es, ¿verdad, hermano Rogelio?

—No sé de qué habláis, notario.

—Hay un monje que llegó a todas estas conclusiones antes que yo, sabía de todos vuestros secretos, porque os espiaba. Sabía que las cuentas de la cilla no cuadraban, que el abad lleva flores a una tumba y que pretendía cambiar los restos del infante; que el prior es un antiguo exorcista; que el hermano Timoteo sufre de gula; que el boticario utiliza hierbas prohibidas; o que uno de vuestros legos, Prudencio, y el hermano Julián tenían escondido a un caballero inglés con idea de vendérselo a los franceses. Y también sabía que el abad ordenó echar raíces de valeriana en el vino para que nadie interrumpiera su plan. ¡Y algo más!

—¿Qué más pudo averiguar? —inquirió el destituido prior.

—Que su padre era el abad.

—¡¿Qué?! —El decano dio un paso al frente, enfurecido—. Pero ¿qué locura es esa?

—El abad enterró a su amante en Veruela, era una mora de Bulbuente llamada Aysha. Murió al poco de llegar a la aldea a las afueras del monasterio. El hermano Adolfo os lo confirmará, pero antes hubo otra mujer, Ixeia, a la que abandonó por la otra.

—Cielo santo… —El hermano Saturio tenía el rostro desencajado.

—Por ahora está diciendo la verdad —confirmó para asombro de todos el anciano Adolfo—. Ya es hora de que se descubran las mentiras de nuestro

abad, son el germen de todas estas desgracias.

—Gracias, hermano. Ixeia se quitó la vida dejando solos a dos niños: una hermosa pequeña y un muchacho, los dos de cabellos dorados. Ella fue puesta al cuidado de la mora. Era tan pequeña que, al crecer, no recordaría a su verdadera madre —explicó Bizén—, pero el niño sí. Así que fue enviado lejos, a un monasterio del Císter. Pasaron los años, ese crío se convirtió en un hermano y decidió venir a Veruela para vengarse de su padre: el abad. Este no supo negarse porque era sangre de su sangre. ¿No es así, hermano Hugo?

—Eso solo son nuevas invenciones vuestras, ¿cuántas van, notario?

—Me ha costado llegar hasta la verdad, no lo niego. Siempre he ido varios pasos por detrás de vos, pero ya os tengo.

—¿Por qué vamos a creeros esta vez? También habéis dicho antes que había un cuerpo oculto en el reloj que no encontramos.

—Fuisteis más rápido, lo admito.

—Entonces, ¿qué prueba nueva tenéis? —le recriminó el joven monje.

—Hay dos hermanas extramuros del monasterio, una de ellas es rubia, como vos… y como el abad.

—¿Y?

—Habéis hablado alguna vez con ella, ¿cierto?

—No —respondió el hermano Hugo.

—Sí, lo ha hecho —intervino el hermano Julián—, es la muchacha que vimos en el camino. Canturreaba una nana, fui a reprenderla y él me pidió que me marchara.

—Era una niña, no había motivo para castigarla —se defendió.

—Os gustan los libros, conocéis bien la biblioteca de Veruela. Vuestros hermanos se quejan de que el abad os trata demasiado bien, os consiente en exceso. Ellos creían que era porque erais el hijo bastardo de un noble, pero vuestro motivo era mucho más poderoso.

—¡No tenéis ni una sola prueba!

—Claro que sí, el hermano Bartolomé mintió en un primer momento. Afirmó que había tirado los restos profanados en el cementerio en la acequia. Yo le creí, parecía lógico, y no eran importantes. Pero el cuerpo del infante

heredero sí, eso pensamos todos —explicó un entusiasta Bizén—. En cambio, el asesino dejó los del infante y escondió los de la mujer, ¿por qué haría algo así? A no ser que fueran importantes para él.

—Pero ¿dónde metió los del infante? —reclamó el hermano Julián—, eso es lo que queremos saber.

—Creo que los ocultó en alguno de los otros sepulcros que hay en la iglesia, no estoy seguro de en cuál. Imagino que el que vio más fácil de abrir, al fin y al cabo los restos que le importaban al hermano Hugo eran los de la mujer.

—No podéis probarlo.

—Conocíais la sala de los muertos, encontrasteis el cuerpo preparado para el cambio y descubristeis el plan.

—¡No! ¡Mentís! Eso son solo elucubraciones.

—Teníais la manera perfecta de vengaros doblemente del abad —insistió Bizén—, por un lado hundíais su abadiado, al perderse el cuerpo del infante heredero, y, por otro, a él mismo, al hacer desaparecer lo único que le quedaba de la mujer que tanto amó, la causante del amargo final de vuestra madre. En cuanto el abad se recupere, tendrá que confesar que sois su hijo. ¡Se acabó, hermano Hugo!

El hermano Hugo permaneció unos instantes callado, tenía algo entre los dedos, un pequeño objeto brillante, parecía una cruz.

El monje sonrió, se la guardó y fue corriendo hacia la puerta del templo.

—¿Adónde vais? ¡Maldito seáis, esa es mi cruz!

Bizén no pudo soportar aquella burla y salió tras él, le siguió hasta el claustro, corriendo por una de las galerías. Se chocaba y empujaba a los monjes, que miraban atónitos la persecución desesperada de un Bizén fuera de sí y un hermano Hugo que huía y reclamaba auxilio.

Por muy rápido que fuera Bizén, el monje llevaba ventaja y giró en la siguiente galería. Él aceleró el ritmo y le vio abrir la puerta de la cilla.

La empujó con cuidado, dentro estaba oscuro. El olor a vino era inconfundible, se distinguían las siluetas de las barricas y la amplitud del espacio. Bizén buscó algo con lo que poder defenderse y de una mesa tomó un objeto alargado de madera, parecía el mango de alguna herramienta. Siguió avanzando, con el oído muy atento.

Se detuvo antes de llegar a la mitad de la cilla.

—¡Salid, cobarde!

No respondió.

—No conseguís nada así —continuó Bizén con la misma escasa suerte—, pelead ahora, a cara descubierta, ¡sin trucos!

Oyó un ruido en la entrada y cuando se giró hacia ella vio cómo la puerta se cerraba. Corrió hasta alcanzarla, pero estaba bloqueada. Fue entonces cuando percibió algo extraño a su espalda, pronto llegó el olor a humo. Cuando quiso darse cuenta el fuego se propagaba por el fondo de la cilla.

—¿Qué habéis hecho? ¡Hugo! ¿Dónde estáis?

—Llegáis tarde, notario —oyó, pero sin poder identificar la ubicación.

—¿Por qué os delatáis ahora? No os entiendo… Entregaos, vuestros hermanos serán justos.

—No tenéis ni idea de cómo son esos monjes, os lo aseguro.

—¿Y acaso vos sois mejor? Matar a un hombre, robar cadáveres… ¿queréis que siga?

—Creéis que habéis dado con la verdad, pero es todo falso. No tenéis ni idea de lo que está pasando, solo sois un juguete en sus manos, una pieza más del juego —respondió el hermano Hugo—. Ahora me esperan, llevan haciéndolo quince años. No nos volveremos a ver, lo siento.

Y la voz se apagó a la vez que aumentaban las llamas y el humo llenaba toda la cilla.

Bizén zarandeó la puerta con todas sus fuerzas, le propinó varias patadas y la empujó lanzándose con su hombro. Pero no había nada que hacer. El fuego se fue expandiendo con enorme velocidad, animado por el vino y la abundante madera. Miró hacia la puerta por donde entraban las mercancías, pero ya estaba fuera de su alcance, las llamas eran incontrolables. Aquella puerta era su única opción de salir con vida.

Gritó con toda su alma, alguien tenía que oírle.

El humo inundó por completo la cilla y él se tiró al suelo para buscar algo de aire que poder respirar. Pero era inútil, las llamas lo consumían todo, el calor era asfixiante y Bizén supo que iba a morir.

45

El castillo de Grisel

Tenía la boca pastosa, como si hubiera algo introducido en el interior de su garganta. Abrió los ojos y despertó en la botica, intentó moverse, pero los músculos no le respondían. Comenzó a toser, le sobrevino una arcada y se inclinó a un lado para no ahogarse.

—Bizén, con cuidado. —Alguien le cogió por la frente.

Alzó la vista y vio al hermano Saturio.

—Habéis tenido suerte, Isidoro reventó la puerta —le dijo el monje.

—Me duele todo, la cabeza me da vueltas.

—Tragasteis mucho humo y tenéis quemaduras, no son muy profundas, pero sí dolorosas. Os estamos aplicando un ungüento de baba de caracol, os curará, no temáis.

—¿Qué ha pasado con el hermano Hugo?

El monje le miró esquivo y le dio un brebaje caliente para beber.

—¿Ha confesado?

—Bizén —el monje le miró confundido—, el hermano Hugo no va a confesar nada, ha muerto.

—¿Cómo decís?

—Lo seguisteis hasta la cilla y tuvisteis una pelea, provocando un incendio. Conseguimos sacaros con vida, pero… el hermano Hugo no tuvo tanta suerte. Encontramos su cuerpo completamente carbonizado.

—No puede ser cierto… Yo entré, pero luego… no recuerdo bien qué sucedió.

—Es normal que estéis desorientado y tengáis la cabeza revuelta, se os pasará —dijo el monje—, pero no aquí. El abad dio orden de que os marcharais nada más recuperarais la consciencia. No os quiere dentro de Veruela.

—Apenas puedo moverme, me duele todo.

—Me temo que hay un carro esperándoos, está todo dispuesto para vuestra partida.

—No habéis perdido el tiempo. —Bizén hizo un gesto de sufrimiento al intentar moverse—. ¡Marta! ¿Dónde está?

—¿Quién?

Bizén se quedó confundido, miró a su alrededor, solo estaban él y el hermano Saturio.

—Yo… estoy todavía aturdido.

—Es normal, veréis notario, hay un asunto del que hablar. —El rostro del hermano Saturio mostraba serios signos de preocupación—. La congregación os estaría muy agradecida si ocultarais todo lo que ha sucedido en Veruela.

—No quieren que se sepa que hay una tumba real vacía.

—Digamos que no le da muy buena reputación al monasterio y eso es importante para nosotros.

—¿Os dais cuenta de que yo vine aquí precisamente por esa razón?

—Sí, somos conscientes, pero de ningún modo podemos permitir que se corra la voz de que hemos perdido los restos de un infante heredero. Si se supiera, ¿qué noble o rey iba a querer ser enterrado aquí?

—Lo entiendo, aun así, lo que me pedís…

—Nosotros os dejamos partir en paz, os recuerdo que habéis suplantado a un notario real. Si llega a oídos del procurador del reino, el castigo sería muy duro.

—Os han enviado a vos para convencerme, ya veo.

—Bizén, tenéis mucho que perder si no accedéis.

—Está bien —respondió Bizén para alegría de los monjes—, aunque quiero algo a cambio…

—Lo imaginábamos, así que creo que podremos llegar a un acuerdo satisfactorio para ambas partes. —El hermano Saturio se echó a un lado e hizo un gesto con la mano.

Bizén miró al fondo de la estancia y observó cómo una figura daba un par de pasos hacia la cama, era Marta. Estaba distinta, con el pelo recogido, con una saya blanca y nueva que le hacía parecer más adulta. Su expresión denotaba su timidez y era evidente que no sabía qué hacer con las manos.

—El abad la ha liberado de la servidumbre, es libre —murmuró el monje —. Si así lo deseáis, esta muchacha puede marcharse con vos, siempre que guardéis silencio sobre lo aquí ocurrido, ¿entendido?

—¡Marta!

—Bien, mejor os dejo a solas.

Marta avanzó con lentitud hacia la cama donde Bizén estaba postrado, se detuvo a un palmo de él y se mantuvo allí callada. Él tampoco dijo nada.

Así estuvieron mirándose, en silencio, hasta que Marta abrió los labios.

—Prometisteis venir a buscarme.

—Tenéis razón, pero las cosas se complicaron.

—¿Nos iremos de aquí? —dijo Marta con los dedos de las manos entrelazadas a la altura de la cintura.

—Claro que sí. —Bizén alargó su mano hasta juntarla con las de la muchacha.

—Mi hermana, Elena, sigue desaparecida. Nadie sabe nada de ella.

—¿No sabéis adónde ha podido ir?

—Sí, sé lo que le ha pasado. —La muchacha bajó la voz—. Nuestra tía vino a por ella y se la llevó al infierno.

—Marta… yo no creo que haya sido eso.

—Sí, no pusimos la vela. Yo estaba dentro de la iglesia, suelo sagrado, pero mi hermana no. Se la ha llevado, nunca la volveré a ver.

—Debéis iros ya, Bizén —interrumpió el hermano Saturio—, sacad a la muchacha de aquí, tomad. —Y le dio unos documentos—. Es su carta de

libertad firmada por el abad.

—Pero el hermano Hugo es el hijo del abad y…

—Chis —el monje le señaló a Marta—, ¡callaos, insensato! Habéis tenido mucha suerte, idos de Veruela, hacedme caso.

—No sabéis todo, antes de marcharnos debo haceros una última confesión. Uno de vuestros hermanos traicionó a Veruela, contactó con los frailes del convento de Huesca y llegó a un acuerdo. A cambio de información sobre el momento propicio para reclamar los restos del infante, él recibiría una recompensa. Por eso vine yo aquí, los frailes contrataron a mi maestro y sufragaron una compañía armada para escoltarnos.

—¿Sabéis acaso qué monje era el traidor?

—No.

—Bizén, aceptad el trato, es vuestra única forma de abandonar Veruela con ella. —El monje se dio la vuelta y abandonó la estancia.

—¿Qué ocurre? —inquirió Marta con la voz entrecortada.

—Debemos hacerle caso, o me temo que no saldremos nunca de aquí.

El hermano Hugo y su acompañante habían dejado atrás el monasterio. Salieron de sus dominios cruzando bajo el castillo negro de Trasmoz, por el camino que llevaba a Tarazona, la última plaza antes del reino de Castilla.

—¿Estáis bien? —inquirió el monje.

—Sí, ¿seguro que no nos siguen?

—Creen que he muerto en el incendio —respondió el hermano Hugo.

—¿Y el cadáver?

—Después de la batalla tenía muchos cuerpos donde elegir. El Tuerto y su amigo me ayudaron a transportarlo y a organizar todo para simular que yo había muerto en el incendio.

—¿Cómo sabíais que ese notario os descubriría?

—Él no me preocupaba, nuestro padre sí, por eso estaba preparado para una eventualidad.

—¿Y qué le dijisteis a ese viejo monje para que os confesara que yo era también hija del abad?

—Que si no me decía la verdad revelaría que fue él quien se puso en contacto con los frailes del convento de Huesca y provocó que vinieran a buscar el cuerpo del infante heredero.

—Pero ¿por qué hizo el viejo tal cosa?

—Él, mejor que nadie, sabe que la codicia se ha apoderado de Veruela. Supongo que creyó que lo hacía por el bien del monasterio, como un toque de atención.

—¿Y el cuerpo del infante?

—Escondido en un lugar de donde no podrá recuperarlo.

—¿Creéis que perderá su cargo?

—Ni lo sé ni me interesa saberlo. No quiero volverlo a ver, ojalá se pudra en el infierno. Solo volví para vengar a nuestra madre y castigarlo, ahora todos saben qué clase de hombre es.

—¿Matasteis vos a ese lego?

—Sí, tuve que hacerlo. Y no me arrepiento. Llevo tiempo esperando la oportunidad de saldar cuentas con nuestro padre. Y Octavio se interpuso en mi camino, no tuve más remedio.

—Mirad. —Elena señaló al frente—. Creo que estamos llegando.

Enseguida divisaron el castillo; estaba formado por dos torres, una a cada extremo, rodeado por una muralla exterior y coronado por numerosas almenas. Fabricado en buena piedra sillar, a diferencia de otros de la zona, que se habían edificado con mampostería. El castillo de Grisel era una fortaleza que infundía respeto, la más señorial de todo el Moncayo.

Se notaba que era posesión de los canónigos de Tarazona y que no habían escatimado en su construcción.

Los hermanos avanzaron, tuvieron que rodearlo por completo, puesto que la puerta se encontraba en el lado de poniente, protegida por la torre de mayores dimensiones.

Un par de hombres de armas les dieron el alto y el monje se identificó, entraron con las mulas hasta la puerta principal, pero ahí tuvieron que dejarlas.

El capitán de la guardia era un hombre de escasa estatura y ancho de hombros, con la nariz aplastada y el cuello grueso. Les pidió que le siguieran, cruzaron un arco apuntado y subieron por una cuesta empinada hasta la puerta del castillo propiamente dicha. El hermano Hugo alzó la vista y halló encima de su cabeza un imponente matacán, en cuyo punto más alto se asomaban las caras de dos guardias.

La puerta se abrió y accedieron, la fortaleza era austera. Forjados de grandes vigas sin decorar y paredes blancas de yeso. El capitán los guio hasta un patio de armas. Sentado justo bajo la torre del homenaje se encontraba un solitario clérigo, ataviado con un hábito oscuro con una casaca granate, con ribetes y un bastón dorado, que les habló.

—Soy el deán del cabildo de la catedral de Tarazona —afirmó con rotundidad—. ¿Qué ha venido a hacer aquí un monje de Veruela y además acompañado de una mujer?

—Esta mujer es mi hermana. Venimos a solicitar vuestro amparo. Quisiera pediros un salvoconducto para cruzar la frontera.

—Y ¿cómo lo vais a pagar?

—Con esto. —El monje sacó una bolsa con las monedas de la cilla.

—Comprobadlo —le dijo al capitán, que la cogió y la abrió mostrando unas monedas de oro.

—Es más que suficiente.

—Lo es —asintió el deán—, según he oído, el monasterio fue atacado por los franceses.

—Así es, y su abad se halla gravemente enfermo —completó el hermano Hugo—. Veruela no está en su mejor momento, podéis aprovechar la ocasión.

—Lo haremos, los abades no parecen entender que el Moncayo pertenece al obispado de Tarazona, una molesta confusión que es necesario aclarar lo antes posible. El equilibro con Veruela es complejo. El Císter es poderoso en la Corona de Aragón, más ahora que van a controlar el panteón real.

—¿Van a construir un panteón real?

—Sí, pero no en Veruela —aclaró—, sino en el monasterio de Poblet.

—Los monjes del Císter son poderosos y también peligrosos, bien lo sabéis.

—Por supuesto.

—Además, no podemos perdernos su excelente vino —y el deán sonrió —, hay que reconocer que es un regalo celestial.

—Desde luego.

—Sé del caos que envuelve Veruela, mis ojos allí así me lo han comunicado.

—¿Tenéis un confidente dentro del monasterio?

—Así es, uno de los monjes.

—¿Quién? —preguntó intrigado el hermano Hugo.

—El Arquitecto.

—¡El hermano Timoteo! Nunca lo hubiera imaginado.

—De eso se trata. Le hemos prometido trabajo en las futuras reparaciones de nuestra catedral, que sufrió grandes destrozos durante la guerra con Castilla.

—Hugo, esto no me gusta nada —murmuró Elena, que al mismo tiempo miró a su espalda y a lo alto de la torre del homenaje.

—A mí tampoco. —Y él alzó la vista hacia el paseo de ronda de la muralla del castillo—. Solo queremos los documentos para el viaje y os hemos pagado bien.

El hermano Hugo comenzó a impacientarse.

—El viaje que vais a emprender es importante, el más importante de vuestra vida —afirmó el deán.

—¿Cumpliréis lo acordado? —preguntó el monje.

—El hermano Timoteo nos ha contado que los restos del infante heredero están perdidos y también los de una mujer que fue desenterrada.

—Así es.

—¿No sabéis dónde están?

—Estoy convencido de que el abad escondió los del hijo de Jaime I el Conquistador a buen recaudo, pero no sabría deciros.

—¿Y los de la mujer?

—Ella era una inocente, está en paz.

—De acuerdo, tomad los documentos. —El deán se los dio al capitán y este, a su vez, se los entregó al monje—. ¿Adónde vais a ir?

—Al sur, hay mucha tierra arrebatada a los infieles —respondió el hermano Hugo—, seguro que encontraremos un buen lugar para vivir.

—Os deseo mucha suerte. Esas tierras son peligrosas, la necesitaréis.

—No creo que más que el lugar de donde venimos, creedme.

—Id con Dios.

46

La verdad

Marta observaba cómo Bizén se incorporaba, todavía dolorido, e intentaba dar unos pasos por la botica. Debían irse ese día, así se lo había dicho el hermano Saturio.

Siempre había tenido miedo de acercarse al monasterio, como si supiera que algo maligno anidaba en su interior. Ahora que lo había conocido, ese temor había aumentado más si cabe y sentía que estaba en peligro mientras permaneciera en él.

Pensó en su hermana, en la terrible desgracia que debía de haberle sucedido. En cómo su tía habría regresado de entre los muertos para llevársela con ella.

—Debemos pensar bien adónde vamos —Bizén la sacó del trance—, yo no puedo regresar a Zaragoza. No he cumplido la misión para la que vine aquí y mi maestro está muerto.

—Quizá podamos cruzar la frontera.

—Ni en Castilla ni en Navarra podemos esperar encontrar ayuda —resopló—, debemos ir al sur. La guerra ha sido muy violenta en el reino de Valencia, pertenece a la Corona y habrá que repoblar sus tierras. Si preguntan de dónde venimos, con decir que del Moncayo nos bastará.

—¿Y qué haremos allí?

—Empezar una nueva vida, olvidarnos de esta para siempre. Podemos olvidarnos del pasado, podemos hacer lo que queramos.

—¿Lo que queramos? —Marta tardaba en reaccionar.

—Sí, quiero ir a donde nadie sepa de nosotros. Donde podamos empezar una nueva vida siendo nosotros mismos, sin mentiras.

Entonces entró el decano Esteban, su rostro portaba un gesto agrio. Cerró la puerta tras él y se quedó mirándolos fijamente. Bizén hubiera jurado que sabía de qué estaban hablando, así que se mantuvo alerta.

—Antes de iros, el abad quiere hablar con ambos.

Marta tuvo que tragar saliva para no ahogarse, se le aceleró la respiración y sintió un dolor intenso en el costado.

—Puedo ir yo solo, ella es mejor que…

—He dicho que quiere veros a los dos, creo que he sido bastante claro.

—Sí, disculpadnos, pero…

—Ahora, seguidme. —Se dio la vuelta y abrió de nuevo la salida de la botica.

—Será mejor que vayamos —murmuró Bizén—. Tú estate tranquila, déjame hablar a mí.

—No quiero ir.

—Me temo que no hay alternativa.

El decano Esteban los condujo por el exterior hasta la entrada al claustro, y por una de sus galerías hasta la sala abacial. En absoluto silencio y sin cruzarse con ningún otro monje, como si estuvieran solos en todo Veruela.

Llamó dos veces y abrió la puerta, para que pudieran entrar. Cuando lo hicieron, él permaneció fuera y la cerró de nuevo.

Marta no podía creer dónde estaba, la estancia estaba repleta de alfombras, cuadros y tapices. Las velas encendidas y algún tipo de hierbas impregnaban el lugar de un aroma dulce. Al fondo había una espléndida cama con un hombre recostado en ella.

—No pensaríais iros sin despediros de mí, ¿verdad, Bizén?

—Creía que no queríais verme, me retirasteis los privilegios. He encontrado al asesino, pero no los restos del infante.

—Sí, eso ya lo sé. —Y entonces el abad la miró a ella—. Así que tú eres Marta. Te pareces mucho a tu madre, acércate que pueda verte mejor.

Bizén le hizo un gesto para que obedeciera y ella dio unos tímidos pasos hacia la cama.

—No tengas miedo, no voy a comerte. —Marta se acercó a unos pocos palmos de él—. Sí, no hay duda de que eres su hija. —Y suspiró.

—El trato que hicimos con el hermano Saturio fue que nos dejáis ir a los dos —recordó Bizén.

—No temáis por eso, solo quería verla y comprobar que es mi hija.

—Pues ahora que sabéis la verdad, dejadnos ir.

—¿La verdad decís? La verdad es un arma demasiado poderosa para dejarla en manos de cualquiera.

—¿Eso qué quiere decir?

—Que la mayoría de la gente no conoce ninguna verdad, que vive engañada, que el mundo está lleno de mentiras. Que la verdad está al alcance de unos pocos elegidos.

—No os entiendo.

—Cierto es que habéis buscado la verdad dentro de los muros de Veruela y ha sido encomiable vuestro esfuerzo, lo digo con sinceridad. He seguido vuestros pasos, he estado detrás de vos en cada puerta que habéis abierto y he tenido unos oídos en cada palabra que habéis arrancado a estos monjes.

—¿Cómo…? Me han estado espiando.

—¿Y qué esperabais? ¿Pensabais acaso que os iba a dejar deambular por Veruela a vuestro antojo? Por favor, no seáis necio. Desde el primer momento que os vi supe que me seríais útil, no hay nada mejor que un mentiroso para buscar a otro.

—¡Basta! ¿Para esto nos habéis hecho venir?

—Cuando uno cree en una mentira durante demasiado tiempo, la verdad no le libera, sino que le destroza —afirmó con rotundidad el abad—. Yo intuí desde el primer momento en que llegó, que Hugo era diferente. No tardé en confirmar mis sospechas, aunque nunca se lo dije.

—Por eso le tratabais de forma diferente.

—Es mi hijo.

—Lo abandonasteis —recalcó Bizén.

—Le ayudé a ingresar en un monasterio y, si hubiera seguido su camino, podría haber llegado muy lejos dentro de estos muros. Es más de lo que muchos padres hacen por sus hijos, ¿no es así, Bizén?

—No me mezcléis a mí en esto, no es comparable.

—¿Ha hecho alguna vez algo así vuestro padre? ¿Acaso creéis que es mejor que yo?

—¡Basta! —Bizén perdió los nervios.

—Entonces no oséis juzgarme a mí.

—Hugo nunca os vio como un padre, no vino aquí para que le ayudarais, él tenía otros planes.

—La venganza es muy humana, los animales no la sienten, solo nosotros. Guardar un veneno en tu interior, que te consume y te aflige… ¿Qué ganamos con ello?

—Supongo que precisamente por eso la buscamos, para liberarnos de ello.

—¿No sería más fácil olvidar? —inquirió el abad.

—Me temo que no todos somos capaces de ello.

—Cierto, mi hijo no lo fue. Ocultó los restos de tu madre, Marta. ¡Me los robó! Solo para vengarse de mí, quién iba a imaginárselo.

—Pero los habéis encontrado —intervino Bizén—. Aunque no estaban en el reloj mecánico, eso os puso en la pista. Si Hugo los sacó de allí la noche de antes, no pudo llevarlos muy lejos.

—¿Eso creéis?

—Sí. —Bizén dio varios pasos y se quedó mirando uno de los tapices que colgaban de las paredes de la sala abacial—. Hugo abrió el reloj, sacó los restos, abandonó la iglesia y… tenía prisa, no podía ir muy lejos con el cuerpo. Tuvo que ocultarlo dentro del monasterio… Dentro del claustro. Solo pudo cambiarlo de sitio, pero ¿dónde?

—Esa es la cuestión.

—¿Dónde ocultar el cuerpo de una mujer dentro de un monasterio? —Y miró a Marta—. En un lugar donde no hay ninguna, pero… sí que hay mujeres en Veruela: los sepulcros de la mujer y las hijas de su fundador, don

Pedro de Atarés. Sus sepulcros están nada más salir de la iglesia al claustro. No son muy grandes, puede abrirlos un solo hombre haciendo palanca.

—Eso es cierto, ahí descansan sus restos para la eternidad.

—Estaba ahí, ¿verdad? Lo intuisteis en cuanto supisteis que Hugo los había sacado del reloj.

—Vos me disteis la clave: como bien decís, no pudo llevarlo muy lejos. Y qué mejor lugar para ocultar a una mujer que donde ya había una. Nadie las distinguiría…

—Excepto vos.

—Sí —afirmó el abad mirando a Marta—, me cuesta no verla a ella cuando te miro, pequeña.

—¿Vos la tenéis? —preguntó ella, dubitativa—. Me gustaría despedirme.

—Supongo que a ella también le agradaría que lo hicieras.

El abad retiró la manta que le cubría las piernas, se volvió y las apoyó en el suelo. Con visible esfuerzo dio varios pasos, se detuvo y continuó con mucha más destreza, hasta que llegó a una mesa sobre la que había un cofre que parecía un relicario.

—Acércate —le dijo, y Marta obedeció—. Ya nunca me separaré de ella. —Y puso la mano sobre el cofre.

Marta dio un paso más, alargó el brazo y también posó la suya junto a la del abad. Dejó la vista clavada en el objeto y dio un profundo suspiro.

—Debéis iros, cuando descubran que suplantasteis a un notario real os juzgarán y no suelen ser muy benevolentes en estos casos.

—Eso haremos —respondió Bizén—. Quiero haceros una última pregunta, ¿dónde están los restos del infante?

—Creo que no conocéis la verdadera historia del primogénito de Jaime I el Conquistador. Era hijo de un monarca aragonés y de una princesa castellana. El matrimonio fue un rotundo fracaso y terminó anulándose por consanguinidad. El rey volvió a casarse y tuvo otros dos hijos que serían reyes. Pero Alfonso era el primogénito y había sido jurado heredero de la Corona.

—Él debía haber sido el rey de toda la Corona de Aragón —añadió Bizén.

—Sí, pero conforme Jaime el Conquistador fue teniendo hijos, comenzó a cambiar sus testamentos, fraccionando sus dominios de manera muy torpe. El infante Jaime llegó a plantar cara a su padre y se exilió un tiempo en Castilla.

—Otro padre que olvida y desprecia a su hijo.

—Ya os he dicho que yo hice por Hugo mucho más de lo que creéis… Pero los hijos siempre quieren más, necesitan ser mejores que sus padres…

—¿Qué pasó con el infante y su padre el rey?

—El primogénito hubiera llegado a ser rey, por mucho que su padre se hubiera opuesto. Pero murió, de manera inesperada y muy oportuna.

—¿Por qué me contáis todo esto? —inquirió Bizén.

—A veces las muertes no son tan naturales como parecen y los huesos no mienten. El cuerpo del infante vino a Veruela con un secreto, que debe mantenerse oculto por el bien de la corona.

—¿De qué estáis hablando?

—Es mejor para todos que sus restos no salgan de aquí, podrían desvelar lo que no deben. —El abad regresó a la cama—. Así que los abades de Veruela debemos custodiarlos y por eso he decidido guardarlos en el lugar más seguro de todo el monasterio.

—¿Cuál?

—Solo os diré que él no es el único de este monasterio que debió llegar a ser rey. Y ahora, idos. —Y miró de nuevo a Marta—. Tu madre te quería. Cuando yo ya no esté, serás tú quien deba mantener vivo su recuerdo, ¿entendido?

Y ella asintió.

Bizén la tomó del brazo y salieron al claustro, donde esperaba el decano Esteban. No intercambiaron ni una palabra, Bizén se apresuró a salir de allí. Recorrieron el alargado trayecto hasta la torre puerta.

—Nos vamos, no quiero estar ni un instante más en este lugar. Haremos lo que te dije, no mirar atrás, una nueva tierra, una nueva vida.

—Sí. Una nueva vida. Juntos.

El hermano Saturio los observó desde una de las torres, el portalón estaba abierto. Bizén tomó de la mano a Marta y cruzaron el umbral. Extramuros, los rayos de sol rompían los nubarrones. El monasterio y sus secretos quedaban atrás para siempre. Alzaron la vista y observaron la mole negra del Moncayo: sería la última vez que verían su fantasmagórica silueta, ya no oirían más historias sobre las fieras hambrientas que bajaban por sus laderas, ni de los seres que vivían en lo más profundo de sus entrañas, ni sobre las criaturas que aparecían en la noche de Ánimas.

Nota del autor

Esta novela ha sido elaborada durante más de tres años de trabajo, aunque las anotaciones, apuntes e ideas se remontan a mucho más atrás en el tiempo. Hasta ahora nunca había escrito una historia ambientada en el lugar donde nací. En mis tramas anteriores he recorrido un sinfín de territorios: el Pirineo, Albarracín, Madrid, Barcelona, el sur de Francia o las aguas de Grecia, pero nunca las tierras del Moncayo.

En esta novela aparecen homenajes a personajes que admiro, como Lope de Vega y Gustavo Adolfo Bécquer. Especialmente importantes son los textos de este genial escritor del siglo XIX. Muchas de sus rimas y leyendas me han servido de base para recrear el singular ambiente del Moncayo. Y los personajes de las dos hermanas están inspirados en dos personajes suyos.

También hay referencias a otras personas que me han ayudado a la hora de crear esta obra y sin las cuales no hubiera sido posible llegar a buen puerto.

Para quienes no lo conozcan, he de contarles que esta singular montaña que es el Moncayo se encuentra a camino entre las actuales comunidades autónomas de Castilla, Navarra y Aragón, y que en la Edad Media se correspondían con los tres grandes reinos medievales de España.

El Moncayo es un monte diferente a todos los demás. Desde sus 2313 metros domina el valle medio del río Ebro, territorio de celtíberos, de romanos, de caballeros templarios y sanjuanistas, de mudéjares y de monjes cistercienses.

Es un territorio lleno de historia y de leyendas, como la de la mora encantada en Bulbuente o la del pozo del Aines en Grisel. Tierra de brujas, donde la noche de Ánimas se vive con especial pasión en Trasmoz, la única localidad oficialmente maldita y excomulgada de España. En el entorno del Moncayo se ubican las plazas históricas de Agreda, Tudela, Tarazona y Borja.

Y en su misma falda se asienta el monasterio de Santa María de Veruela, uno de los mejores ejemplos del Císter en toda España, que ha conservado íntegra su esencia. Visitarlo es hacer un recorrido por la historia y el arte.

En 1141, Pedro de Atarés, señor de Borja, junto con su madre, dona los valles de Veruela y Maderuela, en torno al río Huecha a los monjes franceses de la abadía de Escaladieu para que se fundase un monasterio bajo la advocación de la Virgen María. La Orden del Císter dio permiso para que se procediese a la fundación hasta 1146, lo que lo convierte en el monasterio cisterciense más antiguo de Aragón.

Veruela, como señorío feudal, llegó a poseer las localidades de Ainzón, Alcalá de Moncayo, Bulbuente con su castillo-palacio de los abades de Veruela, Litago, Pozuelo de Aragón, Vera de Moncayo, la granja de Muzalcoraz en Magallón y el despoblado medieval de Villamayor. También poseyó hasta 1409 Maleján, y hasta el siglo XV, La Joyosa. Todas estas posesiones convertían al monasterio de Santa María de Veruela en el gran señor del valle de La Huecha y de las actuales comarcas de Borja y Tarazona.

Los monasterios medievales no son como creemos en la actualidad, cuando los visitamos vamos corriendo a su claustro y su iglesia, nos olvidamos de todo lo demás. Sin embargo, las abadías cistercienses eran auténticas ciudades; disponían de murallas, torres y fortificaciones rodeándolas. Intramuros contaban con mercado, numerosos almacenes, talleres artesanos, molinos, estanques, herrerías y cuadras. Para defenderse armaban a hombres y levas, impartían justicia y dominaban amplios feudos con poblaciones y granjas dependientes de ellos.

Los monasterios del Císter se regían por la Orden de San Benito, los monjes vestían de la misma manera y se movían de un monasterio a otro con frecuencia. Todos ellos se estructuraban igual, independientemente del reino en donde se edificaran. Por eso podemos decir que los monasterios fueron las primeras multinacionales de la historia.

El monasterio de Santa María de Veruela es un claro ejemplo de todo ello y es uno de los que mejor ha conservado parte de todas esas estructuras.

Pasada la época medieval, en el siglo XVII, dentro de Veruela se construyó un nuevo claustro barroco, anexo al medieval. En estas nuevas celdas individuales, el escritor Gustavo Adolfo Bécquer y su hermano Valeriano

pasaron una larga estancia en Veruela para sanar de su enfermedad. Esto se debe a que tras la desamortización del siglo XIX, el monasterio había sido reconvertido en hospedería y era un lugar idóneo para los afectados por tuberculosis, debido al clima seco del Moncayo.

El infante Alfonso de Aragón fue el primer hijo de Jaime I el Conquistador y de su primera esposa, la reina Leonor de Castilla. Fue designado heredero de la corona en 1228, pero premurió a su padre el 23 de marzo de 1260 en Calatayud después de haber contraído matrimonio ese mismo año y sin dejar descendencia.

Recibió sepultura en el Real Monasterio de Santa María de Veruela, a pesar de que en su testamento, otorgado en la ciudad de Huesca el 8 de agosto de 1256, había pedido ser enterrado en el monasterio de la Orden de Predicadores de la ciudad de Huesca, que él había fundado.

En el año 1633, sus restos fueron trasladados al panteón de los duques de Villahermosa, situado en el monasterio, y se colocaron en una sepultura de madera blanca, al lado del fundador del monasterio, Pedro de Atarés, y Lope de Luna, de ascendencia real ambos, y se alojó su sepultura entre los arcos laterales del presbiterio de la iglesia del monasterio, entre las tumbas de dicho panteón.

Sin embargo, hay expertos que sostienen que los restos del infante Alfonso descansan junto a los de su esposa Constanza en un sepulcro colocado en la capilla de San Jaime de la catedral de Valencia.

Existe otra teoría que afirma que los frailes predicadores de Huesca reclamaron, incluso al Papa, que el testamento del infante don Alfonso fuera cumplido y que el cadáver fuera trasladado desde Veruela, donde ya había recibido sepultura, hasta el monasterio de Predicadores de Huesca.

El papa Alejandro IV aprobó, mediante dos bulas con fecha de 18 de junio de 1260, la petición de los Predicadores de Huesca, y posteriormente, en 1262, lo cual significa que las órdenes pontificias de Alejandro IV no habían sido cumplidas; el papa Urbano IV despachó otras dos bulas reiterando que los restos del infante Alfonso debían ser trasladados a Huesca.

En el monasterio de Veruela se conserva la lápida sepulcral que cubrió los restos del infante. Que presenta, tallado en piedra, uno de los ejemplos más antiguos del emblema de la Corona de Aragón.

Hoy en día, sus dependencias pertenecen a la Diputación Provincial de Zaragoza y en su interior podemos visitar el Espacio Bécquer y el Museo del Vino de la Denominación de Origen Campo de Borja.

Se encuentra tan bien conservado que es escenario habitual de películas y series de televisión.

En el año 2018 tiene previsto la inauguración en las dependencias del monasterio barroco un parador nacional con más de noventa habitaciones, que aspira a ser uno de los mejores de toda España.

Esta novela pretende ser un homenaje a Veruela y al Moncayo, a su historia, sus leyendas y, en especial, a sus gentes.

En estos tiempos actuales, en que todos corremos a las grandes ciudades, conviene detenerse un momento y echar la vista a esos pequeños pueblos que forman la España interior y, muy particularmente, la antigua serranía celtibérica: las provincias de Soria, Cuenca, Guadalajara, Teruel y Zaragoza, que constituyen la España más olvidada.

Es un área de 63 098,69 kilómetros cuadrados, para que se hagan una idea representa dos veces la superficie de Bélgica. Este territorio abarca 1632 municipios, pero solo tiene medio millón de población. Es decir, 7,98 habitantes por kilómetro cuadrado, una densidad de población de 0,98 habitantes por kilómetros cuadrado, menor que la de Laponia y similar a la de Siberia.

Yo vivo aquí, en el Moncayo, dentro de la zona más despoblada de España y de Europa. Pero este territorio de frontera no fue siempre así, conviene echar la vista atrás, recordar nuestra historia, saber de dónde venimos y así poder entender mejor adónde vamos. No podemos abandonar a su suerte la tierra que nos vio nacer, no debemos olvidarnos de nuestras raíces y no podemos despreciar nuestra historia, porque significaría olvidarnos de quienes somos.

Siempre me gusta recordar en mis novelas a figuras que nos han dejado mientras trabajaba en ellas. Normalmente son escritores o artistas, pero esta vez he querido hacer lo propio con uno de los mejores pilotos de la historia del motociclismo: Ángel Nieto. El capítulo número 13 lleva la numeración 12 + 1 en referencia al número de títulos de campeón del mundo que logró y a lo supersticioso que él era.

Esta novela es la tercera y última de una colección iniciada con *El castillo* (2015), a la que siguió *La ciudad* (2016). Entre las tres se pretende dar una visión lo más global posible de una parte trascendental de la Edad Media, en base a sus tres escenarios arquitectónicos fundamentales: un castillo, una ciudad y un monasterio.

Las tres novelas son independientes, no repiten ni siglo, ni personajes, ni ubicación. Sí están ordenadas de forma cronológica, abarcando los siglos XI, XII y XIV, cada una de ellas.

LUIS ZUECO (Borja, Zaragoza, 1979) es novelista, historiador, investigador y fotógrafo. En la actualidad es el director del Castillo de Grisel, fortaleza medieval convertida en hotel con encanto. Además, es ingeniero industrial, licenciado en Historia y máster en Investigación Artística e Histórica, miembro de la Asociación Española de Amigos de los Castillos, vicepresidente de la Asociación de Amigos de los Castillos de Aragón y colaborador, como experto en patrimonio y cultura, en diversos medios de comunicación.

Su novela *El escalón 33* recibió la Mención de Honor en el Premio Internacional de Novela Histórica Ciudad de Zaragoza 2012, el Premio al Mejor Thriller Histórico 2012 de la web Novelas Históricas y fue seleccionada en el I Certamen de Novela Histórica Ciudad de Úbeda. También ha publicado la novela histórica *Tierra sin rey* y la guía *Castillos de Aragón: 133 rutas*.

Tras los éxitos de crítica y público de *El castillo* (2015; Mejor Novela Histórica 2015 por la web Novelas Históricas) y *La ciudad* (2016), concluye con *El monasterio* su fascinante Trilogía Medieval, tres novelas que pueden leerse de manera independiente y con las que accedemos, a través de adictivas tramas de intriga ambientadas en los escenarios arquitectónicos más importantes de la época, a aspectos fundamentales de la Edad Media.